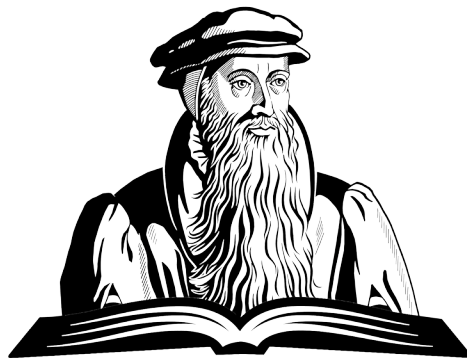

MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: TEOLOGÍA BÍBLICA

30 LECCIONES

Ponente: Robert D. McCurley M.Div.



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Reverendo Robert McCurley es el ministro del Evangelio en la Iglesia Presbiteriana de Greenville en Greenville, SC, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada). www.freechurchcontinuing.org

Módulo

TEOLOGÍA BÍBLICA

30 LECCIONES

ROBERT D. MCCURLEY M.DIV.

21 CAPÍTULOS ANTIGUO TESTAMENTO · 9 CAPÍTULOS NUEVO TESTAMENTO

Lecturas del Antiguo Testamento:

1. Introducción	1
2. La Creación	7
3. La Caída	13
4. Noé	18
5. Abraham	23
6. Los Patriarcas I	28
7. Los Patriarcas II	33
8. El Éxodo	38
9. El Sinaí	43
10. El Tabernáculo	49
11. Los Sacrificios	55
12. El Sacerdocio	61
13. La Herencia	66
14. David	71
15. Los Salmos	75
16. Salomón	80
17. El Templo	85
18. El Reino	90
19. Los Profetas	95
20. El Exilio	100
21. La Restauración	105

Lecturas del Nuevo Testamento:

22. La Encarnación	110
23. La Expiación	116
24. La Resurrección	121
25. El Pentecostés	125
26. La Iglesia	130
27. La Unión	136
28. La Solicitud	140
29. La Misión	145
30. La Gloria	149

Lección 1

INTRODUCCIÓN

Tema de la Lectura:

Toda la Biblia revela al Señor Jesucristo y el mensaje de salvación en el evangelio de su gracia. Seguimos el desarrollo de esta revelación de Dios en Cristo a lo largo de las etapas de la historia de la redención que se encuentra en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Texto:

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían... Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:27, 44).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 1

¿Cómo interpretamos y predicamos el Antiguo Testamento? ¿Cómo se relaciona el Antiguo Testamento con el Nuevo Testamento? Y específicamente, ¿cómo se relaciona el Antiguo Testamento con Cristo y el mensaje de salvación y el evangelio?, ¿Qué relevancia tiene el Antiguo Testamento para el cristiano contemporáneo? Y ¿cuáles son los temas principales que se abarcan en todo el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, y cómo se aplican a nosotros hoy en día? El propósito de este curso es equiparte con una comprensión más profunda de la Biblia y con un conocimiento más completo de Dios mismo a medida que Él se revela en las Escrituras. Por lo tanto, si deseas conocer mejor a Dios y deseas comprender mejor el mensaje de las Escrituras, estas lecciones te serán de beneficio.

Este curso es introductorio, no exhaustivo, pero tiene la intención de proporcionarte una base sobre la que puedas construir en sus estudios Bíblicos posteriores. Puedes alimentar a un hombre dándole un pescado una y otro día, o puedes proporcionarle el equipo y enseñarle cómo pescar por sí mismo. Este curso proporciona las herramientas y la capacitación sobre cómo estudiar la teología de las Escrituras por ti mismo. Necesitarás comprometerte con la prioridad de esta búsqueda de por vida. Pero antes de comenzar a colocar los ladrillos, déjame comenzar dándote un ejemplo específico para ilustrar como te puede ayudar este curso. En 1ª Reyes 10 y el pasaje paralelo en 2ª Crónicas 9, leemos acerca de una gran monarca, la Reina de Saba, que viaja una gran distancia para entrevistar al Rey Salomón. Los detalles de esa entrevista son fascinantes. Pero ¿qué aprendemos de esta historia? ¿Cuál fue el propósito de Dios para incluirlo en la Biblia? ¿Cómo entendemos su mensaje?, y ¿cómo se relaciona con nosotros en el presente? Bueno, esta clase tiene como objetivo ayudar a responder ese tipo de preguntas. Quiero que mantengas en mente esas preguntas sobre 1ª Reyes 10, pues volveremos a ellas para responderlas al final de esta primera lectura.

Necesitamos comenzar definiendo algunos de nuestros términos para comprender mejor el propósito y el alcance de este curso sobre la teología bíblica. ¿Qué es lo que abarca exactamente este curso? Consideremos, en primer lugar, la palabra “teología” (¿qué significa eso?), y luego el significado de la palabra “bíblica”, y luego, lo que significan las dos palabras juntas en el contexto de este curso. Así que, antes que nada, la palabra “teología”. La palabra “teología”, en su definición más básica y simple, es el estudio del conocimiento de Dios. Responde a: ¿Quién es Dios?, y ¿qué ha hecho Él? Quizás te estás preguntando: “¿Es esto esencial? ¿Es este conocimiento esencial? Un escritor lo expresó de esta manera: “Lo que viene a tu mente cuando piensas en Dios es lo más importante de ti”. Considera la manifestación de la gloria de Dios. Dios se preocupa principalmente por Su propia gloria, y se complace en mostrar esa gloria a la humanidad. El cristianismo bíblico es una religión que exalta a Dios y se centra en Dios. La gloria de Dios es el enfoque central de todo.

La historia del universo existe para mostrar la gloria de Dios, desde Su creación en los capítulos iniciales de Génesis, sobre los cuales el salmista dice: “Los cielos cuentan la gloria de Dios” (Salmo 19:1). De igual forma, desde el comienzo en Génesis hasta la culminación y conclusión de la historia del universo en Apocalipsis 21:23, donde leemos: “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”. La humanidad misma existe para la gloria de Dios.

La primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster explica el propósito primordial del hombre en la vida. Dice: “¿Cuál es el fin principal del hombre? El fin principal del hombre es el de glorificar a Dios y gozar de él para siempre”. A lo largo de la historia de la redención en la Biblia, Dios va manifestando Su gloria ante Su pueblo hasta culminar con la encarnación de Cristo, como veremos a continuación. Conocer a Dios es, por lo tanto, la mayor prioridad en todo el mundo, y Dios mismo lo dijo. Escucha las palabras de Jeremías: “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová” (Jeremías 9:23–24). Así que, conocer a Dios es la mayor prioridad en el mundo, y también es el mayor anhelo y deseo de todo verdadero creyente. Vemos esto a través de todas las Escrituras.

Déjame darte algunos ejemplos. Si vas a Moisés, ¿qué es lo que dice? Él dice: “Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos” (Éxodo 33:13). Y continúa: “El entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria” (Éxodo 33:18). Encontramos lo mismo más adelante en David. Él dice en uno de los Salmos: “Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré; Que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo” (Salmos 27:4).

Si avanzas al Nuevo Testamento, el Señor Jesucristo dice algo similar. Él dice: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. Eso está en Juan 17:3. Y ahora, por último, considera lo que dice el apóstol Pablo más adelante en el Nuevo Testamento. Él nos relata su pasión y dice: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Filipenses 3:8). Y continúa: “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10). Así que, conocer a Dios es nuestra prioridad.

También debemos entender que el conocimiento de Dios nos es revelado en Cristo. Cristo es la revelación final y más completa de Dios. La Biblia describe a Cristo como el Único, “él es la imagen del Dios invisible” y, en otra parte, “el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”, en Hebreos 1:3. Entonces, nuestro conocimiento de Dios está vinculado a Su revelación de Sí mismo en la persona y obra de Cristo. Por eso, estar centrado en Dios es también estar centrado en Cristo. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”, dice Juan, “y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:4). Y continúa: “a Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (versículo 18). Pronto hablaremos más sobre este conocimiento de Cristo y dónde se encuentra, pero también notemos que el conocimiento de Dios tiene consecuencias prácticas. Este conocimiento de Dios en Cristo no es meramente teórico o un asunto puramente intelectual. Tiene consecuencias prácticas. Como lo dijo el teólogo reformado holandés del siglo XVII, Petrus van Mastricht: “La teología es el conocimiento de vivir para Dios a través de Cristo”. Cuando el cristiano ve la gloria de Dios en Cristo a través de la fe, esa visión lo

transforma a la semejanza de Cristo. Pablo dice: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2ª Corintios 3:18). Observara algo similar en 1ª Juan 3:2-3.

Así que, la teología, el conocimiento de Dios, es inherentemente práctico. Produce el fruto del evangelio, el fruto de la santidad del evangelio en la vida de cada creyente. Y sobre todo, nos conduce a adorar a este Dios de gloria. Pues contemplarlo y conocerlo es, después de todo, adarlo. De este modo, aprendemos primeramente un poco acerca de lo que entendemos por la teología y por qué es importante. Pero ahora, en segundo lugar, consideremos juntos la palabra “bíblica”. El título de nuestro curso es “Teología Bíblica”. La Biblia es la que suministra este conocimiento de Dios. Por eso sabemos que Dios se da a conocer a Sí mismo, pero que lo hace a través de las Escrituras. La Biblia es el libro de Dios acerca de Dios. El conocimiento de Dios y Su provisión de la salvación depende de la comunicación de Dios al hombre, lo que llamamos la “revelación”. “Revelación” significa quitar el velo, descubrir algo. Dios le proporciona a la humanidad perdida la revelación del conocimiento de Sí mismo a través de la Biblia, y esto, desde luego, incluye: el evangelio, el plan de Dios y el camino hacia la reconciliación con Dios.

Por consiguiente, el enfoque de este curso está en el estudio de la Biblia. La Biblia tiene autoridad divina porque su Autor es Dios mismo, el Espíritu Santo, como vemos en 2ª Timoteo 3:16. Por lo tanto, cada palabra de los 66 libros de las Sagradas Escrituras está totalmente inspirada por Dios, es incapaz de tener error alguno en cualquiera de sus partes, y nos proporciona un registro completo y confiable de Quién es Dios y lo que Él ha hecho para asegurar la salvación de Su pueblo. Cuando leemos el desenvolvimiento de la redención, estamos leyendo la revelación infalible e inerrante de Dios de estos eventos históricos, pero eso significa que necesitamos conocer toda la Biblia. Necesitamos la Biblia entera para tener la revelación completa de Quién es Dios. La Biblia presenta un mensaje consistente y unificado en un libro indivisible desde Génesis hasta Apocalipsis. Presenta un Dios, un camino de salvación, un pueblo de Dios, y todo esto en una gloriosa historia sobre el único Salvador, Jesucristo. La Biblia es, por lo tanto, las Escrituras cristianas.

Como ya probablemente sabes, la Biblia comienza con el Antiguo Testamento. Hay algunas personas hoy en día que piensan que conocer el Nuevo Testamento es todo lo que necesitamos para aprender sobre Cristo y sobre la salvación. Pero, aunque sepan todo lo que dice el Antiguo Testamento, puede que ignoren cuán lleno está de Cristo y del evangelio. Necesitamos toda la Biblia, porque sin el Antiguo Testamento tendríamos un conocimiento incompleto de Cristo. Por ejemplo, es en el libro de los Salmos donde realmente aprendemos más acerca de la propia experiencia interna de Cristo en la cruz. Encontramos más al respecto en los Salmos que en Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Después de todo, el Antiguo Testamento compone alrededor de tres cuartos de la Biblia. Nadie puede sobrevivir sin las primeras tres cuartas partes de lo que Dios provee en las Escrituras. El Antiguo Testamento también es necesario para comprender el Nuevo Testamento, ya que, de hecho, el Nuevo Testamento no repite todo lo que ya se encuentra en el Antiguo Testamento. Por lo tanto, comprender correctamente el Antiguo Testamento nos guarda de entender mal el Nuevo Testamento.

De hecho, cuando el Nuevo Testamento se refiere a las Escrituras, la mayoría de las veces apunta al Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento fue la Biblia que tanto Cristo como los primeros cristianos leyeron, memorizaron y estudiaron; Dios añadió posteriormente los libros del Nuevo Testamento. Cuando Pablo le dice a Timoteo: “Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2ª Timoteo 3:15), quiere decir que fue a través del Antiguo Testamento que Timoteo llegó a conocer a Cristo y la salvación. El conocimiento del Antiguo Testamento es esencial para entender el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento presupone (es decir, usa como su base en el Antiguo Testamento) todos los temas, el lenguaje, las doctrinas y los principios, así como los eventos históricos que encontramos en el Antiguo Testamento. Por lo tanto, al leer el Nuevo Testamento, no es de extrañar que a menudo se nos recuerde, y de hecho se señale, el Antiguo Testamento. Pero, de igual forma, necesitamos que el Nuevo Testamento interprete correctamente el Antiguo Testamento. Por eso, siempre se debe leer el Antiguo Testamento a la luz de su cumplimiento en el Nuevo Testamento. La importancia de esto se hará evidente en los estudios que juntos realizaremos.

Toda la Biblia es necesaria, y toda la Biblia proporciona el conocimiento de la salvación en Cristo, Antiguo Testamento y Nuevo Testamento, desde Génesis hasta Apocalipsis. El evangelio, por supuesto, es el mensaje de

buenas nuevas acerca de Cristo y lo que Él hizo para reconciliar a Su pueblo con Dios. Encontramos esto resumido, por ejemplo, en el Catecismo de Heidelberg, en el Domingo 1 y en la Pregunta 2, que dice: “¿Cuántas cosas debes saber para que, gozando de esta consolación, puedas vivir y morir dichosamente?” La respuesta es: “Tres: (a) La primera, cuán grande son mis pecados y miserias (b). La segunda, de qué manera puedo ser librado de ellos. (c) Y la tercera, la gratitud que debo a Dios por su redención”. El evangelio es fundamental en toda la Biblia, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Pablo afirmó: “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios”. El apóstol Pablo predicó, tanto a la persona, como la obra de Cristo de la Biblia completa.

Esto es importante, porque en Juan 14, 15 y 16, aprendemos que el ministerio del Espíritu Santo es tomar las cosas de Cristo y mostrárnoslas a nosotros. El papel del Espíritu es magnificar al Hijo, y por eso debemos ser sinceros, y debemos preocuparnos por la predicación de la persona y la obra de Cristo a través del Antiguo Testamento, así como del Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento mismo nos enseña que las Escrituras del Antiguo Testamento son la Palabra de Dios acerca de Cristo y el evangelio. Escucha el testimonio de Cristo a las Escrituras del Antiguo Testamento. Él dice: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Pero en el mismo pasaje, Jesús desafía a los fariseos y dice: “Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creemos en sus escritos, ¿cómo creer y mis palabras?” (Versículos 46–47). Después de la resurrección de Cristo, lo encontramos caminando por el camino de Emaús y hablando con dos de Sus discípulos, y leemos sobre el encuentro de Jesús con ellos. Dice lo siguiente: “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27). Más tarde, en ese mismo pasaje (Lucas 24), dice: “Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (versículo 44). Por lo tanto, si amas al Señor Jesucristo, debes amar también el Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento no es solo una compilación de historias interesantes, ni tampoco puede limitarse simplemente a una lista de lecciones morales. Su mensaje principal proclama a Cristo y la salvación que Él ofrece, lo que demuestra la relevancia del Antiguo Testamento para cada cristiano en el presente. Por ejemplo, observa cómo Pablo establece la conexión entre el Antiguo Testamento con Cristo y el creyente gentil del Nuevo Testamento. Él le dice a la iglesia en Galacia, en Gálatas 3:29: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa”. Exploraremos esto más a profundo en una lección futura. Piensa en lo que dice Pedro a lo largo de esta frase. Él dice: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1ª Pedro 11:10–12).

Piensa en eso por un momento. Si los mismos profetas del Antiguo Testamento buscaron y estudiaron diligentemente sus propias predicciones para aprender sobre la salvación que proporciona Cristo, entonces ¿cuánto más deberíamos estudiar y buscar en el Antiguo Testamento para aprender sobre la salvación en el Señor Jesucristo, especialmente ahora que podemos leerlo a la luz de su cumplimiento en el Nuevo Testamento? El gran reformador protestante, Martín Lutero, concluyó acertadamente, diciendo lo siguiente: “Por lo tanto, el que lea las Escrituras de manera correcta y provechosa debería asegurarse de encontrar a Cristo en ella. Así, encuentra la vida eterna sin falta. Por otra parte, si no estudio y entiendo a Moisés y a los profetas para descubrir que Cristo vino del cielo por causa de mi salvación, se hizo hombre, sufrió, murió, fue enterrado, se levantó y ascendió al cielo. Que a través de Él disfruto la reconciliación con Dios, el perdón de todos mis pecados, la gracia, la justicia y la vida eterna, entonces mi lectura en las Escrituras no es de ninguna ayuda para mi salvación”. Y eso nos lleva al último punto principal de este tema sobre lo que entendemos por “bíblico”, el cual es de mucha importancia para el alcance de este curso.

Necesitamos considerar por un momento la historia bíblica de la redención. Dios no dio a conocer el producto final de Su revelación de una vez, sino por periodos consecutivos a través de la historia de la Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis. Dios escogió redimir a Su pueblo a través de una historia de redención y no simplemente a través de un gran hecho único. La historia de la redención, o lo que podríamos llamar la historia de la salvación, es el desarrollo gradual del plan de Dios para salvar a Su pueblo en Cristo, comenzando desde Génesis,

desplazándose a través de una progresión de hechos históricos y conduciéndonos finalmente hasta la revelación completa de la venida de Cristo y a la exposición de Su persona y de Su obra en el Nuevo Testamento. Así como Dios es el Autor de las Escrituras, Dios también es el Soberano que decretó y dirigió la historia que se encuentra registrada en la Biblia. La historia es Su historia. Tenemos un registro de eventos reales y verdaderos inspirados por Dios en los cuales Él se reveló a Sí mismo.

La revelación redentora de Dios se desarrolló cronológicamente, cada vez con mayor claridad y plenitud durante un período de tiempo que está registrado a lo largo de la Biblia. ¿Qué significa esto para nosotros? Bueno, significa que tenemos que tomar cualquier historia bíblica o pasaje con el mensaje de las Escrituras en su totalidad. Debemos ver la relación que tienen entre sí todas las partes del Antiguo Testamento con la Persona y la obra del Señor Jesucristo y, desde luego, con el cristiano. Entonces, este curso pretende el estudio de la historia bíblica de la redención, el desarrollo de la revelación de Dios en Cristo y de Su salvación a través de toda la Biblia. Aprendemos acerca de Dios, acerca de Dios revelado en Cristo y acerca de lo que Cristo hizo para salvar a Su pueblo de sus pecados.

Pero ahora, volvamos a nuestras preguntas sobre la entrevista entre la Reina de Saba y Salomón en 1ª Reyes 10 y en 2ª Crónicas 9 porque esto nos ayudará a ilustrar cómo todo lo que hemos dicho sobre la teología, sobre la Biblia y sobre la historia de la redención se aplica en este caso en particular. ¿Qué aprendemos de esta historia? ¿Cuál fue el propósito de Dios para incluirlo en la Biblia? ¿Cómo entendemos su mensaje? ¿Cómo se relaciona con nosotros en el presente? Y, ¿cómo se relacionan la Reina de Saba y Salomón con nosotros? Bueno, poniendo en práctica lo que hemos aprendido en esta lección, hay otras Escrituras que ayudan a esclarecer y mostrar cómo se relaciona con Cristo y, por lo tanto, con el cristiano. Este ejemplo demuestra cómo este curso te será de ayuda al estudiar tu Biblia.

Entonces, si regresas a 1ª Reyes 10, la Reina de Saba escuchó acerca de la fama de Salomón desde muy, muy lejos. Ella vino a Jerusalén, contempló su sabiduría, lo escuchó responder a sus preguntas, observó su casa y su comida y toda la prosperidad, vio la bendición que vino a sus siervos, y vio la casa del Señor. Pero fíjate en cuál fue su respuesta en 1ª Reyes 10. Si lees al final del versículo 5, dice: “No había más espíritu en ella”. Ahora bien, en el idioma hebreo, esa palabra “espíritu” también se puede traducir como “aliento”, como el aliento que sale de nuestros pulmones. En otras palabras, lo que dice en 1ª Reyes 10: 5, es que todo lo que vio y escuchó de Salomón le quitó el aliento. Si continúas, en el versículo 7 leemos estas palabras: [Estas son las palabras de la Reina] “Pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído”, dice ella. Por lo tanto, en el versículo 8: “dichosos estos tus siervos”, y luego en el versículo 9: “Jehová tu Dios sea bendito, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel; porque Jehová ha amado siempre a Israel”.

Ya ves que esto no es simplemente una historia aislada. Se encuentra dentro de un contexto más amplio del plan de la redención de Dios en la historia. Es por eso que, a fin de que la Biblia nos informe en su totalidad, debemos conectar algunos puntos. Así que, comenzamos con la promesa de Dios a David de que su simiente se sentaría en su trono para siempre. Hablaremos acerca de esto más adelante en el curso, pero debes darte cuenta de que esta promesa se cumple en Cristo. En Isaías 11, por ejemplo, en el versículo 1, encontramos una profecía de Cristo. Dice: “Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces”. Si te diriges al Nuevo Testamento, observarás lo que Cristo dijo de Sí mismo al final de la Biblia, Apocalipsis 22: “Yo soy la raíz y el linaje de David” (Apocalipsis 22:16). Recuerda cuando el ángel se le apareció a María: “El Señor Dios le dará”, es decir, a Cristo, “el trono de David su padre” (Lucas 1:32). Más tarde, cuando Pedro predicaba en Pentecostés dijo: “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, ... siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono” (Hechos 2:29–30). Veremos esto una y otra vez en el Nuevo Testamento.

Pablo se lo escribió a los romanos en el primer capítulo de Romanos. Entonces, Salomón era el hijo de David y heredero del trono, pero Salomón señaló al Hijo mayor de David que vendría: el Señor Jesucristo, quien sería el Rey de reyes y cuyo Reino eterno superaría a todos los demás. El reino de paz de Salomón sería superado por el reino del Príncipe de Paz. Compara esto con el Salmo 72. El título de ese Salmo es: “Para Salomón”. Te fijarás que incluye referencias a la Reina de Saba en los versículos 10 y 15, pero debemos reconocer que este Salmo en realidad apunta al glorioso reinado de Cristo y su cumplimiento en el reino de la venida de Cristo, que será, en

las palabras de ese canto: “Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (versículo 8). Lee la emocionante descripción de Cristo al final en los versículos 17–19, que concluyen con estas palabras: “Bendito su nombre glorioso para siempre, y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén”.

Y ahora, volviendo al Nuevo Testamento, observamos que todo esto se reúne. Cristo mismo dice estas palabras: “La reina del Sur se levantará en el juicio con los hombres de esta generación, y los condenará”. ¿Por qué? “Porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar” (Lucas 11:31), refiriéndose al Señor Jesucristo. Entonces, esto es observar la historia de la redención. Toda la Biblia es la revelación de Dios en Cristo y del mensaje de salvación y del evangelio. Así que, partiendo de nuestros conocimientos del resto de las Escrituras y del marco general del propósito de Dios en la historia bíblica, regresamos a 1ª Reyes 10, y al hacerlo, venimos con las expectativas de aprender acerca de Cristo y Su reino. Debemos leer este texto, 1ª Reyes 10, a la luz de las realidades espirituales, y asimismo los pastores deben predicarlo en ese mismo sentido.

Dios nos ha dado al máximo Rey de Paz, Cristo Jesús, en Quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento muy superiores a los de Salomón. Y nosotros, como Sus criaturas, debemos llegar desde lejos para escuchar Su sabiduría tal como se encuentra en Su Palabra y para ver y conocer la gloria de Su persona y de Su reino. Si así lo hacemos, realmente nos quitará el aliento. Al final, cuando el cristiano llegue al cielo para contemplar a este Rey, el Salvador, diremos con la Reina de Saba que no habíamos escuchado ni la mitad, ya que Él, Cristo, superará todas nuestras expectativas. Entonces, para el cristiano, ser servidores de este Rey es la posición y ocupación más bendita y feliz de todas. Debemos bendecir a Dios por poner a Cristo en Su trono y así manifestar Su amor hacia Su pueblo redimido. ¿Te das cuenta? ¿Ves que 1ª Reyes se trata de Cristo y de Su redención, de Su reino y de las bendiciones que fluyen a Su pueblo? Por esa razón, es sumamente relevante para el cristiano de hoy. Como dije al comienzo de esta lección, este es un ejemplo para ilustrar lo que ofrece este curso para ayudarnos en nuestro estudio de la Biblia. En las demás lecciones, exploraremos la teología de la Biblia a través de la historia de la redención, comenzando con los primeros capítulos de Génesis y concluyendo con la consumación de la historia que sigue en los capítulos 21 y 22 de Apocalipsis.

Lección 2

LA CREACIÓN

Tema de la Lectura:

En la obra de la creación, Dios sienta las bases para la revelación de sí mismo y nos prepara para la gloria mayor de la nueva creación en Cristo.

Texto:

“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; Sean Tronos, Sean Dominios, Sean Principados, Sean Potestades; Todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16–17).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 2

Si deseas construir un edificio, primero debes colocar una base sólida. Y cuanto más alto sea el edificio, más sustanciales deben ser los cimientos. La apertura de la Biblia proporciona la base para todo lo que sigue. Por lo tanto, debes comprender claramente la teología de los primeros capítulos de Génesis para comprender el sentido del resto de la Biblia. Considera conmigo las siguientes preguntas. ¿Dónde está Cristo en los primeros capítulos de Génesis? ¿cómo prepara el mundo antes de la entrada del pecado el camino para la salvación del pecado? ¿quién es el hombre?, y ¿cuál es la base de su relación con Dios? ¿cómo se relaciona el primer libro de la Biblia, Génesis, con el último libro de la Biblia, Apocalipsis?, y ¿cómo se teje la teología de Génesis a lo largo del resto de las Escrituras? En esta lección, exploraremos lo que Dios nos revela sobre el mundo antes del pecado en Génesis 1 y 2. Aprenderemos sobre Dios y sobre el hombre, luego, sobre la relación del hombre con Dios y finalmente, y quizás lo más importante, sobre el destino final del hombre redimido, con Dios.

Entonces, primero que todo, ¿qué revela Dios acerca de sí mismo? Bueno, si abres tu Biblia en Génesis 1:1, verás que la Biblia comienza con Dios mismo: en el principio, creó Dios. Bueno, esto no es una sorpresa, ya que, como lo vimos en la primera lección, la Biblia es el libro de Dios acerca de Él mismo, la revelación de Su propia gloria. Y vemos, desde el primer versículo, que Dios existió desde antes del comienzo. Es decir, Dios es eterno. Ahora, cuando piensas en lo eterno, no lo pienses meramente en términos de que Dios existió por mucho tiempo, o tal vez, por un período de extensión infinita en el pasado o en el futuro. No, esto va más allá. Dios es eterno. Eso significa que Él realmente se encuentra fuera del tiempo, fuera del tiempo y el espacio. Él creó y trajo a la existencia el tiempo y el espacio. Antes de que se creara el universo, todo lo que existía era Dios y la perfecta comunión de las Tres Personas de la Deidad. Y puedes pensar en cualquier atributo de Dios. Piensa, por ejemplo, en su amor. Dios no comenzó a amar cuando creó el mundo.

Él es amor eternamente. Eso es lo que Él es, no solo lo que Él hace. Y ese amor fue exhibido eternamente entre las Personas de la Trinidad. También vemos que Dios decretó soberanamente la obra de la creación. Ahora, ¿qué

entendemos por “decretó la obra de la creación”? Bueno, el Catecismo Menor, en la pregunta 7 nos ayuda en este punto. Dice: “Los decretos de Dios son su propósito eterno, de acuerdo con el consejo de su propia voluntad, en virtud de cuál ha sido preordenado, para su propia gloria, todo lo que sucede”. Vemos en el primer versículo de la Biblia que Dios tiene un plan y que Él lleva a cabo todo lo que sucede en la historia desde el principio hasta el final. También aprendemos acerca de cómo es Dios: Sus atributos. Ya hemos mencionado el hecho de que Él es eterno y también mencionado que Él es soberano. Él decreta todas las cosas. ¿Qué más vemos? Bueno, déjame darte algunos ejemplos más. Vemos Su poder cuando trae el universo a la existencia a partir de la nada. Pablo se refiere a esto en Romanos 1, versículo 20: “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo”.

También aprendemos que Dios es bueno. Verás unas palabras que se repiten constantemente en el capítulo uno: “Y vio Dios que era bueno”. Lo que Él creó fue bueno porque Él es bueno. También vemos Su sabiduría: Todas las complejidades de la creación son manifestadas. Si lees Isaías 40 notarás como lo subraya. Pero, ¿qué hay de la Trinidad? Quiero decir, después de todo, la Trinidad es una doctrina fundamental y de consecuencias prácticas. ¿Qué es más práctico para el cristiano que la oración? Y, aun así, dependemos de la doctrina de la Trinidad y de la propia Trinidad para la oración. Oramos al Padre a través del Hijo con la ayuda del Espíritu Santo. Contrario a lo que algunos piensan, la doctrina de la Trinidad no comienza en el Nuevo Testamento. La encontramos en todo el Antiguo Testamento, incluyendo la apertura del Génesis, aunque, desde luego, tenemos una revelación más completa y más clara en el Nuevo Testamento. Y, por lo tanto, no es sorprendente ver, por ejemplo, los pronombres que se usan en Génesis 1 versículo 26: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”. Ahí está el plural. Esto ya lo vemos en los primeros tres versículos del primer capítulo.

Hay una referencia a Dios el Padre en el versículo uno; hay una referencia al Espíritu Santo en el versículo dos. Dice: “Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas”. Y vemos una referencia al Hijo en el versículo tres: “Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz”. Cristo es, por supuesto, la Palabra Eterna. Ahora, puede que te estés preguntando, ¿será correcto incluir a Cristo aquí? Bueno, el Nuevo Testamento nos da aún más claridad sobre estos versículos iniciales en Génesis uno. Fíjate en que las palabras iniciales del evangelio de Juan son casi idénticas a Génesis 1: 1, pero en Juan, se sustituye a “Cristo” por “la Palabra”. Dice: “En el principio era el verbo”. Esto coloca a Cristo en los primeros versículos de Génesis. Y sigue: “En el principio era el Verbo, el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. Cristo, el Hijo Eterno, trajo el universo a la existencia a través de Su palabra. Si vas a los evangelios, verás como, en una ocasión, Él literalmente aquietó el viento y las olas por el mandato de Su palabra: “Calla, enmudece” (Marcos 4:39).

Y bien, ¿quién puede hacer esto? Su Creador, el Creador de los vientos y las olas, que ordenó su existencia. Él es quien puede hacerlo. Pablo refuerza esto cuando escribe: “Porque en él fueron creadas todas las cosas”. Es decir, por Cristo, “fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1:16–17). Nota que el texto no dice “la mayoría de las cosas”. Cristo creó todas las cosas. Él fue antes de todas las cosas, y es por Él que todas las cosas consisten; y para Él, no para nada ni para nadie más, sino para Cristo, existen todas estas cosas. Entonces podemos concluir que Cristo aparece primero en Génesis 1, no en Mateo 1. Este es el mundo de Cristo. Él creó el universo al que más tarde ingresaría a través de Su encarnación, para poder redimirlo y elevarlo por encima y más allá de como comenzó, como veremos al final de esta lección. También debes considerar las obras de Dios, porque en Génesis uno y dos, también aprendemos que Dios actúa.

Y revela cosas sobre Sí mismo a través de Sus obras y a través de lo que hace. Ahora bien, esto establece nuestra expectativa para el resto de nuestro estudio de las Escrituras. Dios se revela a sí mismo en sus obras. Génesis uno nos enseña a buscar la revelación de Dios en los hechos de la historia, de la historia bíblica. Esto será de suma importancia en futuras lecciones acerca del resto de la Biblia. Dios se revela a sí mismo tanto en sus palabras como en sus obras, pero sus palabras y sus obras siempre van juntas. Puedes ver aquí, que Dios habló para traer el universo a existencia: “Y dijo Dios”. En Salmos 33 versículo 6 y 9, leemos: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos;... Porque él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió”. Considera algunas de las características de la obra de la creación de Cristo. Bueno, aprendemos que la materia, las cosas físicas de este mundo, no son eternas. Todo

comenzó a existir en la creación. También vemos que fueron creadas a partir de la nada. Con la palabra “nada”, queremos decir “absolutamente nada”. Él creó el mundo teniendo en mente Su plan a largo plazo. Y bien, ¿qué quiero decir con eso?

Pues, leemos que Él creó los pájaros y creó los lirios y las flores del campo. Él creó las ovejas y así sucesivamente. Y lo hizo desde el principio, porque pretendía utilizar todas estas cosas para enseñarnos lecciones espirituales. Más tarde el Señor Jesucristo dirá: “Mirad las aves del cielo, vuestro Padre celestial las alimenta. Considerad los lirios, cómo crecen”. Jesús hablaría también de Su pueblo como Sus ovejas. No es como si el Señor Jesús estuviera ideando lecciones a partir de estas cosas particulares de la creación. No, desde el principio, Él los creó para transmitir y para enseñarnos estas lecciones espirituales. También vemos que Cristo eligió crear el universo en seis días normales. De hecho, cantamos sobre esto en el Salmo 104. Él eligió crear todo el universo en seis días normales. Y sabemos que ese es el caso por varias razones. La palabra “día” en Génesis uno está calificada por las palabras tarde y mañana, limitando así el marco de tiempo. También vemos que “día” se usa en el cuarto día, para determinar el período gobernado por el sol, es decir, un día regular. También notamos que cada vez que “día”, la palabra “día”, se utiliza en la Biblia junto con un adjetivo numérico, es decir, con una palabra como “primero”, “segundo” o “tercer” día, y así sucesivamente, siempre se trata literalmente, de un día entero.

Y la palabra plural “días”, los días de la creación, siempre se refiere a días literales en todo el Antiguo Testamento. Sin embargo, tal vez lo más significativo es que en Éxodo 20, versículo 11, donde encontramos el cuarto de los 10 mandamientos, la semana laboral del hombre sigue el modelo de la semana laboral de Dios. Otra característica que debemos destacar es que el mundo fue bien creado. La opinión de que la materia física es inherentemente mala no es bíblica. Así que, en este primer punto, hemos estado respondiendo a la pregunta, ¿qué revela Dios acerca de Sí mismo? Ahora, en segundo lugar, ¿qué revela Dios acerca del hombre? Bueno, vemos que el hombre es el pináculo de la creación de Dios. Aunque Dios creó una gran variedad entre las personas, estas comparten todo lo que es esencial y se tiene en común. Pablo, que predica en Hechos 17 dice: “Y de una sangre [Dios] ha hecho todo el linaje de los hombres” (versículo 26). Esto es así, principalmente, porque el hombre está hecho a imagen de Dios, a diferencia del resto de las criaturas. Nuevamente, en Génesis 1, versículo 26: Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”.

Entonces, la pregunta es: “¿Qué significa para los hombres estar hechos a imagen de Dios?” Esta es una pregunta urgente por muchas razones, pero una de las razones es el impacto de la entrada del pecado. ¿Sigue el hombre siendo la imagen de Dios después de la caída? Bueno, para responder a esa pregunta, debemos considerar que la imagen de Dios tiene dos aspectos, un aspecto amplio y otro más estrecho. El aspecto amplio del hombre creado a imagen de Dios, se refiere al hecho de que el hombre es una criatura moral y racional, lo cual hace referencia a la naturaleza racional y moral del hombre y es algo que se mantiene después de la caída. Así que, si vas a Génesis 9:6, verás al Señor hablando del asesinato como un ataque a la imagen de Dios. El hombre sigue siendo la imagen de Dios en ese contexto. Si vas al Nuevo Testamento, Santiago 3 versículo 9, verás que el hombre maldito es pecador, entre otras razones, porque es un ataque a la similitud con Dios. Veremos lo mismo en 1ª de Corintios 11, en el versículo 7. Entonces, tenemos este aspecto más amplio del hombre creado a la imagen de Dios, como una criatura moral y racional, pero también hay un aspecto más estrecho.

Y el aspecto más estrecho es el conocimiento espiritual, la justicia y la santidad. Éste, se pierde después de la caída, pero se recupera a través Cristo en la conversión. Pablo habla de esto en lugares como Colosenses 3, Efesios 4, Romanos 8 y así sucesivamente. En ese sentido, La imagen de Dios está desfigurada, por así decirlo. El conocimiento espiritual, la justicia y la santidad se pierden, pero Dios hace un camino para que todo eso sea recuperado. Esto se convierte en algo muy importante para nuestra comprensión del significado de la renovación y la conformación del cristiano a la semejanza e imagen de Cristo, que exploraremos en una lección posterior. También aprendemos que el hombre tiene dos partes en su naturaleza: un cuerpo y un alma. Al alma también se le llama a veces, espíritu. “Entonces, Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de la vida, y fue el hombre un ser viviente” Génesis 2 versículo 7. Este es otro bloque de construcción útil para nuestro estudio del resto de la Biblia. Cuando pasemos a considerar la salvación del hombre, por ejemplo, después de la caída, aprenderemos que Cristo vino a salvar a toda la persona, el cuerpo y el alma.

En el momento de la muerte, el cuerpo del creyente se deposita en la tumba, aún en unión con Cristo, y su alma entra inmediatamente en la presencia de Dios. Y aprendemos acerca de la resurrección, que al final de los

tiempos, el Señor resucitará los cuerpos, los cuerpos físicos de su pueblo. ¿Por qué? Porque Cristo vino a salvar a toda la persona, nuestros cuerpos y nuestras almas. Otra cosa que aprendemos sobre el hombre es que él es creado hombre y mujer. Por eso, las distinciones de género y las relaciones de rol se establecieron antes de la caída. El hombre fue creado antes que la mujer, y el hombre recibió el liderazgo sobre la mujer antes de que el pecado entrara en escena. No es como si el liderazgo masculino fuera el resultado del pecado; fue antes de la caída. Y te darás cuenta, a medida que avances en tu estudio de la Biblia, de que el Nuevo Testamento apela a la creación para establecer los roles de los hombres y las mujeres en la iglesia. Esto se ve en 1ª de Corintios 11 versículos 8 y 9 y en 1ª de Timoteo 2 versículo 13, por ejemplo. En un sentido similar, Dios creó la relación matrimonial, el hombre fue creado masculino y femenino.

Dios también estableció el pacto del matrimonio con el propósito de ilustrar la relación entre Cristo y Su esposa, la Iglesia. Cantarás sobre esto en los Salmos y escucharás a los profetas hablar de esto en muchas ocasiones. También, cuando llegas al Nuevo Testamento, por ejemplo, desde Efesios 5, hasta el final de la Biblia. En Apocalipsis 21, la nueva Jerusalén desciende del cielo como una novia adornada para su esposo; y así, esta relación matrimonial entre un hombre y una mujer llevada a un compromiso de pacto, ilustra la relación entre Cristo y su novia desde el principio. También vemos que al hombre se le dio dominio sobre las criaturas. El hombre gobernaba junto con Dios. Esto también cobra importancia y está conectado, por ejemplo, a la salvación en Cristo. Luego, si avanzas rápidamente al libro de los Salmos, en el Salmo 8 versículo 6, se nos enseña a cantar: “Le hiciste”, es decir, al hombre, “señorear sobre las obras de tus manos; Todo lo pusiste debajo de sus pies”, Bueno, esto podría desconcertarte. ¿Por qué? Porque no parece ser el caso. No parece que el hombre realmente tenga dominio sobre todo y que todas las cosas hayan sido puestas bajo sus pies.

Pues, si eso te desconcierta y hace hacer preguntas, avanza un poco más hasta capítulo 2 de Hebreos, versículos 8 y 9, pues se plantea la misma pregunta. Leemos: “Todo lo sujetaste bajo sus pies”, es decir, bajo los pies del hombre, “Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas”, como puedes ver, aquí comienza a surgir la misma pregunta, “pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús”, continua el texto. Es en Cristo que este dominio está asegurado, y es a través de Cristo que se manifiesta el dominio que Dios le otorgó al hombre. ¿Qué más vemos acerca del hombre? ¿Qué más nos revela Dios? Bueno, vemos que al hombre se le dieron ordenanzas permanentes, así que, desde el principio del mundo, hay ciertas ordenanzas en la creación que están establecidas y son cuatro. Los mencionaré brevemente. El primero es el matrimonio; Ya nos hemos referido a esto en Génesis 2 versículos 23 y 24. Esto es algo que continuará a lo largo de los siglos. En relación con eso, tenemos, en segundo lugar, la procreación: la concepción y el nacimiento de los hijos.

En Génesis 1 versículo 28, el Señor llama a Adán y a Eva a ser fructíferos y a multiplicarse. La tercera ordenanza de la creación es el laburo, o el trabajo. Vemos esto en Génesis 2, por ejemplo, en los versículos 15, 19 y 20. El trabajo no vino como resultado de la caída o como resultado del pecado. Dios creó al hombre para trabajar desde el principio, y eso continuará hasta el fin de los tiempos. La diferencia, por supuesto, es que ahora, después de la caída, el hombre trabaja con el sudor de su frente y con muchas otras dificultades e inconvenientes. La cuarta ordenanza de la creación es la observancia del sábado y vemos esto en Génesis 2, versículos 2 y 3. Observa nuevamente, que el sábado está establecido desde antes del pecado y de la caída. Más adelante, aprenderás que también se incluye como el cuarto mandamiento en los 10 mandamientos, que suponen el estándar permanente de correcto e incorrecto para todos los hombres en todas las edades. Pero si vas al Nuevo Testamento, la obligación moral de observar y guardar el sábado, un día de cada siete, continúa hasta el fin de los tiempos.

En Hebreos capítulo 4, en el versículo 9, por ejemplo, leemos: “Por tanto, queda un reposo”. Aquí, la palabra “reposo” en el griego es distinta al resto de las palabras que se traducen como “descanso”. En realidad, significa guardar el sábado. Por tanto, todavía hay un sábado para que el pueblo de Dios lo guarde. ¿Qué estamos viendo en Hebreos 4? El sábado semanal, incluso en el Nuevo Testamento, continúa como una señal, es decir, del sábado eterno que se encuentra en el cielo. Entonces, este mandamiento de la creación sobre un sábado semanal, comienza en el capítulo 2 de Génesis. Continúa a través del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, incluso en el cielo mismo. ¿Qué significa eso? Significa que solo hay un lugar donde no hay sábado, y es en el infierno. Todos estos son bloques de construcción para el resto de la Biblia. Nos responden las preguntas básicas sobre lo

que Dios nos revela sobre el hombre. En tercer lugar, ¿qué revela Dios acerca de la relación del hombre con Dios? Aprendemos que Dios y su gloria habitan en medio de su pueblo, que el hombre fue hecho para tener comunión con Dios. Lo vemos en el Edén, donde Dios camina con Adán en el fresco del día.

También lo vemos más adelante, a través de la Biblia, Dios estableciendo el tabernáculo donde Él mora en medio de Su pueblo, y luego, en el templo, ambos muestran la gloria de Dios. Te encontrarás con esto todo el tiempo a través de los profetas, por ejemplo, en Zacarías 2, en el versículo 10: “Porque he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho Jehová”. Más importante, lo vemos en la encarnación del Señor Jesucristo. Él es Emmanuel, Dios con nosotros, Cristo viniendo y morando en medio de Su pueblo y mostrando Su gloria. Lo vemos a través de toda la iglesia del Nuevo Testamento, y nuevamente, en todo el trayecto hasta Apocalipsis; Al final, en Apocalipsis 21 versículo 3, leemos: “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos”. Eso nos hace considerar del Pacto de obras. Como puedes ver, hay una enorme distancia entre Dios y los hombres. Por eso, Dios eligió condescender voluntariamente para relacionarse con el hombre por medio de un pacto.

Ahora bien, la palabra “pacto” y la idea de un pacto es una doctrina bíblica muy importante, y la estudiaremos más adelante, pero un pacto incluye un compromiso solemne entre dos o más partes, con estipulaciones y condiciones, y acompañado de bendiciones y maldiciones. También a menudo trae consigo signos y sellos, para confirmar ese pacto. Este concepto de alianza se convierte en un tema dominante en el resto de la Biblia, y lo consideraremos en detalle en el futuro. Pero el primer pacto es lo que los teólogos llaman el Pacto de las obras, o el pacto de la vida. Fue un pacto único hecho con Adán, entre Dios y Adán, con Adán como representante de la raza humana antes de la caída. Notarás que Dios requiere del hombre una obediencia perfecta y personal. Le mandó a Adán que no comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal en el capítulo 2 versículo 17, amenazándolo con la maldición, no solo a él, sino también a su descendencia, la maldición de la muerte que caería sobre él si comía. También ofreció la promesa de vida eterna a Adán y a su descendencia a condición de obediencia. Ahora, podrías preguntarte, y bien, ¿dónde vemos la promesa de este pacto?

Vemos la maldición; ¿dónde está la promesa? Fíjate en la referencia al Árbol de la Vida. Era una señal, un sacramento, una representación visible de la promesa. En otras palabras, la presencia del Árbol de la Vida sostenía la perspectiva o la promesa de vida eterna permanente. Podemos verificar esto observando dónde aparece el árbol nuevamente en las Escrituras. Permíteme dirigir tu atención al último lugar donde lo vemos, en el último capítulo de la Biblia. Leemos: “En el medio de la calle”, describiendo del cielo, “y en el otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, que da cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones” (Apocalipsis 22:2). Un poco antes, en el mismo libro, en Apocalipsis 2 en el versículo 7, leemos: “Al que venciere”, eso es, a los cristianos, “le daré a un rincón del árbol de la vida, el cual está en el medio del paraíso de Dios”. En la próxima lección, exploraremos la importante relación entre Adán, como representante de su descendencia, con Cristo, como representante de Su pueblo, en pasajes como 1ª Corintios 15 y Romanos 5.

Para comprender la obra del último Adán, Cristo, debes comprender la obra del primer Adán. La salvación de Dios ofrece un regreso al Edén. Más bien, proporciona algo muy, muy superior, y eso nos lleva a nuestro último punto en esta lección. Lo que Dios revela acerca de la preparación para la superioridad de la nueva creación. Hemos estado señalando algunos de los bloques de construcción provistos en Génesis para el resto de nuestros estudios de las Escrituras. En este último punto, mostraremos las emocionantes maneras en las que Dios construye sobre esta base el resto de la Biblia. Considera, en primer lugar, que la provisión de Dios para un redentor, y para la redención, estuvo presente al principio. Leemos que Cristo fue: “ya destinado desde antes de la fundación del mundo” 1ª Pedro, versículo 20. Jesús es descrito como: [el] “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”, en Apocalipsis 13:8. Estos textos, motivaron al teólogo Jonathan Edwards, quien dijo que el mundo “fue creado, sin duda, para ser el escenario donde se llevaría a cabo la grandiosa y maravillosa obra de la redención”.

Fíjate que Dios creó el cielo, la morada de Dios y los ángeles, desde el principio. En otras palabras, Él hizo un lugar, desde el principio, para traer a Su pueblo redimido. En las palabras de Jesús: “El reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”, Mateo 25:34. ¿Ves eso? ¿Quién fue la primera persona en entrar al cielo? Bueno, el primer mártir, Abel, de quien Hebreos 11 en el versículo 4 nos dice, fue salvo por fe. También vemos que cuando Dios describe más tarde la salvación obtenida a través de la fe en Cristo; y contenida en el evangelio, emplea el lenguaje de la creación. Pablo dice: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es”,

literalmente en el griego, “nueva criatura es”. Encontramos este tema en todas partes en el Nuevo Testamento. Leemos: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz”, lo cual nos remite al Génesis, “es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” 2ª de Corintios 4 en el versículo 6.

Dios es el Autor de la Salvación. El Espíritu de Dios, que sopló en el hombre para hacerlo un alma viviente, da nueva vida al regenerar al creyente. Ahora, podríamos seguir y seguir, pero volveremos a este tema más adelante. Finalmente, y hasta este punto, considera los nuevos cielos y la nueva Tierra. El primer mundo no permanecerá como fue creado la primera vez. Y el hecho es que, desde el principio, Dios nunca tuvo la intención de hacerlo así. De hecho, todo el cosmos está esperando el gran final, al final de los tiempos, donde Dios llevará a consumar Su obra de redimir a Su pueblo. Leemos: “Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”. El mundo sufre, el mundo entero sufre bajo la maldición. Pablo continúa: “Porque también la creación será también libertada de la esclavitud de la corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:21). Génesis 1 y 2 proporcionan la base para lo que está por venir. Los nuevos cielos y la nueva Tierra, y amigo mío, superarán con creces lo que Adán alguna vez supo en el Edén.

Ahora, debemos esperar para desempacar esto más adelante, pero debes saber que Dios ha guardado lo mejor para el final. Como vimos en la primera lección, toda la creación existe para la gloria de Dios. En la próxima lección, abordaremos la tragedia de la caída del hombre en el pecado y el plan de salvación de Dios para recuperarlo.

Lección 3

LA CAÍDA

Tema de la Lectura:

Debido a su caída, la raza humana perdió la comunión con Dios y cayó bajo Su ira y maldición. Pero Dios entró en un pacto de gracia para liberar a Su pueblo del pecado y traerlo a la salvación a través de Cristo.

Texto:

“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque, así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (Colosenses 1:16–17).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 3

La palabra “evangelio” significa buenas nuevas, las buenas nuevas de la salvación que se encuentran sólo en Cristo. Pero sólo puedes entender y apreciar las buenas nuevas si primero escuchas las malas noticias sobre el pecado. Déjame ilustrar esto. Si vas a ver a un médico sintiéndote perfectamente fuerte y saludable, y el médico te dice que te va a internar de inmediato para una cirugía que resultaría en una recuperación larga y dolorosa, desde luego, te opondrías. Pero, ¿y si él te dijera antes que ha descubierto que tienes una enfermedad terrible que amenaza tu vida? Reaccionarías consternado y estarías desesperado por saber si existe alguna cura. Y si luego te dijera que esa cirugía curaría tu enfermedad, entonces apreciarías esa buena noticia.

Entender las malas noticias magnifica el impacto de las buenas nuevas. El plan de Dios para redimir a su pueblo electo se compara con el acontecimiento histórico de la caída de la humanidad registrada en Génesis 3. Aunque la humanidad fue creada para estar en comunión con Dios y para glorificarlo, el hombre perdió esa comunión y cayó bajo la ira y la maldición de Dios, a causa de su pecado. Entonces, ¿qué incluye la naturaleza caída y pecaminosa del hombre?, y ¿cuáles son sus ramificaciones? ¿Cuál es la relación de Adán y Cristo y cómo esto profundiza nuestra comprensión de la redención? ¿Dónde descubrimos por primera vez las noticias del evangelio de la salvación en la Biblia? ¿Dónde aparece Cristo por primera vez como el Salvador prometido que vendrá? ¿Cómo establece la Palabra de Dios después del primer pecado de Adán, la trayectoria de toda la historia de la redención en el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento?

En esta lección, descubriremos los cambios radicales que se producen como resultado de la caída de la humanidad y la provisión de Dios de la primera promesa del evangelio de liberar a su pueblo de sus pecados. Primero consideremos juntos la entrada del pecado. Como vimos en la primera lectura, Dios es el Creador no creado que hizo todas las cosas, creándolas para Su propia gloria. Dios es dueño de lo que creó, incluyendo la raza humana. Por lo tanto, el hombre es responsable ante Dios y se encuentra bajo Su autoridad. Como veremos,

el pecado surge en este mundo a partir de la rebelión contra Dios mismo. El hombre tiene la culpa, no Dios. En Santiago 1, en el versículo 13, leemos: “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie”.

Observa lo que aprendemos acerca de la primera tentación en Génesis 3. El diablo aparece en la escena en forma de serpiente, para tentar al hombre, para romper su compañerismo con Dios y apartarlo de una relación correcta con Él a través de la desobediencia. Ahora, esta imagen de la serpiente es llevada hasta el capítulo 12 de Apocalipsis en el versículo 9, donde leemos: “Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero”.

Se nos dice que la serpiente era astuta, más que todos los animales. Él obra a través del engaño y la astucia. Nota que su objetivo es subvertir la autoridad de Dios. Él ataca la palabra de Dios. En el versículo 1, dice: “¿Conque Dios os ha dicho?”, a lo largo de la historia del mundo, el diablo pretende socavar la santa Palabra y revelación de Dios para el hombre. Específicamente, él distorsiona y tuerce la Palabra de Dios. Leemos: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” (Génesis 3:1). Bueno, Dios no hablaba de cada árbol del jardín. Sólo les prohibió comer del árbol del conocimiento del bien y del mal.

En esta tentación, Satanás en realidad está atacando y tergiversando al mismo Dios: Su soberanía, Su bondad, Su sabiduría y Su amor. Él está diciendo, en esencia, Dios no es bueno para ti. Él no busca tus mejores intereses, no provee para ti. Luego, miente explícitamente, diciendo: “No moriréis”, en el versículo 4. Y al hacerlo, pretende la muerte del hombre. Vemos como Jesús confirma esto en Sus palabras a los fariseos. Él dice: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Juan 8:44).

Desde el principio aprendemos las tácticas de Satanás, que continúa empleando a lo largo de la historia. Por eso Pablo dice en 2ª Corintios 11 en el versículo 3: “Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”. Génesis 3 nos enseña hoy a tener cuidado. Para permanecer vigilantes contra las estrategias engañosas de Satanás. También aprendemos sobre la naturaleza del pecado. Adán y Eva respondieron a esta tentación desobedeciendo el mandato de Dios. Adán dejó de creer en la palabra de Dios para creer en la mentira del diablo. Aquí aprendemos qué es el pecado en su núcleo: no ser o hacer lo que Dios requiere. Y lo que Él requiere se encuentra en la revelación de Su Palabra.

El pecado es transgredir la ley de Dios o no conformarnos con ella. 1ª Juan 3:4 confirma esto: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley”. Existen dos caras de la moneda. Hay pecados de comisión: hacer lo que la ley prohíbe. Y hay pecados de omisión: no hacer lo que exige la ley de Dios. En última instancia, porque la ley refleja el carácter de Dios, violar la ley es atacar a Dios mismo. Los resultados son una catastrófica miseria. Todas las miserias de esta vida se remontan a la presencia del pecado. Como leemos en otros lugares, el camino del transgresor es duro.

También aprendemos sobre la maldición de la muerte. Dios es justo. Él pronuncia una maldición sobre Adán y Eva, sobre la tierra y sobre la serpiente. Pero nos centraremos en la primera. El pecado del hombre resulta en la maldición de Dios por su desobediencia, tal como Dios les había advertido. Ahora, quizás te preguntes, ¿por qué Adam no muere de inmediato? Bueno, necesitamos entender la extensión y el tipo de muerte que incluye esta maldición. Ten en cuenta tres cosas. Fue, ante todo, una muerte espiritual que se traduce en la corrupción del alma de Adán. En las palabras de Pablo acerca del hombre: “Muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). Adán perdió la comunión con Dios y se volvió incapaz de hacer lo que complace a Dios. Está muerto para con el bien y sólo puede pecar. Exploraremos más al respecto en la siguiente lección.

Así que, primero que nada, tenemos esta muerte espiritual. En segundo lugar, hay una muerte física. Su cuerpo también morirá. En la genealogía de Adán a Noé que se nos da en Génesis 5, encontramos que se repiten una y otra vez las mismas palabras: “Y murió”. Como el repetido gong de una campana, sonando el número de muertos.

En tercer lugar, hubo una muerte eterna. La sentencia de la muerte eterna. Su alma y su cuerpo están bajo la ira y la maldición de Dios y sufrirán los dolores del infierno por toda la eternidad. Dios se revela a Sí mismo como el juez infinitamente justo. Romanos 1 en el versículo 8, dice: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad”. El pecado se debe medir

en balance con el objeto contra el que se pecó, es decir, con aquel contra el que se pecó. El menor pecado es en contra un Dios infinito, y, por lo tanto, garantiza un castigo eterno.

Finalmente, en este primer punto, vemos algo sobre cómo Adán perdió la comunión con Dios. Trágicamente, por su caída, la humanidad, toda la humanidad, perdió la comunión con Dios. El corazón de la maldición es la separación con Dios.

El pecado del hombre trajo culpabilidad, una sentencia de culpable contra el estándar objetivo de la Palabra de Dios. Causó la polución o la contaminación y junto con la culpa trajo la vergüenza. Entonces Adán se escondió de la presencia de Dios. Cubrió su desnudez con hojas de higuera. Ahora se encontraba distante, alienado, en enemistad con Dios. La vergüenza y la desgracia son lo opuesto a la gloria y el honor.

Piensa en las palabras de Pablo en Romanos 3:23: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. Fíjate en la palabra “gloria”. Además, el hombre es expulsado de la presencia de Dios. En Génesis 3 versículo 24, leemos acerca de la gran expulsión: “Echó, pues”, ese es Dios, “fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida”. El hombre está separado de la presencia de Dios. Más tarde en Isaías 59: 2 leemos: “Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír”.

En segundo lugar, debemos considerar las consecuencias a largo plazo del pecado, y esto nos lleva al Pacto de Obras. Aprendimos en la lección anterior que Dios había entrado en un Pacto de Obras con Adán antes de la caída. Así que el pecado de Adán tiene lugar en el contexto de un pacto, una relación de pacto con Dios. Notarás que Génesis 1, 2 y 3 no usan la palabra “pacto”, pero que todos los elementos de un pacto están presentes. Y más adelante, se menciona como un pacto, por ejemplo, en Oseas 6: 7, donde la palabra “hombre” también se puede traducir como “Adán”. Y esto no debería sorprendernos porque el pacto de Dios con David en 2ª Samuel 7 Tampoco usa esa palabra, pero lo hace más adelante en el capítulo 23 del mismo libro.

La pregunta es: ‘¿Cómo es que la culpa del primer pecado de Adán pasó a su descendencia?’ La respuesta es un concepto teológico muy importante llamado “imputación”. Verás que Pablo usa esta palabra, imputación, algunas veces en Romanos 4, así que necesitas saberlo. Imputación es un término legal que significa “atribuir a” o “acreditar a la cuenta de uno”, “hacer contar”. Por lo tanto, la culpa del primer pecado de Adán se imputó a su descendencia. Fue acreditado a su cuenta y los destinatarios son moralmente responsables de ello. En Adán, es decir, en unión con Adán como nuestro jefe federal, todos los hombres han pecado. Por lo tanto, los efectos de la maldición, es decir, la muerte, caen sobre todos los hombres.

La teología de la imputación es importante por otras razones. Descubrirás tres imputaciones en la Biblia, cada una relacionada con el corazón del Evangelio. La primera es el que estamos considerando aquí, la imputación del pecado de Adán a su descendencia. La segunda es la imputación de los pecados de los escogidos de Dios a Cristo. Y luego, en tercer lugar, tenemos la imputación de la justicia de Cristo a Su pueblo elegido. En 2 Corintios 5 versículo 21 dice: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Si crees que la imputación del primer pecado de Adán a nosotros nos parece injusta, entonces debes decir lo mismo acerca de la imputación del pecado a Cristo y la justicia de Cristo a su pueblo. Además, aprendemos que el pecado y la corrupción que se encuentran en Adán han llegado a todos los hombres, como descendientes de él por una generación ordinaria. Todos nacemos en el estado de pecado, y esa naturaleza pecaminosa es la fuente de todos nuestros pecados o transgresiones reales. Así que, piensa por un momento en esta pregunta: “¿Somos pecadores porque pecamos o pecamos porque somos pecadores?” La respuesta es la última. Pecamos porque somos pecadores. Nacemos con una naturaleza pecaminosa.

Por último, con relación al segundo punto, debemos considerar la relación de Adán con Cristo. Como ya hemos visto, nuestra relación con Adán tiene implicaciones muy importantes para la relación del cristiano con Cristo. Leemos en 1ª Corintios 15, desde el versículo 21 al 22: “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”. Así como Adán representó a su simiente, así Cristo representa a su pueblo elegido. Cristo no solo deshace lo que Adán hizo mal. Así que, Adán comenzó en un estado de perfección, y cayó

de ese estado a una posición de demérito. Cristo no solo viene a redimir a su pueblo de eso, resucitándolos, si se quiere, a la posición de Adán antes de la caída. Él hace eso.

Pero Cristo también continúa haciendo lo que Adán no hizo. Satisfacer las demandas de obediencia personal y perfecta en nombre de su pueblo. Entonces, mientras que Adán debería haber obedecido y haber sido elevado hasta la vida eterna, desobedeció y cayó. Cristo viene, y no solo regresa a la posición de Adán, sino que hace por nosotros lo que Adán no hizo. Por lo tanto, habilitándonos como herederos de la promesa de vida eterna. Aquí tenemos los inicios de la preparación para Cristo y la provisión de la justificación por la fe en Cristo, que consideraremos más detalladamente hacia el final de este curso.

En tercer lugar, debemos considerar la primera promesa del evangelio. Esto nos lleva al punto de la primera promesa del evangelio. Quizás hayas presenciado cómo se pone el sol y descende la oscuridad. Pero entonces, aparece una estrella solitaria en el cielo, brillando contra el telón de fondo de ese cielo negro. Esto es lo que sucede en Génesis 3 versículo 15, donde vemos la primera promesa del evangelio después de la caída, una promesa que se cumplirá en Cristo. Dice así: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. Entonces, aquí esta Cristo nuevamente, en Génesis 3, esta vez representado como el Salvador.

Un puritano, John Owen, señaló que Génesis 3:15 proporciona “el embrión de toda la doctrina de la salvación para los pecadores”. Así que, es el primer destello, por así decirlo, en el nuevo horizonte de la gracia de Dios. Vamos a destacar cuatro cosas en este punto.

En primer lugar, esta promesa es la semilla del Pacto de Gracia. Vimos que Adán rompió el primer pacto, el Pacto de Obras. También vimos que debido a la distancia entre Dios y el hombre, el Señor debe condescender en relacionarse con el hombre a través de un pacto. Los teólogos lo llaman el Pacto de Gracia, por medio del cual Dios provee para la salvación de su pueblo.

Y encontramos la primera semilla de este Pacto de Gracia aquí en Génesis 3:15. Fíjate en que, una vez más, Dios toma la iniciativa por Su lado de establecer un Pacto. Vemos a Dios buscando a Adán; entonces oímos: “Y pondré enemistad”. Ese es el Señor. A lo largo del resto de la Biblia, observaremos cómo esta semilla del Pacto de Gracia echa raíces y se profundiza. Dios manifestará y expandirá Su revelación del Pacto de Gracia a través del resto de la historia de la redención. Nuestro entendimiento del uno, el único Pacto de Gracia se hará más y más claro a través del pacto de Dios con Noé, y luego con Abraham, y luego con Moisés y David hasta que llega a su máxima expresión en el nuevo pacto. Nota, que hay una continuidad dominante que se remonta desde Génesis 3:15 hasta Apocalipsis 22, revelando el plan de redención de Dios a través de Su Pacto de Gracia. Solo vemos un rayo de luz aquí en Génesis 3:15, pero Dios se construirá sobre esto en nuestros estudios futuros, como verás.

La pregunta 20 del Catecismo Menor resume estas verdades, dice: “Como Dios, de su propia soberana voluntad, había elegido desde el principio a los que iban a gozar de la vida eterna, entró en un pacto de gracia para liberarlos de su estado de pecado y de miseria, e introducirlos en un estado de salvación por medio de un Redentor”. Esto resultará en la restauración de la comunión con Dios. Cristo aplastaría la cabeza de la serpiente. En las palabras de Colosenses 2:15: Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”.

Pero en el proceso, el talón de Cristo sería lastimado. Esta es una referencia a su obra sobre la cruz. Cristo sería hecho maldición. Cristo tomaría el lugar de su pueblo y se sometería a la muerte y al juicio y a la ira de Dios. Esta maldición original proporciona el trasfondo para la salvación venidera de Dios, la salvación de su pueblo a través de Cristo. En Gálatas 3 versículo 13 dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero”.

Vemos un indicador sutil de esto en Génesis 3 versículo 21: “Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió”. Dios eliminó el intento del hombre de cubrir su propia vergüenza, y los vistió con su propia provisión. Ahora las pieles, por supuesto, implican la muerte de los animales. El derramamiento de sangre y sacrificio era necesario para cubrir su culpa y su vergüenza. Esto es confirmado por los sacrificios divinamente aprobados en el siguiente capítulo, el capítulo 4. Como leemos en Hebreos 2, versículos 14 y 15: “Para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”.

También tenemos que encontrar el origen de la promesa acerca de la enemistad entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, porque ésta también nos proporciona un plan para la Iglesia. En Génesis 3:15, la primera promesa del evangelio, también se relaciona con este plan. Fíjate en que hay tres contrastes en este versículo. En primer lugar, el contraste entre la serpiente y la mujer. Eso acabó con el pacto que produjo la caída de la humanidad y logró la restauración de la comunión con Dios. Y, desde luego, la comunión con Dios trae enemistad con el pecado y Satanás.

El segundo contraste es Cristo y Satanás. Cristo, por supuesto, es la simiente de la mujer que aplastará la cabeza de la serpiente, mientras que la serpiente deberá herir su talón. Pero, en tercer lugar, hay un contraste entre la iglesia, la simiente de la mujer; y el mundo, la simiente de Satanás. Esto representa una gran división. El resto de Génesis traza líneas de distinción entre la simiente fiel de la mujer y la simiente rebelde de la serpiente, separando el linaje de Set y Caín, Isaac e Ismael, Jacob y Esaú. La simiente de la mujer en última instancia, por supuesto, conduce a Cristo. Esto también establece el contexto de enemistad y guerra entre la iglesia, bajo Cristo, y el mundo, bajo el dominio de Satanás, que se remonta hasta la historia de la redención. La comunión con Dios requiere la separación de la comunión con el pecado, el mundo y el diablo.

En 2ª Corintios 6:14 leemos: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?”. Debes comprender la teología de la que habla Génesis 3 para dar sentido al resto de la historia de la redención. Esto es, después de todo, un mandato para la Iglesia de Cristo. Compara Génesis 3:15 con 1ª Juan 3 versículo 8 y versículo 10: “El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”. Y continúa: “En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios”. Puedes notar la relación que hay entre Cristo y la Iglesia y entre el diablo y el mundo.

Entonces, vemos que la promesa de Cristo en Génesis 3:15 se extiende hasta el triunfo del pueblo de Cristo sobre el diablo. Pablo se basa en esto en Romanos 16 en el versículo 20, donde les dice a los romanos: “Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros”. Él se está refiriendo a ese pasaje en Génesis 3, y puedes ver esto más a fondo en lugares como Apocalipsis 12.

También tenemos que considerar a dónde conduce esto. Entonces, finalmente podemos rastrear la gran inversión de la maldición hasta el fin de los tiempos, donde se transforma en una bendición. En otras palabras, esto nos lleva al cielo donde ya no habrá más maldiciones, sino una comunión permanente por el pueblo de Dios con su Señor.

Y así, desde Génesis 3, donde vemos el pronunciamiento de la maldición, nos lleva a la Cruz donde vemos a Cristo cargando la maldición y los pecados de su pueblo y eliminando esa enemistad con Dios y restaurando la comunión con el Señor. Y eso, a su vez, conduce en última instancia a la consumación en el cielo mismo. En Apocalipsis capítulo 22 versículos 3 y 4 dice: “Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes”.

En el cielo, no hay más pecado. Y, por lo tanto, no hay más sufrimiento, ni muerte, ni dolores, ni desdichas. En Apocalipsis 21 versículo 4 dice: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”. En el cielo, el pueblo de Dios se regocija en la restauración de la comunión permanente y sin pecado con Dios, que supera todo lo que se conocía en el Jardín del Edén.

Puedes notar cómo en todas estas lecciones estamos uniendo los hilos teológicos y estamos rastreando estos temas a través de las Escrituras en su totalidad. En la próxima lección, exploraremos cómo Dios construye basado en estos temas durante el tiempo de Noé.

Lección 4

NOÉ

Tema de la Lectura:

Dios manifiesta Su gloria en la salvación a través del juicio.

Texto:

“Porque si Dios no perdonó... al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos... sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio” (2 Pedro 2:4, 5, 9).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 4

La historia del Arca de Noé y el diluvio en todo el mundo puede ser una de las historias más conocidas en el Antiguo Testamento. Ciertamente cautiva las mentes de los niños, pero es un relato aleccionador de la destrucción sin precedentes de Dios en el mundo. Parece que, en el tiempo entre Adán y Noé, lo tanto que sucede, lo tanto que sale mal. En el diluvio, el mundo cambia para siempre, pero Dios proporciona un mensaje central de esperanza en esta historia en la que revela aún más la naturaleza de su plan de salvación.

Entonces, ¿cuál es el significado teológico de Génesis 4 y 5? ¿Qué aprendemos sobre la condición caída del hombre en el momento de Noé? ¿Se oponen entre sí el juicio y la salvación? ¿o la salvación viene a través del juicio? ¿De qué manera el pacto de Dios con Noé después del diluvio hace avanzar el plan de redención de Dios?, y ¿cómo nos indica lo que sigue en la historia bíblica?

En esta lección, veremos lo que Dios nos revela acerca de Sí mismo, sobre Su pueblo y sobre Su salvación, y lo haremos observando los períodos previos al diluvio, durante el diluvio y después del diluvio. El Señor entrelaza los temas de la gracia y la ira, demostrando que la salvación debe venir a través del juicio.

Entonces, en primer lugar, consideremos el período previo al diluvio. Antes del diluvio, Dios revela la división y la separación entre la trayectoria de las dos simientes que se mencionan en Génesis 3:15. Encontramos la primera distinción entre la iglesia y el mundo en Génesis 4, seguida por dos linajes que conducen a los días de Noé. Consideraremos esos dos linajes bajo este primer punto.

Considera, en primer lugar, el linaje de la simiente piadosa. Sabemos por Génesis 3:15 que es a través del linaje divino que vendrá el Mediador. Génesis 4 es la primera manifestación importante de la promesa de Génesis 3:15. La lucha entre las dos simientes comienza sobre la adoración designada por Dios. Caín se convierte en el primer apóstata hipócrita, y Abel, el primer mártir creyente. Descubrimos varias características de la Iglesia de Dios antes del diluvio. Vemos que Dios designó Su adoración y lo revela en Génesis 4 al final del versículo 4: “Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda”. Debemos acudir a Dios en Sus términos y conforme con la

adoración señalada, No según nuestras preferencias, creatividad o innovación. Hebreos 11:4 dice: “Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín”.

Ahora sabemos que la fe es una respuesta a la Palabra de Dios. Romanos 10:17 nos enseña que: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”. Entonces, Abel obviamente estaba respondiendo a la Palabra de Dios y ofreciéndole a Dios la adoración que Él ordenó, aunque esto no está registrado explícitamente en Génesis 4. También vemos la institución designada por Dios para el sacrificio. Esta se convierte en el fundamento de lo que sigue y se expandirá hacia una institución más elaborada bajo Moisés. Todo esto apunta, por supuesto, al sacrificio de Cristo y la verdad de que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados.

La palabra Abel en realidad significa “vanidad”, un tema que se expone para nosotros en el libro de Eclesiastés. Después de la muerte de Abel, el linaje de la simiente divina pasa por Set. Leemos: “Y llamó su nombre Set: Porque Dios (dijo ella) me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín” (Génesis 4:25). Después del nacimiento de Enós el hijo de Set, leemos: “Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová” (Génesis 4:26). Los piadosos se reunieron para adorar a Dios. La iglesia emergió visiblemente por primera vez en contraste con el mundo que la rodeaba. Si continúas leyendo, Enoc es un eslabón más en la cadena divina que conduce a Noé. En Génesis 5:22 y nuevamente en el verso 24, leemos: “Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios”.

La palabra hebrea para caminar indica una interacción diaria, así que piensa, por ejemplo, en Deuteronomio 6:7, donde dice que debes enseñar a tus hijos diligentemente la Palabra de Dios al levantarse, al acostarse y al andar por el camino. Eso es lo que se pretende. Hebreos 11:5 dice, hablando de Enoc, “tuvo testimonio de haber agradado a Dios”, por lo que la comunión espiritual con Dios continuó. Enoc vivió en la presencia de Dios. De manera similar, este testimonio continúa en Génesis 6:9, “Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé”. Más tarde, Dios exige lo mismo de Abraham. “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (Génesis 17:1).

¿Qué más aprendemos? Aprendemos de Judas 14 que la Palabra de Dios continuó resonando a través de la profecía de Enoc. Era, desde luego, la Palabra de juicio de Dios sobre los impíos. La Palabra de Dios continuó siendo proclamada a través de Noé, como observamos en 2 Pedro 2:5, donde se lo describe como un predicador de la justicia. Y así, los fieles, la simiente piadosa, se reunieron en torno a las ordenanzas de Dios y ante la pureza de la adoración a Dios, la Palabra de Dios por profecía y por sacrificio.

En segundo lugar, con relación al primer punto, aprendemos también algunas cosas acerca del linaje de la simiente impía. La simiente de la serpiente se despliega a través de la descendencia de Caín. Fíjate en 1ª Juan 3:12, y observa las palabras: “No como Caín, que era del maligno”, quien era del maligno, “y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas”. En Caín vemos la primera deserción de la adoración designada por Dios, su rechazo del sacrificio por sangre y vemos el primer caso de disciplina de la iglesia, la expulsión de Caín de la asamblea de los verdaderos adoradores de Dios. En Génesis 4:16 dice: “Salió, pues, Caín de delante de Jehová, y habitó en tierra de Nod, al oriente de Edén”. John Owen, un puritano, describió esto como “del tipo divinamente ordenado y manifestado, un ejemplo para todas las futuras reformas de la iglesia”.

El primer asesinato conduce a más asesinatos por parte de Lamec, y él se jacta de ese asesinato en el Capítulo 4. Los versos iniciales de Génesis 6 muestran la corrupción que vino de la entremezcla, la unión de la iglesia con el mundo. Algunos descendientes de Set, los hijos de Dios, se casaron con los de Caín, las hijas de los hombres, y los resultados fueron espiritualmente devastadores. Una vez más, John Owen dice: “En todas las edades, la asociación libre con los malvados conduce a la caída de la iglesia”. En Génesis 6:3, el Espíritu de Dios comenzó a retirar Su presencia y bendición como resultado y esto abrió el camino a la determinación de Dios de destruir el mundo con un diluvio. Las compuertas de la iniquidad condujeron a las compuertas del juicio. El principio de Dios de la separación piadosa había sido violado y reemplazado por una alianza impía entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente.

Eso nos lleva al día de Noé donde leemos en Génesis 6:5: “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”. Nota seis cosas que se describen sobre el pecado en este versículo. Vemos, primeramente, que el pecado es innato. Es intrínseco, Notarás esto más adelante en el Capítulo 8:21: “Porque el intento del corazón del hombre

es malo desde su juventud”. Por lo tanto, pecado es innato o intrínseco, descrito como la maldad de los hombres en el Capítulo 6, versículo 5.

En segundo lugar, observamos la intensidad del pecado. Él dice que es “mucha”. En tercer lugar, la totalidad del pecado: “Todo designio”. En cuarto lugar, vemos la creatividad perversa del pecado. Se describe como “designio”. Esto se basa en el concepto de que el hombre es creativo en su trabajo como ser creado a la imagen de Dios. En quinto lugar, la interioridad del pecado, los pensamientos del corazón, y sexto, el pecado es exclusivo. Sólo es el mal. A esto podemos agregar uno más, sería el séptimo lugar, que el pecado es habitual. Puedes ver la palabra “continuo”. Hay mucho contenido en ese versículo. El pecado es universal porque el hombre caído nace en el pecado. Sobre todo, leemos esto a lo largo del Antiguo Testamento, pero también en el Nuevo Testamento. Considera Romanos 3:9–23, por ejemplo. La estimación del hombre natural hacia sí mismo está enormemente inflada. Él no puede jactarse de nada sin privar a Dios de su honor. Y déjame darte dos breves ejemplos.

Un hombre del Antiguo Testamento, Nabucodonosor, quien se elevó en su orgullo y se atribuyó a sí mismo la gloria, pero el Señor lo humilló y lo envió a los campos como un buey. Y en el Nuevo Testamento, vemos a Herodes en Hechos 12. Cuando fue alabado como un dios y recibió esa alabanza, Dios lo golpeó, y fue comido por gusanos y murió.

En Génesis 6:5, tenemos uno de los versículos más antiguos y claros acerca de la doctrina de la Depravación Total. Ahora, en total, la palabra “total” no significa que el hombre sea tan malvado como podría serlo. Más bien, “total” quiere decir que todos los aspectos de la naturaleza del hombre están impactados por el pecado. La corrupción del hombre es extensa, pero no necesariamente intensiva. El incrédulo es totalmente, no completamente, depravado. Todas sus facultades están afectadas, y podríamos enumerar una larga cadena de Escrituras del Nuevo Testamento para establecer el hecho de que su mente y comprensión se ven afectadas y caen en pecado. Sus emociones, su conciencia, su voluntad, y podríamos seguir. La incapacidad moral del hombre natural se debe a que es esclavo del pecado y se encuentra, como lo dice en el Nuevo Testamento, espiritualmente muerto. Está ciego y es impotente, pero además es ignorante. Entonces, el hombre natural no solo está enfermo o débil, corto de vista o mal informado; es totalmente depravado. El incrédulo está en una posición de esclavitud, no de libertad. La esclavitud, no la libertad. No tiene la capacidad propia de la libertad de voluntad para hacer el bien o para venir a Dios o ejercer la fe salvadora sin la intervención divina.

Sería útil en este punto resumir la doctrina de la Libertad de la Voluntad como se ve a lo largo de la historia redentora, ya que ese es el propósito de nuestro curso. Esto nos ayudará a comprender mejor Génesis 6 en el contexto del panorama general. Podemos dividir la historia redentora en cuatro secciones y considerar la libertad de voluntad del hombre en cada una de ellas.

En primer lugar, comenzamos antes de la caída con Adán en el estado de inocencia en el jardín. Allí, ¿qué sabemos de su voluntad? Bueno, que era capaz de no pecar, y por lo tanto tenía la capacidad de hacer el bien y el mal.

La segunda categoría es después de la caída, y esto se refiere al incrédulo en su estado de pecado caído. La Biblia nos enseña que él no puede dejar de pecar. En otras palabras, solo tiene la capacidad de hacer el mal y no el bien.

En tercer lugar, podemos considerar los términos de la categoría de una persona después de que se convierte, después de ser llevada a la fe en Cristo, el creyente. Este, es capaz de pecar y de no pecar, es decir, que tiene la habilidad de hacer el bien y el mal.

Con respecto a los creyentes, la última categoría está en el cielo. Una vez en el cielo, el creyente no puede pecar, pues solo tiene la capacidad de hacer lo que es bueno y no lo malo. Y así, nosotros nos encontramos en esa segunda categoría de Génesis 6:5: El incrédulo no puede hacer el bien. Él sólo es capaz de hacer lo que es malo. También podemos distinguir muy brevemente entre la pecaminosidad del pecado, por un lado, y la atrocidad del pecado por el otro. Y esto es útil, especialmente cuando surgen preguntas prácticas. Si una persona comete adulterio, es posible que escuche a alguien decir: “Bueno, todos somos pecadores. Todos hemos pecado”. Y eso es cierto, pero no reconoce la distinción entre la pecaminosidad del pecado y la atrocidad del pecado.

Entonces, mientras que odiar a tu hermano en tu corazón es pecaminoso, y asesinar a tu hermano con tu mano también es pecaminoso, este último, asesinar a tu hermano, es más atroz. Es un pecado más atroz, significa que hay grados de atrocidad. Podemos pasar de tener pensamientos malos a decir palabras enojadas, a golpear o

asesinar a alguien, y en cada caso, hay un aumento de la atrocidad del pecado, aunque la pecaminosidad de cada pecado comparte cierta igualdad.

La Biblia presenta una visión elevada de Dios, una visión baja del hombre y, en consecuencia, la necesidad de la salvación que conduce a la humildad y a la dependencia. El hombre debe ser salvado de sí mismo, salvado del pecado, y salvado de la ira de Dios en el infierno.

En segundo lugar, debemos considerar el período del diluvio. La apostasía mundial había alcanzado una altura sin precedentes, como se puede ver en el Capítulo 6:11-13. El mundo antiguo termina con una tormenta apocalíptica para mostrar cómo la bendición de Dios y la salvación de gracia sólo vendrá en la forma de juicio justo sobre el pecado. Esto constituye el fin de una época, el fin del mundo como se conocía entonces. Nuevamente, fíjate en dos cosas sobre este punto. En primer lugar, los malvados son castigados. Dios les había advertido, llamándolos al arrepentimiento a través de Noé y a través de la predicación de Enoc.

Pero, como dijo Jesús: “Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos”. Lo encuentras tanto en Mateo 24 como en Lucas 17. Fue como en las palabras de Proverbios 29:1: “El hombre que reprendido endurece la cerviz, De repente será quebrantado, y no habrá para él medicina”.

Al contrario de lo que dicen algunos escépticos, esta fue un diluvio mundial y no aislada. Cubrió toda la tierra. Fue una catástrofe universal que Dios llevó a cabo por medio de Su palabra. Esto se confirma en las palabras de Pedro en 2 Pedro 3:3-7, y ese es un pasaje importante para entender el libro de Noé. Deberías tomarte tiempo para leerlo. De hecho, el Nuevo Testamento establece un paralelo entre el diluvio universal y el juicio final de Dios. El diluvio es, por así decirlo, un emblema del juicio final que viene, la consecuencia del pecado en forma pictórica. Por lo tanto, te alentaría a leer ese pasaje en 2 Pedro 3:3-7.

En segundo lugar, acerca de este punto sobre el período del diluvio, vemos que los creyentes son salvos. Ahora, la necesidad de la gracia de Dios es evidente en Génesis 6:17: “Y he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá”. Eso demuestra la necesidad de la gracia de Dios. También hay una expectativa de gracia un poco antes en el capítulo 5:29, hablando del nacimiento de Noé. Dice: “Y llamó su nombre Noé”. El nombre Noé significa reposo. “Llamó a su nombre Noé, diciendo: Este nos aliviara”.

Pero lo más importante es que vemos la experiencia de la gracia en Génesis 6:8: “Pero Noé halló gracia ante los ojos del Jehová”. Esto presupone que Noé también buscó la gracia y la anhelaba. Encontró lo que había buscado. Era un hombre justo y recto que caminaba con el Señor. Así mismo, en Génesis 8, leemos: “Y se acordó Dios de Noé”. También debemos reconocer que la salvación vino en la forma de juicio. Éste es un punto importante. Noé no solo fue salvado del agua, sino por medio del agua. Esto es lo que dice la Biblia en 1 Pedro 3:20: “Cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua”. Establece una conexión con el significado del bautismo y la santificación por medio de la resurrección de Cristo. Los creyentes son salvos por la muerte y resurrección de Cristo, cuando las aguas del juicio de Dios cayeron sobre él. El agua que purgó el mundo de la corrupción salvó a los que estaban en el Arca. El mundo malvado amenazó con tragarse o destruir a Noé. El diluvio destruyó el mundo y, al mismo tiempo, esa misma agua salvó a la Iglesia y la separó del mundo malvado. En las palabras de Isaías 1:27: “Sion será rescatada con juicio, y los convertidos de ella con justicia”.

Entonces, Dios amablemente instruye a Noé a construir un arca, y Noé se somete a la Palabra de Dios. Dios proveyó un arca. Dios los llamó al arca. Dios los encerró en el arca. Dios los recuerda en el arca, y Dios los saca del arca. El arca representó a Dios mismo en Cristo como el Refugio y Salvador de Su pueblo. Allí vemos que la simiente de la mujer flotaba segura para salvación, mientras que la simiente de la serpiente pereció.

En tercer lugar, tenemos que considerar el período posterior a al diluvio. Después del cual, Dios bendijo a Noé y reafirmó Su promesa del evangelio en el Pacto de Gracia. Leemos acerca de esto en Génesis 9. El pronunciamiento de la bendición de Dios sobre su pueblo se convierte en una característica muy importante en toda la Biblia hasta las últimas palabras y el último versículo de las Escrituras en Apocalipsis 22:21.

Como vimos antes, Dios es el que inicia Su pacto. En Génesis 9:9, leemos: “He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros”. Dios es el autor del pacto con Noé. En el pacto Noético, notarás la referencia a la creación que demuestra la coexistencia de la creación y la redención.

Esto es por al menos un par de razones. Los propósitos de Dios en la creación se mantienen para que la redención pueda proceder y desarrollarse. Las obras de Dios de la creación y la providencia sirven a los propósitos de Dios para promover su plan de redención en la historia. También sabemos que las bendiciones del pacto culminarán con la renovación de la existencia ordenada de la creación en los nuevos Cielos y la nueva Tierra, que consideramos en una lección anterior.

Entonces, leemos en Génesis 9 la promesa de vida, la provisión de Dios y la preservación de Dios. Estas nuevas promesas del pacto van acompañadas de múltiples sacrificios. Los ves al final del Capítulo ocho y en la primera sección del Capítulo nueve. Mientras que la mayoría de las criaturas entraron en el Arca de dos en dos, los animales que Dios designó como limpios vinieron por siete. Esta fue la provisión de Dios para el sacrificio (estos animales limpios se ofrecerían en sacrificio) y para la comida que Noé comería. Tenemos la primera mención de un altar en Génesis 8:20. Dios establece una vez más Su Pacto de Gracia con sacrificio y derramamiento de sangre, instruyendo nuestras mentes al principio de la Biblia con la expectativa de Cristo, que mucho más tarde diría durante la Cena del Señor: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”.

Notarás que Dios proporciona un signo perpetuo de este Pacto de Gracia, es decir, en un arco iris. Leemos en el capítulo 9:13: “Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra”. Esto se vuelve a decir en los versículos 16 y 17.

Y así, este es otro bloque de construcción, porque los signos de del Pacto de Gracia se convertirán en una característica básica en nuestros estudios futuros. También debemos señalar, en referencia a este pacto, el principio del hogar; La expansión de la promesa del pacto incluye a la familia de creyentes. Noé mismo era un hombre de fe. Él creyó en el evangelio y fue salvo por la fe en Cristo. Él creyó la Palabra de Dios. “Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe” (Hebreos 11:7). Nota que Dios extiende su bendición de pacto a Noé como creyente y a sus hijos. En Génesis 9:9: “He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros”. Este principio del hogar se encuentra en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, como veremos. Cuando Pedro predica el evangelio en Hechos 2:39, dice algo muy similar. Él dice: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos”.

Sin embargo, heredar las promesas del pacto en las familias del pacto no era un sinónimo de conversión verdadera y de fe salvadora. Es decir, no todos recibieron la promesa por fe. La simiente de la serpiente se levantó nuevamente, desde dentro de la simiente de la mujer a través de la rebelión de Cam y la ruptura del pacto por lo que este a su vez fue separado de la asamblea del pueblo de Dios. Puedes observar esto en el capítulo 9:25–27. Pero también pensemos en lo que sigue después. Estamos considerando lo que ocurrió después de la inundación. Después del diluvio de Dios, el mundo comienza de nuevo con Noé, pero hay una continuidad que permanece. En Génesis 9, ves, por ejemplo, referencias a la continuación de las ordenanzas de creación de las que aprendimos en la segunda lección sobre la creación. Vemos la preservación del hombre como la imagen de Dios, ahora protegida por la pena de muerte por asesinato en el Capítulo 9:6. Las provisiones de las promesas de salvación de Dios también continúan.

Pero, para concluir, quiero dirigir tu atención hacia algo muy importante al final de Génesis 9, algo significativo para nuestra comprensión y expectativas con respecto a la historia de la redención. En el capítulo 9:26 y 27, leemos: “Dijo más: Bendito por Jehová mi Dios sea Sem, Y sea Canaán su siervo. Engrandezca Dios a Jafet, Y habite en las tiendas de Sem, Y sea Canaán su siervo”. ¿Qué vemos? Bueno, vemos que Sem construirá la tienda y los descendientes de Canaán entrarán a la tienda a través del servicio. El libro de Josué nos da un ejemplo de cómo. Pero los hijos de Jafet harán la tienda realmente grande.

Ya vemos aquí el plan a largo plazo de Dios en la historia de la redención. Dios usará a los judíos, la simiente de Sem, para establecer Su Pacto e Iglesia. Y los gentiles entrarán en el pacto y lo ampliarán grandemente en el futuro. La promesa del evangelio se extenderá a todo el mundo. Esto se cumple en gran medida en la promesa de Dios a Abraham, que consideraremos en la próxima lección. Pero, finalmente se cumple en el libro de Hechos y más allá. El camino futuro del plan de Dios y la historia de la redención es brillante.

Bien, hemos aprendido que Dios manifiesta la gloria de Su salvación a través del juicio. En la próxima lección, continuaremos con la revelación de Dios a Abraham.

Lección 5

ABRAHAM

Tema de la Lectura:

Dios consciente sacar a Abraham de la idolatría al camino de la fe y la obediencia para dispensar las bendiciones del evangelio a todas las naciones.

Texto:

“Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones” (Gal. 3:8).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 5

La relevancia contemporánea de Abraham parece indiscutible. Escuchamos referencias a Abraham en los conflictos en curso sobre los territorios de Palestina y en las disputas más amplias entre judíos y musulmanes en el Medio Oriente, aunque ninguno de ellos [tiene] un reclamo verdadero sobre Abraham. Los cristianos también, y con razón, consideran a Abraham como el padre de los que creen. Para entender a Abraham debemos apegarnos a las Escrituras. Es esencial que estudiemos la revelación de Dios desde muy cerca, la teología que Él nos provee en esta porción de la historia de redención.

¿Cómo progresa y se expande la historia de las dos simientes bajo Abraham? ¿qué temas teológicos provee Dios en el llamado de Abraham? ¿cómo avanza una vez más el plan de redención de Dios en el pacto de Dios con Abraham y cómo nos señala lo que sigue en la historia bíblica? ¿por qué el Nuevo Testamento enfatiza tanto que Abraham es el padre de todos los que creen? ¿encontramos en el Antiguo Testamento el mismo Evangelio y forma de salvación que descubrimos en el Nuevo Testamento?

En esta lección, expondremos algunos de los temas teológicos que Dios que trata en la historia de Abraham. Los consideraremos en relación al llamado de Abraham, al pacto con Abraham y al Redentor y la redención prometidos a través de Abraham. Si continúas leyendo, concluiremos esta lección examinando un evento emocionante en la vida de Abraham que junta nuestros temas e ilustra cómo debemos conectar una historia bíblica específica al gran plan de Dios en la historia de la redención.

En primer lugar, consideremos el llamado de Abraham. La continuación del desarrollo de la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, que son la Iglesia y el mundo. En Génesis 10, vemos la amplitud de la genealogía de los tres hijos de Noé y el origen de las futuras naciones. Observa que la simiente de la serpiente la representan Cam, Cus y Nimrod, quien se exaltó delante del Señor y, a través de él, el pueblo Cananeo.

Como fue prometido, la simiente de la mujer se remonta a través de Sem, hasta Abraham y, a través de él, a Isaac y a Jacob, con la selección de Judá para llevar la genealogía al Mediador.

Por el momento, Dios canalizará su revelación de redención a través de los Semitas. Pero, Dios registra esta tabla de naciones porque en la plenitud del tiempo, la redención volverá a ellas, como se le prometió nuevamente a Abraham. En Génesis 11, tenemos la Torre de Babel. El mundo orgulloso y rebelde buscó unificarse y exaltarse hasta los cielos. Dios maldice y frustra su maldad al confundir su lenguaje y dispersar a las naciones por todo el mundo. Ten esto en cuenta porque en la última parte del desarrollo de la historia redentora, Dios revertirá esta maldición a través del poder del Evangelio en Pentecostés en Hechos 2, donde todos escucharán la revelación de Dios en su propia lengua.

Y esto, por supuesto, nos llevará a la última descripción que tenemos del cielo en Apocalipsis 5, versículos 9 y 10: “Porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”. Bueno, considera cómo Dios incluye esto en su promesa a Abraham. Los profetas del Antiguo Testamento nos dirán más.

Fíjate en cómo Abraham es llamado. Dios castigó al mundo con la confusión del lenguaje, que resultó en la multiplicación y distribución del hombre en toda la Tierra. Ahora, debemos considerar cómo continuó Su promesa a través de un hombre, Abraham, el padre de todos los creyentes. Moisés, mirando hacia atrás en esto, dice, en Deuteronomio 32, versículos ocho y nueve: “Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel. Porque la porción de Jehová es su pueblo; Jacob la heredad que le tocó”.

Es posible que hayas notado en la lección anterior, que me referí al Antiguo Testamento, creyendo que el pueblo de Dios es la Iglesia. Esto es completamente apropiado. Esteban, hablando de Moisés, en Hechos 7, versículo 38, dice: “Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto”. Observa de nuevo, un punto de continuidad. Tenemos un pueblo de Dios, que abarca el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Comenzando con Set, luego Sem, luego Abraham y que finalmente, se expandió para incluir a los gentiles en el Nuevo Testamento, como veremos en un momento.

La palabra del Nuevo Testamento para “iglesia” significa, “los llamados”. Y eso es exactamente lo que vemos con Abraham en Génesis 12, versículos uno en adelante; Dios lo llama de Ur de los caldeos y lo separa del mundo. Dios lo llama a través del pronunciamiento de su Palabra divina. Observa nuevamente, que Dios está revelando su gloria. Volviendo a Esteban, en Hechos 7, dice en el versículo 2: “El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán y le dijo: Sal de tu tierra”.

Dios se revela a Sí mismo a Abraham como Jehová. Y, en el capítulo 15, versículo uno, dice: “Yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande”. Nuevamente, en el capítulo 17 versículo uno, “Yo soy el Dios Todopoderoso”. El nombre de Dios es la revelación de Su gloria. Dios se revela a Sí mismo y revela Su gloria en el llamado de Abraham.

También debemos notar algo aquí sobre la doctrina de la elección. Dios soberanamente eligió a Abram. Dios es el que inicia. Él busca a Abram. No es Abram el que busca a Jehová. Dios viene pronunciando Su bendición de salvación a Abraham. También es, una vez más, un llamado a la separación. Es llamado fuera de su país y de la casa de su padre y es llamado fuera de la idolatría. Josué 24 versículo dos destaca especialmente esto, él es llamado a salir de la idolatría. Él está llamado a depender completamente de Dios. John Owen dice: “Como ahora Dios tenía la intención de establecer una nueva fase para la iglesia a través de una separación visible del mundo y su participación en la religión falsa y la corrupción, así sentó las bases en la demostración de fe, obediencia y santidad, de aquellos llamados a eso. Y, a través de eso, en las promesas del Mesías venidero mismo”.

Con relación a este punto, con respecto al llamado de Abraham, fíjate en su respuesta de fe y obediencia. Esto está especialmente subrayado en Hebreos 11, esa extensa sección sobre Abraham en los versículos 8 al 19. Abraham respondió a la Palabra de promesa de Dios al recibirla y creerla. Y, en consecuencia, el fruto de la fe en obediencia. Abraham hace esto varias veces más en los siguientes capítulos. El Nuevo Testamento expone, extensivamente, la fe salvadora de Abraham. Él era un creyente del evangelio; ya lo vemos en Génesis 15 versículo seis: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia”. Como dice Pablo, tenemos en Abraham un claro ejemplo de un creyente justificado solo por la fe, solo en Cristo. Puedes ver el capítulo cuatro de Romanos. Lo exploraremos con más detalle cuando llegemos al Nuevo Testamento.

En segundo lugar, debemos considerar el pacto con Abraham. La revelación de Dios, con respecto a la salvación de Su pueblo en Cristo, se expande cada vez más con cada nuevo paso en la historia bíblica. La promesa del

pacto de Génesis 3:15 se vuelve más completa y clara en el pacto de Dios con Noé, y aún más, ahora, en el pacto de Dios con Abraham. Este único Pacto de Gracia continuará desarrollándose a través de Moisés, David y en el nuevo pacto. El pacto de Abraham proporciona la base, el lenguaje y el enfoque del trato de Dios con su pueblo, en la historia de la redención. Lo que encontramos aquí se traslada a los períodos que siguen.

Observa que Dios inicia Su pacto en el capítulo 12, en el versículo uno y en los siguientes. Explica el contenido que guarda el capítulo 15. Lo confirma, sacramentalmente, con signos y sellos, en el capítulo 17 y lo concluye en el capítulo 22. En cada sección, vemos componentes recurrentes. Permíteme mencionar algunos de ellos.

En primer lugar, encontramos una tierra prometida. Entonces, en primer lugar, hay una tierra prometida, un lugar para Su simiente. Ahora bien, debemos esperar para explicar esto en una lección posterior. Pero, nota aquí que Abraham sabía que la tierra física señalaba una herencia espiritual en el cielo. Hebreos 11 verso 10 dice: “Porque esperaba”, este es Abraham, “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”. Entonces, el primer componente es una tierra prometida. En segundo lugar, vemos una simiente prometida, Su descendencia física incluiría una simiente de promesa. Y el tercer componente es una bendición prometida. Se le prometió una fecundidad que abarcaría a las naciones del mundo.

Bueno, solo tenemos tiempo para tocar algunos puntos destacados con respecto a este pacto, pero permíteme dirigir tu atención a ellos. En primer lugar, el núcleo de la promesa del pacto se encuentra en las palabras del capítulo 17 versículo siete: “Y estableceré mi pacto”, y luego continua, “para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti”. El sería su Dios, y ellos Su pueblo. Necesitas imprimir esas palabras en tu mente, porque verás este lenguaje y este núcleo del Pacto de Gracia que se repite, literalmente una y otra vez, en todo el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, hasta su culminación final en Apocalipsis 21 versículo tres. Esto es importante para mostrar la continuidad del Pacto de Gracia a través de toda la Biblia.

En segundo lugar, es un pacto ratificado por la sangre. En Génesis 15, tenemos una visión elaborada en la que Dios apareció en la nube de humo y en el fuego y cuando pasó entre las piezas de los animales muertos, asumiendo solemnes juramentos e imprecaciones para que Él cumpliera Su Palabra.

En tercer lugar, vemos nuevamente que la promesa del Evangelio en el Pacto de la Gracia incluye el principio del hogar. La promesa a Abraham se extiende a sus hijos. Nuevamente, en el versículo siete del capítulo 17 (Génesis): “Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti”. Este componente del Pacto de Gracia continúa en el Nuevo Testamento. Como vimos la última vez, Pedro usa casi las mismas palabras que Génesis 17 versículo siete cuando predica el Evangelio en Hechos 2:39. Él dice: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos”.

En el cuarto lugar, dado que la promesa del pacto es para sus hijos, la señal y el sello de la promesa del evangelio, la circuncisión, también se entrega a sus hijos en el capítulo 17 versículo 11 (Génesis): “Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros”. Y luego, Dios ordena que esto se pase a sus hijos y a los que están en su casa. En Romanos cuatro, versículo 11, Pablo llama a la circuncisión una señal y un sello de la justicia de la fe.

Pero, la señal de la promesa no presume la regeneración. No todos recibirán la promesa con fe. Tanto Ismael como Isaac recibieron la señal del pacto, la circuncisión. Pero, Ismael es un incrédulo e Isaac es un creyente. Vemos lo mismo con Jacob y Esaú. Sin embargo, el mandato de pasar la señal a sus hijos era absolutamente necesario. En el capítulo 17 versículo 14, leemos: “Y el varón incircunciso, el que no hubiere circuncidado la carne de su prepucio, aquella persona será cortada de su pueblo; ha violado mi pacto”. Veremos esto ilustrado más adelante, en Éxodo, cuatro versículos 24 al 26. Dios vino a matar a Moisés por no circuncidar a su hijo. Esto será importante cuando lleguemos a nuestro estudio del Nuevo Testamento.

En tercer lugar, debemos considerar la venida del Redentor y la redención que fue prometida a través de Abraham. La promesa de Dios de bendición a Abraham se extendió a través de él a todo el mundo. Esto lo vemos en Génesis 12 versículo tres, al final del versículo: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. Esta promesa solo se cumpliría a través del Redentor venidero, Jesucristo, quien es llamado el Hijo de Abraham en el primer versículo del primer libro del Nuevo Testamento, Mateo 1:1. Gálatas 3, en el versículo 14 dice: “Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu”. Más tarde, en el versículo 29, dice: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa”.

Y así, puedes observar una vez más este tema acerca de la simiente que es prometida en Génesis 3:15. Todavía está siendo llevada a Abraham y a su descendencia. Y esto, en última instancia, conlleva a Cristo mismo, como se puede ver en Gálatas 3:14. Y a través de Cristo, esa promesa llega a los creyentes gentiles y a sus hijos.

Como puedes ver, la promesa nunca tuvo la intención de limitarse a los judíos, es decir, a linajes de sangre físicas, sino que se extendió a todos aquellos con una fe sana y salvadora en el Evangelio de Cristo. En Romanos 4 versículo 13, leemos: “Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe”. Por lo tanto, los creyentes gentiles son verdaderos hijos de Abraham y herederos de su promesa. Gálatas 3, versículo 7: “Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham”. O en el versículo 9: “De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham”.

Todo esto subraya para nosotros el modo en que la revelación de Dios, durante el período de Abraham, nos señala al Redentor, a Cristo y a la redención que vendría a través de Él. Pero, me parece que también necesitamos un ejemplo específico. Y así, por último, consideraremos un evento emocionante en la vida de Abraham para ilustrar los temas dominantes del Evangelio ejecutados a través de este y para mostrar cómo las historias bíblicas están relacionadas con el contexto de la historia redentora. En Génesis 22, Dios se revela a sí mismo, dejando al descubierto una parte Sí. Él se revela a Sí mismo como Jehová-Jireh, que significa: “Jehová proveerá”.

Quiero destacar no lo que hizo Abraham, es decir, no la prueba y el triunfo de la fe de Abraham en Génesis 22. Sin embargo, eso también es muy importante y merece nuestra consideración y exposición. Pero aquí, más bien, quiero enfatizar lo que Dios hizo en esta historia. Porque, el punto central del texto en Génesis 22, es que el Señor provee un cordero para el sacrificio, para que su pueblo, Israel, pueda vivir. En el versículo dos, Dios llama a Abraham a ofrecer a Isaac como un holocausto. Ahora, esto fue mucho más que una prueba de la naturaleza, por así decirlo. No fue tan solo una prueba en donde sería difícil para un padre tener que sacrificar a su muy querido hijo, sino que, hay más. Recuerda, Dios había limitado la promesa del Mesías y, por lo tanto, había limitado la salvación del mundo a la vida y al linaje de Isaac.

Entonces, pareciera que Abraham está siendo llamado a separarse de la salvación y de Cristo mismo. Ahora, Romanos 4 versículos 16 al 25, describen cómo Abraham, sin embargo, se aferró a la promesa de Dios. Es un hermoso pasaje. También puedes consultar Hebreos 11 para obtener más información sobre este punto. Pero, seguramente conoces la historia, el ángel detiene a Abraham y este recupera a su hijo como de entre los muertos, si se quiere, y Dios, en cambio, provee de los matorrales, un carnero como sustituto en lugar de Isaac. Ahora, es después de esto, es después de la provisión del sustituto, el carnero; es después de la liberación de Isaac que, en el versículo 14, Abraham llama el nombre del lugar, Jehová-Jireh. Y esto significa, literalmente, que el SEÑOR, o Jehová, proveerá.

Ahora, si fueras como yo, podrías haber esperado las palabras “Jehová ha provisto”. ¿Cierto? Isaac fue librado del altar y el carnero ha sido provisto. Dios proveyó. Pero, eso no es lo que dice. Dice: “Jehová proveerá”. Es tiempo futuro, en lugar de tiempo pasado. ¿Que está ocurriendo aquí? Abraham está mirando más allá. Él está parado en aquel monte, en la tierra de Moriá, y está mirando hacia el futuro. Él tiene un carnero y a su hijo de vuelta, pero ve que, en todas estas cosas, también tiene una promesa de cosas mejores por venir. Él está mirando más adelante, a través del linaje de Isaac, a la venida de Dios, el Señor Jesucristo. Y entonces él dice: “Jehová Proveerá”.

Es acerca de esta hora y acerca de este momento en la vida de Abraham, estoy convencido, a lo que Jesús se refiere cuando dice en Juan 8, versículo 56, “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó”. En el capítulo 22, Génesis 22 versículo dos, este evento tuvo lugar en una montaña en la tierra de Moriá. Ahora, sigue esto a través de la revelación de Dios en la historia bíblica. Es en ese mismo lugar en el que, más tarde, David ofrecería un sacrificio en la era de Ornan. Y luego, aún más tarde, Salomón construiría el templo en el monte Moriá, y levantaría un altar. En ese altar, innumerables miles, miles y miles de sacrificios a lo largo de los siglos fueron ofrecidos. En ese mismo lugar, en ese altar.

Es el mismo lugar, el monte Moriá, más de dos mil años después, dos mil años después de Abraham, que el Señor Jesucristo es crucificado. ¿Lo ves? Dios proveyó el cordero, para que su pueblo pudiera vivir eternamente. Abraham estaba esperando lo que estaba por venir. Poco sabía que ocurriría, relativamente, en esa misma área. Has la comparación Cordero de Dios, el Señor Jesucristo, e Isaac. El Señor Jesucristo es el Hijo de la Promesa. ¿Isaac fue un hijo de la promesa? Sí. Jesús es el mayor Hijo de Promesa. Él es el Hijo Eterno que existió antes de

Abraham. ¿Isaac esperó por mucho tiempo? ¿llegó solo cuando Abraham y Sara ya eran de edad avanzada? Sí. Pero, Cristo es el tiempo esperado por el Hijo, el Mesías, el Cordero de Dios. El Señor Jesucristo es el Hijo de la Promesa. ¿Isaac fue un hijo de promesa? Sí. Jesús es el mayor Hijo de Promesa. Él es el Hijo Eterno que existió antes de Abraham. ¿Isaac esperó por mucho tiempo? ¿Vino solo cuando Abraham y Sara estaban en sus años avanzados? Pero, Cristo tan esperado Hijo, el Mesías, el Cordero de Dios.

Observamos en la apertura del Nuevo Testamento, a personas como Ana y Simeón, que lo buscan. ¿Isaac tuvo un nacimiento sobrenatural? Nació cuando su madre ya había pasado los años de la maternidad. El Señor Jesucristo, mucho más. Él es concebido por el Espíritu Santo en el vientre de la Virgen María. El Señor Jesucristo, incluso más que Isaac, tiene mansedumbre para someterse al sacrificio de Sí mismo en nombre de su pueblo.

El Señor Jesucristo fue preordinado desde antes del principio. Y, en todo el Antiguo Testamento, los corderos sacrificiales apuntaban al único y final Cordero de sacrificio que llevaría los pecados de su pueblo. Leemos en el Nuevo Testamento, “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osará morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. Eso está en Romanos 5, versículos 7 y 8.

Aquí tienes esta fascinante y emocionante historia registrada para nosotros en la Palabra inspirada de Dios. En Génesis 22 hay más que una historia interesante. El contenido de esa historia está lleno de Cristo, está lleno del Evangelio y está lleno del plan de redención que Dios está desarrollando en la historia de la Biblia. Y, debemos interpretar y entender Génesis 22 a la luz de eso. Y, los ministros también deben predicar ese pasaje a la luz de esas realidades espirituales. Da una luz y color frescos y también establece conexiones entre el pasaje y Cristo. Pero consecuentemente, del pasaje a Cristo, y de Cristo a nosotros. Y vemos la relevancia apremiante de una historia, como la que se encuentra en Génesis 22, para el cristiano contemporáneo. Cristo fue el objeto de la fe de Abraham y sigue siendo el objeto de fe para cada creyente verdadero hoy.

Hemos visto lo importante que es Abraham para nuestra comprensión de la revelación que Dios hace de Sí mismo y de la salvación en la historia bíblica. Hemos aprendido que este relato inspirado de Abraham está directamente relacionado con cada cristiano en el presente.

En la próxima lección, consideraremos la teología que Dios provee en el tiempo de los patriarcas, después de Abraham.

Lección 6

LOS PATRIARCAS I

Tema de la Lectura:

La promesa de Dios se despliega a través de muchos giros y vueltas, revelando brillantes revelaciones de la gloria de Dios y Su plan de redención.

Texto:

“Que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén” (Rom. 9:4–5).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 6

Cuando lees la descripción de Dios de los patriarcas en Hebreos 11, estos se parecen a los cristianos contemporáneos. Esto se debe a que hay un solo pueblo de Dios, unido bajo un Pacto de Gracia y un Salvador, a lo largo de toda la historia. Estamos conectados a estos padres en un cuerpo, que es exactamente lo que Dios dice en el último versículo de Hebreos 11, en el versículo 40 y en el comienzo del capítulo 12. Ahora, esto por supuesto confirma lo que vimos sobre nuestra relación con Abraham en la lección anterior. Hebreos 11 dice una y otra vez: “Por la fe”, “Por la fe Abel”, “Por la fe Enoc”, “Por la fe Noé”, y así sucesivamente. Eran hombres de fe, creyentes en las promesas de Dios. Ellos vivieron en el pacto y lo mantuvieron y fueron agentes de las bendiciones de Dios.

Entonces, ¿Qué implica esto? Bueno, si eres creyente, el Antiguo Testamento proporciona una descripción detallada de la historia de tu propia familia. Estás leyendo la herencia de tu familia espiritual. Más importante aún, estas leyendo sobre el Señor, la revelación de Dios de sí mismo y la salvación de Su pueblo. El período de los patriarcas nos habla de la promesa y el pacto de Dios que se desarrollan. Entonces, ¿cuál es el significado teológico, por ejemplo, de Sodoma y Gomorra? Y, ¿cómo proporciona esto un patrón para la historia bíblica? ¿Por qué muere Abraham con pocas propiedades después de que se le prometió una gran tierra? ¿Cómo nos enseña Isaac sobre el Cristo por venir? ¿Qué aprendemos de Jacob sobre la doctrina de la elección? ¿Por qué José está tan preocupado por el entierro de sus huesos en su lecho de muerte? Y, por último, ¿cómo une el Pacto de Gracia a Abraham, a Isaac, a Jacob, a las doce tribus, a Cristo y a todos los cristianos de hoy?

En esta lección, expondremos algunos de los temas teológicos tejidos a lo largo del período de los patriarcas. Seguiremos el desarrollo de la promesa de Dios y consideraremos las formas especiales en las que Cristo se reveló a Sí mismo y a Su salvación. Comencemos donde lo dejamos con Abraham en nuestra última lección. Otro evento en su vida que se convierte en un tema teológico dominante en el resto de las Escrituras se relaciona con Sodoma y Gomorra. La destrucción de Sodoma y Gomorra muestra la ira de Dios. Su enfado, Su furia que se enciende contra la maldad. El juicio de Dios dejó a las tres ciudades destruidas, desoladas. La Biblia dice: Llena

de azufre, sal y ardor. Y las dejó sin un solo habitante. Recordarás, por supuesto, a Lot, quien huyó de Sodoma y el Nuevo Testamento nos dice: “Acordaos de la mujer de Lot” (Lucas 17:32). Ella es un ejemplo de incredulidad y desobediencia. Pero el mayor pecado que encendió la furia de Dios fue la violación de Sodoma y Gomorra del primer mandamiento: No tendrás dioses ajenos delante de mí. Esto aparece en los profetas en numerosos lugares.

Su gran perversión e inmoralidad, que es lo que analizamos, reflejaba en realidad un adulterio espiritual más profundo que provocó su destrucción. Y Dios usa esta revelación de Sí mismo, tratándolos con justa indignación e ira como modelo para el resto de la historia. En Deuteronomio 29 versículo 23, Dios usa el ejemplo de Sodoma y Gomorra para advertir a Israel de lo que le ocurriría si rompiera el pacto de Dios. Él dice que cosecharán las maldiciones de Dios. Más tarde, Dios confronta a Israel con esta misma imagen de Sodoma y Gomorra, esta misma advertencia. De hecho, en Isaías 1:10, Él se refiere a Israel como Sodoma y Gomorra y más adelante puedes observar esto en lugares como Jeremías y particularmente en los versículos 49 y 50, pero continúa. Él dice que hará lo mismo con la nación de Babilonia en Isaías 13. Y luego, en el Nuevo Testamento, este tema continúa. En Judas 7, Dios usa a Sodoma y Gomorra para describir la maldad de los que se mencionan en ese texto.

Incluso en Apocalipsis capítulo 11, al símbolo de la Babilonia espiritual se le llama Sodoma. Pero también debes notar que la declaración de Dios de que no había suficientes hombres justos en Sodoma y Gomorra para evitar Su juicio, se produce justo después de la promesa de que Sara concebiría y daría a luz un a hijo prometido, a través de quien Dios proporcionaría un Salvador ante el juicio. Cuando llegas al final de la vida de Abraham, donde se nos dice (y se nos dice en varios lugares) que él es un peregrino y extranjero, dice que recibió promesas de Dios por fe, pero cuando murió, la única tierra que poseía era un campo y una cueva para el entierro de su esposa Sara. El cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham debía seguir su desarrollo. Y eso nos lleva, en segundo lugar, a Isaac.

De los lomos de Abraham, Isaac fue designado por Dios como el hijo elegido de la promesa. Génesis 18 en el versículo 19, dice: “Porque yo sé que mandará”, refiriéndose a Abraham, “a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él”. Y esto es exactamente lo que hizo Abraham, él ordenó esto a toda su casa. Veremos en Isaac el fruto de esto, pero también lo ves, por ejemplo, en sus sirvientes. Recuerda el relato de Abraham enviando a su siervo muy lejos para buscar una esposa para su hijo Isaac. Y, en la descripción que se nos da, el siervo obviamente honra no solo a Abraham, sino al Señor, en todo lo que hace.

En Génesis 26 versículos 3 y 4, Dios le repite a Isaac todos los elementos importantes del pacto con Abraham y le dice que este pacto continúa con él. Entonces, observa esto, la misma Alianza de Gracia continúa de generación en generación, comenzando en Génesis 3:15, a través de Noé, a través de Abraham, ahora Isaac; y como veremos, continuará desde allí. Pero debes detenerte por un momento y pensar conmigo, porque las Escrituras son una obra maestra. Nos proporciona una búsqueda emocionante del tesoro, por así decirlo. Pero tienes que saber y tienes que prestar mucha atención a los detalles. Los detalles son muy importantes. Necesitarás reconocer los detalles de Génesis para entender realmente el resto de la Biblia. Todo está unido como una gran historia. Así que, déjame darte un solo ejemplo.

Piensa conmigo en los detalles aparentemente insignificantes, como los niños nacidos de varios individuos: ¿puede esto realmente ser tan importante para entender la Biblia y su teología? Bueno, estos hijos terminan convirtiéndose en futuros grupos de personas y naciones y sabiendo quién es quién es esencial para entender todo eso; lo que leerás, por ejemplo, en los profetas. En Génesis se nos dice que Ismael será el jefe de una familia de doce príncipes y que se convertirá en una gran nación. Los dos incestuosos hijos de Lot se convierten en moabitas y amonitas. Dios dice, con respecto a Jacob y Esaú, que dos naciones luchaban dentro del vientre. Esaú, por supuesto, se convierte en la nación de Edom. Y todo esto está entretelado, por ejemplo, en la legislación de la ley, en las diferentes categorías de personas; y el significado espiritual se expone a través de los profetas.

Esta información tiene enormes ramificaciones. Lo mismo podría decirse de la ubicación de pozos y altares y muchos otros lugares a los que se alude más adelante en la Biblia. Al igual que con muchas de las lecciones en este curso, debemos considerar un vasto período de tiempo en el material que tenemos ante nosotros, en el que estamos tratando de considerar todo, desde Abraham hasta José. Por lo tanto, hay muchos detalles importantes que debemos pasar por alto, limitándonos a algunos puntos principales. Pero recuerda que el propósito de este

curso es proporcionarte algunas herramientas básicas y capacitación para equiparte en el estudio continuo de las Escrituras.

Especialmente encontramos en Isaac el tema redentor de la sumisión, la sumisión de un hijo a un padre, y de Isaac, en última instancia, al Señor. Sabes que Él voluntariamente llevó el madero al monte Moriah. Él voluntariamente puso su vida en el altar. Recuerda que, en ese momento, Abraham ya es anciano e Isaac podría haberse resistido a él, pero no lo hizo. A los 40 años, se sometió a su padre para recibir a la novia que su padre había elegido. Ahora, todo esto nos señala, por supuesto, al último Hijo de la promesa, al Señor Jesucristo, que voluntariamente carga en Sus hombros la cruz y quien libremente se entrega y pone Su vida en nombre de Su pueblo. Su vida nunca le fue quitada. Tampoco fue quitado a los judíos por Pilato ni por los soldados, ni por nadie más. Y luego, en Juan 17, Cristo habla nuevamente de recibir a su esposa, la Iglesia, como a quienes el Padre le había dado. Todo esto es ilustrado en la vida de Isaac, quien demuestra este tema teológico de la sumisión.

En tercer lugar, tenemos que considerar a Jacob. De Isaac, Jacob fue elegido. Ahora, cuando pasas a Génesis 28, versículos del 13 al 15, vemos una descripción de la Tierra Prometida que Dios le da a Jacob, y es interesante porque en realidad es la misma promesa que Dios le dio a Abraham en el capítulo 17, a Isaac en el capítulo 26, y ahora a Jacob en el capítulo 28. En el versículo 20, Jacob responde a esto, y la palabra “si” también puede traducirse como “cuándo”. Es decir, tenemos que estar claros en nuestra mente de que la respuesta de Jacob a las promesas de Dios y la confirmación de Su pacto es realmente una respuesta de fe. Recibe la promesa con fe y responde con obediencia a Dios. En los siguientes dos capítulos, en los capítulos 29 y 30, Dios continúa bendiciendo a Jacob nuevamente.

Todo el tiempo, Dios está controlando el desarrollo de Su plan soberano. En Jacob, se destaca especialmente la doctrina de la elección. Y esto lo sabemos en el Nuevo Testamento, porque cuando pasamos a Romanos capítulo 9:10–13, leemos sobre esto. Dice: “Cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, más a Esaú aborrecí”. Pablo, escribiendo bajo la inspiración del Espíritu Santo a la iglesia de Roma, se remonta al mismo relato de Jacob y Esaú en el libro de Génesis. Y él está diciendo: ‘Aquí encontramos la doctrina de la elección’. La doctrina de la elección enseña, como vimos en una lección anterior, que Dios es el Único que es soberano y que Él elige, por su propio placer, un pueblo que salvará para sí mismo. Y Él elige, correspondientemente, a aquellos que quedarán bajo la condena de Su ira en el infierno. Jacob y Esaú, como nos dice Romanos 9, no habían hecho nada, no había nada en ellos que determinara la elección de Dios. La elección cayó dentro del consejo de Dios mismo.

Los profetas proclaman el mismo mensaje. Isaías se refiere repetidamente al pueblo de Dios como ‘Jacob’, mi siervo e ‘Israel, mi elegido’. Curiosamente, el mismo lenguaje se aplica al Señor Jesucristo. Por ejemplo, en Isaías 42, en la apertura de ese capítulo (versículo 1) leemos: “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento”, refiriéndose al Señor Jesús. Ahora, Esaú es un ejemplo de lo que es un quebrantador de pactos. Había recibido la señal de la promesa; fue circuncidado, tenía todos los beneficios que a él habían venido como resultado de estar en el pacto, pero se nos dice que despreciaba su primogenitura y la bendición de Dios. Y así, lo cambió por una sola comida. Su apetito terrenal era mucho más grande que su apetito por las cosas espirituales, por las cosas celestiales. En el libro de Hebreos 12:15–17, el autor de Hebreos regresa nuevamente a esta historia con respecto a Esaú y la usa como una advertencia para aquellos dentro de la iglesia del Nuevo Testamento. Ese pasaje dice: “Mirad bien, no hay otro que deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya sido fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabías que aún después, desechando la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque el procuró con lágrimas”.

Recordarás que, en este Pacto de Gracia, hay bendiciones y maldiciones, y esto corresponde a guardar o romper el pacto. Esaú está sujeto a la maldición que llega a aquellos que abandonan y desprecian las bendiciones del pacto de Dios. Esaú continúa, por supuesto, desobedece a su padre y se casa con la hija de Ismael, violando el requisito de separación de Dios y Su prohibición de casarse con personas externas a Su pueblo entre la simiente de la serpiente.

Por otro lado, tenemos a Jacob. Jacob recibió de Isaac las bendiciones del pacto que vinieron de Dios a través de Abraham. Como vimos en Génesis 28, Dios se lo confirma a sí mismo. Y lo vemos especialmente en un sueño, y tal vez el sueño es bien conocido para ti. Dios lo confirma en un sueño con respecto a una escalera que se extiende desde la tierra hasta el cielo con ángeles que ascienden y descienden sobre ella, y cuando Jacob mira, Jehová se manifiesta arriba, en la parte superior de la escalera. Y es el Dios de los padres de Jacob el que se manifiesta. Y le repite la promesa de Abraham de una tierra, una semilla y una bendición, como vimos en la lección anterior. Jacob llama aquel lugar Betel, que significa 'la Casa de Dios', 'la Puerta del Cielo'. Y, por supuesto, estaba señalando más allá de ese pequeño lugar; estaba señalando más allá de la tierra, es decir, a lo que la tierra representa en la promesa, la herencia de la gente de Dios en el cielo. Bueno, este sueño se convertiría en una realidad en la venida del Señor Jesucristo, en Su encarnación. El Señor Jesús es la verdadera casa de Dios. Él es Emmanuel, Dios con nosotros.

Y te darás cuenta de cómo aparece esto en el evangelio de Juan capítulo 1:51. Jesús dijo: "Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre". Y así, el Señor Jesús está demostrando la conexión que existe entre lo que vemos en Génesis 28 y Él mismo. En Génesis 32, el Ángel del Señor, sobre el cual aprenderemos más en la siguiente lección, se le aparece a Jacob y lucha con él. Y en el contexto de ese combate cuerpo a cuerpo, Jacob dice: "No te dejaré, si no me bendices" (versículo 26). ¿Qué está pasando? Él continúa aferrándose a las promesas de Dios en Cristo, y recibe la bendición. Y puso por nombre a ese lugar, Peniel, que significa "el rostro de Dios" porque él había estado cara a cara con el Señor. Y es en ese lugar que Jacob recibe su nuevo nombre, que era 'Israel'. Israel significa 'uno que prevalece con el poder de un príncipe', uno que prevalece con Dios. Y, como debes saber, su nuevo nombre, Israel, termina convirtiéndose en el nombre de toda la nación, toda su simiente, que se convertirá en un gran cuerpo cuyo número es superior a todas las estrellas en los cielos. Eso nos lleva, en cuarto lugar, a los doce hijos de Jacob, quienes se convierten en los jefes de las doce tribus de la nación de Israel.

A Jacob le nacen estos doce hijos. Es interesante que cuando avanzas hacia el Nuevo Testamento, casi hasta el final de la Biblia, del segundo al último capítulo de Apocalipsis 21, encuentras esta descripción del pueblo de Dios en el cielo. Y, describe a la nueva Jerusalén, esta descendiende del cielo, es una Novia adornada para su Esposo y así sucesivamente. Y el Señor nos revela algunas cosas sobre la naturaleza de esta nueva Jerusalén. Él nos dice en el capítulo 21 de Apocalipsis, que tiene 12 puertas con los nombres de las 12 tribus escritas sobre ellas. Una vez más, estamos viendo al pueblo de Dios del Antiguo Testamento uniéndose con el del Nuevo Testamento. Bueno, uno de estos doce hijos, Judá, tiene gemelos a través de Tamar. Tamar, en ese momento, fingía ser una ramera. Y, uno de esos gemelos se llama Fares, que significa 'brecha' [lo cual] es nuevamente interesante porque cuando uno viene a los profetas, el Señor Jesús es descrito como el 'Reparador de la Brecha'. Pero, este es el linaje directo a David. Diez generaciones más tarde, David aparece en este linaje, y luego, por supuesto, a través de él el Señor Jesucristo. Y todo esto nos es explicado realmente en el primer capítulo del Nuevo Testamento, en el capítulo 1 de Mateo. En Génesis 49:10, Dios aclara que el linaje que conduce al Mediador, el Mesías, el Cristo, llegaría a través de Judá. Dice: "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos". Esta es una referencia que apunta al Señor Jesucristo, que nuevamente se describe en Apocalipsis 5:5 como el León de la tribu de Judá, la raíz de David. También se lo describe como el Cordero que fue inmolado, el Siervo sufriente.

Al final de Génesis, tenemos toda una sección dedicada a la extraordinaria historia del undécimo hijo de Jacob, José. Fue el primogénito de su esposa favorita Raquel. La promesa de Dios a Abraham, a Isaac y a Jacob se desarrolla en y a través de la vida de José. La historia de José también está llena de hermosos retratos de Cristo y de su redención. José sirve como una imagen del Mediador, una tipología de Cristo, por así decirlo. Es a través de José que Su pueblo se mantiene vivo. Y sabrás, por supuesto, si ha leído la historia de José, que hay muchos altibajos en esa historia, muchos giros y vueltas, muchas providencias oscuras. No se ve, en varios puntos de ese relato, como si todo saliera bien, pero cuando llega al final en Génesis 50, José les dice a sus hermanos que lo que ellos intentaron para mal, vendiéndolo a la esclavitud, Dios lo destinó para el bien. De hecho, lo hizo. Todas las dificultades y todas las pruebas que habían acompañado su vida fueron los mismos medios que Dios usó para lograr la salvación de la simiente de la mujer y la salvación de toda la familia y, en última instancia, preservar las doce tribus de Israel en los siglos que seguirían.

Pero el libro de Génesis se cierra con Jacob y sus hijos fuera de la Tierra Prometida. Se fueron de Gosén y buscaron refugio en Egipto. Ahora, sabemos que la palabra que Dios le dio anteriormente a Abraham en Génesis 15:13 debía cumplirse. Dios dijo: “Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años”. ¿Qué significa eso? Bueno, significa que al final del libro de Génesis, los doce hijos de Jacob están de pie ante 400 años de esclavitud en Egipto. Bueno, esa es una imagen bastante sombría.

Pero quiero que noten el segundo verso del último verso en el libro de Génesis. Eso es el capítulo 50 y el versículo 25. Porque incluso en las circunstancias que acabamos de describir, José proclamó que Dios aún visitaría a Su pueblo. Y ordenó a sus hijos y a los que vendrían después de él que deben llevar sus huesos de Egipto y llevarlos de vuelta para que los entierren en la tierra prometida de Gosén. ¿Ves lo que está pasando aquí? Incluso contra el telón de fondo negro, si lo desea, José todavía se aferra por fe al desarrollo de la promesa de Dios, y Dios lo dice en Hebreos 11:22: “Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos”. El Señor está poniendo, una vez más, el significado en este pequeño detalle que es tan fácil de pasar por alto. Ahora, si sigues leyendo y vas de Génesis a Josué 24, encontrarás en el versículo 32 que la nación de Israel hizo exactamente lo que José le pidió. Cuando huyeron durante el tiempo del Éxodo, se llevaron consigo los huesos de José. Y cuando finalmente, más de cuatrocientos años después, se encontraron en la Tierra Prometida, lo enterraron en Siquem.

Ahora, eso es significativo. ¿Por qué es significativo? ¿Por qué el Señor resalta este tipo de detalles (la mayoría de los cuales no podemos considerar en esta lección)? Pues, esto vuelve a la promesa. ¿Cierto? Tenemos la promesa sobre de una simiente. Tenemos la promesa de una tierra. Tenemos una promesa de bendición que Dios le ha dado a Abraham y a su posteridad. Esa tierra, como lo deja en claro Hebreos 11, sirvió como una imagen vívida, y los patriarcas lo sabían. No es solo que leemos esto nuevamente en el Antiguo Testamento. Hebreos 11 aclara que ellos vieron esto. Esa tierra no era solo un pedazo de geografía, o un pedazo de bienes raíces, por así decirlo. Más bien, era una imagen tangible de lo que sabían que era el cumplimiento final de la promesa de la herencia que Dios les daría en un país celestial, en algo mucho mejor. De hecho, vamos a ver esto en detalle cuando lleguemos a la lección titulada “La herencia”, pero ya lo vemos aquí. Vemos que José reconoce que necesita ser sepultado, que debe ser enterrado, en la tierra de la promesa, debido a todo el significado que eso le atribuye.

Bueno, en resumen, volvemos a Hebreos 11 y al final de ese capítulo y al principio del capítulo 12, que mencioné en el segmento de apertura de esta lección. Porque el final de Hebreos, Hebreos 11, nos da este gran catálogo de los patriarcas y otros que los siguieron. Sin embargo, todo está vinculado con nosotros: “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros. Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”. ¿Ves eso? El relato que nos dieron de los patriarcas (Abraham, Isaac, Jacob, los doce hijos de Jacob, José y los demás) son todos relevantes para nosotros, ahora como siempre lo han sido.

Pero, en primer lugar, no predicamos a Abraham, Isaac, Jacob. Pero más bien, predicamos al Dios de Abraham, al Dios de Isaac y al Dios de Jacob. Mostramos cómo Dios usa, y Dios bendice y prospera a su pueblo en y por medio del Señor Jesucristo y el convenio que Él ha establecido con su pueblo. Habiendo considerado algunos de los puntos destacados en el desarrollo de la promesa de Dios, veremos en la próxima lección otras tres figuras que se encuentran durante los patriarcas y que serán relevantes para el resto de nuestros estudios en el Antiguo Testamento.

Lección 7

LOS PATRIARCAS II

Tema de la Lectura:

Dios provee revelaciones de Su gloria en Cristo en lugares inesperados, fuera del linaje de Abraham.

Texto:

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 7

Cuando estás leyendo una historia en la escuela, a menudo discernirás las líneas principales de la trama y el desarrollo de la narrativa, que normalmente involucrarán a los personajes principales. Pero, en muchas historias también se encuentra un elenco de otros personajes, intercalados, que desempeñan un papel igualmente importante en la mente del autor. Esto también es cierto en el relato verdadero e inspirado de Dios de la historia de la redención en la Biblia. Hasta ahora, nos hemos centrado en los temas principales y en los individuos en la línea que conduce al Mesías. Pero, Dios también ha incluido otras figuras, a quienes eligió usar para revelarse a Sí mismo y Su salvación.

Entonces, ¿quién es Melquisedec, por ejemplo? Y ¿por qué parece que este aparece y luego desaparece tan rápidamente en Génesis? ¿Qué relevancia tiene para el gran propósito y la redención de Dios? ¿Qué hay de las varias apariciones del ángel del Señor? ¿Quién es exactamente y por qué la respuesta es importante para nuestra comprensión teológica de la Biblia? Y, por último, ¿por qué Dios incluye el libro de Job, que consta de 42 capítulos, y qué papel desempeña Job en la teología de la Biblia? Hasta ahora, nos hemos centrado en el linaje principal de Sem a Abraham y de Abraham a los 12 hijos de Jacob; pero en esta lección, pasaremos a considerar a tres figuras importantes que se encuentran fuera del linaje directo de Abraham, todas encontradas durante el mismo período de los patriarcas. Los tres demostraron ser importantes para nuestra comprensión de la teología de la Biblia y nos ayudan a rastrear el desarrollo de los temas dentro de la Biblia en general.

Así que primero que todo, Melquisedec. Puede ser que te preguntes, ¿por qué deberíamos considerar a Melquisedec lo suficientemente importante como para incluirlo en este breve estudio del período de los patriarcas, especialmente cuando solo se menciona brevemente en tres versículos en Génesis 14? Bueno, hay por lo menos dos razones. Primero que todo, se menciona a Melquisedec en el Salmo 110, y esto necesitas saberlo. El Salmo 110 es el capítulo del Antiguo Testamento que se cita con mayor frecuencia en el Nuevo Testamento, citado por Cristo en los Evangelios, en el libro de los Hechos y en todas las epístolas. Por lo tanto, es importante por esa razón. En segundo lugar, Dios eligió usar Melquisedec para revelarnos cosas importantes acerca del Señor

Jesucristo. Como vemos, por ejemplo, en el libro de Hebreos, Melquisedec nos muestra la gloria del Salvador y nos ayuda a entender cómo la Biblia en su conjunto está unida, y ambas son importantes para este curso.

Melquisedec fue una verdadera figura histórica de la que solo sabemos un poco. Algunos hombres piadosos creen que fue una aparición pre-encarnada de Cristo, pero las palabras “según el orden de Melquisedec” en el Salmo 110, y las palabras “Hecho semejante al Hijo de Dios”, en Hebreos 7:3, contrario, por ejemplo, a un lenguaje como “el Hijo de Dios es Melquisedec”, estas cosas me convencen de que él no era Cristo mismo, entre otras razones. Melquisedec significa literalmente, “Rey de justicia” y Salem significa “paz”. El nombre Salem es parte de la palabra Jerusalén, y aunque no lo podemos decir con certeza, es posible que él fuera el rey de Jerusalén en ese momento, pero hay más. Se nos dice que es un sacerdote, un sacerdote del Dios Altísimo, que posee el cielo y la tierra. Se nos dice que Abraham fue bendecido por él y que Abraham le pagó los diezmos.

Ahora, no debería sorprendernos que, poco después de la Torre de Babel, todavía haya otros que sigan al verdadero Dios, aunque estén rodeados de muchos idólatras incrédulos. David, escribiendo en el Salmo 110, habla del Señor, Dios Padre, y le dice a Su Señor, al Mesías, al Señor Jesucristo: “Siéntate a mi diestra” (versículo 1). Ahora, el Nuevo Testamento usa esta frase innumerables veces en referencia al Señor Jesucristo. El Salmo confirma que el Mesías será un rey y un sacerdote, a diferencia de, los hijos de Leví, por ejemplo, que solo eran sacerdotes, o los hijos de David, que solo eran reyes. Será un sacerdote y un rey, un sacerdote según la orden superior de Melquisedec, un mejor sumo sacerdote que Aarón y sus descendientes.

Entonces, Melquisedec es una figura más grande que Abraham, más grande que Aarón y más grande que David, que apunta hacia la superioridad de la realeza de Cristo y el sacerdocio. El libro de Hebreos retoma este tema y lo expone ampliamente, demostrando la gloria superior de Jesús como el Mediador, el Rey Sacerdote supremo de Dios. Debes leer con atención el capítulo siete de Hebreos, porque Dios dice que Melquisedec, esta vaga figura, señala lo que se cumpliría en el Señor Jesucristo. Observa que en Génesis no se menciona la genealogía de Melquisedec y que hace una comparación diciendo que “Cristo es el sacerdote eterno que vive para siempre”. Su ascendencia suprema se deriva del Dios de la eternidad.

Aprenderemos mucho más sobre el reinado de Cristo y el sacerdocio más adelante en nuestros estudios del Antiguo Testamento. Pero ya vimos en Génesis 14 al principio, y David vio en el Salmo 110, que al que estamos buscando y esperando no es solo un gobernante real, sino también un sacerdote. Tenemos un Salvador que es el Rey prometido, que nos somete a Sí mismo y que conquista a tanto a Sus enemigos como a los nuestros, pero que también es un Sacerdote prometido. Él será el Sumo Sacerdote Supremo, que se ofrece a Sí mismo como el Sacrificio supremo para salvar a su pueblo. Ambos, Rey y Sacerdote, están unidos en una Persona. Esos tres versos oscuros en Génesis 14 deben estar vinculados a toda la Escritura. Melquisedec nos muestra que todo lo que necesitamos para nuestra salvación se proporciona solo en Jesús.

En segundo lugar, debemos considerar al ángel del Señor. Esta es la segunda figura que es importante para nosotros en nuestro estudio de los Patriarcas en esta lección. Pero al considerar al ángel del Señor, primero debemos entender el concepto más amplio de teofanías, que te explicaré. Durante el período de los patriarcas, encontramos una manera importante en que Dios se revela, una que debemos discutir para entender la teología del Antiguo Testamento. Hebreos 1:1 dice que: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas”, y luego continúa hablando del Señor Jesucristo. Pero se refiere a estas diversas maneras, en que Dios se reveló durante los días de los padres. Una de esas formas diversas fue a través de lo que llamamos teofanías del Antiguo Testamento.

Ahora, la palabra “teofanía” simplemente significa “una aparición de Dios”; las teofanías se refieren a las “apariciones de Dios en forma visible”. Una palabra y concepto relacionados es la palabra “cristofanía”, que se refiere a la aparición de Dios el Hijo, o Cristo, en forma visible. Y creo que deberíamos ver estas dos cosas, teofanías y cristofanías, básicamente como dos palabras que apuntan a la misma cosa. Creo que en gran parte porque es la segunda persona de la Trinidad, Dios el Hijo, quien es la Palabra eterna que revela a Dios. Recuerda Juan 1 versículo 18: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Y recuerda que la Biblia describe a Cristo como el que es la imagen del Dios invisible en Colosenses 1:15, y en otros lugares: “El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la misma imagen de su sustancia”, en Hebreos 1:3.

Entonces, nuestro conocimiento de Dios está vinculado a su revelación de sí mismo, en la persona y obra de Cristo. Esta es la posición adoptada por la mayoría de los teólogos reformados, como Calvino, Jonathan Edwards,

Bavinck y otros. Pues bien, estas revelaciones de Dios que llamamos teofanías son manifestaciones físicas temporales de Dios para los hombres. Por ejemplo, cuando Dios usa un cuerpo humano o una voz humana, y otras formas, estas serían teofanías. Ahora, no deben confundirse con cosas como los sueños y las visiones, que están impresos en la mente, pero no en los ojos. Además, y esto es importante, no debes confundir las teofanías con la encarnación del Señor Jesucristo en el Nuevo Testamento, que es una unión verdadera y permanente, en la cual el Hijo de Dios asume una naturaleza humana. Hay varios ejemplos de la aparición del Señor con forma y comportamiento humanos, pero para comprender mejor el papel de las teofanías, consideremos la teofanía más importante del Antiguo Testamento: el ángel del Señor.

Entender el concepto más amplio de teofanías nos ayuda cuando nos dirigimos a este ejemplo específico de una teofanía en el ángel del Señor. Ahora leeremos acerca de la aparición del ángel del Señor en varios lugares y mencionaré algunos. Por ejemplo, se le apareció a Agar en Génesis 16. El ángel del Señor se le apareció a Abraham en Génesis 22 y a Jacob en Génesis 32. Se le aparece a Moisés en la zarza ardiente en Éxodo 3:2 y, más adelante, a hombres como Gedeón en Jueces capítulo seis. La palabra “ángel” significa “mensajero”, por lo que “ángel del Señor” también podría traducirse como “mensajero del Señor”. En otras palabras, el ángel del Señor no debe confundirse con los ángeles creados que llenan el Cielos. En otros lugares, al final del Antiguo Testamento en Malaquías 3:1, al Señor Jesucristo se le conoce como el Ángel Mensajero del Pacto.

Entonces, el Ángel del Señor es el Dios no creado que aparece en forma visible. Lo sabemos por varias razones. En primer lugar, Él tiene los nombres de Dios. En Génesis dieciséis, se dice que Jehová habló con Agar, y ella se dirigió a él como Dios. Nuevamente, en el Éxodo 3 en la zarza ardiente, el Ángel del Señor apareció y habló a Moisés desde la zarza ardiente, llamándose a sí mismo el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y le dio su nombre: “YO SOY EL QUE SOY”. Y así, sabemos que el ángel del Señor es Dios, que aparece en forma visible, en primer lugar, porque Él tiene los nombres de Dios. En segundo lugar, Él tiene los atributos de Dios. Entonces, si piensas en el relato de Agar, allí vemos que el ángel del Señor es omnisciente; Él lo sabe todo, y podríamos multiplicarlo con otros ejemplos. En tercer lugar, recibe la adoración de Dios. El ángel del Señor recibe la adoración divina. Esto se evidencia en el éxodo tres.

Pero fíjate especialmente en Josué 5:14, y luego en la reacción en Jueces 6 en el tiempo de Gedeón. El ángel del Señor recibe adoración divina, a diferencia de los ángeles. Recordarás que en los capítulos 18 y 19 de Apocalipsis, cuando Juan intenta adorar a los ángeles, ellos lo prohíben. Y los ángeles dicen que son como él, siervos del Altísimo. Pero ese no es el caso con el Ángel del Señor; Él con mucho gusto recibe esta adoración. Entonces, la pregunta es: ¿cuáles son los propósitos de las teofanías, y cuál es el propósito, por lo tanto, del Ángel del Señor? Esto nos está ayudando en nuestra comprensión teológica de la teología de la Biblia. Déjame darte cinco propósitos muy breves de las teofanías, como el Ángel del Señor.

El primero debe ser obvio. El primer propósito es la revelación. Entonces, fue un modo de revelación especial en el Antiguo Testamento. Dios le estaba mostrando a su pueblo cosas sobre sí mismo. Quería revelar algún aspecto del carácter y la voluntad de Dios. En segundo lugar, otro propósito tiene que ver con la salvación. Era parte de la comunicación de Dios, estas teofanías. El Ángel del Señor fue parte de la comunicación de Dios de las buenas nuevas de salvación a los pecadores a través del Señor Jesucristo.

El primero debe ser obvio. El primer propósito es la revelación. Esto fue, entonces, un modo especial de revelación en el Antiguo Testamento. Dios le estaba mostrando a Su pueblo cosas sobre Sí mismo. Quería revelar algún aspecto del carácter y la voluntad de Dios. En segundo lugar, otro propósito tiene que ver con la salvación. Estas teofanías eran parte de la comunicación de Dios. El Ángel del Señor fue parte de la comunicación de Dios de las buenas nuevas de salvación a los pecadores a través del Señor Jesucristo. Cada aparición tiene su propia función dentro de este gran esquema. Esto ya conecta la importancia del Ángel del Señor con toda nuestra serie de lecciones. Se trata de la revelación, que nos muestra quién es Dios y cuál es su voluntad y se trata de la redención o la salvación, la historia del plan de Dios de la gracia del Evangelio para su pueblo. Un tercer propósito es la confirmación. Las teofanías solían ser apariciones personales de individuos clave en el desarrollo del pacto de salvación de Dios, para confirmarles Su Palabra.

Un cuarto propósito es el consuelo. Fue a través del Ángel del Señor que Dios otorgó consuelo, junto con esta confirmación a su pueblo. Pero luego, en quinto lugar, el “Ángel del Señor” y otras teofanías tienen el propósito de crear anticipación. El propósito principal era anticipar que el Hijo de Dios venga en la carne. En otras palabras,

preparó a la Iglesia del Antiguo Testamento para la venida de Cristo, que sería Emmanuel, Dios con nosotros. Y así, vemos que el Ángel del Señor también es importante para nosotros en nuestra comprensión de la teología de la Biblia. Por último, tenemos que considerar a Job. Es la última figura de la que hablaremos en esta lección. Y, para ser honesto, es uno de mis favoritos de la época de los patriarcas, personalmente. La última figura que consideraremos es la de Job, de quien leemos en el libro que lleva su nombre.

El Nuevo Testamento se refiere a él. Por ejemplo, en Santiago capítulo 5:11: “Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo”. Esta historia inspirada nos proporciona otra ventana a la revelación de Dios durante el período de los patriarcas. Ahora, algunos están tentados a pasar por alto el libro de Job o a tratarlo brevemente bajo la consideración de los libros poéticos del Antiguo Testamento. Pero es un libro grande, que consta de 42 capítulos. No podemos, creo, sobreestimar su significado. Y bien, ¿por qué? Porque, como veremos, nos muestra claramente la relación correspondiente entre lo que sucede en la tierra y, simultáneamente, los eventos que se están desarrollando en los cielos. La Tierra es el escenario, por así decirlo, en el que se realizan transacciones celestiales, mostrando la gloria de Dios y sus propósitos cósmicos a través de su pueblo y a través de su iglesia.

Ver esto nos ayuda a entender muchos otros distintos pasajes. En el Nuevo Testamento, por ejemplo, se nos dice que los ángeles se regocijan por el arrepentimiento de un solo pecador. Piensa en eso por un momento. Lo que está sucediendo en la tierra se corresponde con lo que está sucediendo en el cielo. Dios en el cielo está eligiendo, y luego viene para regenerar y dar fe a los pecadores individuales en la tierra. Puede ser que haya un pequeño pueblo, oscuro y en un lugar muy remoto, con tan solo una pequeña banda de creyentes. Y que allí la congregación esté escuchando la predicación de la Palabra de Dios y el Evangelio. Y que Dios, por el poder del Espíritu Santo, en esa ocasión, salve a un pecador en esa pequeña congregación de ese remoto lugar.

La Biblia dice que en ese momento hay gritos de alegría que llenan los cielos de estos poderosos seres angélicos, los ángeles, que se regocijan por el arrepentimiento de un solo pecador. Entonces, entender este punto teológico en el libro de Job nos ayuda con otras partes de las Escrituras. Se nos dice en Job capítulo 1:1, que Job era así: “Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”. También se nos dice que era rico: “Su hacienda era siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y muchísimos criados; y era aquel varón más grande que todos los orientales” (versículo 3). Quiero destacar tres temas teológicos que son importantes para nosotros en nuestro estudio de Job. En primer lugar, la providencia de Dios en este mundo. La Providencia es la obra de Dios de preservar y gobernar a todas Sus criaturas y todas sus acciones.

Dios controla cada detalle del universo, cada molécula. Juan Calvino, el gran reformador, escribe: “Si prestas atención, percibirás fácilmente que la ignorancia de la providencia es la última de todas las miserias. La bendición más alta se encuentra en el conocimiento de esto”. Dios proporciona un comentario inspirado dentro del libro de Job. En otras palabras, Él nos dice no solo lo que está sucediendo, sino también por qué está sucediendo. Al principio, nos dice que Job era un hombre recto y temeroso de Dios, y luego Dios defiende esa visión nuevamente al final del libro. Al contrario de lo que dicen los tres amigos de Job, no todo sufrimiento es el castigo de Dios por el pecado personal. Aprendimos que Job sufrió porque era piadoso y porque Dios eligió mostrar Su propia gloria a través de Job. Y notarás que Job tiene esta perspectiva centrada en Dios. Él no se enfoca en las calamidades, y eran grandes calamidades, que estaban inmediatamente ante sus ojos. Miró más allá de ellas, y las rastreó finalmente hasta la mano de Dios.

Leemos en el capítulo uno, al final del versículo 20 en adelante, que Job “y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; mar el nombre de Jehová bendito. En todo esto no se asignó un trabajo, ni se atribuyó a Dios”. Agustín, el teólogo de la iglesia primitiva, señala: “Job no dice que el Señor le dio y el diablo se lo quitó, sino que el Señor se lo ha quitado”. Ahora, piensa en cómo nos ayuda esto cuando avancemos hacia el Señor Jesucristo. Hombre de sufrimientos. Él no estaba meramente sometido a las manos de Judas y de los sumos sacerdotes, Pilato, Herodes y a los soldados, o al diablo mismo. Dios estaba orquestando todos los eventos en el sufrimiento de Cristo para asegurar la salvación de su pueblo.

Los apóstoles hablan de esto en Hechos 4, versículos 27 y 28. “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungió, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel,

para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera”. El segundo punto teológico es el siguiente: la vida y la historia del creyente encajan dentro de la historia más amplia y grande de Dios. Este es quizás el punto teológico más profundo del libro de Job. ¿Qué está pasando en este relato? Descubrimos que la gran historia no se encuentra en este mundo en absoluto. El libro abre el telón y nos cuenta las transacciones que están sucediendo en el cielo. Para dar sentido a estos eventos en la tierra, debes encontrar la respuesta ante la presencia de Dios. En el capítulo 1:8, Dios toma la iniciativa y se jacta ante Satanás de Job como Su trofeo de gracia.

Dios está poniendo a Job en exhibición ante los ángeles invisibles. Bueno, Satanás se opone a esto, y le dice a Dios que Job solo ama los dones que Dios da, pero que no ama al Dador, a Dios mismo. Pero Dios triunfa sobre las acusaciones de Satanás, dándole gloria a Su nombre, al demostrar que Job estima a Dios por encima de todo lo demás. Su sufrimiento muestra que Dios es primordial para Su pueblo. Puedes ver cómo en los primeros capítulos los eventos se desarrollan y la tensión aumenta hasta que llegamos a un punto de crisis en el capítulo 2, versículo 9. Donde leemos “Entonces le dijo su mujer”, la esposa de Job, “le dijo: ¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete”. Sin duda, Satanás sonrió en ese momento, y solo puedes imaginarte la mirada en los ojos de todos los ángeles sobre Job, conteniendo la respiración. ¿Qué iba a suceder?

Bien, entonces la respuesta viene en las palabras siguientes, en el versículo 10. Job dice: “¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó Job con sus labios”. Bueno, puedo imaginar a cientos de miles de ángeles agrietando los cielos con gritos: “Digno de él es el Señor de los Ejércitos, digno es Dios Todopoderoso”. Se nos dice que Satanás huye de la presencia de Dios, derrotado. Satanás pretende demoler el amor y el deleite del creyente en Dios. Nuestro fin principal no es nuestro propio confort o prosperidad. Es glorificarlo, y lo hacemos incluso en el sufrimiento. Vemos el panorama amplio en Job, pero Job no vio lo mismo. Él no pudo ver las cosas que se describen para nosotros con relación a los cielos, en Job 1 y 2. Recuerda, el mundo no gira alrededor de nosotros. La historia no es todo acerca de nosotros, sino del Señor Jesucristo, el despliegue de la manifestación de Su gloria.

El último tema teológico que vemos en Job se centra en Cristo, y lo notamos de varias maneras. Job buscó el compañerismo con Cristo. Él dice que estimó la Palabra de Dios más que su alimento necesario. Incluso cuando el Señor le parecía muy lejano, afirmó en el capítulo 23: “Mas él”, es decir, Dios, “conoce mi camino; Me probará, y saldré como oro”. También vemos que miró por fe, más allá de esta vida, a Cristo en la gloria. En el capítulo diecinueve, en los versículos 25 al 27, Job dice: “Yo sé que mi Redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo; Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro”.

También encontramos temas exclusivos de Job, y no tenemos tiempo para cubrirlos aquí, pero se encuentran en toda la Biblia. Déjame darte un breve ejemplo. Primero encontramos el lenguaje, “Las tinieblas y la sombra de muerte”, en el libro de Job. De hecho, se encuentra 10 veces en ese libro. Este lenguaje se lleva a los Salmos. Lo ves, por ejemplo, en el Salmo 23:4, el Salmo 44, el Salmo 107 y así sucesivamente. Y ves ese lenguaje transmitido a través de los profetas, en Isaías, en Jeremías y en Amós. Pero reaparece nuevamente en el Nuevo Testamento de maneras hermosas, después de la venida de Cristo. En Mateo 4:16, leemos: “El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; Y a los asentados en región de sombra de muerte, Luz les resplandeció”. O al final de Lucas capítulo 1: “Para dar luz a los que habitan en tinieblas”, y sigue “y en sombra de muerte”.

Bueno, para entender este lenguaje del Nuevo Testamento, debes conocer el origen de ese lenguaje en el Antiguo Testamento, tal como lo habrían reconocido los primeros cristianos judíos. Necesitamos conocer la Biblia y los detalles de la Biblia para juntar las piezas. Job nos enseña que la vida del creyente individual en todas las edades debe estar conectada al gran plan de Dios para mostrar Su gloria a través de Su pueblo ante la totalidad de los cielos y la tierra. Esto culmina en el último día, cuando Dios revelará la obra maestra de Sus personas redimidas y perfeccionadas.

Bien, hemos considerado tres figuras importantes fuera del linaje de Abraham, a quienes Dios eligió usar para la revelación de Sí mismo. En la próxima lección, regresaremos a la línea de Abraham, y específicamente, a la era de Moisés, comenzando con uno de los eventos más grandes en el Antiguo Testamento: el éxodo de Egipto.

Lección 8

EL ÉXODO

Tema de la Lectura:

Dios revela su plan de redención al liberar a su pueblo de la esclavitud y manifestando Su gloria a ellos, y a través de ellos.

Texto:

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 8

Si le preguntaras a un israelita en el camino a Canaán, por quiénes eran, podría decir: “Bueno, estaba en cautiverio en una tierra extranjera, pero me refugié bajo la sangre del Cordero. Nuestro mediador nos llevó y nos liberó. Ahora estamos en camino a la tierra prometida, pero aún no estamos allí. Pero Dios está con nosotros. Vivimos por Su gracia, y Él no nos dejará hasta que llegemos a nuestro destino final”.

¿Eso te suena familiar? Eso es exactamente lo que dice el cristiano contemporáneo, pero ese es el mensaje del Éxodo. Notamos al comienzo de este curso que una de las maneras en que Dios se revela a Sí mismo es a través de Sus obras, Sus actos, o lo que hace, todo lo cual está ligado a Su Palabra. Dios se revela a Sí mismo por Sus obras y por medio de Su Palabra acerca de esas obras. Vimos esto en los grandes eventos de la Creación y el Diluvio, por ejemplo. Pues bien, esto no nos sorprende; Dios gobierna soberanamente todos los detalles de la historia, desplegando Su plan al proporcionar Su Palabra inspirada para registrar esta revelación para nosotros.

El evento histórico del Éxodo proporciona otra revelación importante de la gloria de Dios en la salvación. El resto del Antiguo Testamento constantemente apunta a este evento, y el Nuevo Testamento traza sus implicaciones para nuestra comprensión del evangelio, por lo que debemos ser claros en nuestra comprensión de la teología del Éxodo porque el Éxodo es fundamental para la Biblia. y al evangelio.

¿Cuál es el propósito del Éxodo dentro de la gran trama de la historia de la redención? ¿Cómo usa Dios la liberación de Egipto para mostrarse a sí mismo a su pueblo y al mundo? ¿Por qué Dios permitió que Su pueblo fuera puesto en esclavitud? ¿Cómo está el tema del evangelio de la redención enraizado en este relato del Antiguo Testamento? ¿Qué relación tiene Moisés con Cristo en esta historia del éxodo? Bueno, en esta lección, consideraremos los temas teológicos que rodean el evento del Éxodo. Y, antes que nada, comenzaremos diciendo que Dios se revela a Sí mismo. Egipto fue predicho a Abraham, todo este episodio que proporciona el telón de fondo.

¿Recuerdas las palabras en Génesis 15:13? “Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años”. Bueno, creo que es importante para nosotros ver la conexión entre Génesis y Éxodo. Porque cuando Dios le habla a Moisés, se revela repetidamente como “el Dios de los

padres” o “el Dios de tu padre”, “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”. También puedes ver una referencia a la descendencia que proviene del Génesis y de Éxodo 1:7: “Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra”.

La promesa concerniente a la simiente de Abraham se estaba cumpliendo mientras estaban en Egipto. Pasaron de ser una pequeña banda de 70 a llenar toda la tierra de Egipto. Bueno, sintiéndose amenazado, el Faraón los esclavizó con una amarga y dura esclavitud. Esto preparó la escena para la redención y la liberación. El intento del faraón de matar a los bebés varones demostró la guerra en curso entre la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer. Y recuerda, si observas más adelante el paralelo en el nacimiento de Cristo, cuando Herodes intenta volver a matar a los hijos varones, y José, el esposo de María, lleva a Jesús a Egipto y luego vuelve a salir. No tenemos tiempo para considerar todas las implicaciones de esto. Pero nota nuevamente, la conexión que hay entre palabra y obra.

Desde el capítulo 1 de Éxodo, hasta el capítulo 18, Dios habla y luego actúa. Es decir, Su Palabra precede al evento. Tanto la palabra como el hecho requieren expectativa, fe y obediencia. Pero bajo este primer punto, debemos resaltar especialmente lo que aprendemos sobre el conocimiento de Dios, lo que Dios nos está revelando acerca de Él mismo, porque el Éxodo no es simplemente una liberación. De hecho, está subordinado al propósito principal de la revelación del conocimiento de Dios. Él libera a Israel de una manera que mostrará Su gloria. Esto está claro en la zarza ardiente y lo que se dice allí en Éxodo tres. Está claro en las propias palabras del Faraón. En Éxodo 5:2, él dice: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel”.

Dios se revela a Sí mismo a través de las plagas, como el Soberano sobre la naturaleza y Su supremacía sobre los dioses de Egipto. La liberación llevaría a un conocimiento de Dios para Israel, pero también para Egipto. Nos dice: “Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando extienda mi mano sobre Egipto” (Éxodo 7:5).

Este conocimiento de Dios no se limitará solamente a Israel, o a Egipto, sino que se extenderá al mundo. De hecho, más adelante en el libro de Josué, oímos hablar de una ramera en un lugar lejano en la ciudad de Jerusalén. Y ella dice en Josué 2 versículos 9 y 10: “Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros. Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto”.

¿Ves el punto? El Éxodo es sobre la teología, sobre la revelación del conocimiento de Dios. Déjame darte un breve resumen de algo de lo que se revela de Dios. Vemos cosas reveladas al propio pueblo de Dios. Uno de los bellos ejemplos de esto es el de Su nombre, el nombre de Dios proclamado a Su pueblo. Ahora, el nombre de Dios es un concepto teológico muy importante porque Su nombre se refiere a la revelación de quién es Él. De hecho, se refiere a todas las formas en que Él se revela a sí mismo en Sus atributos y en Su Palabra y adoración, en Sus obras, así como Sus títulos y nombres. Por eso en el tercer mandamiento dice: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano”. Es por eso que, en la primera petición de la Oración del Señor, oramos: “Santificado sea tu Nombre”. puedes ver cuán importante es esto para nuestra comprensión de la Biblia.

Bueno, en Éxodo 3:14, Dios proclama: “YO SOY EL QUE SOY...YO SOY me envió a vosotros”. Este es el nombre Jehová, el nombre del Dios que guarda el pacto. Él es soberano, y guarda las promesas de Su pacto. Todo eso está encapsulado en este nombre. De hecho, si nos fijamos más ampliamente en Éxodo 3:1-22, vemos que el Señor nos dice todo tipo de cosas. Él nos habla acerca de Su presencia en los versículos 1-4, de Su pacto en los versículos 5 y 6, de Su compasión en los versículos 7 y 9, de Su comisión en los versículos 10-12, de Su fidelidad en los versículos 13-15, y de Sus propósitos en los versículos 16-22. Pero la revelación de este nombre, el nombre Jehová, marca un cambio; y eso es algo que debemos tener en cuenta.

En el capítulo de Éxodo seis, versículos dos y tres, dice: “Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy JEHOVÁ”, Yo soy Jehová, “Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, más en mi nombre JEHOVÁ no me di a conocer a ellos”. Como ves durante el Éxodo, Dios nos está revelando más de lo que hemos visto anteriormente. Él también revela cosas a sus enemigos. Ya hemos notado esto, pero observa también en Éxodo 4:5: “Por esto creerán que se te ha aparecido Jehová”, Jehová, “el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob”.

Lo vemos revelarse a Sí mismo por medio de Su nombre. Como vimos anteriormente en la última lección, Él se revela a Sí mismo como el Ángel del Señor en varios capítulos de Éxodo. Vemos referencias a Su rostro y presencia, y a la gloria del Señor. Pero, la última categoría en la que el Señor se revela a Sí mismo es a través de Sus obras, a través de señales y maravillas que Él anexó a este acto de redención en el Éxodo. Ahora, esto no es algo que sea normativo. Quiero decir, algunas personas tienen el concepto de que los milagros ocurrieron todo el tiempo a lo largo de la Biblia, y sacan la conclusión errónea de que estas señales y maravillas espectaculares continúan en la era actual. Pero ese no es el caso. Lo que sucede es que, en épocas particulares, actos particulares donde Dios está logrando algún punto importante de la redención, está acompañado en esas ocasiones por Sus señales y maravillas. Por lo tanto, acompañando Sus actos de salvación. Ves esto en los evangelios con la venida de Cristo, la encarnación de Cristo y toda su obra gloriosa. Está acompañado por estos signos y maravillas.

Debes notar que las plagas traen salvación a través del juicio. Este es el tema que hemos tratado anteriormente. Simultáneamente, juzgan a Egipto, demostrando que Egipto es impotente, y muestran liberación a Israel. Y si nos fijamos en las plagas, la Pascua, el Mar Rojo, la columna de fuego y la nube, la proclamación de la ley, la provisión en el desierto, incluso su llegada a la tierra prometida, todo esto es exhibido. Pero ahora debemos pasar a la redención que revela la gloria de Dios. Eso, en segundo lugar, nos lleva a este tema de la esclavitud.

El período de Abraham, Isaac y Jacob pareció glorioso de muchas maneras, pero concluyó miserablemente en la esclavitud de Egipto. Y todo parecía contradecir el plan y las promesas de Dios. Una vez más, las promesas parecen estar más allá de su alcance. Fíjate, recuerda las promesas que Dios le dio a Abraham. En lugar de estar en la tierra prometida, están en Egipto. Segundo, en lugar de bendiciones, se encuentran en esclavitud. Y, en tercer lugar, en vez de una simiente, están viendo el intento de Faraón de asesinar a sus hijos varones.

El cautiverio en la tierra extranjera de Egipto parece presentar un desafío a las promesas del pacto de Dios. Pero la experiencia de la esclavitud se convirtió en el contexto de una revelación gloriosa de Dios y de su salvación. Después de todo, debemos ser redimidos de la esclavitud y la muerte, y ser traídos a la vida en el Señor Jesucristo. Bien, en su aflicción, clamaron en fe a Dios, Éxodo dos versos, el final del versículo 23: “y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre”. La promesa de Dios proveía esperanza. Y en el siguiente versículo ves estas palabras: “Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob”. Observa lo que aprendemos de Dios en estos y en los versículos que lo rodean. Dios escuchó, Dios recordó, Dios miró, y Dios los respetó.

Este es un punto importante en términos del tema general de la redención porque lo que el pueblo del Señor necesitaba en ese momento era la liberación del pecado. Necesitaban liberarse de la opresión y de la angustia. También necesitaban liberación de la idolatría. Eso no se menciona hasta más tarde en Josué 24 y Ezequiel 23. Pero el cautiverio de Egipto y el éxodo fuera de Egipto demuestran el cautiverio de la raza humana a los poderes del mal y la absoluta necesidad de la poderosa obra de Dios para redimir a su pueblo de la esclavitud pecado. La salvación es sobre la liberación de la esclavitud. Los israelitas eran esclavos, y esto reflejaba su condición espiritual y la nuestra. Antes de venir a Cristo, somos esclavos del pecado. Los hombres sirven al pecado. Están dominados y controlados por el pecado. No pueden liberarse de él o resistirse.

Los hombres también están esclavizados a los ídolos. Recuerda, un ídolo es cualquier cosa que amas más que a Dios. Ahora bien, esta esclavitud proporcionó el contexto para volverse de la incredulidad con una fe renovada en las promesas de Dios. En tercer lugar, nos lleva al tema de la redención.

Redención significa liberación de la esclavitud. Las palabras griegas significan “soltar” o “ser liberado de la esclavitud”. Es la idea de ser comprado de nuevo de la esclavitud. En Éxodo 14, versículos 13 y 14, leemos: “Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos”.

¿Y qué encontramos? Bueno, descubrimos que son redimidos por la sangre, y todo este concepto de ser redimidos por la sangre es el corazón del relato de Éxodo. Se trata del material que cubre la Pascua. Ahora, consideraremos la Pascua en detalle en la lección sobre sacrificios y mostraremos cómo se relacionó eso con el Señor Jesucristo. Las plagas anteriores hicieron una distinción entre Israel en la tierra de Gosén y Egipto. Pero la décima plaga, la final, coincide con la liberación de Egipto. Israel mismo tuvo que ser redimido en esta última señal.

La redención de la muerte de los primogénitos de Israel representa la redención de la nación de Israel de Egipto. El cordero pascual representaba un sustituto, una expiación sustitutiva: el cordero en lugar del hijo del

israelita. Bueno, es obvio ver cómo esto nos estaba enseñando acerca de la provisión del Señor Jesucristo. El Cordero de Dios quita el pecado del mundo (Juan 1:29), el Cordero que fue inmolado en el lugar de Su propio pueblo, para redimirlos, para librarlos de la esclavitud del pecado. En Isaías 43:1 y 3 leemos: “Oh Jacob”, y continúa, “oh Israel”. Y sigue otra vez: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú... Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador; a Egipto he dado por tu rescate, a Etiopía y a Seba por ti”.

Ves el concepto de rescate dentro de la visión general de la redención y la salvación de la esclavitud. Bueno, esto refleja la condición espiritual de las almas. El pueblo del Señor, una vez redimido, se dice en Romanos 6:14: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros”; no te dominará ni esclavizará como un amo. Hebreos 11:29 muestra que el cruce del Mar Rojo es un paradigma para la fe cristiana. Así como en los días de Noé, Él trajo la salvación a través del juicio. Y de nuevo, es con agua. Israel pasó sobre el Mar Rojo con seguridad en tierra seca. Los egipcios los siguieron, y las aguas se derrumbaron, y ellos se ahogaron. La inmersión fue nuevamente una señal del juicio de Dios.

Todo esto establece el tema de la libertad que el pueblo del Señor tiene en el Señor Jesucristo: ya no son esclavos y en esclavitud, sino que ahora están libres para vivir en la gracia de Dios para la gloria de Dios. El pueblo de Dios es sacado del reino de Satanás y de las tinieblas y es llevado al reino de Cristo y de su luz en la tierra prometida. Ellos son tomados de la familia del diablo como su maestro, a la familia de Dios mismo.

Pero en este asunto, debemos tener en cuenta lo que creo que es uno de los puntos más significativos en la historia del Éxodo, porque es uno de los puntos más significativos dentro de la gran historia de Dios en general. Y es este: el objetivo de la redención es la adoración.

Ahora, vimos esto en los primeros capítulos de Génesis, e hicimos referencias posteriormente. Pero el objetivo de Dios es traer hacia Él mismo un pueblo hecho a Su semejanza, que Lo serviría en la adoración. La redención es el medio para ese fin. Y ves esto en el relato de Éxodo. Dios los libraré para que puedan adorarlo, y para que puedan morar con Él. Moisés le dice a Faraón esto en Éxodo 4:23: “Que dejes ir a mi hijo, para que me sirva” (podría traducirse como “me adore”). Esto culmina al otro lado del Mar Rojo. ¿Y cuál es el resultado? Israel adora y celebra la liberación de Dios con gozo y gratitud. Esto se registra para nosotros en la canción inspirada de Moisés en Éxodo 15, que ensalza la fidelidad del pacto de Dios. Esta canción no solo está en el centro del Libro del Éxodo, [sino que] creo que está en muchos aspectos en el centro de toda esta historia.

Leemos en esa canción en el capítulo 15:13: “Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste; Lo llevaste con tu poder a tu santa morada”. La palabra “misericordia” es la palabra hebrea, “*Chesed*”. Y es una palabra importante en el Antiguo Testamento que debes conocer. Se refiere al amor constante e infalible de Dios por Su pueblo. Aparece en otras partes del Antiguo Testamento en lugares muy importantes con implicaciones teológicas muy importantes, pero también lo verás en lugares como los Salmos. Lo encontrarás repetido una y otra vez en cada verso del Salmo 136.

En Juan 5:24, leemos: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”. ¿Ves ahí la referencia a Éxodo? En Isaías 51, versículos 10 y 11, leemos: “¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo; el que transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos? Ciertamente volverán los redimidos de Jehová; volverán a Sion cantando”.

Por último, debemos considerar el tema teológico del mediador. Israel fue redimido de la esclavitud a través de un mediador. El ministerio de Moisés era servir como un instrumento humano a través del cual Dios redimiría a su pueblo. Su función es revelar y prefigurar la persona y obra del Señor Jesucristo. Vemos esto varios lugares en el Nuevo Testamento. Él es el libertador, por así decirlo. El libertador de parte de Dios Pasó 40 años en Egipto, 40 años en el desierto de Madían y luego 40 años en el desierto con Israel después del Sinaí. Y te das cuenta de la fe y la obediencia de Moisés. En Hebreos 11, dice de Moisés que se negó a ser llamado hijo de la hija de Faraón. Ahí está la imagen de la separación del mundo otra vez. En su lugar, prefirió más bien sufrir la aflicción con el pueblo de Dios que disfrutar los placeres del pecado por una temporada. Ahí está el tema de la santidad, otra vez. Y, estimó que el oprobio de Cristo era más rico que los tesoros de Egipto.

Jesús está en el centro de todo. Moisés miró más allá de Egipto, incluso más allá de las aflicciones que sufriría con los hebreos. Miró al Señor Jesucristo más allá de todo lo demás. Y por eso, amigo mío, mejor hacemos lo mismo. Al leer el relato de Moisés, nuestros ojos también deben estar en el Señor Jesucristo. Moisés se paró entre Dios y su pueblo. También se interpuso entre Dios y las naciones, realmente entre Dios y toda la creación en ese

punto. Cuando Dios tenía algo que decir, lo decía a través de Moisés. Dios no le habló directamente a Faraón a través de una visión u otra cosa. Envío a Moisés a presentarse ante el faraón. Moisés se presentó ante Dios y luego regresó a su pueblo con la Palabra de Dios. Los milagros también se hicieron a través de Moisés.

Hay un contraste, una conexión, entre Moisés y Cristo. Moisés era una imagen del Mediador, Cristo, por venir. En Hebreos 3:3 dice: “Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste”, Cristo, “cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo”. Moisés era la señal de un Mediador mayor, El Señor Jesucristo, que era plenamente Dios y plenamente hombre. Más tarde en Éxodo 32:32 leemos: “Que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito”. Estas son las palabras de Moisés. ¿Ves allí la imagen de un mediador? Y, sin embargo, a diferencia de Moisés, el Señor Jesucristo no tuvo pecado. Y, sin embargo, ¿qué pasa? Él estuvo inmerso bajo el diluvio de la ira de Dios en nombre de su pueblo.

Las plagas de Dios descendieron sobre el Señor Jesucristo. Moisés no fue borrado del Libro de Dios, sino que Cristo clamó desde la Cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” El Señor Jesucristo es el superior, el más grande y el más glorioso Mediador del cual Moisés solo pudo servir como señal en las sombras. Pero aquí vemos el tema del Mediador: Dios redimirá a su pueblo de la esclavitud a través de la mano de Su glorioso Mediador, el Señor Jesucristo.

Observa que el Éxodo no fue solo una redención física. Fue una redención espiritual. Después de todo, Egipto era un lugar de idolatría y maldad, y se veía a Faraón como un dios y un opresor demoníaco. Israel continuará mirando hacia atrás, recordando la gloriosa redención de Dios al liberarlos de Egipto. También experimentarán más tarde un segundo éxodo del cautiverio babilónico. Pero todo esto apunta en última instancia al Señor Jesucristo. Al comienzo del Nuevo Testamento, en Mateo 2:14–15 leemos: “Y él, despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo”, El Señor Jesucristo.

Y luego, de un modo interesante, en la Transfiguración, leemos en Lucas capítulo nueve, versículos 30 y 31 estas palabras: “Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés”, fíjate en eso “los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida...” Ahora, esa palabra “partida” en griego significa literalmente “Éxodo”: “quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén”.

Esa palabra griega es la palabra Éxodo. ¿Qué significa eso? Moisés y Elías estaban hablando con Cristo acerca de Su muerte venidera, demostrando que lo que Cristo lograría en la cruz es el Éxodo supremo, la liberación final del pueblo de Dios de la esclavitud del pecado y la muerte. Vemos de nuevo que esto es más que una historia emocionante. Dios está revelando la persona y obra de Cristo y la salvación poderosa de su pueblo. Debemos conectar el Éxodo, el evento del Éxodo, al gran plan de Dios en la historia de la redención.

En conclusión, la Biblia describe la esclavitud de Egipto como un horno de aflicción: vemos ese lenguaje en Deuteronomio 4:20 e Isaías 48:10, la esclavitud del mundo de la cual Dios redime a su pueblo y lo enciende con Su gloria.

En la próxima lección, dirigiremos nuestra atención al Monte Sinaí y la entrega de la ley. Dios les dirá: “Porque yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo” (Levítico 11:45).

Lección 9

EL SINAÍ

Tema de la Lectura:

Dios da Su ley a Su pueblo escogido y redimido para revelar Su propio carácter, ponerlo bajo Su gobierno e informarle cómo vivir en santidad según Su voluntad.

Texto:

“De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno... Porque sabemos que la ley es espiritual... Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:12, 14, 22).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 9

Cuando los niños aprenden a escribir por primera vez, a menudo se les da un modelo de la forma de las letras o caracteres y se les dice que rastreen los ejemplos proporcionados. Al estudiar el modelo, se vuelven más hábiles para escribir palabras por sí mismos. Esto ayuda a ilustrar el tema de esta lección. Todo verdadero cristiano tiene un gran interés en la búsqueda de la piedad, pero ¿qué es? La piedad significa semejanza con Dios, y Dios ha resumido la revelación de Su propio carácter en la Ley Moral resumida en los Diez Mandamientos. En Su ministerio terrenal, Cristo conformó Su propia vida a este patrón perfecto, obedeciendo completamente la voluntad de Dios. En la búsqueda de la piedad, el Espíritu Santo transforma progresivamente al creyente a la semejanza de Cristo. La Ley Moral de Dios, por lo tanto, proporciona el patrón de la santidad de Dios que se encuentra en la santidad del evangelio del creyente.

Podemos hacernos algunas preguntas. ¿Cómo es Dios? ¿Cómo se relaciona Quién Dios es con lo que Él requiere de Sus criaturas? ¿Es el Dios de Sinaí lo mismo que el Dios del Nuevo Testamento? ¿Su requerimiento moral cambia o permanece igual del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento? ¿Es Sinaí un desvío del pacto de Dios con Abraham, o continúa basándose en las mismas promesas? ¿Cómo distinguimos entre las diferentes partes de la ley y cómo se relaciona la ley con el cristiano contemporáneo? ¿Todos los creyentes deberían decir ahora: “¡Oh cuánto amo yo tu ley!” (Salmos 119:97).

La ley de Moisés informó a Israel de cómo su relación redimida con Dios debe ser moldeada por la santidad y la sabiduría. La ley de Dios también serviría como una luz para todas las naciones del mundo, manifestando la gloria de Dios delante de todos. Leemos en Deuteronomio 4 versículos 6 y 8 estas importantes palabras: “Guardadlos, pues, y ponédlos por obra”, refiriéndose a la ley “porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová

nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?”.

La ley revelaría Quién es Dios a Su pueblo, pero esa misma ley se establecería ante todo el pueblo y todas las naciones del mundo. Bueno, debemos comenzar en esta lección, en primer lugar, comprendiendo la relación del Sinaí con la Redención y el Pacto de la Gracia. Puedes recordar que mientras Moisés estaba sirviendo como pastor en la tierra de Madián, se encontró con el Señor en la zarza ardiente. Esta teofanía ocurrió en el Monte Horeb, que es otro título para el Monte Sinaí, dos palabras para la misma montaña. El arbusto se quemó, pero no se consumió. Aquí, Dios se reveló a Sí mismo como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob e informó a Moisés que él fue el hombre elegido de Dios para ser enviado a Faraón para liberar a Su pueblo elegido de la esclavitud egipcia y llevarlo a la Tierra Prometida. Le prometió a Moisés que Él, Dios, estaría con él.

Observa que Él le ordenó que le trajera a Su pueblo, una vez liberado de Egipto, de regreso a esta montaña, el Monte Horeb o el Monte Sinaí. ¿Por qué? Para servir o adorar a Dios en esta montaña, como lo dice Éxodo 3 versículo 12. Entonces, el mandato de Dios de ir a buscar a Su pueblo y llevarlos a adorarlo en el Sinaí nos lleva a considerar el significado de lo que ocurrió en este importante lugar. Es tan importante que en realidad lo vamos a considerar en esta lección y en otras tres lecciones más a seguir. Ahora, debemos ser claros en algunas conexiones importantes porque hay algunos cristianos que han establecido erróneamente el pacto con Abraham y el pacto con Moisés en oposición unos con otros. Ellos ven el patrón con Abraham como gentil, pero el de Moisés como una interrupción de ese patrón, estableciendo duros términos basados en el mérito humano. Cometan el mismo error al oponerse a Moisés en el Nuevo Testamento.

Esto no es lo que enseña la Biblia, como pretendo probar. La continuidad que hemos observado hasta ahora en el desarrollo del Pacto de Gracia de Dios continúa. El Pacto Mosaico es un desarrollo más en la historia de la revelación que al final conecta Génesis 3:15 con el nuevo pacto. Para ser claros, el Pacto Mosaico es parte del Pacto de la Gracia. Esto es importante para comprender la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, la Ley y el Evangelio, y comprender la obra de Cristo y el lugar que tiene la ley en la vida de los cristianos contemporáneos.

En segundo lugar, Dios comunica el mismo énfasis de la redención del Evangelio al dar los Diez Mandamientos. Inmediatamente antes de los Diez Mandamientos, leemos en Éxodo 20 versículo 2: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. Él es su Dios, el Dios que los salvó y los libró. Como vimos en la lección sobre Éxodo, la redención de la esclavitud de Egipto presagiaba la obra salvadora del Cristo venidero. Además, la Ley en sí misma también está llena del mensaje del Evangelio y de Cristo como Salvador. Además, la Ley en sí misma está llena del mensaje del Evangelio y de Cristo como Salvador. Como veremos en las siguientes tres lecciones sobre los tabernáculos, los sacrificios y el sacerdocio, todos estos símbolos transmiten una teología maravillosa sobre la provisión de Dios para el perdón, la reconciliación y la comunión con Dios. Por esa razón, me gusta hablar del libro de Levítico como el evangelio según Levítico.

En cuarto lugar, vemos que la ley le recordará constantemente al pueblo de Dios su incapacidad de cumplir con los estándares de santidad de Dios y amarlo de manera comprensible. Bueno, la convicción de pecado es siempre una misericordia; Pero fíjate, es la ley la que también les enseña a valerse del sacrificio cuando se arrepienten y se entregan a la misericordia de Dios. Siguiendo, ¿recuerdas el núcleo del Pacto de Gracia? ¿Las palabras que destacamos en lecciones anteriores? Bueno, las vemos repetidas nuevamente en el Pacto Mosaico. Por ejemplo, en Levítico 26 versículo 12: “Y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo”. Ahí está. Es descrito a través del Pacto Mosaico en algunos lugares.

Además, en Levítico 26 y Deuteronomio capítulo 27 y 28, vemos una mayor revelación de las bendiciones y maldiciones del pacto. Romper el pacto a través de la incredulidad y la desobediencia resulta en la descalificación de las bendiciones y en cierta cosecha de las maldiciones, pero incluso aquí, si Israel se arrepiente y regresa al Señor, volverán a encontrar las bendiciones del pacto. Nos lo dicen, por ejemplo, en Levítico 26, versículos 40 al 45. Ahora, esto es fundamental. Toda esta noción de la relación del pueblo de Dios y el pacto con Él con las bendiciones y maldiciones del pacto. Es esencial para entender a los profetas posteriores. También es importante para entender el trasfondo del Nuevo Testamento.

No cometas el error de pensar que este elemento está ausente en el Nuevo Testamento. Recuerda a Ananías y Safira. Recuerda las graves advertencias dadas en 1 Corintios 11 sobre la participación indigna en la Cena del Señor, la comida del nuevo pacto. Recuerda el lenguaje que se encuentra en Hebreos, por ejemplo, capítulo 6, 10 y 12, y

recuerda las amenazas sorprendentes que Cristo dio a las siete iglesias de Asia en Apocalipsis 2 y 3. Esto es solo por mencionar algunos ejemplos. La comprensión de las bendiciones y maldiciones del pacto nos proporciona el trasfondo de estos pasajes del Nuevo Testamento. Bueno, hay muchas más conexiones que podrían establecerse para resaltar la relación de Sinaí con la redención y con el Pacto de la Gracia, pero tendrás que seguirlas en tus estudios posteriores. Permíteme darte un ejemplo más: las palabras de Cristo en la Institución de la Cena del Señor cuando dijo: “Porque esto es mi sangre del nuevo pacto” o Nuevo Testamento.

Eso se encuentra en Mateo 26:28. Ese lenguaje no se toma de la Pascua como podrías haber pensado, sino del monte Sinaí. Lo ves en Éxodo 24 versículo 8. Bueno, esto tiene implicaciones interesantes, pero descubrirás muchas más conexiones en tus estudios futuros. Solo estamos proporcionamos los bloques de construcción básicos en estas lecciones.

Bajo este primer punto, vemos que el llamado a la santidad y la obediencia entra dentro del contexto de la redención. La fidelidad del pacto de Dios a ellos en el Éxodo se refuerza cuando revela los detalles de la Palabra de Dios que deben obedecer. Aún están llamados a vivir por la fe en las promesas de Dios mientras viven bajo Su gobierno y siguen Su patrón de santidad en el Evangelio. Esto proporciona continuidad que se traslada y continúa en el Nuevo Testamento.

En segundo lugar, debemos considerar la revelación de Dios mismo en Sinaí. En esto, vemos más beneficios para el desarrollo de la revelación de Dios bajo Moisés. Vemos una nueva revelación con respecto a Su nombre. Recordarás de la última lección el significado del nombre de Dios. Es una revelación de quién es Él. Resume todas las formas en que Dios se revela. Notamos en la última lección que Dios revela un nuevo nombre a Moisés que Abraham, Isaac y Jacob desconocían. Él se mostró a sí mismo como Jehová. Esto es significativo para la revelación adicional de Su gloria como el Dios del pacto. Este nombre, mayúscula SEÑOR o Jehová. Está impreso en Biblias en inglés las letras S-E-Ñ-O-R en mayúscula. Este nombre Jehová se convierte en el nombre dominante en el resto del Antiguo Testamento. Curiosamente, cuando lleguemos al Nuevo Testamento, Jesús citará pasajes del Antiguo Testamento, hablará sobre Jehová, y dirá que tienen su cumplimiento en Él, y que, de hecho, eran referencias a Él, lo que nos lleva a la conclusión de que Jesús es Jehová. Lo desarrollaremos aún más cuando lleguemos al Nuevo Testamento.

A diferencia de cualquier otra nación, Dios le habló a Israel directamente desde el fuego por primera vez en la historia. Puedes ver esto en Deuteronomio 4. También notamos algunas cosas acerca de la revelación del carácter de Dios. Dijo al principio que la ley revela quién es Dios y lo que Dios pide. En ambos casos, revela, por ejemplo, Su santidad. Recuerda el fuego en el monte, en el Monte Sinaí, así como en la zarza. A Moisés se le dice: “El lugar en que tú estás, tierra santa es”, en el monte. Él le dice a su pueblo en Sinaí: “No subáis al monte, ni toquéis sus límites”. La ley revela el carácter de Dios y su voluntad para la humanidad. Él dice: “Sed santos, porque yo soy santo”. Ahora, esta sigue siendo la norma en el Nuevo Testamento, como se ve en 1ª Pedro 1 versículo 16. Pedro cita este pasaje del Antiguo Testamento: “Sed santos; porque yo soy santo”, y muestra que se aplica al cristiano del Nuevo Testamento.

Santidad es una de las palabras más prominentes en la Biblia para expresar el carácter de Dios. Piensa en la escena que se nos da en Isaías 6:1-3, donde se abren los cielos, y él ve al Señor sobre su trono. ¿Qué están diciendo los ángeles? Ellos están diciendo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”. ¿Qué es la santidad? Bueno, se compone de al menos dos partes. La primera es la que a menudo asociamos con la santidad. La pureza. La santidad lleva consigo la idea de pureza, de no tener mancha ni culpa, de no tener pecado, pero igualmente importante es el concepto de separación. La santidad es estar separados, por lo que nos referiremos a la Biblia como la Santa Biblia. Está separado del resto de los libros. Nos referiremos a la Cena del Señor como una Santa Cena, separada de todas las demás comidas, o al sábado como el Día Santo de Dios. Está separado de los otros seis días. El pueblo de Dios incluso es llamado pueblo santo. Están separados del resto del mundo. Entonces, Dios está separado de la creación, de Su pueblo, del pecado; y él es puro. Dios es santo Él redimió a su pueblo para hacerlos un pueblo santo.

La ley nos proporciona una transcripción, por así decirlo, del carácter santo de Dios para guiar las vidas de su pueblo redimido. Las leyes de la santidad enfatizan la diferencia entre un Dios santo y un pueblo pecador. Los redimidos están llamados a compartir la santidad de Dios estando separados y siendo diferentes al resto de la humanidad.

Solo Dios, por supuesto, tiene la autoridad para definir el pecado. Cuando nos negamos a llamar pecado a algo que Dios llama pecado, o cuando llamamos pecado a algo que Dios no llama pecado, estamos usurpando la autoridad de Dios y la estamos tomando para nosotros mismos.

Otra revelación del carácter de Dios es Su amor. Ahora, esto puede ser una sorpresa para algunos de ustedes, pero no debería de serlo. Dios es amor, y vemos Su amor en la ley. Vemos Su promesa de amor. Fíjate en las siguientes palabras: “Yo soy Jehová tu Dios”. ¿Cómo es eso? Bien, ¿qué es lo máximo que Él puede dar sino a Sí mismo? Esta es una expresión de amor. Así como la promesa es una promesa de amor, Sus preceptos son preceptos de amor. Él dice, por ejemplo, “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Es un llamado a tener un amor exclusivo por el Señor por encima de todos los demás. En lugar de una antítesis entre la ley y el amor, existe una conexión inextricable entre ellos. El Nuevo Testamento lo confirma.

En Romanos 13 versículo 10, se nos dice que “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley”, Se nos dice, en otros lugares, que el amor se expresa mediante la obediencia a la ley. Jesús dice: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15). Juan repite eso en 1 Juan 5. Luego, Jesús resume toda la ley en términos de amor. Él dice: “¿Quieres entender la ley y los profetas? Estos se resumen así: Ama a Dios y ama a tu prójimo” (Mateo 22:35–40): La ley resumida en términos de amor. Este amor está conectado a otra revelación del carácter de Dios: su celo. Él es un Dios celoso. Él se describe a sí mismo como el “Señor tu Dios”. Esto, como dije, se repite a través de la primera tabla de la Ley. Fíjate en la referencia que hace en el segundo mandamiento a Sí mismo como un Dios celoso establecido en el contexto de no hacer imágenes talladas. No debe haber competidores. Nada ni nadie más que comparta el lugar que Él tiene. Solo debemos adorarlo a Él como Él lo ha prescrito. Dios pone Su nombre y reclama la simiente de Jacob: “Mío eres tú”.

Los celos son el fuego del amor. Piensa en las palabras Cantares en el capítulo 8 versículos 6 y 7: “Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor; duros como el Seol los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos. si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarían”. En resumen, imagina la escena en este punto, Dios revelando su gloria. Al llegar a la montaña, esta se quemó con fuego, se nos dice. Nota las palabras en Deuteronomio 5 versículo 24: “He aquí Jehová nuestro Dios nos ha”, ¿qué cosa? “nos ha mostrado su gloria y su grandeza”. La gente temía, por supuesto. Tenían miedo de que el fuego los consumiera.

Hebreos 12 se refiere a esto. Dice en el versículo 21 que incluso Moisés dijo: “Estoy espantado y temblando”, pero Hebreos 12 continúa. Diciendo: “Sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo”. Bien, ¿qué significa eso? ¿Eso disminuye el temor a Dios que los cristianos del Nuevo Testamento deben tener? No. El capítulo termina con los versículos 28 y 29 que dicen: “Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor”.

En nuestro próximo punto, debemos considerar las categorías de la ley. Comprender las diferentes categorías de la ley te ayudará a comprender los puntos de continuidad y discontinuidad entre la ley y el Nuevo Testamento. Algunas leyes son permanentes y otras son temporales en el Sinaí. Debes notar que, incluso los creyentes del Antiguo Testamento entendieron estas categorías y distinciones. Lo encontrarás en el libro de los Salmos donde se habla de no desear sacrificios (Salmos 40:6; 51:16). Lo encontrarás en libros históricos donde la obediencia es más importante que el sacrificio, en muchos lugares. Bueno, la iglesia a lo largo de los siglos ha distinguido tres categorías principales dentro de la Ley: la Ley Moral, la Ley Civil o Judicial y la Ley Ceremonial. Vamos a considerarlas muy brevemente. En primer lugar, tenemos la Ley Moral. La voluntad de Dios se resume en la Ley Moral. La Ley Moral se resume en los Diez Mandamientos. Adán tenía toda la Ley Moral cuando estaba en el jardín. De hecho, él la quebrantó. Todos los que lo siguieron también tenían la Ley Moral, pero se resume y se ratifica, por escrito, por primera vez dentro de los 10 Mandamientos.

Esta ley es perpetua. Es permanente. Es el reflejo del carácter de Dios y, por lo tanto, no puede cambiar. Se aplica a todos los hombres en todos los países, en todas las edades. La Ley Moral fue reforzada y expuesta en el Nuevo Testamento por Cristo, Pablo y por los otros escritores del Nuevo Testamento en muchos lugares. Consideraremos la Ley Moral más detalladamente en un momento. La segunda categoría es la Ley Judicial, las leyes de casos civiles o las leyes político-económicas de Israel. Estas eran leyes sociopolíticas aplicadas a la teocracia de Israel como una nación única. La Confesión de Fe de Westminster declara que estas expiraron con el Estado de Israel, y que solo son obligatorias en la medida en que “la equidad general de ellas lo requiera”.

La tercera categoría es la ley ceremonial. Esto se refiere a todas las leyes acerca de lo limpio e inmundo, las leyes de separación y pureza. Se refiere a las leyes que gobiernan el templo y la adoración del tabernáculo, a los sacerdotes y al sistema de sacrificios, etc. Estas Leyes Ceremoniales señalaron como sombras a la Persona y obra de Cristo, y los resultados de esa obra en el Nuevo Testamento. Expondremos algunas de estas instituciones ceremoniales y ordenanzas en las próximas tres lecciones, pero debes comprender desde el principio que estas Leyes ceremoniales se han cumplido en el Señor Jesucristo. Por lo tanto, están completamente vencidas. Han sido abrogadas en el Nuevo Testamento con la venida de Cristo. Vemos esto en muchos lugares a lo largo del Nuevo Testamento, y lo veremos más a fondo en las lecciones que siguen, pero consideremos un poco más en detalle lo que aprendemos acerca de la Ley Moral resumida en los 10 Mandamientos. Esto es algo primordial, por así decirlo. Es distinto al resto de la ley.

John Owen dice: “La enseñanza celestial, el conocimiento de Dios, se había revelado y expandido gradualmente en varias ocasiones desde la fundación del universo, y ahora, por fin, se reunió y sistematizó en un método general y estable de adoración y obediencia. y presentado a la iglesia como un cuerpo de verdad unificada”. Los Diez Mandamientos se llaman, en la Biblia, “las diez palabras”. Observa esto, por ejemplo, en Éxodo 34 y Deuteronomio 4 y 10: diez palabras. Ahí es donde obtenemos la palabra inglesa “decálogo”. Decálogo significa “diez palabras. Notarás que estos Diez Mandamientos están escritos con el dedo del Señor en tablas de piedra (Deuteronomio 9:10). Eso en sí mismo muestra algo de su permanencia y primacía. También se nos dice que están separados. Fíjate en Deuteronomio 5 versículo 22: “Estas palabras habló Jehová a toda vuestra congregación en el monte, de en medio del fuego, de la nube y de la oscuridad, a gran voz; y no añadió más. Y las escribió en dos tablas de piedra, las cuales me dio a mí”.

Como vemos en otra parte, a un nivel más profundo, esas diez palabras, los Diez Mandamientos, fueron el Pacto y el testimonio en sí. Así es como se mencionan en algunos lugares de Éxodo y Deuteronomio. Por supuesto, esas dos tablas de piedra se colocan dentro del arca debajo, como si fueran los pies de Dios. Los Diez mandamientos se dividen en dos partes básicas. En la Primera Tabla están los mandamientos del uno al cuatro, y en la Segunda Tabla, los mandamientos del cinco al diez. La Primera Tabla se refiere a nuestros deberes en relación con Dios, nuestros deberes para con Dios. La Segunda Tabla, Mandamientos cinco hasta diez, habla de nuestros deberes hacia el hombre, hacia nuestros semejantes humanos. Notarás que, en la Primera Tabla, todo gira en torno a la adoración. En el primer mandamiento, se nos dice a quién adorar. En el segundo mandamiento, se nos dice cómo adarlo. Solo debemos adarlo a Él como Él lo ha ordenado o prescrito, no según nuestra propia innovación. En el tercer mandamiento, se nos dice por qué lo adoramos: debemos santificar Su nombre. Luego, en el cuarto mandamiento, se nos dice cuándo adarlo: en el día de reposo que Él designó.

Cuando Jesús resume estos Diez Mandamientos en el evangelio, los resume como amor a Dios y amor al prójimo, pero nota que dice que el primer y gran mandamiento es nuestro amor hacia Dios (Mateo 22: 37–38). Él está diciendo que los primeros cuatro mandamientos son la primera prioridad. Se les debe dar el primer lugar, como la primera cosa en la mente del cristiano. Si bien no podemos explicar en detalle aquí los Diez Mandamientos, te referiré, en cambio, a las lecciones del Reverendo A.T. Vergunst sobre los Diez Mandamientos. Te animo a que las escuches.

Antes de pasar de este punto, observa la referencia, nuevamente, al dedo de Dios en Éxodo 31 y en otros lugares. John Owen dice: “Una vez que la mente de Dios se redujo a la escritura, cada hombre mortal e individual a quien puedan llegar las Escrituras tiene a Dios hablándole de forma no menos directa que si escuchara a Dios hablando con Su propia voz, exactamente como lo hizo Adán cuando escuchó la voz del Señor en el jardín”.

Por último, debemos considerar la relevancia de la ley en el presente para conectar los puntos y ayudarte a situar la Ley Moral dentro del panorama general. Por último, consideraremos algunas implicaciones teológicas de la Ley Moral para el tiempo presente. En primer lugar, algo sobre Cristo y la ley. Lo que descubrimos es que el Señor Jesucristo sostuvo y cumplió la ley. Reforzó el hecho de que la Ley Moral era permanente y que Él no vino a abrogarla. Fíjate en las palabras de Mateo 5 en el Sermón del Monte, versículos 17 al 19. Jesús dice: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos”.

Luego, en ese mismo capítulo, Jesús continúa exponiendo los Diez Mandamientos y refutando la distorsión de los fariseos y su versión de la ley, pero observa que no disminuye las exigencias de la ley. La fortalece al mostrar que la intención original y correcta de la ley se aplica al corazón, y no solo a la mano. Se aplica a nuestros pensamientos y motivos secretos, no solo a nuestras acciones externas. Cristo, después de todo, era el Dador de la Ley. Él es el del Monte Sinaí que está dando la ley a Su pueblo. El Señor Jesucristo es el que viene y guarda la ley durante Su ministerio terrenal. De hecho, Cristo se somete a la maldición de la ley en nombre de Su pueblo, o podríamos decir mucho más. Pero la ley hace que Cristo sea más precioso para nosotros. Él obedeció perfecta y plenamente todos los preceptos de la Ley para Su pueblo. Estamos unidos a Aquel que hizo por nosotros lo que nunca podríamos hacer por nosotros mismos.

En el Nuevo Testamento, Jesús y Pablo enfrentan las distorsiones del uso de la Ley Moral. Ellos están defendiendo y defendiendo el uso correcto de la misma. Entonces, Paul, después de refutar el uso de la ley como un medio de justificación, la idea de que si obedezco la ley puedo ganarme el favor de Dios, queremos que quede claro que no desechamos la ley por completo. Él dice en Romanos 3 versículo 31: ¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”. Eso nos lleva a considerar la ley cristiana y la moral. Vemos algo en la Biblia del amor del creyente por la Ley de Dios.

En el Antiguo Testamento, el salmista dice: ¡Oh!, ¡cuánto amo yo tu ley, todo el día es ella mi meditación!” (Salmos 119:97). Leemos en el Salmo 1: “Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche”. Leemos también: “Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, Que da su fruto en su tiempo, Y su hoja no cae; Y todo lo que hace, prosperará”. Esas son las palabras de Dios para Josué en el capítulo 1.

Bueno, no es de extrañar, pues si la ley nos está enseñando acerca de Dios, y si la ley es el patrón en el que Dios nos está configurando, por supuesto Su pueblo se deleitará en ello; y por eso, no es de extrañar que encontremos el mismo lenguaje en el Nuevo Testamento Pablo escribiendo en Romanos 7 dice: “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (versículo 12). Más adelante continúa: “Porque sabemos que la ley es espiritual” (versículo 14), “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (versículo 22). Suena como el salmista. En otro lugar, leemos en el Nuevo Testamento, 1ª Timoteo 1 versículo 8: “Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente”. Juan habla de esto en 1ª Juan 5 versículo 3: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”.

Quizás sería útil para nosotros revisar muy rápidamente los usos de la ley. Históricamente, la iglesia ha identificado tres usos primarios. El primer uso de la Ley Moral de Dios es restringir la maldad y mantener el orden en el mundo. Esto se conoce como el uso civil de la ley. La proclamación de la ley sirve como una influencia restrictiva contra el pecado y el mundo. El segundo uso de la ley está en Dios, revelando el pecado y aterrorizando a la conciencia. Él nos despierta a nuestra necesidad y nos impulsa a Cristo. Esto se conoce como el uso teológico de la ley. Esto lleva al hombre a la convicción de pecado y lo hace consciente de su incapacidad para cumplir con las exigencias de la ley de Dios. Por lo tanto, la ley es, en las palabras de Pablo, el tutor, un maestro de escuela para guiarnos a Cristo (Gálatas 3:24). Esto sigue siendo cierto para el creyente en su santificación, así como para el incrédulo en su conversión.

El tercer uso de la ley se da para instruir a los creyentes, a los que son redimidos, y cómo vivir una vida de piedad por amor y gratitud por su redención. Esto se conoce como la regla de vida para el creyente. Esto nos dirige a nuestros deberes, así como a los pecados que debemos llevar a la muerte y evitar. Nos muestra cómo es la vida justa. Nuestra motivación para amar y guardar la ley es una de gratitud y amor por la redención que tenemos en el Señor Jesús. Ese amor se demuestra por la obediencia, y el estándar de obediencia es el carácter de Dios como se ve en la ley. La ley es un limitador. La ley es un revelador del pecado, y la ley es una regla de vida. Hace todas estas cosas y más por nosotros. ¿Acaso no te ayuda a entender la relación entre la ley y el evangelio?

La ley nos lleva a Cristo en el Evangelio, y luego, el Evangelio nos lleva de regreso a la ley como una regla de vida para el creyente. Tanto la Ley como el Evangelio son medios de gracia en las Escrituras. La obediencia a la ley nunca fue un medio de justificación. La ley y el evangelio trabajan juntos, y no deben ser separados. Bueno, para concluir, hemos visto que la entrega de la Ley en el Sinaí entró en el contexto de la redención: Dios reveló a Su pueblo elegido tanto a Sí mismo, como el modelo para vivir de acuerdo con Su santidad. En la siguiente conferencia, veremos las instrucciones que Dios dio en el Sinaí con respecto al tabernáculo. Lo que descubriremos es un tesoro escondido del evangelio.

Lección 10

EL TABERNÁCULO

Tema de la Lectura:

El Señor se revela a Sí mismo como el Dios que salva a Su pueblo para que pueda habitar en medio de ellos, en este mundo y en el mundo venidero.

Texto:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó [tabernáculo] entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 10

Las descripciones del tabernáculo parecían extrañas y desconocidas para nosotros. Por esa razón, muchas personas se ven tentadas a hojear todos los detalles tediosos que describen el tabernáculo en la Biblia, pero eso es un error. Dios nos ha proporcionado una imagen vívida y gráfica llena de rica teología. Al detenerse para mirar más de cerca, estos pasajes de la Biblia abren una ventana para ver verdades deliciosas que los cristianos del presente deben recibir y alegrarse. En lugar de parecer tedioso, descubrirás emocionantes exhibiciones de la gloria del Evangelio.

¿Cuál es el punto principal que Dios intenta enseñarnos a través del tabernáculo? y ¿cómo se relaciona eso con la Biblia en su conjunto? ¿Se le dio a Moisés un papel en el diseño del tabernáculo? ¿Qué teología derivamos de los componentes del tabernáculo? ¿Qué aprendizaje teológico hay en el orden y en la secuencia que los sacerdotes siguieron en su servicio dentro del tabernáculo? ¿Cómo fue el tabernáculo una señal del Nuevo Testamento y más allá?

Hermann Witsius, el teólogo holandés del siglo XVII, observó de manera interesante: “Dios creó el mundo entero en seis días, pero utilizó cuarenta para instruir a Moisés acerca del tabernáculo. Se necesitaba más un poco más que un solo capítulo para describir la estructura del mundo, pero se usaron seis para el tabernáculo”. Eso es interesante porque casi la mitad del Libro de Éxodo no se trata del evento real del Éxodo, sino que es más bien dedicado a describir el diseño y la construcción del tabernáculo. ¿Cuál es la razón de esto?

Bien, el Señor se revela a sí mismo como el Dios que salva a su pueblo para que Él pueda habitar en medio de este mundo y en el mundo venidero. El tabernáculo nos enseña acerca de la vida con Dios. Estudiamos el tabernáculo para comprender los pasos que el Señor le dio a un pueblo pecador para acercarse a un Dios santo. Lo que aprendemos aquí será descrito a través del recordatorio de la Biblia. Para comprender la teología de la Biblia, debes comprender lo que Dios reveló en el desarrollo de esta parte de la historia redentora.

En primer lugar, debemos mirar a Dios que mora en medio de su pueblo porque este es el punto principal y el tema central en esta sección del tabernáculo. Vimos al principio de Génesis, a Dios morando con Adán. Él

caminó con él en el fresco del día. En la caída, el hombre fue expulsado del Edén, expulsado de la presencia de Dios, pero Dios también prometió que se reconciliaría con su pueblo. Hemos visto desarrollarse la promesa del pacto en las lecciones posteriores, asegurándonos que Dios morará con su pueblo.

Ahora, en el Sinaí, Dios provee revelación adicional acerca de Su propósito de habitar en medio de Su pueblo, y Él revela la manera en que esto debe llevarse a cabo. El tabernáculo era la morada temporal del Señor durante el tiempo en el desierto. La palabra “tabernáculo” significa “tienda”, pero es una tienda especial separada de todas las demás. Por esa razón, se llama “la tienda del Señor” y “la tienda de la reunión”. También se llamó el “santuario” porque era el lugar de la santa presencia de Dios. Por último, también fue llamada la “tienda del testimonio”. Las dos tablas de la Ley fueron llamadas “el testimonio”, y fueron colocadas dentro del arca dentro del Lugar Santísimo en el tabernáculo, por lo tanto, testificando del Pacto de Gracia de Dios con Su pueblo.

El tabernáculo se usó desde la época del Éxodo hasta la época del rey Salomón, cuando el tabernáculo fue reemplazado por el templo. El tabernáculo estaba ubicado en el mero centro del campamento israelita con las 12 tribus acampadas a su alrededor en un arreglo designado por Dios. Eso mostraba de forma vivida a Dios morando en medio de su pueblo. Esto se establece claramente al principio de esta sección de las Escrituras. En Éxodo 25:8, leemos: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos”. Este mensaje de Dios que mora entre su pueblo estaba conectado al corazón del pacto: ‘Y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo’.

Fíjate en las palabras en Éxodo 29:45–46: “Y habitaré entre los hijos de Israel, y seré su Dios. Y conocerán que yo soy Jehová su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, para habitar en medio de ellos. Yo Jehová su Dios”. El propósito del tabernáculo era continuar con la experiencia del Sinaí de que Jehová moraba en medio de Israel. ¿Por qué digo eso? Bueno, nota este paralelo. En Sinaí, leemos en Éxodo 24:15–16 estas palabras: “Entonces Moisés subió al monte, y una nube cubrió el monte y la gloria de Jehová reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube”.

Ahora, observa la similitud del lenguaje con el tabernáculo en Éxodo 40:34, “Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo”. La experiencia de Dios en medio de Su pueblo en el Sinaí se perpetuaría a través del tabernáculo.

En segundo lugar, debemos reconocer el modelo del Evangelio y el contenido del Evangelio que se encuentra en el tabernáculo. Esta es el meollo del mensaje. Aquí es donde pasaremos la mayor parte de nuestro tiempo. Antes de ver los detalles, fíjate en que hay una prescripción divina. Ahora, vimos con Abel que Dios solo debe ser adorado de acuerdo con Su propia prescripción ordenada. Esto fue ratificado aún más en el Segundo Mandamiento donde Dios nos dice: “No te harás imagen”. Dios está diciendo en ese mandamiento, ‘solo debes adorarme como lo he designado’, y esto se repite en otros lugares en relación con la Ley Moral.

En Deuteronomio 12:32, tenemos esas palabras: “Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás”. Esta ley bíblica de adoración se aplica a todos los hombres a lo largo de todas las edades. No podemos sumar o restar de los actos de adoración que Dios designa específicamente para Su pueblo, aunque lo que Él especifica puede diferir y difiere entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, como continuaremos viendo.

El tabernáculo, como es lógico, fue construido de acuerdo al modelo ordenado por Dios, no por Moisés. Moisés no tenía ningún papel en absoluto. En esos capítulos que se extienden desde Éxodo 25 hasta Levítico 7, Dios proporcionó cada detalle, para que se erigiera exactamente como Dios lo mandó. Encontramos en el capítulo 31, versículo 11, las palabras: “Harán conforme a todo lo que te he mandado”. Este lenguaje se teje a de arriba a abajo. Nada está permitido a la imaginación del hombre. Toda innovación y creatividad humana están estrictamente prohibidas en la adoración de Dios.

Pero, ¿qué describía Él exactamente en este modelo? Bueno, eso nos lleva a considerar el contenido teológico, y vamos a ver las partes individuales del tabernáculo, el contenido teológico que se encuentra en los detalles que Dios nos da. La provisión y el arreglo de los diversos componentes y muebles revelaron la gracia del evangelio de Dios, la forma en que los pecadores redimidos tienen acceso a un Dios santo.

En primer lugar, observa el panorama general. Había un gran patio que estaba descubierto al cielo, y estaba rodeado por una valla hecha de lino torcido y cortinas que colgaban de columnas, basas, capiteles y molduras. Dentro de ese patio estaba el tabernáculo, la tienda del Señor. Pero también dentro del atrio, fuera del propio

tabernáculo, estaba el altar de bronce y la fuente o lavacro de bronce. El interior del tabernáculo estaba formado por dos secciones. La más grande era el Lugar Santo; y la parte más pequeña, el santuario más íntimo, por así decirlo, era el Lugar Santísimo. Consideraremos las distintas partes en orden, y solo podemos tocar brevemente los siete elementos principales. Hay mucho más que aprender de esto en tus estudios futuros.

Los sacerdotes se acercaban a la puerta del patio exterior, que demostraba visiblemente la separación de Dios y la santidad del pueblo. Pasarían por la puerta que estaba hecha de lino torcido, azul, púrpura y carmesí; conectadas a cuatro columnas de bronce con basas de bronce, capiteles y molduras de plata. Y al pasar por esa puerta y entrar en el patio, lo primero que vería sería el altar de bronce. Estaría inmediatamente delante de él, y se acercaría a aquel altar.

El altar cuadrado con cuatro cuernos en las esquinas estaba cubierto de bronce. Seguramente era hermoso, pero habría sido más duradero que, por ejemplo, algo como el oro. Estaba acompañado de calderos de bronce, paletas y garfios, y así sucesivamente. Dice que nunca se permitió que se apagara el fuego en el altar. Para que un Dios santo pueda morar con Su pueblo, lo primero que se necesita es un sacrificio y una expiación por el pecado; De ahí que lo primero a lo que llegan es a este altar de bronce. La justicia de Dios tiene que ser satisfecha. La confesión del pecado tiene que hacerse.

Ahora bien, hablaremos acerca de los detalles del sacrificio en la próxima lección, pero esto apuntaba a la necesidad del sacrificio final y perfecto de Cristo. Esto fue impreso en la mente del pueblo de Dios. Necesitaban el sacrificio de Cristo, quien derramaría Su sangre por los pecados de Su pueblo. Sin la expiación sustitutiva de Cristo por todos los pecados de Su pueblo entero, no tendríamos ningún acceso para acercarnos a Dios y ninguna capacidad para que Él morara con nosotros.

Bueno, en segundo lugar, vendrías a la fuente o lavacro de bronce, y este se llenaría con agua, con la que Aarón y sus hijos se lavaban a fondo, lavándose las manos y los pies antes de acercarse a la tienda del tabernáculo. Se nos dice que si no se lavaban y entraban en el tabernáculo, morirían.

Este siguiente paso después del sacrificio simboliza ceremonialmente la necesidad de lavado o purificación. Necesitaban una limpieza continua para entrar en la presencia de Dios. Aquí vemos que aquellos que acuden a Dios a través del sacrificio de Cristo, confesando sus pecados, necesitan una verdadera limpieza, una limpieza espiritual. En 1 Juan 1:7, leemos: “Y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”.

El tabernáculo mismo era de forma rectangular y estaba cubierto por cuatro capas de tela. La capa inferior que se veía desde adentro cuando se miraba hacia arriba y era lino torcido, azul, púrpura y carmesí, bordado con imágenes de querubines, ángeles. Las capas externas eran pelos de cabra, luego las pieles de carnero teñidas de rojo y luego una capa externa de pieles impermeables. Al pasar por la entrada de la cortina en la primera cámara de la tienda cubierta del tabernáculo, que se habría llamado el Lugar Santo, en esa primera sección, verías la mesa del pan de la proposición en el lado derecho; ahora, el candelero de oro en el lado izquierdo; y el altar del incienso en el medio, al otro lado, justo delante del velo, frente al Lugar Santísimo.

Entonces, primero que nada, si fueras hacia la izquierda, llegarías al candelero de oro. Esto fue hecho de una pieza sólida de oro martillado puro. Tenía una columna central con tres ramas en cada lado, formando un candelero de siete ramas, similar a un árbol. Las lámparas debían mantenerse encendidas con aceite perpetuamente. Iluminaba una habitación que de otro modo estaría a oscuras. Cuando se encendía, el interior parecía un microcosmo del cielo en la tierra. Verías querubines en las paredes y en el techo.

Esos candeleros simbolizan la luz que muestra al Salvador, el Señor Jesucristo mismo, que se describe como la Luz del mundo en el Evangelio de Juan (capítulo 8 versículo 12). También representaba la iluminación del Espíritu Santo al revelar la salvación. El hombre natural está cegado por el pecado y está en tinieblas. Además de la presencia y la salvación del Señor, dio luz para el servicio a los sacerdotes que estaban trabajando en ese lugar. Entonces, tenemos el candelero que señala a Cristo y su salvación.

Al otro lado, habrías tenido la mesa del pan de la proposición, también llamado pan de la presencia, en el lado derecho. También estaba cubierto de oro, y tenía una corona, una especie de marco de oro a su alrededor. En la mesa, doce panes de pan recién horneados, dos pilas de seis, eran colocados allí cada sábado y, según nos dicen, los sacerdotes lo comían. Los panes simbolizaron las doce tribus y proporcionaron un recordatorio continuo de las promesas eternas y las disposiciones del pacto de Dios.

El ritual de presentar el pan se llamaba el pacto para siempre. Ellos simbolizaban al pueblo de Dios en la presencia de Dios. A los sacerdotes se les permitió alimentarse de ellos. Nosotros, por supuesto, debemos ser alimentados por la Palabra viva, por el Señor Jesucristo, quien es, por supuesto, el Pan de Vida, como vemos en Juan 6:35. Él prometió que aquellos que se alimentan de Él por fe nunca tendrán hambre, sino que tendrán vida eterna.

El quinto elemento que consideraremos es el altar del incienso. Te hablé de esto cuando entraste al tabernáculo; se vería en el otro extremo de la primera habitación. Este altar, con sus cuernos en cuatro esquinas, estaba cubierto, otra vez, con oro puro. El sumo sacerdote quemaba un incienso dulce especial, una receta que estaba reservada solo para este propósito. Él quemaba ese incienso en el altar cada mañana y cada tarde. Luego, una vez al año, en el Día de la Expiación, los cuernos del altar eran rociados con la sangre de la ofrenda por el pecado.

¿Qué simboliza esto? Bueno, el incienso representaba las oraciones ofrecidas ante el propiciatorio de la presencia de Dios. Si cantas la primera parte del Salmo 141, verás esto. Hablamos de nuestras oraciones que se elevan como incienso ante el Señor (versículo 2). El Libro de Apocalipsis lleva este mismo simbolismo ceremonial. En Apocalipsis 5:8 y en el capítulo 8, versículos 3 y 4, habla, en esas imágenes apocalípticas, de las oraciones de los santos que se elevan ante el trono de Dios como incienso.

Todo esto tiene su origen aquí mismo en el altar del incienso, y nos enseña que Dios desea nuestras oraciones y que acepta nuestras oraciones a través de la mediación del Señor Jesucristo. Estas oraciones se elevan ante el trono de Dios como un incienso de olor dulce para Él, al igual que el incienso se levantó ante el arca del pacto y el propiciatorio en el tabernáculo. Fue delante del altar del incienso en el templo posterior, no en el tabernáculo, donde un ángel se le apareció a Zacarías para anunciar que Dios había escuchado sus oraciones por un hijo, Juan el Bautista. Lo leemos en la apertura del Nuevo Testamento.

El sexto elemento es el velo. Habría sido un gran velo que separa el lugar santo del Lugar Santísimo, el santuario de la cámara interior. Detrás de este altar de incienso estaba el velo que separa estas dos secciones. Era una barrera visible y simbólica entre Dios y el hombre. Estaba hecha de tela tejida muy pesada, y no tenía abertura en el medio. El sacerdote tendría que dar la vuelta al costado.

Una vez dentro del Lugar Santísimo, el único elemento que se encontraba allí era el arca del pacto. Ahora, la habitación en sí era de unos 15 pies por 15 pies. El sumo sacerdote solo ingresaba a este Lugar Santísimo una vez al año, en el Día de la Expiación para rociar sangre en el propiciatorio, una expiación por sus pecados y los pecados del pueblo.

Esto es muy importante para comprender el significado del momento en que el velo en el templo posterior fue rasgado por Dios de arriba abajo cuando Jesús murió, simbolizando la capacidad de cada creyente de acercarse a Dios directamente a través de la muerte del Señor Jesucristo. Notarás la conexión con estas imágenes del Antiguo Testamento en Hebreos 4:16: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar”, (¿recuerdas el propiciatorio?) “y hallar gracia para el oportuno socorro”.

Consideremos más el mismo arca del pacto y el propiciatorio. Este, después de todo, era el destino final dentro del santuario más íntimo de Dios dentro del tabernáculo. Proporcionaba el enfoque central y la parte más importante del tabernáculo en su conjunto. El arca, por supuesto, era rectangular, y estaba cubierta de oro en varios lugares, por dentro y por fuera. Pero cuando llegas al arca del pacto misma, esta se encuentra llena de todas las descripciones vívidas que capturan la presencia de Dios. En Hebreos 9:4, leemos que contenía “una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto”. A los israelitas se les prohibió tocar siquiera una vez el arca del pacto con la pena de muerte.

El propiciatorio estaba hecho de una pieza de oro puro y batido, y se colocó en la parte superior del arca. Tenía dos querubines alados a cada lado, uno frente al otro con alas que estaban extendidas una sobre la otra. El arca simboliza principalmente, como hemos hablado, la presencia de Dios en medio de Su pueblo, destacando así el propósito principal del tabernáculo en su conjunto. En otra parte, fue llamado el trono de Dios. Una vez más, una pequeña imagen temporal del lugar de Dios en el cielo. El Dios trascendente, a quien ni siquiera el cielo de los cielos puede contener, condesciende a venir y morar entre su pueblo, y por supuesto, señalando principalmente, la venida del Señor Jesucristo, como veremos en un momento.

Con todas estas cosas en su lugar, aún quedaba algo esencial, a saber, la presencia de Dios mismo. El Señor manifestó Su presencia en una nube durante el día y en una columna de fuego durante la noche, que descansaba sobre el tabernáculo directamente sobre el propiciatorio sobre el arca. Dios le habló al sumo sacerdote desde lo

alto de ese propiciatorio. La presencia de Dios guiaba y dirigía a Su pueblo a través del desierto. Cuando la nube o pilar se movía, Israel se movía. Cuando se detenía, acampaban hasta que se moviera de nuevo; pero el mensaje era claro: Dios estaba morando entre ellos.

Por último, y muy importante, debemos considerar las realidades celestiales que se encontraban en el tabernáculo. El tabernáculo era una imagen terrenal temporal de la verdadera morada de Dios. Ya que el tabernáculo era un símbolo de la casa del Señor mientras Él habitaba entre Su pueblo, tenía que ser un modelo real de Su verdadera morada en el cielo. Ya hemos aludido al hecho de que el tabernáculo era una imagen terrenal del cielo. Recuerda los querubines bordados en la colorida tela que cubría el techo y los lados en el interior, y los querubines sobre el arca del propiciatorio, y la referencia a este como el trono de Dios.

Los santos del Antiguo Testamento entendieron que lo que se construyó era solo un modelo o muestra de algo más glorioso. Éxodo 25 versículos 9 y 40, por ejemplo, aclaran esto. Se describe como un modelo. La verdadera cosa no había emergido, pero el libro de Hebreos expone este punto en detalle, y creo que vale la pena que nos tomemos el tiempo de citar esos pasajes relevantes. Está señalando el hecho de que el tabernáculo fue un molde de la verdadera morada de Dios en el cielo. Era una imagen temporal de una realidad celestial.

Fíjate en lo que leemos en Hebreos 8:5: “Los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte”. Capítulo 9:8–9: “Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente”, impuesto sobre ellos hasta el momento de la reforma, que es el momento de la venida de Cristo.

Capítulo 9, versículos 23 y 24: “Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. Por último, en Hebreos 10:1: “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan”.

¿Ves eso? Es una imagen. El tabernáculo es una imagen de las cosas celestiales. Los símbolos del Antiguo Testamento son reemplazados en última instancia por las realidades del Nuevo Testamento. Hemos notado varias veces que estas ceremonias del Antiguo Testamento fueron temporales. Cuando Cristo vino, los símbolos del tabernáculo y el templo fueron erradicados permanentemente, y el Nuevo Testamento, de hecho, nos prohíbe regresar a estas sombras ceremoniales. ¿Por qué? Porque ahora tenemos la cosa real a la cual estos solo podían señalar. El Nuevo Testamento dedica un gran espacio para enfrentar el error de los judaizantes que querían recuperar estos símbolos ceremoniales, instituciones y ordenanzas del Antiguo Testamento. Los apóstoles lo prohíben y lo confrontan.

En Gálatas 4:9, Pablo dice: “¿Cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos?”. Colosenses 2:17 habla de que eran una sombra de las cosas que vendrían, pero que el cuerpo es de Cristo. Jesús mismo habló de esto en Juan 4. Lo ves nuevamente en el libro de los Hechos. En toda la sección de Hebreos 8–10. Todos llevaban el mismo mensaje.

En el Nuevo Testamento, Cristo dice que debemos adorarlo a Él en espíritu y en verdad (Juan 4:24). Sería una afrenta a Cristo de nuestra parte si volviéramos a estas sombras cuando ya Su propia Persona ha llegado. Esta es una gloria mucho mayor. Entonces, la adoración del Nuevo Testamento, que Dios ordena, prescribe y designa para Su pueblo, exhibe ordenanzas de una simplicidad mucho mayor porque la gloria de la adoración del Nuevo Testamento no está en los símbolos terrenales de los altares, el incienso o el servicio sacerdotal.

Nuestra adoración tiene lugar en la sala del trono del cielo donde encontramos a nuestro Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo. La gloria es la presencia de Cristo. La gloria es la presencia de Su Espíritu entre nosotros, manifestada en medio de nosotros mediante simples ordenanzas como la predicación, la lectura, la oración y el canto de los Salmos, y los sacramentos. El tabernáculo encuentra su cumplimiento en el Nuevo Testamento.

Permíteme decir brevemente, antes de concluir, que se cumple, en primer lugar, en el Señor Jesucristo. En Juan 1:14, leemos: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del

unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. Cristo ha venido. Él es Emmanuel, Él es Dios con nosotros. El tabernáculo señalaba la venida de Cristo mismo.

El tabernáculo también se cumple en el cristiano. Esto se describe bellamente en 2ª Corintios 6:16: “Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, Y seré su Dios, Y ellos serán mi pueblo”. Ahí se encuentra nuevamente el lenguaje del Pacto de Gracia, junto con el lenguaje del tabernáculo. Entonces, vemos al Señor habitando misericordiosamente en medio de Su pueblo, dentro del cristiano individual, pero también vemos el tabernáculo cumplido en la Iglesia en su conjunto, como el pueblo de Dios, el pueblo de Dios reunido en conjunto.

Al final de Efesios 2, leemos: “En quien”, que es la Iglesia. “En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”. Leemos en otra parte las palabras de Jesús de que dondequiera que dos o tres personas del pueblo de Dios se reúnan para adorar, Cristo está allí en medio de ellos (Mateo 18:20).

Permíteme agregar una cosa más: el tabernáculo se cumple en los cielos mismos. Como ya hemos señalado, tanto en Éxodo como en Hebreos, el tabernáculo sirvió como patrón, como ejemplo, como sombra, como figura de la verdadera morada de Dios en el cielo.

Ahora, juntemos esto comparando dos textos uno al lado del otro para ver qué tan similares son. Anteriormente, nos referimos a Éxodo 29:45–46: “Y habitaré entre los hijos de Israel, y seré su Dios. Y conocerán que yo soy Jehová su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, para habitar en medio de ellos. Yo Jehová su Dios”.

Ahora, avanzamos rápidamente hasta el final de la Biblia, en Apocalipsis 21:3, y nota la similitud del lenguaje: “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”.

Tanto el tabernáculo como el templo posterior sirvieron como el centro de la presencia de Dios con Su pueblo. El tabernáculo y el templo fueron erradicados para siempre ante la realidad más grande de la venida de Cristo, pero la verdad espiritual que simbolizan, Dios en medio de Su pueblo, continúa siendo el deleite de cada cristiano. Esto forma el clamor del corazón del pueblo de Dios como se ve en el deseo del salmista de morar en la casa del Señor para siempre en el Salmo 23:6. ¿Por qué? Porque Dios está presente con ellos, y nos reunimos con Él para contemplar Su gloria.

Salmos 27:4 dice: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo”. Esto sigue a lo largo de todos los Salmos, este lenguaje. Observa el Salmo 84, o piensa en David cuando estuvo en el desierto como se describe en el Salmo 63.

Bueno, seguimos cantando estas canciones como el pueblo de Dios, y las cantamos a la luz de su cumplimiento en las realidades eternas que simbolizan. Cantamos mirando a Cristo morando en la asamblea de Su pueblo en la iglesia del Nuevo Testamento, y esperamos con ansias estar con Él en Su presencia en el cielo. Predicar en el tabernáculo implica predicar el contenido teológico del tabernáculo.

El cristiano del Nuevo Testamento mira a través de estos símbolos su cumplimiento del Nuevo Testamento y todo lo que Dios reveló a través de ellos. Vemos las realidades que anunciaron. Por lo tanto, proporcionan una hermosa oportunidad para predicar a Cristo y el Evangelio. Hemos descubierto, en estos símbolos temporales del Antiguo Testamento, indicadores de la realidad celestial asegurada en Cristo. En el Pacto de Gracia, Dios prometió morar en medio de Su pueblo en este mundo y en el cielo venidero.

En la próxima lección, exploraremos la teología del sacrificio en el Antiguo Testamento y encontraremos una vez más que el Antiguo Testamento está lleno de Cristo y el Evangelio de Su gracia.

Lección 11

LOS SACRIFICIOS

Tema de la Lectura:

Por causa de su pecado, el pueblo de Dios perdió todos los derechos para acercarse a la santa morada de Dios, a menos que sea a través de la sangre del sacrificio de Cristo.

Texto:

“Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Heb. 9:13–14).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 11

A veces mejoramos nuestro aprendizaje empleando nuestros cinco sentidos, es decir, la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto. Si un niño está aprendiendo a preparar una comida nueva y desconocida, por ejemplo, podría leer al respecto, pero si alguien lo lleva a la cocina y observa cómo se ven los ingredientes, y cómo huelen cuando los combina, y aprende a probar el sabor de la mezcla y a reconocer las pistas que indican cuando se ha terminado de cocinar y siente finalmente la textura del producto final, sabrá mucho más que solo habiéndolo leído. Bueno, Dios se inclinó hacia el pueblo del Antiguo Testamento como si se tratara de unos pequeños de la iglesia, y les proporcionó imágenes gráficas para enseñarles sobre la Persona y la obra del Mesías venidero. Uno de los modos principales que empleó fue a través del sistema ceremonial de sacrificios, vívidas ordenanzas que involucraban los cinco sentidos. Entonces, ¿por qué el sistema de adoración del Antiguo Testamento parece tan sangriento? ¿Por qué hay múltiples tipos de sacrificios? Y, ¿cuál es el significado teológico de la diferencia entre ellos? ¿Cómo se relacionan los sacrificios con Cristo? Y, ¿cómo la comprensión de los detalles implícitos de las ordenanzas del Antiguo Testamento profundiza nuestra comprensión de los temas del Evangelio del Nuevo Testamento?

El salmista hace una pregunta urgente en el Salmo 15:1: “¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?” La respuesta se encuentra en parte en la provisión del sacrificio de Dios. En la última lección, estudiaremos el lugar que Dios escogió para morar entre el pueblo, ese es el tabernáculo. Ahora debemos pasar a considerar los medios para acercarnos al Señor a través de las ordenanzas que Él estableció, que son, a saber, los sacrificios que se realizarían en el tabernáculo y que luego los sacerdotes ofrecerían. En la siguiente lección, exploraremos las personas ordenadas por Dios, estos sacerdotes que Él comisionó para llevar a cabo el servicio. Las tres lecciones van juntas, demostrando lo que Dios reveló acerca de Él mismo y Su redención a través de este período.

Por su pecado, los hombres han perdido todo derecho a la comunión con un Dios santo, a menos que sea a través de un sacrificio. Los sacrificios fueron ofrecidos en varias ocasiones en el libro de Génesis. En los días de

Moisés, tenemos un sistema formal de sacrificio que está unido a la vida y al culto de Israel. El sacrificio mantuvo un lugar central en la vida diaria y la experiencia de Israel a lo largo del Antiguo Testamento, por lo que debemos entender la teología que Dios revela a través de ellos. Cuando se combinan, estos sacrificios representan una imagen completa de la expiación sustitutiva en todos sus beneficios, aquellos provistos por el Señor Jesucristo. Entonces, en primer lugar, en esta lección debemos considerar la necesidad de sacrificios. Y quiero dirigir tu atención a un importante punto de inflexión en el flujo de la historia de la redención, un evento que creo que sirve como una bisagra para conectar el libro de Éxodo con el libro de Levítico.

En Éxodo 29:45–46, vimos la promesa de que Dios moraría en medio de Su pueblo, pero cuando llegamos al final de Éxodo, ¿qué descubrimos? Termina con la gloria de Dios llenando el tabernáculo, pero (y esto es un importante “pero”) no hay acceso para que la humanidad se acerque y tenga comunión con Dios en ese tabernáculo. Leemos en Éxodo 40:34–35: “Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba”. Bueno, si a Moisés se le prohibió la entrada, entonces nadie más tuvo acceso. Esta tensión crea el contexto que nos introduce de inmediato en la solución que Dios proporciona en Levítico, tanto los sacrificios como el sacerdocio. El clímax de los capítulos del 1 al 10 de Levítico se encuentra en el capítulo 9:22–23, que dice: “Después alzó Aarón sus manos hacia el pueblo y lo bendijo; y después de hacer la expiación, el holocausto y el sacrificio de paz, descendió. Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de reunión, y salieron y bendijeron al pueblo; y la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo”.

En este punto, puede ser útil introducir algunos puntos importantes del vocabulario teológico que están relacionados con la doctrina bíblica de la expiación. Nos referiremos a ellos a medida que avancemos. Déjame darte tres palabras. El primero es “vicario”, una expiación vicaria; eso significa un sustituto legal, y por lo tanto, una expiación que se realiza en nombre de otro: la expiación indirecta. La segunda palabra es “expiación”. Esta es una parte de la expiación; expiación significa quitar la culpa a través del pago de una multa. Y luego, en tercer lugar, tenemos una palabra llamada “propiciación”. Propiciación significa satisfacer la justicia divina y apaciguar la ira de Dios. Todos estos son importantes para comprender, en última instancia, la expiación de Cristo. El pecado, incluso los pecados de la ignorancia, como deja claro el libro de Levítico, requieren expiación. Se hizo una expiación por el pecado a través de un sacrificio de sustitución. Esto es fundamental para el concepto de redención y, por lo tanto, para la historia de redención de Dios, que es lo que estamos estudiando en este curso. Levítico nos enseña de una salvación tan grande.

En segundo lugar, consideremos la provisión de sacrificios, y permíteme decir para comenzar que no puedo enfatizar suficientemente cuán importante que es entender los sacrificios. En primer lugar, debes tener en cuenta la teología que se enseña a través de cada sacrificio específico. Puedes preguntarte: “¿Por qué?” La respuesta es: porque verás referencias a sacrificios particulares en varios lugares a lo largo del resto del Antiguo Testamento. Las verás en los libros históricos. Las verás en los Salmos y en los escritos de los profetas. Y cuando el creyente del Antiguo Testamento pensaba en un sacrificio en particular, pensaba en las verdades teológicas que estos enseñan, y, por lo tanto, debemos hacer lo mismo. Esto realmente abrirá y aclarará pasajes posteriores en el Antiguo Testamento.

Cuando te encuentres con un sacrificio específico y puedas insertar el significado teológico en ese sacrificio en particular, te dirás a ti mismo: “¡Ajá! Ya entiendo por qué Dios habla de ese sacrificio en este lugar”. Así, por ejemplo, en 1ª Samuel 11:15, dice: “Y fue todo el pueblo a Gilgal, e invistieron allí a Saúl por rey delante de Jehová en Gilgal. Y sacrificaron allí ofrendas de paz delante de Jehová, y se alegraron mucho allí Saúl y todos los de Israel”. Entonces, la pregunta es: ¿por qué una ofrenda de paz? Bueno, la respuesta será clara cuando discutamos la oferta de paz a continuación. En segundo lugar, en este punto, el vocabulario y los conceptos teológicos contenidos en los sacrificios realmente proporcionan el fundamento para la exposición del Evangelio en el Nuevo Testamento. Entonces, si quieres enriquecer tu comprensión del Nuevo Testamento, necesitas comprender el significado de estos sacrificios ceremoniales temporales del Antiguo Testamento.

En tercer lugar, además del lugar de la sangre, que es obvio en los sacrificios, también debemos entender el significado del fuego en relación con los sacrificios. El pecado trae la muerte, y por eso los animales eran matados, pero también eran quemados como un sacrificio. Esto nos muestra que Dios mismo, en Su santidad, es un fuego consumidor. Continuamos viendo este tema en el Nuevo Testamento donde leemos en Hebreos 12:29: “Porque

nuestro Dios es fuego consumidor”. Su gloria incluye también Su furia, Su ira y Su venganza contra todo pecado. Verás que Dios manifiesta esto en los juicios que trajo sobre Sodoma y sobre Nadab, Abiú, y Coré, y así sucesivamente; pero el más grande de todos: Cristo llevó la copa llena de la ira de Dios en nombre de Su pueblo en la cruz. Pero antes de mirar los sacrificios individuales, primero debemos considerar los procedimientos generales que se seguían con los sacrificios de animales.

Entonces, permíteme resaltar algunos de esos componentes. Cuando venían a ofrecer sacrificio, en primer lugar, presentaban el animal, y esto era importante. El animal tenía que ser presentado por el sacerdote para inspección, y él estaría mirando para ver: ¿Es un animal limpio? ¿Es sin mancha? ¿Es ciego, por ejemplo, o mutilado? ¿Tiene postilla, o está desfigurado? ¿Tiene extremidades desproporcionadas?, y así. Esto era importante porque el israelita estaba ofreciendo lo mejor, y eso significaba que su sacrificio era costoso. Literalmente, le costaba. Era una de sus posesiones más valiosas. Estaban presentando lo que eran, por así decirlo, animales caros. Y en ese sentido, se trataba de un verdadero sacrificio, como decimos a veces: “Bueno, ese hombre realmente tuvo que hacer un sacrificio al dar eso a aquella persona”. Pero esto señala a la importancia de la religión del corazón, porque a través de esta inspección el sacerdote hacía una pregunta: ¿estaba el adorador buscando acercarse a Dios sin costo o acercarse a Él sin poner cuidado, olvidando el hecho de que Dios ve el corazón? Verás al Señor reprender a sus sacerdotes durante el período de los profetas. Por ejemplo, fijate en los reproches en el capítulo 1 de Malaquías con respecto a esto. Dios requiere perfección, y esto ya nos muestra que necesitamos un sacrificio sin culpa, que será hallado en el Señor Jesucristo.

Después de la inspección, después de presentar el animal, en segundo lugar, colocaban sus manos sobre la cabeza del animal, no solo tocándolas, sino presionando hacia abajo e inclinando la mano sobre la cabeza del animal. Debía ser una expresión externa de la fe interna. El adorador se identificaba con el animal. Sus pecados, por así decirlo, eran traspasados simbólicamente al animal. Eso demostraba que el animal era un sustituto indirecto del adorador, haciendo expiación en su nombre. En tercer lugar, mataban al animal, por lo que después de identificarse con el animal, el adorador mismo cortaría la garganta del animal, reconociendo que el pecado requiere la muerte, y que no hay remisión sin derramamiento de sangre, la sangre de un sustituto sin culpa. Después de esta acción, los sacerdotes se hacían cargo del resto del servicio.

En cuarto lugar, el sacerdote aplicaba la sangre. Te darás cuenta en las palabras de Levítico 17:11: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas”. La sangre era la vida, y la vida se rescata de la muerte; y la vida borra, por así decirlo, las manchas de la muerte. En varias ocasiones se derramaba sangre en los cuernos del altar, se esparcía a los lados del altar y se vertía en la base del altar. Otras veces se rociaba sobre el altar del incienso o el propiciatorio. El propósito de aplicar la sangre tenía que ver con la expiación por el pecado, proporcionando la reconciliación con Dios y el perdón del pecado.

En quinto lugar, quemaban el animal. Ahora, dependiendo del sacrificio, o bien quemaban una parte del animal o la totalidad del animal; pero nota que al quemarse, se transformaba en humo, lo que la Biblia describe como un agradable aroma que asciende desde el altar hasta la morada celestial de Dios. Tal vez has oído la fragancia de la carne que se cocina afuera en una parrilla. A menudo el olor se extiende a las casas circundantes, y las personas pueden olerlo en sus patios. La grosura en particular, la parte más dulce y sabrosa del animal, pertenecía al Señor y siempre se quemaba en el altar, lo que significaba, por supuesto, que lo mejor pertenece al Señor.

En sexto lugar, se dedicaban a la comunión y a comer. Entonces, por último, el adorador disfruta, por así decirlo, de la hospitalidad de la casa de Dios y la comunión con Él, específicamente en la ofrenda de paz. Y esto nos lleva realmente al corazón de la promesa del pacto: Dios habita en medio de Su pueblo, Dios es el Dios de Su pueblo y ellos son Suyos, aquellos que son llevados a complacerse en Su presencia. Entonces, ahora consideraremos el conjunto básico de sacrificios que se encuentra en Levítico del 1 al 6. Cada sacrificio enseña un aspecto diferente de la obra de Cristo. En cada caso, el Señor mismo habló y dio estas ordenanzas.

Entonces, en primer lugar, la ofrenda quemada o el holocausto: este era un sacrificio voluntario. No era obligatorio, y la palabra hebrea en realidad significa “uno que se levanta o asciende”, que significa el asentimiento de Israel a Dios. El holocausto, lo que casi podríamos llamar la ofrenda de la ascensión, aparece primero en el capítulo 1 de Levítico; pero debes tener en cuenta que no es el primero en el orden real de la adoración, sino que se describe por primera vez en Levítico 1 porque representaba el núcleo, por así decirlo, del sistema de sacrificios. Fue el más costoso de todos los sacrificios. De hecho, recordarás que el altar en el patio del tabernáculo toma

su nombre de esta ofrenda, el altar del holocausto. Era la ofrenda diaria, de la mañana y de la noche a la que se agregaba el resto de los sacrificios a lo largo del día, los que traía el pueblo. Puedes ver cómo se construyen sus sacrificios, por así decirlo, sobre la base del holocausto. Sería difícil sobreestimar el significado del holocausto en la Biblia. Se menciona por primera vez con Noé después del diluvio, como recordarás. Dios llamó a Abraham para que ofreciera a Isaac como holocausto. David ofrece holocausto para detener una enfermedad, y ese lugar, esa misma ubicación, se convierte en el sitio del templo de Salomón con todas las ofrendas quemadas que se ofrecerían a lo largo de los años.

En el holocausto, todo el animal, y no solo una parte, era quemada, demostrando o simbolizando la total consagración, o sumisión completa, a Dios y Su ley. Era una imagen de total dedicación. Se quemaba completamente, se transformaba en humo, una fragancia agradable ante el Señor. Ascendía a Dios en el cielo. Ten en cuenta que, al anunciar el nacimiento de Sansón, Manoa ofreció un holocausto, y leemos en Jueces 13:20: “Porque aconteció que cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el ángel de Jehová subió en la llama del altar ante los ojos de Manoa y de su mujer, los cuales se postraron en tierra”. Observa que esta simetría encaja con la imagen de la ofrenda en sí.

En segundo lugar, tenemos la ofrenda de grano. Esto también podría llamarse una ofrenda de cereal o una ofrenda de tributo. En esta ofrenda no había muerte y no se involucraba sangre. Era traída ante el Señor y ofrecida por el sacerdote. Parte de ella se quemaba, y el resto era devorada por los sacerdotes, pero no por el pueblo. Dios debe aceptar nuestras personas antes que nuestros dones; el holocausto viene antes de la ofrenda de grano. Este sacrificio significa devolverle a Dios una parte de lo que se produce a través de Su fuerza y bendición. Implica acción de gracias por las misericordias de Dios. Notarás que se agregaba incienso para perfumar la ofrenda, una hermosa imagen de la mediación de Cristo. Ahora, en las ocasiones en que los sacerdotes mismos ofrecían una ofrenda de grano para ellos mismos, toda la ofrenda se quemaba. ¿A qué se debía eso? Bueno, en otras palabras, la ofrenda de grano nunca era consumida por quienes la daban. Algunas veces se podía ofrecer junto con el holocausto o la ofrenda de paz o por sí misma, pero la ofrenda de grano a menudo estaba asociada estrechamente con el holocausto. Aquí está reunida la consagración a Dios y el tributo.

En tercer lugar, tenemos la ofrenda de paz. Esto simboliza la comunión con Dios. Parte de ella se quemaba y parte de ella se comía. Era la única ofrenda de la cual el propio adorador podía comer, y solo podía comerla en el tabernáculo en la presencia de Dios. Y así, puedes ver cómo la reconciliación es lo primero. No hay paz con Dios sin expiación sacrificial; y sin la ofrenda de paz, no habría habido comunión. Aquí vemos que la grosura es la parte que le corresponde al Señor, la parte más rica y sabrosa. Dios, por supuesto, no necesita comida ni tampoco come (esto se encuentra en varios lugares, pero ve el Salmo 50 en este punto). Sin embargo, simbolizaba estas verdades espirituales de confraternidad y comunión con el Señor. Exhibe una estrecha comunión con el Dios que mora con Su pueblo. Constituía de alguna manera el privilegio más alto. Puedes ver cómo el Nuevo Testamento se basa en este concepto y vocabulario. Entonces, por ejemplo, en Efesios 2:13–18, leemos: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz”. Continúa un poco más adelante, “haciendo la paz”, y nuevamente, “y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.”

En cuarto lugar, tenemos la ofrenda por el pecado. Este sacrificio estaba relacionado con el perdón de la culpa específica por pecados específicos. Está relacionado con la idea de expiación, que hemos explicado anteriormente: eliminar la culpa mediante el pago de una multa. Enseña que todo pecado es grave, incluso los pecados no intencionales de ignorancia, porque todo pecado transgrede la ley de Dios y desafía Su santidad. Algunas partes eran asadas para los sacerdotes como una provisión por su trabajo de tiempo completo. Había cuatro categorías de pecadores: tenías a los sacerdotes; la congregación, los gobernantes, y los israelitas individuales.

En quinto lugar, estaba la ofrenda expiatoria. Esto también podría llamarse la ofrenda por la culpa. Estaba dirigida a la reparación y a la restitución, o a hacer enmiendas o compensaciones por los errores cometidos. Está estrechamente relacionado con el sacrificio anterior. La ofrenda por el pecado expía los pecados contra Dios. La ofrenda por la culpa se refería a los pecados de defraudar a Dios y al prójimo, con énfasis en los pecados de naturaleza más privada y personal. Recuerda cómo Jesús resume la ley. Se resume en amar a Dios y amar a nuestro prójimo. Ambos se encuentran aquí. No había indulgencia en llevar la culpa, incluso en los pecados de

la ignorancia. ¿Qué hizo esto? El sacrificio procuraba cultivar una conciencia sensible hacia el pecado, viéndolo como un robo a Dios y al hombre. El hombre no está bien con Dios mientras estas transgresiones permanezcan sin expiación.

Luego, debemos considerar el orden en que se ofrecían estos sacrificios. Así como vimos con los procedimientos en el tabernáculo, la secuencia u orden en que los sacerdotes ofrecían estos sacrificios también nos enseña importantes verdades teológicas. Los tres primeros eran voluntarios, y de alguna manera representaban un escenario ideal de adoración. Los dos segundos fueron expiatorios, una solución para pecados particulares. Y así, generalmente uno o ambos de los dos últimos, la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa precedían a los otros tres. Entonces, solo para un breve ejemplo, si miras Levítico 9, tienes la ofrenda por el pecado que se presenta para la purificación y/o la ofrenda por la culpa que se trata de la restitución, la reparación. Luego, seguidos a estos, tienes el holocausto, con el concepto de ascensión, y junto con este vino la ofrenda de tributo, la ofrenda de grano, y concluye con la ofrenda de paz. Y así la aplicación de la sangre subraya la expiación, la limpieza del pecado. El holocausto ofrece imágenes de ascensión y de plena consagración. La ofrenda de paz, la única que come el adorador, es una comida de confraternidad y comunión con Dios en Su presencia. Entonces, el patrón sigue: la justificación, la santificación y la comunión con Dios. El objetivo final es la comunión con Dios, pero eso requiere limpieza y consagración. La expiación es un medio para el fin de la comunión con Dios en Su presencia.

Por último, entonces, unamos todas estas cosas enfocándonos en Cristo, el sacrificio final. La sangre de los toros y las cabras nunca expió el pecado en sí mismos. Hebreos 10:4 dice: “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”. Y los santos del Antiguo Testamento sabían esto en ese momento. Verás referencias de nuevo a esto en los Salmos. Ellos esperaban por fe a través de estas ordenanzas al Mesías venidero, tal como nosotros lo vemos por fe. La venida de Cristo se encuentra en el centro de la historia, y el hecho es que, según eso, todavía marcamos el tiempo. Hablamos de los años antes de Cristo (a.C.) y los años después de Cristo (d.C.). Los detalles tediosos y monótonos del sacrificio subrayan su insuficiencia. Todos los sacrificios de animales, todos ellos, apuntaban hacia el sacrificio final y perfecto de Cristo. Notarás que el Nuevo Testamento comienza con la proclamación de Juan el Bautista: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). El sacrificio de Cristo se encuentra en el centro mismo del Evangelio y la Biblia.

Como hemos visto anteriormente, estas ceremonias temporales del Antiguo Testamento fueron eliminadas por completo cuando se cumplieron en la venida de Cristo y en el cumplimiento de Su obra. Las señales y las sombras, los tipos y los indicadores ya no tienen un lugar en el Nuevo Testamento, pero podemos estudiarlos con provecho a la luz del cumplimiento del Nuevo Testamento. Al hacerlo, se abren oportunidades para ver y predicar hermosas representaciones de Cristo y del Evangelio. La gran cantidad de sacrificios continuos del Antiguo Testamento se contrastan con el sacrificio final de Cristo. Hebreos 9 al final del versículo 26 dice: “Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”. Hebreos 10:14: “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”. Cristo llevó los pecados de su pueblo y el castigo por esos pecados. Ve esto en 1ª Pedro 1 al final, Él es el sacrificio “sin mancha y sin contaminación” (versículo 19). Él era agradable al Padre. El sacrificio de Dios más valioso de todos se encuentra en Cristo.

Jesús se presentó voluntariamente, sin compulsión, como el Cordero adornado de mansedumbre y sumisión a Su Padre. Él sirvió como el único y último sustituto en lugar de los elegidos de Dios para expiar sus pecados. Él satisfizo plenamente y apaciguó la ira de Dios y reconcilió a Su pueblo, haciendo la paz con Dios por ellos. Su sangre fue derramada y rociada sobre Su pueblo para limpiarlos. Vemos esto en muchos lugares. Apocalipsis 1:5: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”.

El cristiano ejerce la fe en Cristo, inclinando, por así decirlo, todo el peso de su alma sobre el Cordero de Dios, descansando enteramente en Su persona y Su obra. Y nos alimentamos de Cristo por fe, Juan 6:51: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo”. Cristo nos capacita para mantener la comunión con Dios, y con Su presencia llena de gracia ahora y en la eternidad. De este modo, el cristiano puede presentar su propio cuerpo a Dios no como un sacrificio sangriento, sino como un sacrificio vivo totalmente aceptable para Dios, que es su culto razonable, como vemos en Romanos 12:1. La ley recordará constantemente a Israel su incapacidad para

ajustarse a los estándares de santidad de Dios y para amarlo de manera comprensible, y es la ley misma la que les enseña a hacer uso de los sacrificios cuando se arrepienten y se entregan a la misericordia de Dios.

Los sacrificios expresan la totalidad de la reconciliación y la restauración de la comunión con Dios a través de Cristo. Pasan de la culpa del pecador ante un Dios santo a la provisión de un sustituto en lugar del ofensor, la cobertura o la expiación de los pecados y la restitución, la dedicación y la comunión con Dios. Leer y predicar el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento brinda una oportunidad maravillosa para explicar su cumplimiento en Cristo y, por lo tanto, presentar las gloriosas riquezas de Su gracia en el evangelio. La contemplación del sacrificio de Cristo continúa incluso en el cielo. En Apocalipsis 5, leemos: “Y miré, y vi que en medio del trono”. Y continúa: “estaba en pie un Cordero como inmolado” (versículo 6), “y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios” (versículo 9).

En conclusión, por su pecado el pueblo de Dios perdió todos los derechos de acercarse a la morada de Dios, a menos que sea a través de la sangre del sacrificio de Cristo. En la próxima lección, continuaremos considerando a los siervos ordenados de Dios que son designados para ofrecer los sacrificios, es decir, el sacerdocio del Antiguo Testamento.

Lección 12

EL SACERDOCIO

Tema de la Lectura:

Dios mora entre Su pueblo, pero sólo se puede llegar a Él por medio de un sumo sacerdote designado que ofrece un sacrificio aceptable por el pecado.

Texto:

“Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (Heb. 10:11–12).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 12

¿Alguna vez notaste la diferencia entre el libro de cuentos de un niño y un libro normal para adultos? Un libro para niños a menudo tiene imágenes grandes y de colores que ocupan la mayor parte de la página con solo unas pocas palabras en la parte inferior. Por el contrario, un libro para adultos a menudo está lleno de un texto sólido de palabras, página tras página tras página, con pocas o ninguna imagen. Esta es otra forma de ilustrar el carácter del sistema ceremonial del Antiguo Testamento. Era el libro de imágenes evidentes de Dios para un menor de edad. Las coloridas imágenes transmiten la revelación de Dios de la Persona y la obra de Cristo. Pero a la luz y el conocimiento completos de la venida de Cristo, el libro ilustrado, las ceremonias del Antiguo Testamento, se guardó en lugar de la revelación madura y completa de Dios en el Nuevo Testamento.

Continuamos explorando estas ceremonias del Antiguo Testamento en esta lección, completando las conexiones del tabernáculo, los sacrificios y el sacerdocio, que forman un paquete completo. ¿Quiénes eran los sacerdotes y cuál era su papel en Israel? ¿Cómo se relacionan Aarón y sus hijos con Cristo? ¿Qué servicio prestaron los sacerdotes y qué revela eso acerca del evangelio? ¿Qué teología se enseñó a través de las fiestas ceremoniales del Antiguo Testamento y cómo se relacionan con la historia inspirada por Dios de la redención? ¿Dónde encuentra el creyente del Nuevo Testamento a su sumo sacerdote? ¿Qué efecto tiene esto en cuanto al acceso del cristiano a Dios? Hemos visto que el pecado abre paso a la presencia favorable de Dios, entonces, ¿qué se debe hacer? ¿Qué es necesario para obtener el acceso? La respuesta es doble: lo que se necesita es un sacrificio y a uno que lo ofrezca. Y ya cubrimos lo anterior, los sacrificios, en la lección anterior. En esta lección, nos centraremos en la segunda, la provisión necesaria del sacerdocio. Y, por supuesto, estudiamos estas sombras del Antiguo Testamento para ver la revelación de la Persona de Cristo.

Es posible que haya notado que habremos pasado 12 lecciones completas, incluida esta, cubriendo solamente el Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia. La pregunta es: ¿por qué? Bueno, no es porque las otras partes sean menos importantes, sino porque el Pentateuco proporciona la base sobre la cual se construye todo

lo que sigue. Podríamos enfocarnos correctamente en otros énfasis, pero este curso es sobre teología bíblica, y no es suficiente el énfasis que puedo poner en cuanto a lo esencial e indispensable que es tener una comprensión profunda de los primeros cinco libros de la Biblia. Cubriremos 12 lecciones, y solo habremos tocado y resaltado un puñado de temas. Hemos tratado de proporcionarle herramientas básicas para ir más lejos y más profundo. Entonces, en esta lectura, en primer lugar, debemos considerar a los sacerdotes.

El tema dominante en todo el libro de Levítico es la santidad. La santidad es una marca definitoria del carácter de Dios como se ve en el clamor de los ángeles: “Santo, santo, santo”. La santidad incluye dos aspectos. Una es la separación: la separación de lo que es pecaminoso. El segundo es la pureza: ser sin pecado, ser espiritualmente puro. Entonces, la Biblia nos dice que Dios es santo, pero también nos habla de Su ley, Sus ordenanzas, Sus sacerdotes, Su altar, Sus fiestas, Sus vasos, Su aceite, las vestiduras sacerdotales se describen como santos. Cuando el sacerdote se presentaba ante el pueblo, el mensaje de santidad era visible. ¿Por qué? Porque el sacerdote llevaba una placa de oro en su frente con las palabras grabadas: “Santidad al Señor”.

Además, Dios especifica la necesidad de la santidad de su pueblo y la entrada en la presencia de Dios. El santo sacerdocio era parte de esa provisión. Dios mismo nombró el oficio del sacerdocio en el Antiguo Testamento. En otras palabras, el gobierno de la iglesia del Antiguo Testamento, al igual que el Nuevo Testamento, no fue una innovación de origen humano. Fue recibido por prescripción divina. Esto no solo queda claro en todo Levítico, sino que Hebreos 5:4 también lo confirma. Dice: “Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón”. Entonces, no se le permitía a cualquier hombre israelita ejercer el sacerdocio. Dios lo reservó para la tribu de Leví, y dividió a las familias en varias clases con responsabilidades distintas. Tenías, por supuesto, el sumo sacerdote, que era el cargo más alto elegido entre una clase de sacerdotes y compuesto por los descendientes directos de Aarón. El sumo sacerdote tenía funciones no compartidas por ninguna otra, incluida la entrada al Lugar Santísimo en el Día de la Expiación, por ejemplo. Pero luego estaban los levitas en general, el resto de la tribu, que llevaban a cabo una variedad de funciones. Algunos estaban dispersos por toda la tierra con el propósito de enseñar al pueblo de Dios Su Palabra y Ley. Otros tenían funciones designadas asociadas con la adoración en Jerusalén, como cantantes, músicos y porteros, y una variedad de responsabilidades asociadas con los sacrificios, otros aspectos del tabernáculo y la adoración en el templo. Estos hombres fueron apartados como sacerdotes por la aplicación del aceite. En otras palabras, fueron ungidos con aceite santo cuando fueron consagrados a su servicio sagrado.

Permíteme proporcionarte el panorama general que llevamos hasta ahora para que conectemos los puntos en nuestro estudio de la historia de la redención de Dios. Había tres oficios principales en el Antiguo Testamento, y cada uno de ellos requería la unción sagrada cuando entraban en sus oficios respectivos. Había profetas, había sacerdotes y había reyes. Ahora, la palabra Cristo del Nuevo Testamento es el equivalente de la palabra Mesías del Antiguo Testamento, y ambas palabras significan el Ungido. Entonces, si lo juntas, el título Cristo en el Nuevo Testamento es realmente una referencia abreviada al cumplimiento de estos tres oficios, a Aquel que es el Ungido definitivo de Dios. El título Cristo señala al profeta final, la Palabra final de Dios, el gran Sumo Sacerdote y el Rey de reyes, todos encontrados en la persona del Señor Jesucristo.

Dios también designó una vestimenta ceremonial santa para que el sacerdote la usara cuando sirviera en el lugar santo, y no podemos considerar aquí el significado de los detalles, pero permíteme resaltar el pectoral prescrito, ya que se relaciona íntimamente con una función importante del sacerdocio. Los sacerdotes fueron ordenados para hacer intercesión en nombre del pueblo. Curiosamente, el pectoral consistía en doce piedras preciosas o gemas, y cada piedra tenía el nombre de una de las tribus de Israel escritas en él. Estas piedras fueron colocadas en el pectoral y el pectoral se colocó sobre el corazón del sumo sacerdote. Al entrar en el lugar santo para presentarse ante el Señor para interceder por la gente, llevaba los nombres de las doce tribus visiblemente ante el Señor. Esta es una hermosa representación de todo lo que Cristo hace como nuestro Sumo Sacerdote y que lleva a Su pueblo sobre Su corazón ante el trono eterno, como veremos más adelante, en un momento. Bueno, eso nos introduce a los sacerdotes.

En segundo lugar, tenemos que prestar atención a su servicio. El sacerdote era un mediador que representaba a la gente ante Dios. Fue designado para presentar dones y ofrendas, sacrificios, intercesiones y a las personas mismas ante el Señor en busca de la reconciliación y la expiación de los pecados. Como vimos en una lección anterior sobre la regulación de la adoración de Dios, vemos nuevamente aquí que los sacerdotes estaban

restringidos en su servicio por la ley permanente de adoración de Dios. Dios solo permite los actos de adoración que Él ha designado u ordenado, y este lenguaje se teje a lo largo de la descripción del servicio. Por ejemplo, en Éxodo 31:11, vemos esa frase: “Harán conforme a todo lo que te he mandado”. Ese tema se lleva a través de esta sección. A lo largo de los detalles sutiles de la adoración divina descritos, por ejemplo, en Levítico 8 y 9, vemos repetidas las palabras: “Como Jehová había mandado a Moisés”. Y eso nos prepara para Levítico 10 porque en Levítico 10, tenemos un ejemplo de la violación de este principio por parte de Nadab y Abiú. En Levítico 10:1-3, leemos: “Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová. Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré”, hecho santo, “y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló”. A pesar de que eran sus propios hijos, la gloria de Dios tomó preeminencia.

Bueno, esto sigue siendo una lección para el resto de la historia hasta el día de hoy. En cada detalle, solo debemos ofrecer actos de adoración a Dios que Él ha ordenado explícitamente en Su Palabra. En el Nuevo Testamento, vienen a la mente la lectura de la Palabra de Dios, la predicación de la Palabra de Dios, la oración, el canto de los Salmos, la Cena del Señor, el Bautismo, etc. Entonces, ¿qué designó Dios en el culto ceremonial del Antiguo Testamento? ¿Qué prescribió? ¿Y qué teología derivamos de esta revelación? Bueno, solo podemos destacar algunos ejemplos. Además de los sacrificios diarios de la mañana y de la tarde, así como los sacrificios traídos por el pueblo día tras día, Dios también estableció días santos especiales en los cuales se ofrecían sacrificios. Exigió a todos los hombres que viajaran a Jerusalén tres veces al año para las fiestas de la Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos. La Biblia dice que lo hacían para presentarse ante el Señor. Ese es el lenguaje, y este lenguaje es importante para el resto de las Escrituras. Lo hacían para presentarse ante el Señor. También proporcionó una selección especial de Salmos que cantarían en su camino para encontrarse con Dios en Jerusalén, lo que llamamos los Salmos de acenso gradual, Salmos 120 a 134. Consideraremos estas fiestas brevemente, aunque dedicando un poco más de tiempo a los primeros y a los últimos que cubriremos.

La primera fiesta santa ceremonial del Antiguo Testamento es la Pascua, y hemos visto referencias a esto anteriormente en nuestras lecciones sobre el período del Éxodo. La Pascua y la fiesta del pan sin levadura, que estaba relacionada con ella, se instituyeron en Éxodo 12, y leemos más sobre esto en Levítico 23:4-8. Dios designó esta fiesta en el momento del Éxodo y les pidió que continuaran celebrando para conmemorar la liberación de Israel de la esclavitud egipcia en el momento del Éxodo. Entonces, su origen está relacionado con la décima plaga, como recordarán, en la cual Dios prometió destruir a los varones primogénitos de cada casa, a menos que aplicaran la sangre del Cordero Pascal a los marcos de sus puertas. Esa noche, Dios pasó por encima de las casas cubiertas de sangre. Esta salvación a través del juicio inició la redención y liberación de Israel. La fiesta del pan sin levadura estaba relacionada con la Pascua. Israel debía comer pan sin levadura durante siete días para volver a contar el pan hecho apurados cuando fueron sacados de Egipto a toda prisa, y también se les dijo que ofrecieran un holocausto todos los días.

Bueno, si avanzas al Nuevo Testamento cuando Cristo comió la última Pascua con sus discípulos la noche anterior a su arresto, se nos dice en Mateo 26:30 que cantaron un himno. Ahora, esta palabra *himno* se usa en los títulos de los Salmos, pero ellos cantaron un himno cuando salieron al Monte de los Olivos. Los judíos cantaban los Salmos de Hallel, esa sección que se encuentra desde el Salmo 113 al 118, en esos momentos, y estas también habrían sido las palabras cantadas por Cristo y sus discípulos. Imagínese al Señor Jesucristo cantando el Salmo 118 mientras se dirigía a Su arresto y crucifixión. Piensa en las palabras de los versículos 22-23 y 27: “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos”, continúa, “Atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar”. Es poderoso pensar en esas palabras en ese contexto. La Pascua significó y señaló la provisión final de Dios en la persona de Cristo. Entonces, leemos en 1ª Corintios 5:7: “Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”. Él es el Cordero Pascal de Dios. Su sangre cubre a Su pueblo y lo libra de sus pecados. Podemos cantar en el Salmo 32:1: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado”.

La segunda fiesta que consideraremos es la fiesta de Pentecostés, a veces llamada la Fiesta de las Semanas o la Cosecha. Esto también se encuentra en Levítico 23. Esto fue designado para ser observado 50 días después de la Pascua, y ocurría el primer día de la semana, que eventualmente se convertiría en el sábado del Nuevo

Testamento. La gente presentaba una ofrenda de grano en gozo y agradecimiento por la bendición del Señor en la cosecha. Particularmente, en Hechos 2, fue en el día de Pentecostés en que Cristo resucitado derramó el Espíritu Santo, y 3000 almas se convirtieron y se bautizaron. Consideraremos esto más a fondo cuando veamos el Nuevo Testamento, la conexión entre Pentecostés y lo que ocurrió a continuación. La tercera fiesta es la fiesta de las trompetas. Esta fiesta era un día de conmemoración, dice el texto, ante el Señor acompañado por el arrepentimiento y la consagración al Señor. Las personas dejaban su trabajo y ofrecían una ofrenda realizada a través del fuego. Tal vez era un recordatorio del largo toque de trompeta en Éxodo 19 cuando Israel fue convocado ante el Señor en el Monte Sinaí para recibir Su Palabra y Ley. Curiosamente, el Nuevo Testamento comienza con el anuncio angelical de la venida de la Palabra de Dios, el Señor Jesucristo, el nacimiento del Salvador, y escucharemos de este simbolismo nuevamente en la Segunda Venida de Cristo. En 1^{ra} Tesalonicenses 4:16: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero”.

En cuarto lugar, tenemos la fiesta de los Tabernáculos. Esta es la tercera y última de las fiestas anuales que requería una peregrinación a Jerusalén, que mencionamos anteriormente. En esta fiesta, la gente ofrecía varios holocaustos y ofrendas y ofrendas voluntarias ante el Señor. Suponía una semana de celebración de la cosecha de otoño, junto con la creación de cabañas provisionales para recordar cómo Dios cuidó a su pueblo durante los 40 años en el desierto. Y se nos dice que lo hacían para regocijarse ante el Señor su Dios.

La quinta fiesta que consideraremos es el Día de la Expiación. Este fue el día santo más alto y más solemne de todos. De hecho, se lo conoce como el sábado de los sábados, y estaba en el centro del calendario y la vida nacional de Israel. Era el gran día de la limpieza del pecado por la expiación sustitutiva. En este día se les dijo a los israelitas que afligieran sus almas. Esta es una expresión de dolor arrepentido, a menudo con el ayuno. El sumo sacerdote usaría ropa de lino simple en lugar de su vestimenta elaborada normal. La ceremonia anual involucraba dos conjuntos de ofrendas: una ofrenda por el pecado para el sumo sacerdote en su casa, y luego una ofrenda por el pecado para la gente; y luego, en segundo lugar, una ofrenda quemada para el sumo sacerdote en su casa y otra para el pueblo. Entre los dos conjuntos estaba la ceremonia del chivo expiatorio.

El punto culminante de la ceremonia llegaba cuando el sumo sacerdote entró en el Lugar Santísimo. La única vez que lo hacía cada año era en este día, el Día de la Expiación. Entraba en el Lugar Santísimo para rociar sangre sobre el propiciatorio en la parte superior del arca del pacto. Además, echaban suerte para escoger una cabra para Jehová y una cabra para Israel, siendo sacrificado el primero en su sangre para limpiar la casa de Dios. El segundo chivo era el chivo expiatorio. El sacerdote colocaba ambas manos sobre su cabeza y confesaba todos los pecados y la rebelión de Israel. Luego era llevado al desierto desolador, para que nunca se lo volviera a ver, y estaba cargado simbólicamente con los pecados de Israel. Además del significado espiritual con respecto a los sacrificios, que consideramos en la última lección, vemos en el chivo expiatorio, otra imagen de Cristo, el que llevaría los pecados del pueblo de Dios.

La Escritura describe esto de varias maneras. Dice que Dios ya no recuerda nuestros pecados (Hebreos 8:12, 10:17); Él pone nuestros pecados sobre sus espaldas (Isaías 38:17) y en las profundidades del mar (Miqueas 7:19); Él separa nuestro pecado de nosotros tanto como el este se separa del oeste (Salmo 103:12). Todo este simbolismo está conectado a lo que se muestra en el chivo expiatorio. El Día de la Expiación significaba la provisión de Dios de sacrificio expiatorio, reconciliación con Dios y el camino de acceso a la aceptación y a la presencia de Dios. No hemos explorado todos los detalles de estas fiestas, pero puedes ver que Dios las llenó con ricas verdades del Evangelio que apuntaban a su cumplimiento en el Señor Jesucristo. Eso nos lleva a nuestro tercer punto, el sacerdote perfecto.

¿Cómo puede un pueblo pecador acercarse a un Dios santo? La respuesta es a través de un sacerdote designado por Dios que ofrece un sacrificio aceptable. Esto se cumple maravillosamente en Cristo. Piensa en cómo las dos cosas se unen en Cristo. Él es tanto el Sacrificio que se ofrece como el Sacerdote que presenta el sacrificio. Ambos están atados en él. En Hebreos 7:27 dice: “que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”. El capítulo 10:12 dice: “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios”. Cristo ofrece el sacrificio de Sí mismo y hace intercesión por su pueblo. La pregunta 31 del Domingo 12 del Catecismo de Heidelberg habla de Cristo

como “nuestro único y supremo pontífice, quien por el sólo sacrificio de su cuerpo nos ha redimido, e intercede continuamente delante del Padre por nosotros”. La pregunta 25 del Catecismo Menor dice lo mismo. Hebreos, el libro de Hebreos, habla extensamente de la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el de Aarón. Como vimos en la lección 7, Cristo es un sacerdote según el orden de Melquisedec y no el de la tribu de Levi.

Los sacerdotes terrenales, el servicio sacerdotal, los días de fiesta ceremonial y las ordenanzas fueron cumplidos por Cristo. Y, por lo tanto, están completamente abrogados y erradicados en la iglesia del Nuevo Testamento. La iglesia cristiana no debe tener sacerdotes terrenales, vestimentas, altares, incienso y esos días santos del Antiguo Testamento, como la Pascua y Pentecostés, y los otros elementos del culto ceremonial. Todo esto restaría valor y sería una afrenta a la superioridad de la gloria de tener a Cristo mismo. Colosenses 2:17 dice que estas cosas eran sombras de lo que vendría, pero el cuerpo es de Cristo. Cristo es el único mediador entre Dios y el hombre. El santuario del Nuevo Testamento y el Lugar Santísimo no se encuentran en ninguna habitación en la tierra como el tabernáculo y el templo. Ahora tenemos el verdadero santuario, que está ubicado donde se encuentra nuestro Sumo Sacerdote, en el mismo cielo, Hebreos 4:14, “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios”.

La adoración del Nuevo Testamento no contiene símbolos terrenales, los cuales serían demasiado insignificantes. Nuestra adoración está centrada en el cielo porque nuestra adoración se realiza en los mismos cielos. Aunque el Nuevo Testamento es más simple en su forma que el Antiguo Testamento, trae consigo una gloria mucho mayor porque sucede en los cielos cada semana, cuando el pueblo del Señor se reúne ante el trono en el que se sienta Cristo y con la presencia y el poder de El Espíritu Santo en medio de nosotros. Debemos resistir todos los intentos de llevar a la adoración en el Nuevo Testamento el oficio sacerdotal y los elementos ceremoniales vistos, por ejemplo, en la Iglesia Católica Romana y, lamentablemente, entre algunos protestantes que los siguen.

Cristo continúa sirviendo como el Sumo Sacerdote de Su pueblo para siempre. Él intercede continuamente, y lo hace con compasión y simpatía. Hebreos 2:18: “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”. Hebreos 4:15: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”. Leemos en Éxodo 19:6 diciendo Dios a Su pueblo: “Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel”. Por medio de los sacerdotes levíticos, Israel aprendería cómo una nación podría acercarse a Dios a través de un ministerio sacerdotal. Esto viene, por supuesto, al cumplimiento en el Nuevo Testamento como se ve en la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes.

Leemos en 1^{ra} Pedro 2:9, hablando a la iglesia gentil del Nuevo Testamento: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Y en Apocalipsis 1:6: “Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”. El material del Antiguo Testamento que hemos cubierto nos permite entender este concepto. Cada creyente tiene acceso directo a la presencia de Dios, al Lugar Santísimo, sin un sacerdote o mediador terrenal. Hebreos 4:16 dice: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. Y mientras los creyentes no ofrecen sacrificios de sangre, nosotros consagramos nuestras vidas enteras a Cristo. Romanos 12:1: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”.

En conclusión, esta lección lleva nuestra consideración de los primeros cinco libros de la Biblia a una conclusión. Dios ha liberado a Israel de la esclavitud, los ha establecido como una nación y les ha proporcionado los sacrificios del tabernáculo y el sacerdocio, es decir, la presencia de Dios con ellos y los medios para tener acceso a Él y que sea aceptable. Pero Israel todavía se encuentra en un desierto desolador. Aún no están en la tierra que Dios prometió. En la próxima lección, consideraremos la teología de la revelación de Dios en relación con la tierra y la herencia que esta supone.

Lección 13

LA HERENCIA

Tema de la Lectura:

Dios redime a Su pueblo para traerlos a la tierra prometida de su herencia celestial, donde morará con ellos por toda la eternidad.

Texto:

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1^{ra} Ped. 1:3–4).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 13

En este punto de nuestro curso, habrás empezado a ver que cuando llegamos a un texto, no solo debemos entender, interpretar y aplicar el texto en sí, sino que, para apreciar la maravilla de la verdad, debemos leerlo en contraste con el trasfondo de la gran historia de Dios. Para eso, necesitamos toda la Biblia. Por lo tanto, hemos estado ilustrando a lo largo de nuestro estudio la necesidad y el método para conectar los puntos para que podamos discernir mejor el mensaje de Dios en cualquier texto o historia. Esto será importante para comprender el lugar que tiene la tierra prometida dentro de la historia de redención de Dios. ¿Por qué la tierra de Israel ocupa un lugar tan prominente en todo el Antiguo Testamento? ¿Cómo se relaciona con la idea de herencia? ¿Cuál fue el significado teológico de todo esto para la iglesia del Antiguo Testamento? ¿Cómo se transmiten estos temas al Nuevo Testamento? ¿Cómo el Nuevo Testamento construye sobre ellos? ¿Dónde encontramos el máximo cumplimiento de la tierra prometida?

En primer lugar, consideremos la tierra prometida, este tema básico. Edén era el territorio original que se le dio a Adán, un lugar donde Dios habitaba con él. Dios le ordenó a Adán en Génesis 1:28: y Él dijo que: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread... en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”. Bueno, ese paraíso se perdió a través de la caída del hombre en el pecado, pero fíjate en que la nueva tierra prometida viene con un llamado similar, renovado, por así decirlo, de tomar el dominio sobre la tierra de Canaán. Dios los llamó a purgar la tierra de los paganos y su idolatría y establecer una morada santa con su santo Dios.

Moisés les había dado instrucciones claras. Para lograr esto, tenían que destruir y aniquilar por completo, específicamente, a siete naciones malvadas que habitaban la tierra y no hacer ningún pacto con ellos o mostrarles misericordia. No iban a salvar nada vivo que respirara. Eso incluía a todos los animales y a todas las personas. No debían salvar a nadie vivo, nada vivo, entre los hititas, los amorreos, los cananeos, los ferezeos, los heveos, los jebuseos y los gergeseos. Puedes ver esto en Deuteronomio 7. En cuanto al resto de los que se encontraban en la

tierra fuera de estas siete naciones, debían matar a los hombres y salvar a las mujeres, a los niños, el ganado y el botín. El propósito de todo esto era establecer una tierra santa para la morada de Dios.

Ahora, recordarás que el llamado de Dios a Abraham incluía una tierra como promesa. En Génesis 12:1, leemos: “Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”. Él repite esto en su pacto con Abraham en Génesis 17:8: “Te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y ser el dios de ellos”. Esta expectativa se incrementó con Isaac, Jacob y los hijos de Jacob. ¿Recuerdas los huesos de José? Se intensificó aún más cuando Moisés los sacó de Egipto. Estaban en camino de poseer la tierra prometida más de 400 años antes, pero la tierra no era un fin en sí misma. Cumplió la promesa a la simiente. La simiente es la prioridad primaria. La tierra les sirve de herencia, encarnando el compromiso del pacto de Dios de vivir con ellos y entre su pueblo. La promesa se aplicó personalmente a través de la división de la tierra en tareas asignadas a cada tribu, y cada tribu asignó partes de su tarea a varias familias dentro de la tribu para preservarla como una herencia perpetua.

También hay una excepción a este principio. A Aarón, el sumo sacerdote, y a sus descendientes, los levitas, no se les dio herencia en la tierra. Su herencia debía ser el Señor mismo. Esto se ve en algunos lugares: Deuteronomio 18:1–2, por ejemplo. Por lo tanto, la familia de los sacerdotes sirvió como un constante recordatorio de que la promesa de herencia nunca se encontró finalmente en el patrimonio geográfico, si se quiere, de la tierra, sino en la herencia espiritual de Cristo y su presencia con su pueblo. Como veremos en un momento. También debes tener en cuenta la relación de la promesa de Dios de bendiciones y maldiciones y, en consecuencia, las demandas de Dios, dentro del contexto del Pacto de la Gracia, tal como se aplica aquí a la tierra. La promesa debía ser recibida por fe con una obediencia creyente y receptiva. Y ves que esto explica a los diez espías y a los dos espías. ¿Cierto? Tenías diez que no eran creyentes, y tenías dos, a saber, Caleb y Josué, que creían. Y explica la causa del juicio de Dios al despojar a Israel de la posesión de lo que se les prometió. Ellos siguieron a los diez espías en incredulidad. Violaron del pacto. Eran quebrantadores del pacto y de esta manera, cosecharon las maldiciones del pacto que Dios había prometido. Ellos sufrieron 40 años en el desierto, y todos aquellos de 20 años o más perecieron sin disfrutar de la tierra.

Josué y Caleb, sin embargo, entraron a la tierra por fe. Observa la hermosa descripción de Caleb en Números 14:24: “Pero a mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión”. Notarás el énfasis en el fruto de la obediencia al principio y al final del libro de Josué capítulo 1 y luego capítulo 23. Como hemos visto anteriormente, existe esta distinción dentro del pueblo del pacto de Dios, una distinción entre la iglesia visible, aquellos que son vistos externamente, y la iglesia invisible, donde están los verdaderos creyentes. Esto se menciona en lugares como Romanos 2 y 9 en el Nuevo Testamento. Este importante principio teológico sigue teniendo importancia en el resto del Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento. También notamos que aquellos que originalmente estaban fuera del pacto podrían ser traídos a través de la fe. Entonces, Rahab, la gentil, es un ejemplo notable durante este período. Hebreos 11:31 dice: “Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz”.

A lo largo de su estadía en el desierto, Dios continuó misericordiosamente poniendo el evangelio ante ellos. En Hebreos 4:2 se hace referencia a Israel en el desierto que dice: “Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos”. Un ejemplo es la serpiente de bronce en el desierto. Leemos sobre esto en Números 21. Esto se cumple en Cristo. Jesús lo dice en Juan 3:14–15. Dice: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Entonces, el evangelio continúa siendo proclamado en el desierto. Bien, Israel, habiendo roto el pacto por incredulidad y desobediencia, tuvo que renovar el pacto con Dios antes de entrar a la tierra prometida bajo Josué. Esta fue una confirmación del pacto que Dios ya había hecho con ellos, y esto se registra en Josué 5, donde Josué también circuncida a todos los hombres, es la señal y el sello del pacto, y guarda la Pascua en Gilgal, una comida de pacto.

Esto marca la transición del desierto a la conquista. El maná, se nos dice, cesa, y el maíz comienza a ser el alimento. Al final del capítulo, Josué se encuentra con una teofanía, y se le dice, al igual que a Moisés en Éxodo 3, que se quite el calzado porque estaba parado sobre tierra santa. Bueno, podría decirse mucho más. También debes notar, por ejemplo, la conexión entre el mal y el monte Gerizim en el libro de Deuteronomio y lo

que encontramos en Josué 8. El libro de Josué describe la conquista de la tierra en los primeros 12 capítulos, la división de la tierra en los capítulos 13 al 21, y luego el descanso en la tierra en los capítulos 22 al 24. Volveremos al significado de este último punto, el punto sobre el descanso, en un momento. Solo proporcionamos un breve esbozo, pero este período está lleno de una verdad abundante sobre el Evangelio. Por ejemplo, podemos explorar el significado teológico de las ciudades de refugio y cómo proporcionan un trasfondo para la revelación de Dios como nuestro refugio, y un tema del evangelio que se teje en todo el Nuevo Testamento. Pero descubrimos a lo largo de todo el Antiguo Testamento, que la posesión del pueblo de Dios de la tierra representa la realidad futura de vivir como el pueblo de Dios en Su reino.

Y eso nos lleva a nuestro siguiente punto: en segundo lugar, una tierra de cumplimiento. Abraham fue descrito como un peregrino y extranjero, un morador en una tienda de campaña. Este concepto se reforzó en la experiencia de su papel como un todo durante el período en el desierto. Ellos también eran extraterrestres, extranjeros y peregrinos, pero ¿qué les decía esto? Bueno, eso significaba que no pertenecían a ningún lado, pero también significaba que no tenían hogar. Ellos estaban sin hogar. No tenían un lugar que les perteneciera donde pudieran habitar y echar raíces. No habían llegado a la tierra prometida de Dios. El tabernáculo, como vimos anteriormente, era un microcosmo del cielo, pero reflejaba el diseño de toda la tierra, toda la tierra prometida. La tierra era un lugar donde Dios moraría entre Su pueblo. Entonces, Abraham, Moisés e Israel en su conjunto miraron más allá del símbolo de la tierra a lo que significaba, donde la promesa se cumpliría finalmente al morar permanentemente con Dios en Su morada eterna.

Vemos que el Nuevo Testamento enseña esto. Dice en Hebreos 11:10 y luego en el versículo 16 que Abraham: “Esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”. Continúa un poco después: “Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad”. Esa ciudad es la nueva Jerusalén, y es descrita en Apocalipsis 21 y 22. Del mismo modo, Moisés tenía respeto por la retribución de la recompensa. En el mismo capítulo, Hebreos 11, leemos sobre aquellos en el Antiguo Testamento que fueron torturados, sin aceptar la liberación para obtener una mejor resurrección. Como puedes ver, todos ellos fijan su mirada más allá de la tierra. Miraron hacia aquello que simbolizaba la tierra, la herencia eterna que se encuentra en el cielo. Debes comprender el vocabulario y los conceptos del Antiguo Testamento porque estos se trasladan al Nuevo Testamento, donde se aplican a todos los creyentes, tanto a los creyentes judíos como a los gentiles. Los cristianos siguen siendo extraños, peregrinos y extranjeros. Estamos sin hogar en este mundo. Nuestra mente está puesta en las cosas de arriba. Nuestra conversación está en los cielos. Buscamos una tierra más grande que este mundo. Nos dirigimos a nuestro destino final y al hogar en el cielo, morando con Cristo para siempre.

El simbolismo de la tierra y la promesa de una herencia en su conjunto se mantienen como un tema dominante en el Nuevo Testamento. Los verdaderos creyentes son hijos de Dios y, por lo tanto, reciben una herencia de él. Están destinados a entrar en el pleno disfrute de esa promesa. 1ª Pedro 1:4 afirma que Dios le da a Su pueblo “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros”. Cristo lo prometió. Por ejemplo, en Juan 14:2-3: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. El punto focal es estar con Cristo, estar con Jesús, morar con su pueblo en la tierra eterna de la promesa. Al igual que con los sacerdotes del Antiguo Testamento, nuestra herencia se encuentra en el Señor mismo, al ver y compartir su gloria. Jesús en su oración sacerdotal dijo en Juan 17:24: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”.

Una vez más, todo esto está relacionado con el desarrollo y cumplimiento del Pacto de Gracia. Leemos: “Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto”, el nuevo pacto, “para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (Hebreos 9:15). Fíjate en el simbolismo que describe el cielo en Apocalipsis 21:7: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo”. Ahí está el lenguaje del pacto. Así como Canaán dividía sus tareas entre el pueblo, el Señor ha preparado tareas que designó para cada creyente en el cielo. ¿Recuerdas el énfasis en Josué en que Dios le diera a su pueblo descanso en la tierra? Hebreos deja claro que esto también se cumple en la

última tierra prometida del cielo, nuestro lugar de descanso. Hebreos 4:9 dice: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios”.

También debes saber que el nombre *Josué* es el equivalente en el Nuevo Testamento del nombre *Jesús*, y ambos significan lo mismo: “Jehová salva”. Entonces, leemos en Mateo 1:21: “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. Josué señaló a Cristo y pensó en los paralelos, por ejemplo, de la comisión de Dios a Josué, en Josué 1, donde él lo llama a tomar la tierra para el Señor, y, por otro lado, en la comisión de Cristo a Su Iglesia al final de Mateo 28, donde Él les dice que discipulen, que tomen, por así decirlo, todas las naciones para Cristo. Y fíjate que, en ambos lugares, Dios enfatiza la misma promesa: “Yo estaré contigo”.

Algunos cristianos en el presente han confundido sus categorías teológicas a través de un énfasis equivocado en el significado de la tierra geográfica actual de Israel y su importancia para los judíos y la iglesia. Se detienen en la promesa de una tierra del Antiguo Testamento sin rastrear su simbolismo original hasta su cumplimiento en el Nuevo Testamento. Como hemos visto, ni los santos del Antiguo Testamento ni los escritores del Nuevo Testamento cometieron este error.

En tercer lugar, consideremos brevemente cómo los libros de Jueces y Rut encajan dentro del tema de esta lección. Ambos registran eventos que siguieron al período de conquista bajo Josué. Consideraremos, en primer lugar, el libro de los jueces. Después de que Josué y los ancianos mueren, Israel entra en este período de los jueces, que forma un vínculo entre Moisés y Josué y el ascenso de la monarquía en 1^{ra} Samuel. Así como Israel entró en la tierra por fe en el fruto de la obediencia, solo pueden continuar disfrutando de la tierra con la misma fe y obediencia. El pacto promete bendiciones y maldiciones, y trae exigencias.

Entonces, Jueces comienza con un relato del fracaso de Israel en obedecer completamente el mandato de Dios de expulsar y destruir a las naciones malvadas dentro de la porción que Dios les había dado para poseer. Una de las respuestas dominantes de Israel fue su pereza, vista en su falta de voluntad para expulsar a estas naciones, y en su codicia, deseando usar las naciones para su propio beneficio. Como señala Juan Calvino: “El dominio de la tierra que divinamente se había ofrecido, fue rechazada con flagrante ingratitud al tomar posesión solamente de una parte”. Esto dio lugar a la idolatría. El resultado fue la corrupción del tabernáculo, la inmoralidad y el orgullo, y Dios los castigó con aquellos que arruinaron y saquearon la tierra y los obligaron a servir a otras naciones. Dios les advierte que su fracaso daría lugar a que los paganos “serán azotes para vuestros costados, y sus dioses os serán tropezadero”. Como vemos en Jueces 2:3, nuevamente relatado en 1^{ra} Samuel 12.

Todo el libro sigue el mismo patrón cíclico. Ves el pecado en Israel saliendo a la superficie, y luego vemos eso provocando la ira de Dios. Él trae aflicción, los castiga, y luego ellos claman en arrepentimiento. Dios responde enviándoles libertadores, salvadores, jueces; y luego el pueblo se reforma y comienza a derrotar a las naciones; y disfrutan de un período de descanso, pero este ciclo continúa una y otra vez, desde el pecado hasta la ira de Dios y del castigo a los liberadores, la reforma, la derrota de las naciones y el descanso. Y cada vez, volvían rápidamente a sus caminos obstinados e “hicieron lo malo ante los ojos del SEÑOR”. Ese lenguaje se usa una y otra vez: “hicieron lo malo ante los ojos del SEÑOR”. Como Dios había advertido, los paganos que quedaban resultaban en una poderosa trampa por la influencia de sus malos caminos y su falsa adoración. Por favor, lee 2^{da} Corintios 6:14–18, porque encontramos en el Nuevo Testamento a Dios emitiendo la misma advertencia. De hecho, Él está usando el mismo lenguaje del pacto para la iglesia del Nuevo Testamento. 2^{da} Corintios 6:14–18 se basa en lo que descubrimos en el Antiguo Testamento.

Ahora, por último, más adelante en el Antiguo Testamento, la idolatría y la rebelión de Israel resultaría en su expulsión de la tierra por completo cuando fueron llevados al exilio. A lo largo del libro, vemos la incapacidad de Israel de disfrutar de la tierra a causa de su pecado, y vemos la provisión de la gracia de Dios de estos jueces, estos liberadores, para llamarlos al arrepentimiento y para liberarlos. Pero la liberación solo duraba una generación a la vez. Se necesitaba algo más. Necesitaban un rey conforme al corazón de Dios, que haría solo aquello que era correcto a los ojos de Dios, como leemos en 1^{ra} Reyes 14:8, y que mantendría el gobierno y el dominio del reino redentor de Dios. El último verso del libro de Jueces dice esto: “En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía”.

Bueno, también tenemos que considerar a Rut. La historia de Rut tuvo lugar durante el período de los jueces, y se centra en la experiencia de una familia, la de Elimelec y Noemí. Israel había experimentado la hambruna,

una señal de la maldición del pacto, como se ve en Deuteronomio 28, versículo 5 en adelante. Elimélec dejó de Belén su hogar. Belén significa “casa del pan”. Y abandonó la tierra prometida, el lugar de la presencia, promesa y provisión de Dios, todo en rebelión contra el mandamiento de Dios y se fue a vivir entre el pueblo pagano de Moab. Allí él muere. Sus hijos se casan con dos mujeres moabitas, y los hijos mueren, por lo que Noemí regresa a su tierra natal. Tenemos una hermosa descripción de la fe de Rut, la fe de su nuera y su conversión al unirse a Jehová. Todo el libro está lleno de hermosas representaciones de la verdad del evangelio, pero solo podemos tocar el tema principal de Rut en lo que a esta lección se refiere.

Los temas están vinculados a la ley y vinculados al Señor Jesucristo. Entonces, primero que todo, necesitas entender la ley para entender a Rut. Y hay dos instituciones importantes en la ley que necesitamos explicar. El primero se llama los matrimonios de levirato. Puedes leer sobre esto en Deuteronomio 25 versículos cinco y siguientes. Si un israelita moría sin una descendencia, su hermano o un pariente cercano era responsable de casarse con su viuda y criar una progenie para su hermano y así preservar la herencia y la tierra de su familia. Bueno, por lo que hemos aprendido, ya sabes por qué esto era tan importante. Esta institución, los matrimonios de Levirato, era una excepción ceremonial a la regla general con respecto al matrimonio. Pero, en segundo lugar, debemos considerar lo que llamamos la Institución del Goel. También leerás sobre esto en Levítico 25.

La palabra hebrea *goel* significa pariente o redentor, pariente cercano o pariente más cercano. Esta persona era responsable de comprar o redimir la tierra de un miembro de la familia que la hubiera perdido por varias razones, protegiendo y defendiendo a la familia. Si bien esto tiene una gran prominencia en Rut, la palabra *goel*, palabra referente a pariente redentor, se usa veinte veces en este breve libro, por lo que obviamente es un tema dominante: detrás de esta institución, hay que comprender que el hecho de que Dios mismo fue el principal pariente redentor de Israel. Se podrían citar muchos pasajes para probar que Dios fue el que redimió a Israel de Egipto y los llevó a la tierra prometida. La tierra era, en última instancia, la tierra de Dios, el lugar de su morada, por lo que no debía ser vendida sino redimida. El pariente redentor tenía el derecho, a pesar de no tener la obligación en todos los casos, de redimir a un miembro de la familia. Él podía redimir a un miembro de la familia de la esclavitud. Él podía redimir su tierra para que no fuera vendida a otro. Podía cumplir el matrimonio levirato del que hablamos anteriormente, y podía ser el vengador de la sangre en los casos de asesinato. Esto es parte del trasfondo de las ciudades de refugio. Entonces, él servía como el agente de Dios para redimir a las personas, las propiedades, la sangre y el nombre y posteridad de un miembro de la familia.

Bueno, puedes ver fácilmente cómo Rut encaja con el tema de esta lección. No es solo una buena historia. Proporciona la revelación de Dios y su gracia del evangelio. Lo mejor de todo, el personaje principal no es Noemí o Rut o Booz; Es Cristo, nuestro pariente Redentor. Así como Booz, Cristo asegura los nombres y la herencia eterna de su pueblo en el cielo. Cristo compra nuestra herencia y nos hace herederos junto con Él. Llegas al final del capítulo 4 al final del libro de Rut, y encuentras una genealogía. Ahora, las genealogías registradas en la Biblia tienden a ser porciones que muchas personas quieren omitir, y esto es un grave error. Dios nunca incluye una palabra innecesaria en las Escrituras. Notarás que el libro de Rut termina con una genealogía, y te habrás preguntado, “¿Por qué?” Bueno, vamos a responder a esa pregunta en la próxima lección sobre David.

Ahora que comprendes el significado histórico redentor del concepto de la tierra y de la herencia, puedes ver cómo el Nuevo Testamento se basa en este tema. Encontrarás abundantes referencias a la herencia que los cristianos obtienen en Cristo Jesús y a través de Su Evangelio. En las palabras de Colosenses 1:12, te guiará a dar “gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz”.

Bueno, para concluir, hemos aprendido en esta lección que Dios redime a su pueblo para darles provisión, con el fin de llevarlo a la tierra prometida de su herencia celestial donde Él morará con ellos por toda la eternidad. Tanto el final de Jueces como el de Rut, dispusieron el escenario para prepararnos para la provisión de un rey. En la próxima lección, consideraremos el lugar de David, el rey más grande de Israel, dentro de la revelación en desarrollo de la redención de Dios.

Lección 14

DAVID

Tema de la Lectura:

El pacto de Dios con David intensifica aún más la promesa de la Descendencia venidera. El futuro Hijo de David será mayor que David como el Rey de reyes, y Su reino será un reino eterno.

Texto:

“Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David... siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que, de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono” (Hch. 2:29, 30).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 14

Los niños a menudo disfrutan calcar imágenes usando una hoja delgada de papel translucido. Cuando colocan el papel fino sobre la imagen, pueden ver a través de la imagen que está debajo y luego usan su lápiz para copiar la obra de arte en el papel. Se deleitan mucho con el producto final, que, por supuesto, solo es posible debido al original. Del mismo modo, se nos dice que el rey David era un hombre conforme al corazón de Dios. El Señor trazó Su propio carácter en el corazón y la vida de Su siervo David para poder reflejar la propia gloria de Dios. Dios levantó a David para ejemplificar el gobierno de Dios y para avanzar en el reino de Dios.

Permíteme comenzar con algunas preguntas. ¿Era pecado que Israel deseara un rey? ¿Por qué necesitaban un rey? ¿Qué papel tendría el rey? ¿Qué reveló Dios acerca de su plan de redención durante el reinado de David? ¿Cómo está conectado el pacto de Dios con David al resto de la gran historia de Dios? ¿Dónde se revela a Cristo en este período de la historia y cómo se relaciona David con la venida de Cristo? A lo largo de todo el Antiguo Testamento, el hecho de que el pueblo de Dios posea la tierra apunta a la realidad futura de vivir como el pueblo de Dios en Su reino. En Josué, Jueces y Rut, vemos un reino emergente, pero nos preguntamos: ‘¿Dónde está el rey?’

Consideraremos algunos puntos en esta lección. En primer lugar, la preparación para David. Bajo Moisés y Josué, Israel se convirtió en una teocracia nacional con Dios como su Rey supremo y la autoridad de Su ley como norma. El período de los jueces demostró su apatía y rebelión y su necesidad además de jueces temporales dados a una sola generación. Necesitaban un rey, pero un cierto tipo de rey. Rut revela que la ascendencia de David surgió de un caso de redención por parentesco. El rey de Dios gobernaría para redimir. Vemos la descripción del rey de Dios en el Salmo 72:14: “De engaño y de violencia redimirá sus almas y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos”.

Dios preparó el camino desde dentro del servicio del tabernáculo. Recuerda el relato que nos dieron sobre el hijo de la esterilidad de Ana, Samuel, quien prepararía el camino como predicador del arrepentimiento y la justicia. Él ungiría a David como rey. Fíjate en las palabras en la canción de Ana en 1^{ra} Samuel 2:10: “Delante de

Jehová serán quebrantados sus adversarios, y sobre ellos tronará desde los cielos; Jehová juzgará los confines de la tierra, dará poder a su Rey, y exaltará el poderío de Su Ungido”. Aprendimos en la lección anterior que los profetas, los sacerdotes y los reyes estaban todos ungidos, y sus oficios apuntaban hacia el Ungido del Señor, Jesucristo. La expectativa de un rey mesiánico se remonta a Génesis 49, y vemos que se desarrolla maravillosamente bajo David. Pero ten en cuenta que hay algunas transiciones que tienen lugar durante este período. La adoración de Dios se transfiere de Silo a Jerusalén. El líder del pueblo de Dios hace la transición del período de los jueces a la casa de David, y la liga tribal, por así decirlo, en Israel, termina convirtiéndose en un reino unificado.

A medida que te acercas al comienzo de 1^{ra} Samuel, hay una pregunta que terminamos enfrentando. Es una pregunta sobre el problema de la realeza. ¿Qué quiero decir con eso? Permíteme hacerte una pregunta. ¿Fue pecaminosa la petición de Israel de un rey? En cierto modo, lo parece, porque leemos en 1^{ra} Samuel 12:12: “Y habiendo visto que Nahas rey de los hijos de Amón venía contra vosotros, me dijisteis: No, sino que ha de reinar sobre nosotros un rey; siendo así que Jehová vuestro Dios era vuestro rey”. Y nuevamente, en 1^{ra} Samuel 8:7: “Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos”. Israel reconoció el problema porque en 1^{ra} Samuel 12:19 dice: “Entonces dijo todo el pueblo a Samuel: Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros”. Eso plantea un problema, pero la solicitud de un rey no era pecaminosa en sí misma. ¿Cómo lo sabemos? Bien, porque Dios prometió un rey en Génesis 49:10, e incluso la ley misma da un rey, por ejemplo, Deuteronomio 17. Ana profetizó acerca de un rey venidero.

El problema se encontraba en el pueblo. Ellos pidieron, diciendo: “Un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones” (1^{ra} Samuel 8:5), “un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones”. El deseo de ser como las naciones era una rebelión contra el mandato de Dios. Es por eso que Dios dice: “Muéstrales cómo les tratará el rey que reinará sobre ello” (1^{ra} Samuel 8:9). Puedes ver que se trataba de la manera y no del asunto de la realeza. Dios desaprobó su deseo de imitar a las naciones y rechazar así a su Dios. Fue un rechazo del pacto y del gobierno de Dios. Querían seguridad y protección, no de las disposiciones del pacto de Dios, sino de una manera que ningún gobernante pagano podría proporcionar. Pero Dios les daría un rey conforme a Su propio corazón, David, uno que ejemplificaría el gobierno del Señor. Pero antes de que eso sucediera, el pueblo se rebeló, y Dios permitió que Saúl escogiera permitirles probar el sabor de su pecado. Si hubieran esperado en Dios, Él habría provisto un rey de acuerdo con Su ley. Por lo tanto, Saúl representa el rechazo del pueblo al Señor, a Jehová, como Rey.

Llegamos a ver que Saúl rechazó la palabra del Señor, y el Señor, por lo tanto, lo rechazó como rey. Eso nos lleva a David mismo. Ahora, debemos volver a la pregunta que nos planteamos hacia el final de la última lección sobre la genealogía al final del libro de Rut. Uno de los propósitos principales de Rut es proporcionarnos la genealogía de David y sentar las bases del camino hacia el ascenso de su reinado. Notarás que esta genealogía comenzó con Farés, de quien deberías recordar que era el hijo ilegítimo de la relación incestuosa entre Judá y su nuera, quien se hizo pasar por una ramera. El árbol genealógico revela además que David tenía una proporción significativa de ancestros gentiles. De hecho, era 3/16 gentil. Esto incluía a Rahab, una ramera que vino a la fe, y Rut, una moabita creyente. Esto tiene un significado adicional cuando te diriges al primer capítulo del Nuevo Testamento, Mateo 1, y descubres que esta misma genealogía continúa en la persona de Jesús.

Aquí está el evangelio escrito en grande. Pero cuando Dios rechazó a Saúl, leemos en 1^{ra} Samuel 13:14: “Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón”. Continúa un poco más adelante, “no has guardado lo que Jehová te mandó”. Hablando con Saúl. Y luego, si tomas ese pasaje y te trasladas a cuando Samuel ungió a David, leemos en el capítulo 16:7: “Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”. Desde la juventud de David hasta su vejez, tuvo el testimonio constante de tener tanto el corazón de un pastor como el de un espíritu guerrero. Él reflejó el propio carácter de Dios. Salmos 80:1 describe a Dios: “Oh Pastor de Israel, escucha; tú que pastoreas como a ovejas a José, que estás entre querubines, resplandece”. De un modo paralelo, 2^{da} Samuel 5:2 dice de David: “Tú apacientarás a mi pueblo Israel, y tú serás príncipe sobre Israel”. ¿Ves la combinación de Rey Pastor uniéndose en David? Aquí está la propia estimación de Dios hacia David en 1^{ra} Reyes 9:4: “Como anduvo David tu padre, en integridad de corazón y en equidad”. Y en 1^{ra} Reyes 14:8: “Como David mi siervo, que guardó mis mandamientos y anduvo en pos de mí con todo su corazón, haciendo solamente lo recto delante de mis ojos”.

Y puedes estar pensando: 'Bueno, conocemos la historia de David'. Y, por supuesto, conoces los pecados públicos de David, y puedes pensar que, al parecer los pecados de Saúl fueron menos significativos en contraste, pero Saúl repetidamente desafiaba la primera tabla de la ley, los primeros cuatro mandamientos, los cuales muchos consideran como pequeños detalles. Pero, como vimos en la lección sobre Sinaí, la primera tabla de la ley es prioritaria. Su respuesta hipócrita fue poner excusas y culpar a otros. En contraste, David tenía un gran amor por la ley de Dios y una pasión por llevar a cabo la adoración a Dios a la manera de Dios. Él violó los mandamientos de la segunda tabla, pero su corazón se manifestó en un agudo quebrantamiento, arrepentimiento y obediencia renovada, como vemos en el Salmo 51. Dios eligió a David como un hombre conforme a Su propio corazón, para ser el gran rey y el dulce salmista de Israel.

En segundo lugar, debemos considerar el pacto con David. El clímax del desarrollo del Pacto de Gracia en el Antiguo Testamento viene en el pacto de Dios con David. El propósito de Dios de redimir a Su pueblo se expresa en la forma en que Él instituyó Su gobierno sobre ellos. La simiente de la mujer sería una simiente real. Hay tres eventos que preparan el escenario que conduce al pacto de Dios con David en 2^{da} Samuel 7. Primero que todo, en 2^{da} Samuel 5, David conquistó Jerusalén, que se establecía en el centro del país, uniéndose con las dos secciones principales: el norte y el sur. Jerusalén se convertiría en la pieza central y la joya del reino, y Jerusalén se convertiría en una imagen de la iglesia del Nuevo Testamento como se evidencia en el lenguaje del Nuevo Testamento. Entonces, por ejemplo, en Gálatas 4, Pablo se refiere a la iglesia como la "Más la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros" (versículo 26). Ves a la iglesia descrita en Apocalipsis 21 como la ciudad, como Jerusalén, descendiendo desde el cielo.

El segundo evento significativo se encuentra en 2^{da} Samuel 6, donde David trajo el arca del pacto a Jerusalén. El arca representaba el trono de Dios, el lugar de la presencia y el señorío de Dios en la tierra. David anhelaba la manifestación del reinado de Dios y poner su propio dominio, el dominio de David, bajo la autoridad de Dios. Esto proporciona el telón de fondo para la fusión de la realeza de David con el trono de Dios, del cual hablaremos más en breve. El tercer evento se encuentra en 2^{da} Samuel capítulo 7:1. David encontró descanso de todos sus enemigos como se predijo en la promesa de Dios con respecto a la tierra, por lo que gobernará desde una posición de seguridad bajo Dios. Estos tres eventos anticipan a manera de representación, el reinado presente de Cristo.

Después de Su resurrección, Cristo ascendió a la Jerusalén celestial, al monte de Sion desde el cuál reina Dios, y Cristo unificó Su trono Mesianico con el Señorío eterno de Dios. Él dijo en Mateo 28:18: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra". Cristo el Rey servirá como un mediador del pacto. Él representará al pueblo delante de Dios y a Dios ante el pueblo. También debes notar el gran énfasis que se pone en la conexión que hay entre la pasión de David por construir la casa de Dios y la promesa de Dios de construir la casa de David, es decir, su posteridad. El celo de David era por la gloria de Dios, y Dios lo aseguró con la promesa a David que se cumpliría en la venida de Cristo, Quien habitaría entre Su pueblo y que reinaría triunfalmente en el avance de Su Reino eterno.

El resto del Antiguo Testamento continuará apelando al Pacto de David, a las misericordias seguras de David, ejemplificando el desarrollo del Pacto de Gracia y estableciendo ante Israel las promesas de Dios, llamándolos a la fe, al arrepentimiento y a la obediencia renovada. Pero el versículo clave en el Pacto Davídico se encuentra en la referencia a la simiente de David en 2^{da} Samuel 7:14: "Yo le seré a él padre", dice Dios, "y él me será a mi hijo" ¿Que quiere decir eso? Él es un hombre que será el propio Hijo de Dios. Estas palabras habrían sacudido las mentes de aquellos que las escucharon. La simiente de David sería ese Hombre, sería el propio Hijo de Dios. Ahora, esto se cita en referencia a Cristo en Hebreos 1:5: "Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo?" Mostrando así la superioridad de la gloria de Cristo. El Hijo prometido de David será el propio Hijo de Dios, por lo que debemos explorar esto a continuación.

En tercer lugar, el Hijo superior de David. El Señor prometió que la simiente de David se sentaría en su trono para siempre sin interrupción. Bueno, oímos eso. Lo entendemos, pero luego leemos en la Biblia y en la historia, y parece que el reinado de la casa de David finalmente cesó. ¿Qué hacemos con esto? Bueno, aquí es donde comenzamos a ver la mayor gloria de lo que Dios le prometió a David. Vimos que el trono de David fue hecho el trono de Dios. Los dos están reunidos, y por eso no nos sorprende lo que encontramos en la coronación de Salomón, que aparece en 1^{ra} Crónicas 29:23: "Y se sentó Salomón por rey en el trono de Jehová en lugar de David su padre, y

fue prosperado; y le obedeció todo Israel” El trono de la casa de David sirvió como un símbolo terrenal del propio trono celestial de Dios desde el cual, Él gobernó a Su pueblo a través de Su rey ungido.

La promesa a la descendencia de David se encuentra en Cristo. Pablo escribió a los romanos y dijo: “Acercas de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne” (Romanos 1:3). Cristo es el que ascendería y sería exaltado para sentarse en el trono eterno de Dios. Ahora gobierna en el cielo a la diestra de Dios, el cumplimiento en el Nuevo Testamento de la sombra del Antiguo Testamento que se encuentra en la unión del trono de David y el trono de Dios. Al final de Apocalipsis, escuchamos a Cristo decir desde el cielo: “Yo soy la raíz y el linaje de David” (Apocalipsis 22:16). El Antiguo Testamento continuó profetizando la venida de Cristo. Por ejemplo, Isaías 11:1–2 profetizó de Cristo: “Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová”.

Cristo es llamado el Rey de reyes. Se lo describe como el Príncipe Mesías, el Príncipe de los reyes de la tierra, el Gobernador de las naciones, todo el lenguaje extraído de las Escrituras. El Nuevo Testamento hace repetidas referencias al presente reinado de Cristo como el Rey ascendido. Pedro en el Pentecostés dice: “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy” (Hechos 2:29). Y continúa: “Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono”. ¿Ves eso? El Señor Jesucristo sentado en el trono de los cielos cumple la promesa a David. Cantamos la realeza de Cristo a través de los Salmos. El Salmo 72 señala el glorioso reinado de Cristo y encuentra su cumplimiento en el propio reino de Cristo, que “dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Versículo 8). Leemos las emocionantes descripciones de Cristo al final de los versículos 17 al 19, que concluyen con estas palabras: “Bendito su nombre glorioso para siempre, y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén”. El trono de Cristo cumple la promesa al trono de David, y Su trono está por encima y más allá de la expansión del reino de David.

Su gloria no llenará la tierra prometida original, sino que llenará toda la tierra. La respuesta a la pregunta 26 del Catecismo Menor dice: “Cristo ejercita el oficio de Rey. sujetándonos a sí mismo, rigiendo y defendiéndonos, y restringiendo y venciendo a todos sus enemigos y los nuestros”. El ejercicio del reinado de Cristo es un gran consuelo para el cristiano, pero hay más. Todo creyente contemporáneo pertenece al reino de Cristo como un ciudadano. Hemos nacido en varios países, pero nuestra ciudadanía final está en el cielo. Nuestra fidelidad y lealtad no le pertenecen a nuestro país de nacimiento, sino al inquebrantable y permanente reino de Cristo, que durará más que todas las demás naciones. Pero aún hay más. Como hijos e hijas de Dios, los creyentes son de sangre real como herederos en conjunto con Cristo. Eso significa que los cristianos son reyes. Todo cristiano es un rey. Dios nos ha hecho reyes y ha prometido que todos los vencedores se sentarán con Cristo en Su trono y juzgarán a los ángeles. Vemos esto en Apocalipsis 1, Apocalipsis 3, y así sucesivamente.

Y de esta manera, la realeza de Cristo está conectada a la experiencia y los privilegios del cristiano. Bien, si juntamos las piezas, comenzamos con David, y observamos la preparación y todo lo que Dios hizo para levantar a David como un rey conforme a Su propio corazón, quien tendría pasión por la gloria de Dios y guardaría Su adoración y Su ley, y que gobernaría en lugar de Dios como Su representante, ejerciendo el reino de Dios sobre Su pueblo. Comenzamos allí, pero conectamos todo eso, en el reinado de David y en el pacto con David, a Cristo. Y al conectarlo con Cristo, como acabamos de ver, a su vez lo conectamos con el cristiano. Estos pasajes, así como el resto del Antiguo Testamento, son sumamente relevantes para el creyente contemporáneo.

Bueno, para concluir, el pacto de Dios con David intensifica aún más la promesa de la futura descendencia. El futuro Hijo de David, el Señor Jesucristo, sería mayor que David. Él sería el Rey de reyes, y Su reino sería un reino eterno. Pero David no era solo un rey. Él también era un profeta, y Dios planeó otro papel muy importante para que desempeñara David, uno que ejercería una influencia diaria sobre el pueblo de Dios durante el resto de la historia. En la próxima lección, descubriremos exactamente lo que Dios quería.

Lección 15

LOS SALMOS

Tema de la Lectura:

Dios proporciona a Su iglesia un libro permanente de canciones inspiradas en las que le cantamos a Cristo, de Cristo y con Cristo.

Texto:

“Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:44).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 15

Esta es la Lección 15, titulada “Los Salmos”. ¿Alguna vez has tenido una canción pegada en tu cabeza, algo que resuena en el fondo de tu mente? La música es poderosa. Si añades palabras a la música, mejora enormemente tu capacidad de recordar esas palabras. Hace que se peguen. Las canciones nos moldean y nos dan forma y Dios lo diseñó con ese propósito. Para imprimir Su voluntad y Palabra en nuestras mentes, Él proporcionó un Libro de Canciones para que la iglesia lo memorice y cante. ¿Qué lugar tiene el libro de los Salmos en la Biblia en su conjunto, y qué uso hace el Nuevo Testamento de los Salmos? ¿Por qué Dios incluye un libro inspirado de canciones en medio de la Biblia? ¿Cuál es el contenido teológico de los Salmos y cómo se relacionan con la persona y la obra del Señor Jesucristo? ¿Qué papel deben tener los Salmos en la iglesia y en la vida cristiana? El Señor quiere que te entusiasmes con este libro y con el importante lugar que tiene en tu vida. El título hebreo para el libro de los Salmos significa alabanzas. Dios inspiró a sus profetas para componer canciones, que se recopilaron en este libro, y lo incluyó en el canon de las Escrituras como un regalo precioso para su iglesia en todas las edades.

En esta lección, exploraremos el propósito designado por Dios para los Salmos y el contenido que en ellos incluyó. Es esencial que reconozcamos el papel de los Salmos dentro del flujo de la historia de redención de Dios, por eso le dedicamos una lección completa. Al final de esta lección, espero que hayas obtenido un entusiasmo renovado por lo precioso que es este libro para el creyente como el libro de canciones de Dios.

Primero que todo, el lugar central de los Salmos. Y quiero convencerte de la importancia de este asombroso libro. No solo se encuentran los Salmos en el medio de la Biblia, sino que Dios les dio un lugar central dentro de la iglesia a lo largo de la historia redentora. Salmos es el libro del Antiguo Testamento que se cita con más frecuencia en el Nuevo Testamento. En promedio, se menciona cada 19 versículos en el Nuevo Testamento. Entonces, tiene un lugar central en el Nuevo Testamento. Solo esto ya requeriría estar familiarizado íntimamente con ellos, pero también tienen un lugar vital en las Escrituras en general. El reformador protestante, Martín Lutero, dijo que los Salmos eran diferentes a cualquier otro libro. Él lo llamó una pequeña Biblia porque el Señor incluyó en forma

concentrada todo lo que se encuentra en otras partes de la Biblia: la historia, la ley, la profecía, el evangelio, la misión a las naciones, cada aspecto de la persona y obra de Cristo, todas las doctrinas de las Escrituras, cada parte de la vida y experiencia cristianas, y así sucesivamente. Vamos a explorar el contenido más adelante en esta lección.

También tienen un lugar crucial en la historia de la revelación del Antiguo Testamento. Si bien la mayoría de ellos fueron escritos durante el período de David, tenemos Salmos escritos desde el tiempo de Moisés hasta el exilio babilónico. Varios salmos repiten la historia de la redención de la gente de Dios. Son fundamentales para la iglesia en todas las edades como un manual permanente de canciones inspiradas. Jesús los cantó. Después de todo, eran sus propias canciones. Los apóstoles y la iglesia apostólica los cantaron. Después de la era del Nuevo Testamento, los Salmos era el único himnario que usó la iglesia. En los primeros siglos de la iglesia, los presbíteros debían memorizar los 150 Salmos, y fueron diseñados por Dios para que se usaran en la iglesia por el resto de la historia, como podríamos ilustrar fácilmente. Los Salmos unen a la iglesia en todo el mundo. Las iglesias en China, Indonesia, Nigeria, Alemania, México y en cualquier otro lugar deben unirse en la alabanza cantada que ofrecen a Dios en la adoración a través de sus respectivos idiomas, al igual que se unen en la lectura y predicación de toda la Biblia. Los Salmos también unifican a la iglesia a lo largo de la historia. Los del siglo XXI siguen cantando las mismas alabanzas inspiradas que se cantaron en el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y todas las edades de la iglesia.

Por último, y hasta este punto, tienen una función vital para la vida individual de cada creyente. Juan Calvino escribe, en la introducción de su comentario sobre los Salmos: “Ha sido mi costumbre de llamar este libro, no creo que inapropiadamente, una anatomía de todas las partes del alma; porque no hay una emoción de la que alguien pueda estar consciente, que no esté representada aquí como en un espejo. O, mejor dicho, el Espíritu Santo ha reunido aquí todas las penas, dolores, miedos, dudas, esperanzas, cuidados, perplejidades, en fin, todas las emociones distractoras con las cuales las mentes de los hombres acostumbran a agitarse”. La experiencia universal de los creyentes confirma esta verdad. Dios provee canciones para los momentos de tristeza, alegría, temor, triunfo, confianza, esperanza, arrepentimiento y cualquier otra parte de la experiencia cristiana. Cualquiera que sea nuestra condición, Dios pone una canción en nuestra boca para nos expresemos a Él en adoración. Entonces, vemos la centralidad de los Salmos dentro de la iglesia y la vida cristiana.

Pero, en segundo lugar, debemos considerar los temas teológicos que se encuentran en el libro de los Salmos. Escucha las palabras de Basilio, uno de los primeros teólogos de la iglesia. Dijo: “El libro de los Salmos es un compendio de toda la divinidad, un almacén común de medicina para el alma, una revista universal de buenas doctrinas rentables para todos en todas las condiciones”. Esto es similar a la descripción de los Salmos de Lutero como una pequeña Biblia. Ellos exponen la mente y el corazón de Dios mismo. Como dijo Basilio, está lleno de buena doctrina.

El estudio de la teología que figura en el Salterio llevaría toda una vida, pero destacaremos algunos ejemplos para comenzar. Pero, antes que nada, debes entender algo sobre la estructura del libro. Los Salmos se dividen en cinco libros, por así decirlo. Tienes los Salmos, del 1 al 41, en segundo lugar, del 42 al 72, en tercer lugar, del 73 al 89, en cuarto lugar, del 90 al 106, y luego, el quinto libro va del Salmo 107 al 150. Cada uno de los primeros cuatro libros termina con una doxología, y luego el quinto libro concluye con el clímax de cinco salmos de alabanza, en los Salmos del 146 al 150. Como ya hemos visto, están compuestos por varios autores, David es el jefe y todos profetas. Los Salmos 1 y 2 forman dos mitades y sirven como el prefacio de todo el Salterio, anticipando los principales temas que impregnan todo el libro. Por ejemplo, el Salmo 1 se centra en la Ley de Dios, y el Salmo 2 se centra en el Mesías de Dios. Ambos contrastan a los creyentes que se someten a la ley de Dios y a Cristo y a los enemigos de Dios que desobedecen y se rebelan.

Hay una variedad de tipos de salmos. Ocho salmos son acrósticos. Es decir, siguen el orden de las letras en el alfabeto hebreo a través de su secuencia de versos. También encontramos los Salmos de ascenso gradual, los Salmos del 120 al 134, que los peregrinos judíos usaban cuando ascendían a Jerusalén en su peregrinación. También hay Salmos históricos que recolectan y enumeran los tratos de Dios con Su pueblo en el pasado. Por ejemplo, los Salmos 105 y 106, y luego los Salmos 135 a 137. También hay Salmos penitenciales, al menos catorce, con énfasis en confesar el pecado, siendo el Salmo 51 el más conocido. Si bien cada salmo contiene la revelación de Cristo, algunos son señalados particularmente como Salmos mesiánicos, con un enfoque centrado en la venida del Cristo de Dios. Entonces, por ejemplo, el Salmo 42, 45, 69, 72, Salmo 110, Salmo 118, estos serían ejemplos.

Pero también debemos destacar algunos de los temas teológicos que Dios revela en los Salmos. Salmos es uno de los libros más centrados en Cristo en la Biblia. A la mayoría de nosotros nos hubiera encantado estar con los dos discípulos en el camino a Emaús cuando Jesús expuso lo que estaba escrito en los Salmos acerca de Él mismo. Hebreos 1 es uno de los capítulos más potentes del Nuevo Testamento sobre la gloria de Cristo. Cuando el autor de Hebreos decidió establecer la supremacía de Cristo, citó los Salmos 7 veces en ese breve capítulo. Cada aspecto de la persona y obra de Cristo está cubierto en los Salmos: Sus tres oficios de profeta, sacerdote y rey; Varios aspectos tanto de Su humillación como de Su exaltación; tenemos Su encarnación; Su ministerio, Su traición, Su expiación y muerte; Su sepultura y resurrección; Su ascensión y Su reinado; cantamos de Él como Salvador y Juez y Pastor y muchas otras cosas. Podríamos seguir y seguir, pero para ilustrar el inestimable lugar de la revelación de Dios de Cristo en los Salmos: ¿Sabías que aprendemos más sobre la experiencia interna de Cristo en la cruz en los Salmos que en Mateo, Marcos, Lucas y Juan? Sin los Salmos, tendríamos un conocimiento incompleto de Cristo.

Los Salmos también están llenos de la aplicación de la redención en el evangelio. Por supuesto, aprendemos sobre la elección, pero también sobre la imputación y el perdón, la regeneración, la justificación, la adopción, la santificación y la glorificación del cristiano. Los Salmos están llenos de la misión de llevar el evangelio a todas las naciones del mundo. Son, si se quiere, himnos misioneros inspirados. Considera el Salmo 67 como un buen ejemplo. Los Salmos están llenos de la revelación de Dios: todos Sus nombres, Sus atributos y Sus obras: creación, providencia y redención. No encontrarás nada que falte. Por ejemplo, el reinado supremo de Dios como Rey se celebra a lo largo de todo el libro, exponiendo Su soberanía integral sobre todas las cosas. También apuntan más allá de nosotros hacia el futuro de la Iglesia de Cristo en esta era y al día del juicio, al cielo y al infierno por venir.

Por último, en este punto, debemos abordar un tema que diferencia las canciones de Dios de los himnos no inspirados de la composición humana. A saber, las imprecaciones; las imprecaciones son donde el pueblo de Dios está invocando sus maldiciones sobre enemigos y enemigos malvados. Este tema impregna todo el libro. Tal vez te hayas preguntado por qué el libro llamado *alabanzas* en hebreo se apertura sin la palabra alabanza, sino con un contraste detallado completo entre el piadoso y el malvado, con bendiciones y maldiciones. Finalmente, llegamos a la primera mención de alabanza al final del Salmo 7, donde el nombre más alto de Dios es alabado por Su justicia. Verás, estas canciones se centran en Dios mismo, Su nombre, Su carácter, Sus pensamientos, formas y obras, a diferencia de la mayoría de las canciones de adoración modernas. David, el dulce salmista de Israel, fue elegido por Dios como el hombre conforme a Su propio corazón, cuyos deseos, pensamientos, emociones, alabanzas y oraciones estaban alineados con los de Dios.

¿Recuerdas la ilustración en papel de calcar de una lección anterior? Esto aclara el lugar, que a menudo se malinterpreta, de las imprecaciones a través de los Salmos: el deseo y la oración del creyente por la destrucción de los enemigos malvados y la liberación y la exaltación de los justos. Expresa la mente y la voluntad del creyente conforme a la propia mente y voluntad de Dios. Así, por ejemplo, en el Salmo 139:19–22, leemos: “De cierto, oh Dios, harás morir al impío; apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios. Porque blasfemias dicen ellos contra ti; tus enemigos toman en vano tu nombre. ¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; los tengo por enemigos”. Nuestras mentes y emociones deben estar conformes a la voluntad de Dios y muy celosas por la gloria de Dios. El hecho de que este tema esté totalmente ausente de los himnos no inspirados ha distorsionado la piedad del pueblo de Dios, un problema desconocido para las edades anteriores de la iglesia que usó las canciones de Dios. Dios debe ser adorado en la belleza de su santidad, y su ira justa y su justicia perfecta son dignas de nuestra alabanza. Aquellos que se sienten incómodos con esto deben recordar que los santos cantarán aleluyas cuando Dios juzgue y destruya a sus enemigos en el día final. Considera, por ejemplo, el capítulo 19 de Apocalipsis. Comprender la teología de los Salmos demuestra su suficiencia total como canciones para la iglesia en todas las edades, lo que nos lleva a nuestro tercer y último punto.

Consideraremos los Salmos como un elogio inspirado. Dios ha provisto los Salmos como un manual permanente de alabanza cantada. Este es el himnario inspirado por Dios para la iglesia en todas las edades, y vemos la base de esto en tres puntos. En primer lugar, con respecto a los profetas inspirados, la Biblia enseña inequívocamente que la inspiración divina es una calificación necesaria para escribir canciones de adoración. Hay una conexión entre la profecía y la alabanza. Los escritores entendían que era necesario poseer el don de la profecía y que estaban escribiendo canciones inspiradas para la adoración. En 2^{da} Samuel 23:1–2, leemos: “Estas son las

palabras postreras de David. Dijo David hijo de Isaí, Dijo aquel varón que fue levantado en alto, el ungido del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israel: El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua”. Como lo indica Hechos 1:16 y Hechos 2:29–31, David fue un profeta que habló por medio del Espíritu Santo.

Moisés, que escribió el Salmo 90, también fue un profeta. A otros, como Asaf, Jedutún y Hemán, se les llama videntes, pero leemos en 1^{ra} Samuel 9:9 y en otros lugares: “Porque al que hoy se llama profeta, entonces se le llamaba vidente”. En 1^{ra} Crónicas 25, leemos: “Asimismo David y los jefes del ejército apartaron para el ministerio a los hijos de Asaf, de Hemán y de Jedutún, para que profetizasen”. Y describe a sus hijos profetizando, y continúa: “Todos éstos fueron hijos de Hemán, vidente del rey en las cosas de Dios”. Dice una vez más, un poco más adelante: “Y todos éstos estaban bajo la dirección de su padre en la música, en la casa de Jehová, con címbalos, salterios y arpas, para el ministerio del templo de Dios. Asaf, Jedutún y Hemán estaban por disposición del rey. Y el número de ellos, con sus hermanos, instruidos en el canto para Jehová, todos los aptos, fue doscientos ochenta y ocho”. Durante las reformas espirituales del Antiguo Testamento bajo el rey Ezequías y Josías, regresaron a las canciones inspiradas por Dios. 2^{da} Crónicas 29:30 dice: “Entonces el rey Ezequías y los príncipes dijeron a los levitas que alabasen a Jehová con las palabras de David y de Asaf vidente; y ellos alabaron con gran alegría, y se inclinaron y adoraron”.

El mismo principio podría ilustrarse a lo largo del Antiguo Testamento. Dios dejó en claro sus criterios, que se incluyen como estándar en el Nuevo Testamento. El puritano inglés, John Owen, escribió: “En cada ordenanza o adoración, consideramos la designación de Dios y sometemos nuestras almas y conciencias a su autoridad allí. Esto es lo primero que la fe considera en la adoración divina. Discierne que Dios ha mandado, y en eso reside Su autoridad como Él lo exigió”. El oficio de profeta ya ha expirado, y la producción de canciones inspiradas ha cesado. No encontramos ninguna garantía en las Escrituras para el uso de composiciones humanas no inspiradas en el canto de la alabanza de Dios en la adoración pública.

El segundo punto se refiere a las canciones canónicas. Las Escrituras proporcionan, y nosotros poseemos, un depósito completo de canciones inspiradas en el Canon de las Escrituras. Por lo tanto, los Salmos tienen un estado único y autorizado que nos restringe a lo que Dios puso a disposición en la Biblia, y Dios nos ordena que los usemos en la adoración. Por ejemplo, el Salmo 105:2: “Cantadle, cantadle salmos”. La provisión divina de una colección de canciones inspiradas constituye una receta para su uso. Su mera existencia lo prueba. El hecho de que Dios proporcionó un texto canónico para leer, 66 libros de la Biblia, demuestra la justificación de usarlo para tal. No tenemos más justificación para sustituir las canciones y la adoración de Dios por las canciones del hombre que para sustituir otro texto por la lectura de las Escrituras, así como la Apócrifa o algo parecido. Para ser claros, Dios estableció el canto en Su adoración, y Él proporcionó el texto que se cantaría. Si entraste a una iglesia y alguien te entregó un libro con el título “Canciones de adoración” escrito en la portada, entenderías claramente su propósito. Eso es lo que Dios hizo con los salmos. Dios provee ordenanzas y prescribe el contenido: una Biblia para leer; los salmos para cantar; la ayuda del Espíritu Santo para orar, en lugar de un libro de oraciones; agua para el bautismo; pan y vino para la cena del Señor; dones de predicación de sermones; y así sucesivamente. Debemos apegarnos a las ordenanzas designadas por Dios.

En Colosenses 3:16, leemos: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales”. Y en el pasaje paralelo, en Efesios 5:18–19, leemos: “No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”. Las tres palabras griegas para salmos, himnos y canciones se usan en los títulos de la traducción griega de los Salmos. Pablo a menudo multiplica palabras para describir una cosa. Él hablaría de señales, de maravillas y de milagros. En este caso, usa tres palabras para los Salmos. Te habrás dado cuenta de la palabra *espiritual*. La palabra *espiritual* puede calificar la palabra *canción*, o ese adjetivo puede calificar las tres palabras, pero en cualquier otro lugar del Nuevo Testamento donde aparece, 25 veces; la palabra griega *espiritual* se refiere a textos inspirados. Así que en Efesios 5, Pablo dice, llénate del Espíritu, canta las canciones del Espíritu. En Colosenses 3, él dice: Que la palabra de Cristo more en abundancia en ustedes, cantando al Señor con salmos. El mismo Cristo los canta con y por medio de su pueblo, su palabra mora abundantemente en nosotros. En lugar de contradecir las doctrinas que hemos descrito, estos dos textos, Colosenses 3 y Efesios 5, refuerzan la enseñanza de las Escrituras en otros lugares. El libro de los Salmos es un

libro completo y permanente de alabanza para todas las edades. El mismo Cristo los canta con y por medio de Su pueblo, Su palabra mora abundantemente en nosotros. En lugar de contradecir las doctrinas que hemos descrito, estos dos textos, Colosenses 3 y Efesios 5, refuerzan la enseñanza de las Escrituras en otros lugares. El libro de los Salmos es un libro completo y permanente de alabanza para todas las edades.

En tercer lugar, unas palabras sobre la suficiencia de los Salmos. A la luz de lo que hemos visto, los Salmos son completamente suficientes como un manual permanente de alabanza. Dios determina lo que es suficiente. El Nuevo Testamento claramente no vio ninguna insuficiencia en las canciones y tampoco la iglesia lo ha hecho a lo largo de los siglos. El teólogo campeón de la iglesia primitiva, Atanasio, escribió: “Creo que un hombre no puede encontrar nada más glorioso que estos Salmos, porque abarcan toda la vida del hombre, los afectos de su mente y las emociones de su alma, para alabar y glorificar a Dios Él puede seleccionar un Salmo adecuado para cada ocasión y, por lo tanto, encontrará que fueron escritos para él”. El problema de cualquier insuficiencia percibida en los Salmos para los creyentes del Nuevo Testamento proviene totalmente de nosotros, no de los Salmos. El Salmo 22:3 dice: “Pero tú eres santo, Tú que habitas entre las alabanzas de Israel”. Dios habita en las alabanzas procedentes de Su propia boca.

Estas son las canciones de Jesús. Él cantó las mismas canciones que entregó. Cantamos con Él, y cantamos sobre Él, y le cantamos a Él en los Salmos. De hecho, cantamos los Salmos de manera más significativa como aquellos que vivimos después de la venida de Cristo. Vemos y nos deleitamos en todo lo que revelan de Cristo incluso más que la iglesia del Antiguo Testamento porque los cantamos a la luz de su cumplimiento en el Nuevo Testamento. Piensas en las referencias a Jerusalén, Sion y los sacrificios, y así sucesivamente, cuadros de la iglesia y del sacrificio de Cristo. A menudo, esto es evidente incluso en los Salmos mismos. El Salmo 141 habla de incienso, pero deja claro que es una imagen de las oraciones del pueblo de Dios que se eleva hacia el cielo. Juan Calvino tenía razón cuando escribió estas palabras: “Ahora bien, lo que dice San Agustín es cierto: nadie puede cantar cosas dignas de Dios, a menos que las haya recibido de parte de Él. Por lo tanto, cuando hayamos buscado detenidamente en todas partes y buscado en lo alto y en lo bajo, no encontraremos mejores canciones, ni más apropiadas para ese propósito que los Salmos de David, a través de quien el Espíritu Santo habló y los hizo. Además, cuando los cantamos, estamos seguros de que Dios pone las palabras en nuestra boca como si Él mismo cantara en nosotros para exaltar Su gloria”.

Los Hugonotes, que son los cristianos reformados en Francia, proporcionan un bello ejemplo de la influencia del canto de los Salmos en el pueblo de Dios. Los que escribieron en ese momento nos dicen que el canto de los Salmos fue una de las mayores influencias en la difusión de la Reforma de la religión bíblica en toda Francia. Estos creyentes memorizaron los Salmos y los cantaron vigorosamente durante todo el día en pueblos y ciudades de todo el país. Los niños de la escuela podían escucharlos mientras caminaban por la carretera, los trabajadores arando los campos, las familias en sus hogares, así como en reuniones informales, y siempre en la adoración pública. Los ejércitos reformados los cantaron al entrar en guerra. En un momento crucial de la batalla, su capitán llamaría a sus hombres para que alzarán sus voces, y las palabras cantadas del Salmo 68 se desvanecerían sobre el estruendo de los cañones mientras los piadosos se empujaban como una cuña a través de sus enemigos. Se puede ver cómo el canto del salmo impregnaba sus vidas. La Palabra de Cristo moraba en ellos ricamente.

Los Salmos deberían ser memorizados y cantados por los creyentes todos los días y por la iglesia cada vez que se reúnen. Esto nos permitirá experimentar la rica bendición descrita en el Salmo 1 de meditar sobre la Ley de Dios, o la Palabra, día y noche, y la fecundidad espiritual que se promete como resultado.

En conclusión, espero que tengas un nuevo entusiasmo por este invaluable libro de la Biblia. Debes comprometerte a un estudio concentrado y control de por vida de los Salmos. Dios nos ha proporcionado un libro permanente de canciones inspiradas en las que cantamos de Cristo, a Cristo y con Cristo. En la próxima lección, consideraremos el lugar de Salomón dentro de la historia de redención de Dios.

Lección 16

SALOMÓN

Tema de la Lectura:

Todos los tesoros de sabiduría y conocimiento están escondidos en Cristo, que es la Sabiduría de Dios.

Texto:

“La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar” (Mateo 12:42).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 16

En todas las épocas, el mundo venera y escucha a aquellos hombres que considera sabios. La sabiduría es considerada una virtud valiosa. Del mismo modo, nadie desea que sus compañeros u otros lo consideren un tonto, pero aquí radica un problema porque la presencia del pecado en el mundo ha distorsionado la verdadera sabiduría. Pablo dice que el mundo considera la sabiduría de Dios, que es la verdadera sabiduría, locura, y dice que la pseudo-sabiduría del mundo es la que debe ser expuesta como locura. Cuando la Biblia usa la palabra locura, no está poniendo a otros sobrenombres, sino describiendo el carácter y la naturaleza de una persona que no le teme a Dios ni se somete a su Palabra. Entonces: ¿Qué es la verdadera sabiduría? ¿Cómo se relaciona la sabiduría con el temor de Dios? ¿Qué papel le dio Dios a Salomón en todo esto? ¿Cómo el hombre más sabio engendró un hijo necio? ¿Dónde se volvió Salomón de la sabiduría a la necedad, y cuáles fueron las consecuencias para Israel? ¿Cómo se relaciona Salomón con Cristo? ¿Cómo es Cristo el verdadero depósito de la sabiduría de Dios? ¿A dónde debe ir el cristiano contemporáneo para aprender la sabiduría de Dios hoy en día?

La Biblia describe a Salomón como el hombre más sabio del mundo. Esto era muy importante en aquel momento y todavía se reconoce en nuestros días. El nombre de Salomón era sinónimo de sabiduría, y aunque le trajo fama internacional como una atracción a nivel mundial, no encarna la sabiduría perfecta. Cayó de las alturas de la sabiduría y descendió a un abismo de la necedad. Exploraremos algo de la teología que Dios reveló durante el reinado de Salomón. En primer lugar, consideremos el contexto histórico. La gloria de Israel fue asegurada a través del reinado de David, y continuó durante el reinado de su hijo Salomón. Leemos en 2^{da} Samuel 12:24–25 que a Salomón se le dio el nombre de Jedidías, que significa amado del Señor. Y, por supuesto, el mismo nombre de *Salomón* significa *paz*. En 1^{ra} Crónicas 22:9, Dios le prometió a David: “Yo le daré paz de todos sus enemigos en derredor; por tanto, su nombre será Salomón, y yo daré paz y reposo sobre Israel en sus días”. Si bien David era un hombre de guerra, Salomón disfrutó los frutos de la paz durante su vida. Dios también proveyó prosperidad incomparable a Israel. La paz y la prosperidad de Israel alcanzaron su punto culminante bajo

Salomón, la cual nunca volvería a verse en la historia de Israel. En 1^{ra} Reyes 2, comenzando en el versículo dos y siguiendo, David le ordenó a Salomón que se adhiriera al pacto de Dios, dependiendo de la promesa de Dios y respetando la ley de Dios. Notarás en ese pasaje cómo David reúne el pacto mosaico y el pacto davídico como dos aspectos del único pacto de gracia.

Hemos visto a lo largo de este curso que las obras del Dios incomprendible no son simplemente relatos históricos. Los ejemplos de piedad e impiedad, bendiciones y maldiciones, deben estar conectados a los planes futuros de Dios, significando y testificando de Cristo en el desarrollo del gran plan de redención de Dios. Bueno, Salomón comenzó bien, pero terminó terriblemente. Comenzó con sabiduría y terminó con necesidad. Los que fueron antes de Salomón, algunos de ellos, también fueron conocidos por su sabiduría, como Josué (Deuteronomio 34:9) y el mismo David (2^{da} de Samuel 14:20), sin embargo, la Biblia le da mayor énfasis a la sabiduría bíblica en relación a Salomón que ningún otro en la historia de Israel. En 1^{ra} Reyes 3, leemos que Salomón respondió a la oferta de Dios de conceder lo que quisiera, pidiendo sabiduría. La provisión de Dios dio a Salomón una sabiduría que excedía la de todos en el mundo, lo que hizo que alcanzara, como dije, fama internacional. Se ve en 1^{ra} Reyes 4:30–34, donde leemos: “Era mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales, y que toda la sabiduría de los egipcios”. Más adelante, dice: “Y para oír la sabiduría de Salomón venían de todos los pueblos y de todos los reyes de la tierra, adonde había llegado la fama de su sabiduría”. La Reina de Saba es un ejemplo de alguien atraído por su sabiduría, y lo que encontró superó todas sus expectativas. El reinado de Salomón fue diseñado por Dios para influenciar e impactar a las naciones, pero pronto las naciones comenzaron a influenciarlo.

A pesar de su brillante comienzo, cedió a la tentación de apartarse de la Ley de Dios y las exigencias de Su pacto. Se casó con esposas paganas, contrario a lo que Dios prohibió. Estas esposas trajeron una influencia maligna que lo llevó a la idolatría tal como Dios lo había advertido en Deuteronomio 7:3–4. Todo esto se describe en 1^{ra} Reyes 11:1–6, y aunque es un poco largo, vale la pena que lo leas y escuches. Dice: “Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas; gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A estas, pues, se juntó Salomón con amor. Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón. Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David. Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas. E hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová, y no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre”.

En respuesta a la idolatría de Salomón, el Señor se enojó y pronunció un juicio, es decir, que Dios dividiría el reino y le daría la mayor parte a otro. Sin embargo, por causas del padre de Salomón, David, y su fidelidad al pacto, Dios demoraría el juicio hasta después de la muerte de Salomón, y Dios preservaría una tribu al hijo de Salomón por amor a David y por amor a Jerusalén. Pero los pecados de Salomón sembraron semillas de desintegración que produjeron frutos malos a lo largo del resto de la historia de Israel. Preparó el camino para la división del reino y las influencias de la idolatría en ambos países, los cuales consideraremos en la lección 18 que trata sobre el reino. Volvamos ahora nuestra atención a algunos de los temas teológicos que debemos comprender en estas porciones de las Escrituras con respecto al reinado de Salomón.

Al igual que, en segundo lugar, los temas teológicos. Antes que nada, el tema más obvio es el de la sabiduría. Aprendemos que Dios mismo es la fuente de toda sabiduría. No es solo que tenga o muestre sabiduría. Él es la sabiduría. La sabiduría es un atributo de Dios, una descripción de Su ser mismo. Es descrito como “el único y sabio Dios” (Romanos 16:27), “al único y sabio Dios, nuestro Salvador” en Judas 25. En Isaías 40:14, escuchamos esta pregunta: “¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?” La respuesta, por supuesto, es “nadie”. Dios no tiene igual. Ya que Dios mismo es sabio, Su Palabra también transmite sabiduría. Recuerda que Deuteronomio 4:6 dice que la ley de Dios era la sabiduría de Israel. Dice: “Guardadlos, pues, y ponédlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta”. A modo de contraste, la mente corrupta del hombre es vana en la imaginación, y su corazón necio se oscurece. “Profesando ser sabios, se hicieron necios”, como leemos en Romanos 1. Isaías 55 enseña que los caminos de Dios y los pensamientos de Dios son más altos que los de los

hombres y sus pensamientos, más altos de lo que el cielo es a la tierra. La verdadera sabiduría está centrada en Dios, y se basa en la voluntad de Dios que se encuentra en Su Palabra. Entonces, la sabiduría es la capacidad de aplicar las Escrituras a áreas prácticas de la vida al ver las cosas desde la perspectiva de Dios, entendiendo la voluntad de Dios y siguiendo la Palabra de Dios. Pero la sabiduría también está ligada a la doctrina del pacto.

En los capítulos del 1 al 9 de Proverbios, la sabiduría está personificada en el lenguaje del pacto del matrimonio. Ella, es decir, la sabiduría, llora y clama al pueblo de Dios. Son llamados a escuchar y a no rehusarse. Cuando se le presta atención: "...la sabiduría entrare en tu corazón", dice: "Serás librado de la mujer extraña... la cual abandona al compañero de su juventud, y se olvida del pacto de su Dios". (Proverbios 2:10, 17). Fíjate en las palabras *abandono* y *olvida*. Estas son palabras que los profetas usan mucho. Esta ruptura del pacto constituye prostitución y adulterio, un tema que abordaremos al considerar a los profetas, pero observa el camino de la mujer extraña que representa la necedad en contraste con la sabiduría de la Dama. Observa cómo ese camino conduce al infierno y a las cámaras de la muerte como vemos en Proverbios 7:27. La sabiduría se encuentra en no olvidar la ley de Dios y en guardar los mandamientos de Dios (capítulo 3 versículo 1). Observa que en Proverbios 3:18 es un árbol de vida. Ese es el lenguaje que nos conecta de nuevo con el Edén y nos conecta con el cielo. Observa también que Hebreos 12, versículo 5 en adelante, se refiere a Proverbios 3:11-12 con respecto a aquellos que han sido entrenados por la amorosa disciplina de Dios. Verás, el llamado a abandonar la necedad y huir a la sabiduría, es el llamado a guardar el pacto de Dios. Salomón fue elogiado inicialmente por haber elegido la sabiduría, pero estaba destinado a algo más que a sí mismo e incluso más que a Israel. Considera que en 1^{ra} Reyes 10:23-25 dice: "Así excedía el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riquezas y en sabiduría. Toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón". Continúa: "Y todos le llevaban cada año sus presentes". Como vimos anteriormente, Dios quiso que la sabiduría de Salomón fuera una luz para las naciones, naciones que vendrían a ver la gloria de Dios y la sabiduría de Su ley. Los Salmos y profetas refuerzan la idea de que la intención de Dios con este don de sabiduría era atraer a las naciones y mostrar Su gloria. Y al traer a las naciones al conocimiento de Dios, también reunió vastos recursos como herencia para su pueblo y reino. Las otras naciones contribuyeron con grandes sumas de dinero que se usaron para la construcción del templo. De hecho, la riqueza de Israel superó la de cualquier otro reino, de modo que la plata se volvió tan común como las piedras en la calle y las tazas estaban hechas de oro.

Otro tema es el temor del Señor. La sabiduría tiene su punto de partida en el temor de Dios, que se ve varias veces en Proverbios. El teólogo Geerhardus Vos dice: "El temor a Jehová sigue siendo en todo el Antiguo Testamento el nombre genérico para la religión". No podemos dejar de recalcar la importancia del temor a Dios en las Escrituras. Se remonta desde el principio hasta el final como un tema dominante. Como escribió el profesor John Murray, "El temor de Dios es el alma de la piedad". Mira las descripciones de la iglesia del Nuevo Testamento: por ejemplo, en Hechos 9:31, la iglesia es descrita como una que camina en el temor del Señor y en El consuelo del Espíritu Santo. Ahora, hay un temor de terror y pavor al enfrentar la rebelión impenitente contra Dios. Después de todo, Él es fuego consumidor. Pero el pueblo de Dios tiene un temor filial de reverencia, honor, confianza y asombro. El temor de Dios incluye algunas cosas. Incluye, ante todo, conocimiento y poder ver a Dios. No hay temor de Dios sin eso. En segundo lugar, incluye un sentido de Su presencia y conciencia de que Dios lo ve todo y está presente en todas nuestras acciones y comportamiento. Y, en tercer lugar, incluye un conocimiento de lo que Él demanda en Su Palabra.

La ausencia del temor de Dios es una señal de religión falsa. Romanos 3:18 dice: "No hay temor de Dios delante de sus ojos", al describir a los incrédulos, pero el temor piadoso, por otro lado, promueve muchos buenos frutos. Promueve la conducta santa, por ejemplo, 2^{da} Corintios 7:10. También es una motivación para el evangelismo (2^{da} Corintios 5:11). El temor de Dios motiva el culto reverente. Cantamos sobre esto en varios lugares en los Salmos, pero lo ves en el Nuevo Testamento, en Hebreos 12:28-29. Y el temor de Dios promueve la búsqueda enérgica de Cristo en nuestros llamamientos. Considera Colosenses 3:22-23, donde se le dice al siervo que lleve a cabo sus asuntos en el temor de que Dios mirando a Cristo, no al hombre. El Señor se deleita en los que le temen. Hacia el final del Antiguo Testamento, leemos en Malaquías 3:16, "Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre".

Permíteme mencionar también brevemente el tema de la justicia de Dios. Esta es otra revelación de Dios dada durante este período. Para ser breves, observa, por ejemplo, que la justicia se menciona 54 veces en solo seis capítulos de Proverbios, los capítulos del 10 al 15. La verdadera sabiduría mezclada con el temor de Dios produce la justicia del evangelio: Someterse a los pensamientos de Dios y caminar en los caminos de Dios. Finalmente, sobre este punto, deberíamos decir algo sobre los libros de sabiduría de Salomón: Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares. Proverbios educa al creyente en la sabiduría divina a través del temor de Dios, proporcionando instrucción práctica en una vida piadosa. Demuestra que Dios requiere conformidad con su voluntad en los detalles más pequeños de la conducta. El temor de Dios es la base de todo el libro. Comienza con el temor de Dios y concluye con el temor de Dios (capítulo 1 versículo 7 y capítulo 31 versículo 30), y la sabiduría es el tema dominante, pero la fuente de Proverbios es la ley moral de Dios. Proverbios desempaqueta y aplica la ley moral a los detalles de la vida cotidiana.

Eclesiastés demuestra la necedad y la vanidad de la vida sin Dios en el centro. Brinda lecciones en contraste para persuadirnos a abrazar la sabiduría de Dios enraizada en el temor de Dios y Su ley. La conclusión demuestra este punto. Eclesiastés 12:13 dice: “Escuchemos la conclusión de todo el asunto: temed a Dios y guardemos sus mandamientos: porque esto es todo el deber del hombre”.

En tercer lugar, tenemos el Cantar de los Cantares o Cantar de Salomón. Este es un libro de valor incalculable apreciado por todos los escritores reformados del pasado como una hermosa descripción de la relación de la Iglesia, la Novia, con Cristo, su Esposo. Si no estás familiarizado con este punto, debes dedicar un estudio concentrado a este libro tan importante. El motivo del matrimonio al describir la relación del pacto de Dios con su pueblo se puede rastrear a lo largo del Antiguo Testamento. Por ejemplo, ves muchas referencias a esto en los profetas, y se remonta al Nuevo Testamento. Pensamos en lo que Pablo escribe en Efesios 5 o en la descripción de la iglesia en el libro de Apocalipsis como la Novia de Cristo. Este libro evoca una pasión, una procuración, una búsqueda y un aferrarse a Cristo con intenso fervor y celo santo. Solo el cristiano puede decir de Cristo: “Mi amado es mío y yo soy suyo”. El Cantar de los Cantares no es una historia romántica sobre el amor y el matrimonio meramente humanos. Nos enseña la sabiduría del amor leal a nuestro Esposo celestial.

En tercer lugar, en nuestro último punto importante, debemos considerar el cumplimiento del Nuevo Testamento de lo que encontramos en el reinado de Salomón. Encontramos el cumplimiento del Nuevo Testamento en dos categorías. En primer lugar, el Señor Jesucristo. Si bien la sabiduría era la gloria de Salomón, la verdadera sabiduría de Dios no encontró su máxima expresión en Salomón, que se volvió a la necedad. La sabiduría se muestra principalmente en Cristo. Él es aquel mayor que Salomón. Al final de la primera lección de este curso, discutimos el intercambio entre la Reina de Saba y el Rey Salomón. Leemos en Mateo 12:42: “La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar”. Vimos cómo esto representaba la gloria suprema de Cristo, que quitará el aliento de todos los que la contemplan. La sabiduría de Cristo se predice de nuevo en Isaías 11:1-3, y deberías leer ese texto; se cumple en Su venida en Lucas 2:40. Cristo se describe como “la sabiduría de Dios”. Él es la sabiduría de Dios (1^{ra} Corintios 1:24), y Pablo dice que encontramos el depósito de sabiduría en Cristo. Colosenses 2:3 dice: “en quién”, que es Cristo, “en quién están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”.

Una segunda área donde encontramos el cumplimiento del Nuevo Testamento pertenece al cristiano. La falsa sabiduría del mundo es, de hecho, locura. 1^{ra} Corintios 1:20 dice: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” El cristiano contemporáneo continúa enfrentando las afirmaciones conflictivas entre el mundo y la Palabra de Dios. Santiago 3:15 en adelante, contrasta la sabiduría mundana, que se describe como terrenal, sensual y diabólica, con la sabiduría de lo alto, que es primero pura, luego pacífica, y así sucesivamente. El creyente encuentra verdadera sabiduría solo en Cristo. Estudiamos la Palabra de Cristo para obtener sabiduría. Pablo le dice a Timoteo en 2^{da} Timoteo 3:15: “Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”. En la Biblia, aprendemos de Cristo y del evangelio. 1^{ra} Corintios 1 versículo 17 en adelante enseña que la predicación del evangelio, la predicación de la cruz, es considerada una locura por el mundo, pero es la verdadera sabiduría de Dios. El creyente contemporáneo continúa acudiendo a Cristo para aprender la sabiduría del evangelio que conduce a la salvación. El fruto de esa salvación incluye caminar en

el temor de Dios, vivir a la luz de la ley de Dios y mantenerse firme en el pacto de Dios. Esta es la razón por la que Romanos 12:2 dice: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

En conclusión, el reinado de Salomón nos enseña que todos los tesoros de sabiduría y conocimiento están escondidos en Cristo, quien en Sí mismo es la sabiduría de Dios. La muestra más grande de la sabiduría de Salomón se encontró en su obra más importante de todas, a saber, la construcción de una casa para el nombre de Dios. En la próxima lección, exploraremos la teología del templo.

Lección 17

EL TEMPLO

Tema de la Lectura:

Dios establece morada permanente con Su pueblo en la Tierra Prometida, representando así la venida de Cristo y su presencia con Su pueblo en el tiempo y la eternidad.

Texto:

“Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Ap. 21:22–23).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 17

Cuando manejas cerca de una ciudad moderna, especialmente si es una ciudad grande, a menudo puedes ver a lo lejos los edificios altos que se elevan sobre el horizonte. Ahora, si vienes con ansias por ver algo o a alguien en esa ciudad, esa vista aumenta tus expectativas de llegar. Bueno, cuando los israelitas creyentes viajaban a Jerusalén para las fiestas, veían a Jerusalén desde la distancia, mientras se acercaban, edificada en un terreno elevado y con el templo situado en la parte superior. Pudieran haber visto el humo de los sacrificios elevándose hacia el cielo, y al acercarse, pudieran haber escuchado la música. Puedes imaginarlos cantando los Salmos de ascenso gradual mientras avanzaban hacia el símbolo del trono y la presencia de Dios entre su pueblo. El templo de Salomón era verdaderamente magnífico. A diferencia de la belleza de cualquier otra estructura arquitectónica, se encontraba en el pináculo del monte del templo, en el punto más alto en el centro de Jerusalén. El Señor designó el templo para que se cubriera con tanto oro que, al amanecer, brillara como un esplendor de fuego cegador que resplandecía como una pequeña esfera solar. Esa imagen decía mucho. ¿Por qué el tabernáculo fue reemplazado por el templo? ¿Cómo son similares y diferentes al mismo tiempo? ¿Cuál es la conexión entre el templo y el reino centrado en Jerusalén? ¿Por qué la santidad es un tema tan dominante en relación con el templo? ¿Cuál es la conexión entre Cristo y el templo? ¿Qué revela sobre el evangelio? Ahora que el templo ha sido erradicado, ¿cómo se relaciona con la iglesia del Nuevo Testamento y los cristianos contemporáneos? ¿Cuál es la conexión entre el templo y el cielo por venir?

El templo era la pieza central del Israel del Antiguo Testamento, su posesión preciada. El arca del pacto, el símbolo del trono de Dios, se alojaba en la sala interior del templo, el lugar santísimo. La vida entera de los creyentes del Antiguo Testamento, su horario, sus prioridades y afectos, estaban ligados a esta estructura sagrada. Mucho más tarde, en el Antiguo Testamento, durante el exilio babilónico, encontramos a Daniel todavía orando en una ventana abierta que mira hacia el este hacia Jerusalén. Notarás que él oraba durante las horas del sacrificio vespertino. Y bien, ¿cómo sabía eso? Ese era un sacrificio que no había visto durante 70 años mientras

estaba en Babilonia. Bueno, Daniel todavía estaba operando en el reloj de Dios, en el horario designado por Dios, y su mente todavía estaba centrada en las ceremonias del templo. Escucha el Salmo 137:5–6, escrito en el mismo momento: “Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría”. Podríamos dar muchos ejemplos como este. Piensa en Nehemías, que lloró con las noticias de la destrucción de Jerusalén y su preciado templo. Todo esto refuerza nuestra necesidad de entender la teología que Dios revela acerca de esta importante estructura dentro de la historia de Su redención. Por lo tanto, consideremos algunos de los puntos que podemos aprender.

En primer lugar, consideraremos el templo de Salomón. El tabernáculo, como recordarás, era una estructura móvil y temporal, que simboliza la presencia de Dios con Su pueblo. Fue útil para Israel mientras eran peregrinos en el desierto y durante los primeros años en Canaán. El templo, en contraste, fue una morada permanente. Una vez que David había capturado a Jerusalén y la había establecido como la capital del reino, deseaba que el trono de Dios, simbolizado en el arca, se uniera a su propio reino en Jerusalén. Todas las piezas fueron puestas en su lugar, y Dios llamó a Salomón para que lo llevara a buen término. En 1^{ra} Crónicas 28:9–10, leemos el encargo de David a Salomón, similar a lo que leíste en 1^{ra} Reyes 2:2, que mencionamos en la última lección, pero con esta adición; dice: “Mira, pues, ahora, que Jehová te ha elegido para que edifiques casa para el santuario; esfuérzate, y hazla”.

Uno de los mayores logros de Salomón fue la construcción del templo en Jerusalén, realizado por la fuerza de Dios y Su bendición. La gloria y el esplendor superaron todo lo visto antes o después. Leemos acerca del tabernáculo que fue llevado a Jerusalén y reemplazado por el templo en 1^{ra} Reyes 8. La traída del arca representó la entronización de Dios como Rey. El templo exhibía estabilidad, por así decirlo, y exaltación porque era una casa para el nombre de Dios. Dios dice: “Mi nombre estará allí”, en 1^{ra} Reyes 8:29. Pero Salomón reconoce que el cielo de los cielos no puede contener a Dios, y mucho menos la casa que él construyó. Era simplemente un símbolo. Retrataba las misericordias salvadoras de Dios y el perdón de los pecados. También sirvió como testimonio para evangelizar a las naciones. Leemos acerca del extraño no israelita que, al escuchar el gran nombre de Dios, da su alabanza hacia la casa de Dios. Luego, en 1^{ra} Reyes 8:43, dice, este es Salomón orando: “Tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero hubiere clamado a ti, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edificué”.

Aunque el templo incluía una gran cantidad de diseños detallados y artísticos, aprendemos que la ley bíblica de adoración de Dios todavía se mantiene. No se dejó nada a la innovación humana. Fue recibido por prescripción divina. Leemos en 1^{ra} Crónicas 28 acerca de muchos de los detalles, así como de las riquezas que el templo conlleva, pero dice que David le dio a Salomón “el plano de todas las cosas que tenía en mente para los atrios de la casa de Jehová” (1^{ra} Crónicas 28:12). “Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño” (1^{ra} Crónicas 28:19). Todo fue designado por Dios mismo. Leemos en 1^{ra} Reyes, capítulos 6 al 8, que a Salomón le tomó siete años construir el templo. Fue un magnífico espectáculo de la belleza de la presencia de Dios. Dejaba sin aliento a todos los que lo veían, pero no duró para siempre. El templo fue destruido en el momento del exilio babilónico. Este juicio de Dios sobre los pecados de su pueblo les trajo devastación. Señaló que sus pecados impenitentes los habían separado de la presencia favorable de Dios. Pero la promesa de Dios no falló, como veremos en la lección sobre el regreso de Judá del exilio, pero las cosas nunca fueron lo mismo para Israel. Otro templo fue reconstruido, pero en una escala mucho más inferior. Cuando el pueblo vio el reemplazo menos glorioso, respondieron con una mezcla de alegría y tristeza. Esdras 3:12–13 dice: “Y muchos de los sacerdotes, de los levitas y de los jefes de casas paternas, ancianos que habían visto la casa primera, viendo echar los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos otros daban grandes gritos de alegría. Y no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro; porque clamaba el pueblo con gran júbilo, y se oía el ruido hasta de lejos”.

En segundo lugar, tenemos que pensar en la teología del templo. Hay muchos paralelos obvios entre la teología del tabernáculo y el templo de Salomón. El propósito básico y los componentes individuales siguen siendo similares, aunque el templo era mucho más grande en escala y en gloria, no volveremos a enfocarnos en los puntos tratados en la lección anterior sobre el tabernáculo, aunque te alentaría a que revises y te refieras a los puntos relevantes a esta. En su lugar, dirigiré tu atención hacia algunos puntos de la teología que son distintos al templo.

En primer lugar, todo lo relacionado con el templo está impregnado de la idea de la santidad. Es un lugar santo que refleja la presencia de un Dios santo. El salmista da testimonio de esto en el Salmo 138:2: “Me postraré hacia tu santo templo, Y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad; Porque has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas”. La santidad del templo estaba conectada a la santidad del nombre de Dios. El templo era una casa para el Señor Dios. Leemos en 1^{ra} Reyes 9:3, y luego en el versículo 7: “Yo he santificado esta casa que tú has edificado, para poner mi nombre;...y esta casa que he santificado a mi nombre”. La teología de la santidad se destaca prominentemente. Esto explica, en parte, la limpieza del templo que Cristo hizo en los evangelios. Leemos en Juan 2:15, y en el versículo 17: “Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas;... entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume”. Cristo tuvo un celo santo por la gloria de Dios en su santa casa.

En segundo lugar, un texto muy importante para comprender la teología del templo se encuentra en la oración de dedicación de Salomón después de la finalización de la construcción. Esto se encuentra en 1^{ra} Reyes 8 y 2^{da} Crónicas 6. Más allá de todo lo demás, encontramos la revelación de Dios mismo. Debes notar los temas teológicos del pacto, la expiación, la intercesión, el perdón y el arrepentimiento y la recuperación de la desobediencia, todos encontrados en esa oración. Como vimos anteriormente, también se refiere a que Dios atrae a extraños no israelitas a comunión salvadora con Dios. Todos estos puntos podrían ser desarrollados. Esta revelación de Dios llevó a Salomón y al creyente del Antiguo Testamento a concluir, en las palabras de 1^{ra} Reyes 8:23: “Jehová Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia a tus siervos, los que andan delante de ti con todo su corazón”.

Además, dentro del templo encontramos un enorme, pesado y hermoso velo que separaba el santuario interior del lugar santísimo del resto del mundo. Era una cortina muy gruesa. Creó una imagen visible de la separación de la presencia inmediata de Dios y la necesidad de un sacrificio expiatorio ofrecido por un sacerdocio santo. Cuando Cristo murió en la cruz, ese velo se rasgó. Leemos en Marcos 15:37–38: “Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo”. La expiación de Cristo otorgó un acceso abierto y directo a través de Su sangre a la presencia de Dios. Por eso leemos en Hebreos 10:19–22: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne”. Continúa: “acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura”.

El templo extendió la influencia de la sabiduría de Dios a las naciones. Las personas de las naciones vecinas se sintieron atraídas por Jerusalén, y esto les llevó a rendirle tributo a Salomón. Dios había prometido esta expansión en Génesis 15, y se convirtió en una realidad bajo Salomón, también mencionada en el Salmo 72. Dios reunió la riqueza de las naciones para construir Su propia casa Su y reino, así como cuando Israel saqueó a los egipcios anteriormente en el Éxodo. El reino de Dios y el desarrollo de esta redención es fundamental para el mundo y para la historia.

Si avanzas mentalmente al periodo del Nuevo Testamento, Dios levantó el Imperio Romano que construyó caminos que conducían a lugares distantes del mundo conocido en aquel momento. Esos caminos se usaron. Dios los había colocado justo a tiempo para que los apóstoles y los primeros cristianos llevaran el evangelio a todo el mundo gentil. Sirvieron para el avance del reino mayor de Cristo, un reino más grande que el Imperio Romano. Hoy en día, los misioneros tienen aviones que les permiten llevar el evangelio a lugares distantes en el mundo. Estás utilizando el internet para escuchar estas lecciones sobre teología bíblica, aunque estamos separados por muchas millas en países distintos. Dios hace que todo le sirva para Su plan, Su evangelio y la expansión de Su reino, y vemos todo eso en la época de Salomón, así como en los lugares en los que reúne los recursos para el establecimiento de Su reino.

Por último, con relación a este punto, el templo une el Edén, el jardín al principio de los tiempos, con el cielo al final de los tiempos. Notarás las imágenes del jardín entrelazadas en los detalles y el diseño del templo. Tanto el jardín como el templo eran lugares donde Dios manifestaba su presencia a su pueblo. Después de la caída, cuando el hombre fue expulsado de la presencia del Paraíso de Dios, el Señor abrió un camino de regreso por medio de Su provisión de sacrificio y redención. El tabernáculo anterior ejemplificaba esta promesa de pacto, pero se trata de una expresión más completa en el templo. En breve expondremos la conexión entre el templo

en el cielo. Y así, en tercer lugar, tenemos que pensar en el cumplimiento del templo en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento hace un uso extensivo de la teología del templo. Al igual que con el tabernáculo, el templo era un patrón y una sombra de realidades celestiales y eternas. Señalaba el cumplimiento en la gloria mayor que vendría bajo el nuevo pacto. Como hemos aprendido en las lecciones anteriores, estas ceremonias temporales del Antiguo Testamento fueron 87. Cuando Cristo vino, el templo y sus símbolos fueron abolidos, y quedó prohibido regresar a las representaciones. Ahora tenemos las realidades que el templo prefiguraba, entonces la pregunta es, ¿dónde encontramos las realidades del Nuevo Testamento que el templo del Antiguo Testamento simboliza? Y hay cuatro lugares en los que encontramos esto.

En primer lugar, Cristo. El templo prefiguró a Cristo mismo. Leemos en Juan 2:19–21: “Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo”. Ellos pensaron que se estaba refiriendo a la estructura física en Jerusalén, pero se refería a Sí mismo, a Su propio cuerpo. Ahora, ¿por qué Cristo se refiere a Sí mismo como el templo?

Piensa en eso por un momento. Piensa en lo que sabes sobre el templo, lo que simbolizaba, cuál era su propósito, cómo funcionaba en la vida del Israel del Antiguo Testamento. Si piensas por un momento, verás la respuesta. La respuesta se encuentra en Colosenses 2:9: “Porque en él”, que es Cristo, “habita corporalmente toda la plenitud de la deidad”. Cristo fue la encarnación perfecta y completa de la presencia de Dios en la tierra. Eso es lo que el templo simboliza: la presencia de Dios en medio de su pueblo. Pero llega a su máxima expresión en la encarnación de Cristo. La promesa del pacto de Dios de habitar entre su pueblo se cumple en la venida de Cristo.

El segundo lugar donde encontramos el cumplimiento del Nuevo Testamento es en la iglesia. La iglesia también se describe como un templo. Ahora, esto no debe ser una sorpresa porque Cristo mora en medio de Su Iglesia. Entonces, en Apocalipsis 1, se describe a Jesús caminando en medio de los candelabros, que simbolizaban las iglesias. Ahora, piensa conmigo: caminando en medio de los candelabros. Esa es la imagen del templo, el candelabro que se encuentra en el templo. Pero en Apocalipsis 1, se nos dice que los candeleros son un símbolo de las iglesias mismas. Así, Cristo se encuentra presente entre ellos. Es Cristo quien levanta la Iglesia. Recuerda Mateo 16:18: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. En otras palabras, somos la casa que Cristo está levantando. Hebreos 3:6 dice: “Pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza”. Él mismo sirve como la piedra angular principal prometida en el Salmo 118, y Su pueblo se fundamenta en Él y se erige como un templo en el Señor. La iglesia es la morada de Dios. Esto aparece en Efesios 2, al final de ese capítulo en los versículos 20–22. Dice, refiriéndose a la iglesia: “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”.

Todas las piezas se encuentran en ese pasaje. Cada creyente tiene parte en esta casa. En las palabras de 1^{ra} Pedro 2:5: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual”. Cuando la iglesia se reúne para la adoración, la gloria es muy superior a la gloria terrenal del templo de Salomón, “porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Nuestra adoración tiene lugar en la misma sala del trono del cielo. Nuestra gloria se encuentra en la presencia de Cristo por medio de Su Espíritu manifestado en medio de nosotros a través de las simples ordenanzas que nos ha dado, como predicar y leer, orar, cantar los Salmos y los sacramentos. Y así, el templo encuentra su cumplimiento en el Nuevo Testamento, en segundo lugar, en la iglesia.

La tercera área es el cristiano individual. El creyente individual también se describe como un templo. El templo era el lugar de la presencia y morada de Dios, como ya saben. El cristiano realmente experimenta esta realidad. Leemos en 1^{ra} Corintios 3:16: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” Y luego en 1^{ra} Corintios 6:19, ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”

Finalmente, vemos lo mismo en 2^{da} Corintios 6:16: ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”. Bueno, esto tiene implicaciones prácticas de largo alcance. Dios mismo habita en el

creyente. Pablo dice que, por lo tanto, las partes de nuestro cuerpo habitadas por el Espíritu deben emplearse como instrumentos de justicia en el servicio de Dios, no como instrumentos de injusticia (Romanos 6:13). Como notarás en 1^{ra} Corintios 6 y 2^{da} Corintios 6, que mencionamos hace un momento, esto debería resultar en una separación del pecado y del mundo; y más bien, debe traer santidad y consagración a Cristo.

La cuarta área en la que vemos el templo cumplido en el Nuevo Testamento es el cielo. Todo esto se une y culmina finalmente en el cielo mismo. El cielo es el cumplimiento final del templo como la morada de Dios donde Dios mora con su pueblo por toda la eternidad. Por eso no encontramos templo allí. Leemos en Apocalipsis 21:22–23: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”. Al igual que en el templo del Antiguo Testamento, nada impuro entrará en el cielo, como vemos en el capítulo 21 versículo 27. El cielo es el lugar de la santidad de Dios. Entonces, el cielo es el cumplimiento final del templo. Allí vemos al pueblo del Señor morando en la presencia del Señor en perfecta pureza por toda la eternidad. Hay una realidad celestial que reemplaza a la sombra terrenal.

En conclusión, en la construcción del templo, Dios estableció un lugar de residencia permanente entre su pueblo en la tierra prometida, señalando así la venida de Cristo y su presencia con su pueblo en el tiempo y en la eternidad. Pero en la próxima lección, dirigiremos nuestra atención al período posterior a Salomón y a la tragedia de un reino dividido con una parte de Israel separada de Jerusalén y del templo, en última instancia, separada de Dios mismo.

Lección 18

EL REINO

Tema de la Lectura:

Después de que el reino se divide, tanto Israel como Judá se vuelven del pacto de Dios a la idolatría, y Dios pone ante ellos el camino a las bendiciones y maldiciones. Está claro que el gran Rey de Dios aún no ha venido.

Texto:

“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación... y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Ef. 2:14, 16).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 18

Los niños aman las historias de reyes poderosos, hermosos castillos y vastos reinos. Todos encontramos asombrosos los relatos de heroísmo, victorias y derrotas, y es interesante rastrear el enredado camino asociado con el ascenso y la caída de grandes reinos. Pero los cristianos saben que las naciones de este mundo no son el foco principal de la historia. La historia es la historia de Dios, y Él se coloca en el centro de Su historia, Su reino, Su iglesia y Su pueblo. En última instancia, todo en el mundo gira en torno al desarrollo del plan de redención de Dios. Todo en la historia sirve al propósito del evangelio de Dios.

¿Cuál es la causa detrás de la división del reino de Israel en dos partes? Y, ¿cuál es el significado teológico de este evento? ¿Qué papel desempeñan David y Jeroboam a lo largo de esta larga historia? ¿Se curará la división alguna vez? Y si es así, ¿cómo? ¿Cuál fue el pecado número uno que Dios enfrentó más a menudo en el Antiguo Testamento? ¿Cómo se trasladaron los temas teológicos derivados del período del reino dividido al Nuevo Testamento? ¿Cómo establece este período nuestra expectativa de lo que vendrá con la llegada de Cristo y las implicaciones para el resto de la historia? ¿Hay algo que pueda ayudarnos a realizar un seguimiento de todos los detalles de esta parte confusa de la historia redentora? El alcance de esta lección cubre el período de la historia redentora que se extiende desde la división del reino después de Salomón hasta el momento anterior al exilio babilónico de Judá. Consideraremos los puntos teológicos obtenidos de esta historia, que son las obras de Dios. En la próxima lección, nos enfocaremos en la Palabra de Dios hablada a Su pueblo a través de los profetas durante el mismo período.

Pero permíteme comenzar ofreciendo algunas sugerencias que te ayudarán mucho en tu estudio de esta parte de la Biblia y en la comprensión de Su teología. En primer lugar, después de la división de la tierra en los dos reinos del sur de Judá y el norte de Israel, hay dos líneas paralelas. Por lo tanto, si puedes encontrar o crear una línea de tiempo que muestre los reyes de Judá y los reyes de Israel, será de gran ayuda para tus estudios.

Pero con igual importancia, necesitas saber qué profetas envió Dios a Judá y qué profetas que envió a Israel y cuándo profetizaron a sus respectivas naciones. Añade esta información a tu línea de tiempo también. Cuando estás leyendo las narraciones dentro de los libros históricos, como 2^{da} Samuel, 2^{da} Reyes, 2^{da} Crónicas, o incluso Esdras, Nehemías, Ester, etc., debes consultar tu línea de tiempo para ver qué profetas estaban profetizando en qué momento. Ahora, ¿por qué es esto importante? Bien, has visto en este curso, la importancia de conectar los eventos en desarrollo de la historia redentora, las obras de Dios, con la Palabra de Dios. Entonces, debes estudiar lo que Dios le estaba diciendo a Judá o a Israel a través de Sus profetas mientras estudias el desarrollo de la historia de estas dos naciones. Eso combinaría la revelación de Dios en la historia y Su revelación en la profecía, proporcionando así una imagen completa del mensaje de Dios. Este método mejorará en gran medida tu comprensión de la teología de la Biblia.

En segundo lugar, todos tus estudios sobre los detalles de los eventos históricos en los primeros cinco libros de las Escrituras, y especialmente tu conocimiento detallado de la ley de Dios, junto con la teología que has extraído de todo esto, serán indispensables para tu estudio y comprensión de los profetas, en particular, porque los profetas harán constantes referencias a este material, que los judíos habrían reconocido, y tú también deberías hacerlo. Los profetas los dirigieron al pasado, al futuro y a las implicaciones del presente. Estaremos considerando a los profetas en la próxima lección.

Por último, un poco de conocimiento de la geografía de Judá e Israel también será útil. Si tienes acceso a mapas bíblicos que te ayuden. Esto nos sirve, no solo para seguir la línea de la historia, sino también por el significado teológico atribuido a lo que ocurrió en varios lugares. Te recomiendo encarecidamente que utilices estas sugerencias a través de tu estudio del Antiguo Testamento.

En segundo lugar, prestemos atención a lo que vemos en este período de la historia. Dios reveló que los reyes debían representar al Señor mismo ante Su pueblo y, por lo tanto, tener el corazón de Dios. David proporcionó el modelo de un rey que reinó bajo el Señor, enfocado en los intereses de Dios y Su gloria, y gobernando bajo Su ley. Leemos en 1^{ra} Samuel 16:7: “Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”. Dios dice que David fue uno “que guardó mis mandamientos y anduvo en pos de mí con todo su corazón” (1^{ra} Reyes 14:8). Recuerda esas últimas palabras: “haciendo solamente lo recto delante de mis ojos”. David se convirtió en el estandarte de un rey piadoso, pero también surgió otro rey, uno que se convirtió en el estandarte de un rey impío, a saber, Jeroboam. Notarás que el contraste entre David y Jeroboam se repite una y otra vez a lo largo de la historia de Israel.

Entonces, por ejemplo, fijate en la descripción del rey piadoso, Ezequías, en 2^{da} Reyes 18:3. Dice: “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre”. En contraste, cuando la Biblia describe a los reyes impíos, ves las siguientes palabras repetidas una y otra vez, tomaré un ejemplo de Joacaz en 2^{da} Reyes 13:2 donde dice: “E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y siguió en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel; y no se apartó de ellos”. Verás esta comparación con todos los reyes impíos: “Siguió en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel”. Las breves referencias a David, porque hay pocos reyes piadosos, y las referencias frecuentes a Jeroboam son obvias cuando estás leyendo esta porción de las Escrituras, pero en todos estos casos habla de lo que era correcto o malo ante los ojos del Señor, ante Su vista. Claramente, lo que Dios ve es lo que más importa. Los reyes piadosos y los impíos se distinguían por tener o no a Dios, Su causa, Su gloria, Su ley, Su pacto en el centro de sus intereses. ¿Fueron hombres conforme el corazón de Dios, o fueron hombres opuestos a Dios?

La historia de Israel después de Salomón es, en gran medida, un relato de la ruptura del pacto y la rebelión. Comienza con el desgarramiento catastrófico de la nación en dos partes. Esta división entre las dos naciones, las dos tribus en el sur y las 10 tribus en el norte, amplía la ruptura irreparable en la teocracia de Israel. La tierra prometida fue destruida. Roboam, el hijo de Salomón, se convirtió en rey en el sur. Jeroboam se convirtió en el primer rey del norte. Todo esto comenzó con la propia apostasía de Salomón en 1^{ra} Reyes 11. Luego, su hijo Roboam hizo la brecha aún más profunda con su locura y dureza, como se ve en 1^{ra} Reyes 12. Jeroboam con las diez tribus del norte se rebeló y formó una nación separada. Leemos en 1^{ra} Reyes 12:16 estas siniestras palabras: “[El pueblo] le respondió estas palabras”, es decir, a Roboam, “diciendo: ¿Qué parte tenemos nosotros con David? No tenemos heredad en el hijo de Isaí. ¡Israel, a tus tiendas!; ¡Provee ahora en tu casa, David! Entonces Israel se fue

a sus tiendas”. ¿Puedes ver lo que está pasando aquí? Se separaron de Jerusalén, del templo, de los sacrificios y del sacerdocio. Es decir, se separaron de Dios y de su pacto.

Nota las ineludibles implicaciones de esta acción. El norte de Israel se retiró y desechó el Pacto Davídico, y luego se rebeló contra las prescripciones del Pacto Mosaico y lo que siguió más adelante en ese mismo capítulo, 1^{ra} Reyes 12. Este fue el comienzo de una fuerte decadencia espiritual que condujo a la expulsión de Israel al exilio por parte de Asiria. Ninguno de los reyes del norte de Israel fue siervo fiel de Jehová. Jehú se acercó más, pero aún fue un idólatra. En 2^{ra} Reyes 17, vemos que Israel fue llevado al cautiverio porque persistieron en la idolatría. Ahora, la palabra judíos está designada para el reino del sur de Judá. Eventualmente, los judíos, que es el sur, considerarían a Israel en el norte como mestizos gentiles, una mezcla de sangre gentil y judía. En los días de Jesús, vemos el desdén que los judíos tenían por los del norte. En Juan 4:9, leemos: “Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí”. El sur de Judá no aprendió de los tratos de Dios con el norte de Israel. En su lugar, siguieron sus pasos de apostasía espiritual y volvieron a sufrir las consecuencias, similares a las que Israel experimentó cuando Judá fue llevada al exilio en Babilonia. Pero cubriremos el exilio y la restauración de Judá en futuras lecciones.

Ocho reyes de Judá fueron considerados fieles hasta cierto punto, andando en los caminos de David en diferentes grados. Once reyes de Judá fueron completamente infieles. La profanación del templo de Dios alcanzó su apogeo bajo el reinado de Manasés. En 2^{da} Reyes 21:2 leemos: “E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, según las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel”. Cometió gran idolatría y dedicó la simiente del pacto, a los hijos, a los dioses falsos sacrificándolos en fuego. Se arrepintió en los últimos dos años de su vida, pero no fue suficiente para reducir las influencias del mal en su hijo, que ascendió al trono después de él.

Ahora, leemos acerca de la curación de esta división de la nación en la profecía de Ezequiel, quien profetizó alrededor del tiempo del exilio de Judá. En Ezequiel 37:16–17, ves la descripción de cómo Dios promete que los dos bastones de Israel y Judá se volverían uno, pero la división solo sería eliminada en el nuevo pacto cuando el evangelio se trasladara de Jerusalén a Judea, a Samaria y hasta los confines de la tierra como se ve en Hechos 1:8. Pablo habla de esta sanación del evangelio entre las dos tribus y, más generalmente, entre los judíos y los gentiles en Efesios 2 versículo 14 y siguientes. Dice: “Porque él”, es decir, Cristo, “es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno”, es decir, a los judíos y los gentiles, “derribando la pared intermedia de separación”. Continúa, “y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades”.

En segundo lugar, eso nos lleva a considerar algunos de los temas teológicos durante este período. En primer lugar, recuerda que en el corazón de la promesa a David había tres cosas: un mediador de la simiente de David, en segundo lugar, el pacto de gracia que establecía el vínculo con Dios y un reino que representa el trono y el reinado de Dios. La historia después de la división del reino representa en gran medida el intento de Israel de deshacerse de estos tres, pero un pecado primario tomó el centro del escenario. Entonces, déjame hacerte una pregunta. ¿Cuál fue el pecado número uno que Dios enfrentó más a menudo en el Antiguo Testamento? ¿Qué dirías en respuesta a esa pregunta? Bueno, la respuesta es la idolatría. Es clara e inequívocamente la idolatría. El pueblo de Dios no pudo permanecer separado del mundo ajeno a Dios que se encontraba a su alrededor. En cambio, ellos imitaban sus malos caminos. Hay muchos temas que podríamos resaltar durante el período del reino dividido, pero el más dominante se refiere a la idolatría, por lo que dedicaremos un tiempo a explorar la revelación de Dios sobre este punto de la teología.

La idolatría se origina en el corazón y en la mente, no en lo que está en la mano. Lo que está en la mano es el derivado. Un ídolo es lo que amamos, estimamos, seguimos o priorizamos por encima de Dios mismo. Un ídolo puede referirse a cualquier dios o a cualquier cosa además del verdadero Dios, o a una imagen del verdadero Dios que se desvía de la pureza de la forma de adoración designada por Él. Ya vimos la partida espiritual inicial a través de la idolatría de Salomón. Eso nos lleva a Jeroboam, el primer rey del reino separado del norte de Israel.

En 1^{ra} Reyes 12, leemos que estableció, en rebelión contra la ley de Dios, una forma separada de adoración en el norte con un sacerdocio separado, lugares altos, ciudades de equivalentes a Jerusalén y festividades distintas. En el centro de esto estaban los ídolos. Leemos en 1^{ra} Reyes 12:28: “Y habiendo tenido consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto”. Ahora, todo esto te debe sonar familiar. Es una repetición de un incidente que leemos en Éxodo 32 cuando, en ausencia de Moisés, Aarón hizo un becerro de oro.

Ahora, si regresas a la ley, recuerdas que el segundo mandamiento prohíbe todas las formas de idolatría y que la ley bíblica de adoración a Dios requiere que Su pueblo solo lo adore como lo ha ordenado sin sumar ni restar. Y debes recordar las palabras de Deuteronomio 4:15-16. Dios dice: “Guardad, pues, mucho vuestras almas; pues ninguna figura visteis el día que Jehová habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna”. Dios prohibió las imágenes de Él.

Nota que tanto en Éxodo 32:4, el relato anterior de los días de Moisés, como en 1^{ra} Reyes 12:28, en los días de Jeroboam, los becerros de oro se describen como imágenes de Jehová, el Dios que los sacó de la tierra de Egipto. Ahora, todas las imágenes de Dios están prohibidas, y todas las formas de otros dioses también están condenadas. Esta es una clara violación de la ley de Dios. El pecado de la idolatría continúa persistiendo durante el resto de los reyes, cada vez más y más, lo que provoca la ira de Dios y llama a Su castigo. Isaías 42:8 dice: “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas”.

Ahora, permíteme señalar una consecuencia importante de la idolatría. ¿Cuál podría ser? Bueno, es la siguiente: nos parecemos a lo que adoramos. Cuando los hombres adoran a los ídolos, se vuelven como lo que adoran. Este es un punto teológico muy importante en el Antiguo Testamento, en la Biblia en su conjunto. Entonces, en el Salmo 115:4-7 leemos una descripción de los ídolos; dice que tienen ojos y no ven, oídos, pero no oyen, y así sucesivamente. Pero quiero que notes lo que dice el versículo 8, dice: “Semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos”. Este es un principio que podemos rastrear a través de toda la Biblia. Nos convertimos en lo que adoramos, pero hay más. Esa semejanza nos arruinará, en el caso de la idolatría, o, alternativamente, nos restaurará, en el caso de adorar a Dios. En el caso de la idolatría, sufriremos el castigo de Dios junto con el castigo de los ídolos a los que nos parecemos y adoramos. El celo santo de Dios no tolera los ídolos. Si los hacemos, Él los destruirá. En todo esto, Israel se apartó del pacto de Dios. Se convirtieron en quebrantadores del pacto sometidos a las maldiciones del pacto. Esto queda claro si estudias la historia de los reyes y comparas lo que lees con las advertencias de Dios que se encuentran en Deuteronomio 28 y Levítico 26. En realidad, puedes rastrear los detalles punto por punto. Dios siempre cumple Sus promesas: tanto las bendiciones como las maldiciones. El pueblo de Dios fue exiliado porque Dios fue fiel a Su pacto y trajo la maldición prometida.

Bueno, en cuarto lugar, pensemos en cómo se lleva todo esto al Nuevo Testamento, conectándolo con los desarrollos en el Nuevo Testamento. Juan Calvino advirtió que el corazón humano es una fábrica perpetua de ídolos. La lección sobre la idolatría continúa hasta el cristiano contemporáneo. Leemos sobre el incidente de Éxodo 32 del que hablamos anteriormente. Leemos sobre eso en el Nuevo Testamento en 1^{ra} Corintios 10:6-7, Dice: “Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar”. Esa advertencia se hace eco a través de todo el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Pablo escribe en 2^{da} Corintios 6:16-17, observa que está empleando el lenguaje del pacto: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré”. Juan concluye su primera epístola en 1^{ra} Juan 5:21 con esta exhortación: “Hijitos, guardaos de los ídolos”. Por lo tanto, la advertencia sobre la idolatría es tan relevante hoy como lo ha sido siempre. Todavía es una expresión de los santos celos de Dios y de los santos estándares de su ley, pero el evangelio hace más que liberarnos de la idolatría.

Aquellos que adoran al verdadero Dios en espíritu y en verdad son transformados en Su semejanza. Nos convertimos en lo que adoramos. Dios hizo al hombre según su propia imagen en el jardín. Eso, por supuesto, se dañó después de la caída, pero Dios sigue siendo el único foco legal de nuestra adoración, y aquellos que acuden a Él por fe en el evangelio y lo adoran como lo ha designado en Su Palabra, experimentan la restauración de Su semejanza a través del ministerio del Espíritu. En 2^{da} Corintios 3:18 leemos acerca de esto: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. Romanos 8:29 nos enseña que Dios predestina a Su pueblo para ser conformado a la imagen de su Hijo, así que existe la advertencia de no hacer ninguna imagen, ni de Dios ni de cualquier otro ídolo, pero también existe la bendición prometida por adorar a Dios y ser hecho a Su imagen.

Luego, en el período del Antiguo Testamento del reino dividido, leemos de un rey tras otro, uno tras otro, y cada vez que nos vemos obligados a concluir que no es el único, no es el gran Rey prometido. Otro Rey, uno aún

mayor está por llegar. En otras palabras, nos quedamos esperando y mirando hasta que por fin aparece Cristo en las páginas del Nuevo Testamento como el verdadero y último Heredero del trono de David. Cristo es el único Rey que verdaderamente está detrás del corazón de Dios porque Él es el Mesías divino. Tendría éxito en lograr el dominio de Dios donde Adán fracasó originalmente y donde todos los reyes de Israel fracasaron. Vemos esto en la descripción de la ascensión de Cristo anunciada en Daniel 7:13-14: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. Jesús aplica este texto a Sí mismo en los evangelios. Anteriormente, en Daniel 2, Dios describe el reino de Cristo en un sueño a Nabucodonosor. Leemos en el capítulo 2, versículo 44: “Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre”. Estos textos en Daniel 2 y Daniel 7 respaldan la gran comisión de Cristo al final de Mateo 28 en la que nos llama a llevar el evangelio hasta los confines de la tierra y discipular a las naciones.

Verás, la historia del Antiguo Testamento proporciona el trasfondo del tema del reino en el Nuevo Testamento. El reino de Cristo supera a todos los demás reinos porque Cristo como Rey supera a todos los demás reyes. Él es el Rey de reyes. Su reino se extenderá por toda la tierra. Leemos en Apocalipsis 11:15: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de Su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos”. También leen sobre el éxito final del evangelio entre las naciones y la descripción del cielo en Apocalipsis 21:24: “Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella”. Aquí hay un hermoso cuadro. Aquí está el gran Rey, el Prometido, que quedamos esperando a través de nuestra lectura del Antiguo Testamento. Y, ¿qué reino es como el Suyo? No hay otro. Entonces, la oración original de Salomón sigue siendo el grito del corazón de cada verdadero cristiano de hoy. En 1^{ra} Reyes 8:60 dice: “A fin de que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro”. En el Salmo 67 sigue estando nuestra canción constante, porque le pedimos al Señor que tome el glorioso evangelio de Su gracia a todas las naciones y que los alegre en el Señor Jesucristo.

En conclusión, después de que el reino se divide, tanto Israel como Judá se alejan del pacto de Dios a la idolatría, como hemos visto, y Dios les presenta el camino, las bendiciones y las maldiciones. Está claro en el Antiguo Testamento que el gran Rey de Dios aún no había llegado. En esta lección nos hemos centrado en la historia y su teología. En la próxima lección, retomaremos el mensaje profético, la Palabra de Dios para Su pueblo durante este mismo período.

Lección 19

LOS PROFETAS

Tema de la Lectura:

Dios levantó a los profetas para pronunciar el juicio y proclamar la salvación a Su pueblo desobediente, llamándolos a mirar al Salvador que vendría y serviría como la Palabra final de Dios.

Texto:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo...” (Hebreos 1:1–2).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 19

Un micrófono es una herramienta para comunicar y amplificar la voz humana. Sirve para transmitir el mensaje de una persona que habla a través de él a quienes lo escuchan. El micrófono en sí no crea el mensaje; simplemente lleva las palabras del orador a los oídos de la audiencia prevista. Dios usó a sus verdaderos profetas en el Antiguo Testamento para comunicar su Palabra y voluntad a su pueblo. A los profetas nunca se les permitió inventar sus propias ideas. Dios puso una carga sobre ellos que los obligaba a entregar un mensaje de parte de Dios mismo. Entregaban ese mensaje con audacia, con claridad y en voz alta a la nación del pueblo de Dios. Ellos servían como vehículos de la revelación inspirada de Dios mismo. Venían de parte de Dios con un: “Así ha dicho el Señor”.

Entonces, ¿quiénes eran los profetas? ¿Quién fue el profeta más grande del Antiguo Testamento? ¿Qué función incluía este oficio encomendado por Dios? ¿Cuáles fueron los puntos dominantes del contenido de su mensaje? ¿Qué papel tenían en relación con las Escrituras registradas? ¿Cuál fue la interpretación profética de lo que aprendimos en la lección anterior sobre la idolatría? ¿Qué dice la Biblia acerca de los falsos profetas? Y, ¿cuál es la relación de los profetas con Cristo? ¿Qué pasa con la profecía del Nuevo Testamento? Y, ¿continúa la amenaza de los falsos maestros y profetas? En la última lección, exploramos la historia de Israel desde la división del reino hasta el período anterior al exilio, pero ¿qué le estaba diciendo Dios a su pueblo durante ese período? En esta lección, consideraremos el lugar que tiene el oficio del profeta del Antiguo Testamento, enfocando nuestra atención en la Palabra de Dios a Israel y Judá durante el mismo período que cubrimos en la última lección. En las próximas dos lecciones, consideraremos el mensaje profético que gira en torno a su exilio, y luego la Palabra de Dios a Judá después de su regreso del cautiverio.

De esta manera, consideremos en primer lugar el oficio de profeta. El profeta era el portavoz oficial del Señor. Ellos sirven como el portavoz inspirado de Dios para Su pueblo. Algunas personas cometen el error de pensar que los profetas y la profecía se refieren únicamente a la predicción de eventos futuros, pero esta definición es demasiado estrecha. Los profetas proclamaron la Palabra de Dios y, a veces, esa Palabra hablaba de eventos futuros, pero más a menudo era el mensaje de Dios a esa generación actual. Cada vez que hablaban, proclamaban:

“Así dice el Señor”. Los profetas también servían como vigilantes. Reafirmaban y aplicaban la ley de Dios dada a través de Moisés. Llamaban a Israel de nuevo a las promesas y obligaciones del pacto. En consecuencia, su llamado dominante era al arrepentimiento: volverse del pecado y en fe al Señor. Para citar un ejemplo, leemos en Jeremías 11:6: “Y Jehová me dijo: Pregona todas estas palabras en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, diciendo: Oíd las palabras de este pacto, y ponedlas por obra”. Encontrarás referencias a todos los pactos bíblicos en los profetas, incluso al pacto de obras en el jardín, el pacto con Noé, Abraham, Moisés, David y referencias al nuevo pacto. Pero los pactos mosaico y davídico son, por supuesto, los más prominentes.

Los profetas también presentaron escritos inspirados, de allí sus profecías, encontradas en los libros proféticos, los libros históricos y los Salmos, como vimos en una lección anterior. Dios encargó a los profetas que revelaran el mensaje inspirado de la voluntad de Dios para la humanidad. Notarás su frase introductoria repetida: “Así dice el Señor”. Este mensaje estaba arraigado en la historia de la redención, en la Palabra de Dios dada anteriormente y especialmente Su ley. Eso significa que debes conocer el Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia, para reconocer las conexiones que encontrarás en los profetas. Moisés fue el profeta más grande del Antiguo Testamento. Solamente él habló con Dios cara a cara. En Números 12:6–8 leemos: “Y él les dijo: Oíd ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él. No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová. ¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?” Moisés entregó la ley y el pacto de Dios a su pueblo en el Sinaí. Por esta razón, todos los profetas posteriores se basan en el fundamento que Dios puso a través de Moisés.

Recordarás que son dos grandes profetas del Antiguo Testamento, Moisés y Elías, quienes aparecen con Cristo en el Monte de la Transfiguración en los Evangelios. En el Nuevo Testamento, notarás muchas referencias a la ley y los profetas. Estos se mantuvieron juntos. Por ejemplo, fijate en las palabras de Cristo en Mateo 5:17: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir”. Más adelante en ese mismo evangelio, capítulo 22:40, Jesús resume la ley bajo el amor a Dios y el amor al prójimo diciendo que “de estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”. Notarás en Hechos 13:15 y 27 que todavía era práctica de la sinagoga leer y expone la ley sobre los profetas cada sábado. Los profetas tienen un lugar prominente en la mente de quienes viven durante la era del Nuevo Testamento.

También debemos notar la presencia y la amenaza de los falsos profetas en todo el Antiguo Testamento. Un hombre que hablaba de sus propios pensamientos y palabras, o que pronunciaba un mensaje falso en el nombre de Dios, debía ser condenado a muerte como se ve en Deuteronomio 13. Los falsos profetas a menudo adaptaron su mensaje a los deseos del pueblo. Jeremías 6:14 dice: “También han curado un poco la herida de la hija de mi pueblo, diciendo: Paz, paz; cuando no hay paz”. En otras palabras, alejaron al pueblo de la verdadera Palabra del Señor. Miqueas 3:5 dice: “Así ha dicho Jehová acerca de los profetas que hacen errar a mi pueblo, y claman: Paz, cuando tienen algo que comer, y al que no les da de comer, proclaman guerra contra él”.

Por último, bajo este primer punto, también debes recordar mi consejo en la lección anterior. Es esencial que asocies cada libro profético con su audiencia, ya sea el norte de Israel o el sur de Judá o incluso las naciones gentiles, como Nahum hablándole a Nínive, la capital de Asiria o, a Abdías hablándole a Edom. También necesitas conectar a los profetas con el período de tiempo en el que sirvieron. Esto te ayudará a juntar las piezas de la teología del Antiguo Testamento. En esta lección, nos estamos enfocando principalmente, aunque no exclusivamente, en profetas anteriores. Eso incluiría a Isaías, por supuesto, también a Oseas, Miqueas, Amós, así como a Elías, Eliseo y otros.

Entonces, hemos considerado el oficio de profeta. En segundo lugar, consideremos el mensaje de los profetas, y aquí, comenzamos a ver la teología. En primer lugar, el mensaje se refería a la revelación de Dios mismo. Como con todo lo que hemos visto en este curso, los profetas, en primer lugar, proporcionaron una revelación de Dios mismo. Verás esto, por ejemplo, en las palabras repetidas: “Para que sepan que yo soy Jehová”. Por ejemplo, encontrarás este tipo de frase más de 70 veces en Ezequiel solamente. Este fue el propósito del conocido relato de la confrontación de Elías con los falsos profetas de Baal en el monte Carmelo. Él dijo en 1^{ra} Reyes 18:37: “Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos”. Ves lo mismo en todos los profetas. Recuerda las palabras de Isaías en 40:9, donde proclama: “¡Ved aquí al Dios vuestro!” Todo este capítulo extraordinario presenta la incomparable gloria del Señor. Lo que

más necesitaba el pueblo de Dios era ver, comprender y conocer a Dios mismo, su carácter y su gloria. Ese sigue siendo el caso en todas las edades, como vimos en nuestra primera lección.

El pueblo de Dios también fue llamado al arrepentimiento, la fe y la obediencia, y se les advirtió de las consecuencias de rechazar el llamado de Dios. Este mensaje no se trataba sólo de muerte y oscuridad. Dios en realidad estaba mostrando misericordia, llamándolos a volverse del pecado que desafia a Dios y que destruye el alma. Uno de los propósitos de Dios es que la advertencia del juicio convierta a las personas del pecado. Si te toparas con una señal luminosa al costado de la carretera advirtiendo a los conductores que el puente se acaba más adelante, no te molestarías, más bien, estarías agradecido por la advertencia misericordiosa. El profeta Jonás es un ejemplo perfecto de este punto teológico de que la sentencia de juicio sirvió misericordiosamente para que el pueblo escapara de la destrucción. Fue enviado por Dios para proclamar Su Palabra de juicio contra Nínive, la capital de Asiria, el mayor enemigo nacional de Israel.

¿Alguna vez te preguntaste por qué Jonás no quiso entregar este mensaje a los enemigos de su gente? Bueno, él entrega el mensaje, y el pueblo se arrepiente. Y después del arrepentimiento de Nínive y la misericordia de Dios sobre ellos que leímos en Jonás 3, leemos a Jonás orando en el capítulo 4 versículo 2: “Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal”. El mensaje del juicio dio como resultado misericordia. ¿Cuál es el fondo de todo esto? Es por esto que necesitas conocer los detalles de tu Biblia. Vuelve y lee 2^{da} Reyes 14:25. Jonás lo había vivido. Él había visto previamente la proclamación de juicio de Dios, apartando a Israel de su pecado y mostrando la misericordia de Dios. Comprendió la teología que estás aprendiendo aquí, por lo que temía que su advertencia profética pudiera hacer que Nínive encontrara misericordia, y odiaba a Asiria, por lo cual no quería proclamar el juicio. Esta lección es la razón por la que Dios puede decir a través de Ezequiel en el capítulo 33 versículo 11: “Diles: Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?”

Pero, hay otro punto teológico importante en su mensaje. En la lección anterior, hablábamos del pecado más frecuente de este período, que era la idolatría. Hablamos extensamente al respecto. En los profetas, aprendemos cómo Dios veía ese pecado. Por lo tanto, este es un punto teológico importante. Los profetas dejaron claro que la idolatría es adulterio y prostitución espiritual. Ahora, este es el lenguaje del pacto. La representación del matrimonio, como sabes, fue establecida exclusivamente entre un hombre y una mujer en la creación. Luego, al dar la Ley, los 10 mandamientos, en Sinaí, vimos que la primera exigencia de Dios a su pueblo escogido fue: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Cristo repitió el mismo mensaje cuando dijo que el primer y gran mandamiento era amar a Dios exclusivamente y sobre todas las cosas. Dios requiere una relación exclusiva como un Dios celoso entre Él y Su pueblo. Verás esto en el segundo mandamiento y en lugares como Éxodo 34:10 y en el versículo 14. El amor celoso del Señor por Su esposa escogida y redimida, Su pueblo, exige que ella no entregue su corazón a ningún otro amante. Isaías desarrolla este punto de manera clara y completa, haciendo referencia repetidamente a *nadie más ni a ningún otro Dios*. Si deseas considerar esto brevemente, sólo lee Isaías 43 a través del capítulo 46 y observas cómo esto se combina con lenguaje nupcial en todo su libro.

Cuando Israel se olvida y abandona al Señor, ella se vuelve culpable de un grave adulterio espiritual. Este tema continúa a través de los profetas, y todo el libro de Oseas trata de esto. O, considera a Jeremías, especialmente los capítulos 2 y 3. Si deseas obtener una introducción en Ezequiel, lee el capítulo 16, Isaías 57, y así sucesivamente. Incluso las referencias bíblicas a la reincidencia se establecen en el contexto de las imágenes gráficas sobre la prostitución espiritual. Dejar de amar al Señor con todo el ser es tomar lo que legítimamente le pertenece a Jehová, el esposo celestial del pueblo del Señor, y ofrecer adulterio espiritual malvado y perverso a otros amantes, ídolos. Un Dios santo y celoso es justamente ofendido por esto. Esto explica por qué los profetas reciben de Dios imágenes gráficas para expresar este concepto. Nunca debemos sentirnos tentados a evitar o suavizar ese lenguaje. Es necesariamente desagradable, pero la causa, la ofensa, está en el pueblo de Dios, no en el Señor, que es un Esposo justo y fiel.

Por último, en este punto, el mensaje profético también reveló más sobre el Mesías venidero. Aprendimos que la libertad vendría a través del ungido de Dios (Habacuc 3:13). Dios levantaría de David un vástago justo y un rey que prosperaría (Jeremías 23:5). Su nombre sería Emmanuel (Isaías 7:14), y el gobierno recaería sobre sus

hombros (Isaías 9:6). Él sería la vara de Isaí y traería las misericordias firmes de David. Hay tantas referencias a Cristo que debes aprender a leer con una atención especial en los detalles y en el estudio cuidadoso. Cuando leas el Nuevo Testamento, te sorprenderán las referencias a textos aparentemente extraños en los profetas que se refieren al Señor Jesucristo. Los escritores del Nuevo Testamento conocían bien su Antiguo Testamento, y del mismo modo, tú también deberías conocerlo. Puedes aprender mucho al estudiar este uso que hace el Nuevo Testamento de las referencias a Cristo del Antiguo Testamento.

En tercer lugar, podemos conectar todo esto con el cumplimiento del Nuevo Testamento. En primer lugar, por supuesto, debemos considerar la conexión con Cristo mismo. Los profetas señalaron a Cristo. 1^{ra} Pedro 1:10–11 dice: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos”. Pero no solo lo anunciaron a Él, Cristo también se convirtió en el último y más grande profeta de Dios. Ahora, esto ya nos lo habían dicho mucho antes en Deuteronomio. Dios había prometido a Moisés en Deuteronomio 18:18: “Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare”. Avanza al Nuevo Testamento y allí está Pedro en Hechos 3:22–24 y proclama que este texto de Deuteronomio se cumplió en Cristo. Él dice: “Porque Moisés dijo a los padres: EL SEÑOR VUESTRO DIOS OS LEVANTARÁ PROFETA DE ENTRE VUESTROS HERMANOS, COMO A MÍ; A ÉL OIRÉIS EN TODAS LAS COSAS QUE OS HABLE; Y TODA ALMA QUE NO OIGA A AQUEL PROFETA, SERÁ DESARRAIGADA DEL PUEBLO. Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días.” Cristo es, en otras palabras, el cumplimiento de todo lo que representaba el oficio de profeta.

Recordarán que aprendimos anteriormente los tres oficios del Antiguo Testamento que fueron ungidos, profeta, sacerdote y rey, y que los tres apuntaban hacia el Ungido de Dios, el Mesías o Cristo. La pregunta 24 del Catecismo menor dice: “¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de Profeta? Cristo ejecuta el oficio de Profeta, revelándonos por su Palabra y Espíritu, la voluntad de Dios para nuestra salvación”. Cristo revela la mente y la voluntad de Dios para con nosotros. Él revela nuestra miseria pecaminosa, su provisión de salvación y el fruto del agradecimiento nacido en la vida del creyente. En otras palabras, el Señor Jesucristo sirve como la Palabra final de Dios para el mundo. Recuerda las palabras de Hebreos 1, cómo apertura el en el versículo 1 y al principio del versículo 2: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”. En el Nuevo Testamento, a Jesús se le llama la Verdad (Juan 14:6), la Palabra o Logos (Juan 1:1), el Mensajero del Evangelio (Lucas 4), el Dador del Antiguo Testamento, y así sucesivamente. Cristo continúa como profeta en el cielo. Él nos revela por Su Palabra y Espíritu la voluntad de Dios. Vemos el ejercicio del ministerio profético de Cristo cada vez que se lee, predica o canta la Biblia.

En segundo lugar, debemos considerar a los profetas del Nuevo Testamento y su relación con las Escrituras porque también leemos en el Nuevo Testamento sobre papel del oficio de profeta. Ellos tuvieron un papel en lograr la finalización de la revelación del Nuevo Testamento. Por lo tanto, sirvieron como fundamento, junto con los apóstoles inspirados, para la iglesia del Nuevo Testamento. Efesios 2:20 habla de la iglesia “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”. Luego de que se completara la Biblia, el oficio de profeta del Nuevo Testamento expiró junto con el cese de la revelación especial de Dios. Toda la revelación directa de Dios ahora está confinada a Sus Escrituras completas, completamente suficientes e inspiradas. Pedro se refiere a la superioridad de nuestra Biblia en 2^{da} Pedro 1:19–21: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”. Todo lo que necesitamos se encuentra en la Palabra segura de las Sagradas Escrituras.

También debemos ser conscientes de la amenaza continua de las falsas enseñanzas y los falsos profetas en el presente. Aunque el oficio de profeta ha cesado, los farsantes y los falsos maestros continúan ejerciendo una amenaza para la iglesia contemporánea tal como lo hicieron en el Antiguo Testamento. Jesús advirtió en Su sermón del Monte en Mateo 7:15: “Guardaos de los falsos profetas”. El Nuevo Testamento está lleno de estas advertencias que llaman a los verdaderos creyentes a poner en práctica el discernimiento espiritual. Encontramos

esto en todas partes. Cada vez que escuchamos el verdadero mensaje de Dios, también encontramos los reproches contra el falso mensaje de los falsos profetas. Entonces, leemos en 1^a Juan 4:1: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo”. Pedro hace la misma advertencia en 2^a Pedro 2:1: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina”.

Los falsos maestros no suelen ser obvios. Suenan bien. Parecen estar hablando de la Biblia, mientras que en realidad están distorsionando lo que enseñan las Escrituras. No podemos dejarnos engañar por lo que inicialmente se ve y suena bien. Cuando los hombres vienen proclamando una nueva luz, puedes estar seguro de que se trata de un error antiguo. Las verdades bíblicas probadas en el tiempo contenidas en los credos históricos y en las confesiones reformadas brindan una ayuda para reconocer estos viejos errores recurrentes. Debemos aferrarnos a la verdad. Gálatas 1:8–9 dice: “Mas si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema”. Por esta razón, es esencial que los creyentes estudien diligentemente sus Biblias.

Tenemos que saber lo que Dios dice y por qué lo dice. Toda enseñanza debe ser probada y sostenida por la Palabra de Dios. 1^a Tesalonicenses 5:21 dice: “Examinadlo todo; retened lo bueno”. Los bereanos son un buen ejemplo de esto en Hechos 17:11: “Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. La iglesia de Éfeso también fue elogiada por Cristo mismo en Apocalipsis 2:2: “Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos”. Estos cursos que estás estudiando pretenden exonerarte en tu estudio de la Biblia para que, en las palabras de Pablo (2^a Timoteo 2:15), puedas “con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad”.

También debemos considerar el adulterio espiritual en el Nuevo Testamento. Como era de esperarse de este punto en nuestro curso, Jesús también continúa en el Nuevo Testamento con sus referencias a “una generación mala y adúltera”, como se ve en Mateo 12:39. Pablo habla varias veces de mantener a la iglesia como la novia de Cristo, pura y separada del mundo, de la idolatría. Él le dice a los corintios en 2^a Corintios 11:2: “Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo”. Santiago también emplea lo mismo el lenguaje del capítulo 4:4–5: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?”.

Este es el lenguaje del pacto. Debes entender que es esencial que conozcas los vastos antecedentes del Antiguo Testamento sobre este lenguaje del Nuevo Testamento para poder apreciar y comprender su significado para la iglesia contemporánea. La amenaza de la idolatría continúa ahora en este tiempo, y la visión de Dios de la idolatría también continúa en el presente. El Nuevo Testamento tiene mucho que decirnos, advirtiéndolo a la iglesia del Nuevo Testamento sobre la amenaza del adulterio espiritual.

En conclusión, Dios nunca está en silencio. Incluso frente a los graves pecados de su pueblo, Él continuó hablándoles a través de Sus profetas inspirados. La Palabra de Dios se hizo eco a través de la tierra, llamando a su pueblo a volverse a Él y vivir. Aprendemos de los profetas la misma lección que Jesús enseñó en Mateo 4:4: “El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. En la próxima lección, consideraremos el mensaje profético que se asoció con el exilio.

Lección 20

EL EXILIO

Tema de la Lectura:

Las promesas de Dios traen privilegios, pero también traen obligaciones. El pueblo de Dios aprende que rebelarse contra Él y romper Su pacto resulta en la misericordia del castigo para entrenarlos en Sus caminos y hacerlos regresar a Sí mismo.

Texto:

“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación” (1^{ra} Pedro 2:11–12).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 20

El mundo antiguo no tenía periódicos, pero imagina por un momento que ese era el caso. Si estuvieras leyendo los titulares de los periódicos en Siria, Babilonia, Persia, o incluso más adelante en los tiempos del Nuevo Testamento, de los griegos y los romanos, ¿qué crees que dirían? Me imagino que hablarían de las noticias del palacio de los emperadores, tal vez del progreso económico. Hablarían sobre todas las guerras y batallas en el frente extranjero, especialmente sobre la expansión del territorio de su nación en gloria, y muchas otras cosas similares, pero no encontrarías casi nada sobre Judá e Israel aparte de algunas líneas breves en algún momento sobre un nuevo territorio sometido bajo el imperio. Pero, cuando abres tu Biblia, descubres algo notablemente diferente. Eso es porque estás leyendo la historia desde la perspectiva de Dios. Aprendes que todas estas naciones con su supuesta importancia son realmente una historia paralela. La verdadera historia es sobre el pueblo de Dios. Las otras naciones simplemente sirven a las intenciones del Señor para defender su plan de redención. Dios controla todo con ese propósito, pero nunca aprenderías eso de un periódico. Pensarías que los asuntos importantes pertenecen a Babilonia, o más tarde a Roma, o a quien sea. La Biblia nos enseña cómo ver la historia, y nada ha cambiado. Lo importante es lo que Dios está haciendo con Su iglesia hoy.

En esta parte de la historia del Antiguo Testamento, vemos a Dios levantar a las grandes naciones de Asiria y Babilonia para cumplir Sus propósitos con Su propio pueblo. ¿Cuándo advirtió Dios a Su pueblo acerca de la amenaza del exilio? ¿Cuál dijo que era la causa de su expulsión de su amada tierra? ¿Cómo afectaron las recuperaciones espirituales de la reforma al retraso del exilio? ¿Qué implicaron estas reformas? ¿Qué lecciones espirituales podemos derivar de la experiencia de aquellos en el exilio? Y, ¿les dejó esto alguna esperanza? ¿Cómo se relaciona el ejemplo de los judíos creyentes y temerosos de Dios en el exilio con la experiencia del cristiano contemporáneo? En esta lección, consideraremos el período previo y durante el exilio. Esto solo tiene un lugar secundario en

importancia en relación su cautiverio anterior en Egipto. En la próxima lección, consideraremos su retorno del exilio, que podría describirse como el segundo éxodo, por así decirlo.

Entonces, primero que todo, comencemos examinando algo de la historia. Desde el principio, Dios había advertido a Su pueblo sobre la persistencia en el pecado impenitente. Moisés había dicho en Deuteronomio 31:20: “Porque yo les introduciré en la tierra que juré a sus padres, la cual fluye leche y miel; y comerán y se saciarán, y engordarán; y se volverán a dioses ajenos y les servirán, y me enojarán, e invalidarán mi pacto”. Y Él les dijo que, si se apartaban de Él y rompían el pacto, serían separados de los privilegios asociados con su tierra, y serían esparcidos entre las naciones. Entonces, si regresas y lees, por ejemplo, Levítico 26:27–33, o vas a Deuteronomio 28 y consideras los versículos 64–67, verás a Dios en el libro del pacto que dictando estas amenazas de la maldición del pacto. Un poco más tarde, en Josué 24:19, leemos “Entonces Josué dijo al pueblo: No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo”.

Ahora, todo este asunto del exilio comenzó con el norte de Israel, que se dirigió más rápidamente hacia el mal. Israel había existido como un país aparte y separado de Judá durante unos 200 años, pero Dios envió una advertencia profética tras otra; pero finalmente, el norte de Israel cayó en 722 A.C ante la nación de Asiria. Las 10 tribus del norte fueron llevadas al cautiverio extranjero. Luego, Dios envió a sus profetas a Judá y les advirtió que aprendieran las lecciones de sus hermanos del norte, pero Judá imitó los pecados de Israel y sufrió consecuencias similares. El sur de Judá duró más de 100 años después de la caída de Israel, pero la invasión comenzó con Babilonia antes, y luego, finalmente, Jerusalén cayó en el año 586 A.C. Dios profetizó que pasarían 70 años en cautiverio babilónico. Así como Judá no aprendió de Israel, la iglesia de hoy también puede fallar y no aprender de ambos.

La causa de este juicio se explica detalladamente en todos los profetas, pero entre otras cosas, cometieron pecados de idolatría y de imitar a los paganos, que se resumen en 2^{da} Reyes 17:15: “Y desecharon”, es decir, de Dios, “sus estatutos, y el pacto que él había hecho con sus padres, y los testimonios que él había prescrito a ellos; y siguieron la vanidad, y se hicieron vanos, y fueron en pos de las naciones que estaban alrededor de ellos, de las cuales Jehová les había mandado que no hiciesen a la manera de ellas”. Sin embargo, Dios desaceleró el camino hacia el exilio de Judá a través de reformas bíblicas y recuperación espiritual que tuvieron lugar bajo el rey Ezequías y el rey Josías.

Observa la descripción de Dios del Rey Ezequías en 2^{da} Reyes 18:3: “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre”. Ningún otro rey en la historia de Israel o Judá recibe la gran alabanza de Ezequías. Y aunque fue imperfecto y pecó, su testimonio general es de fe y devoción al Señor. La reforma de Josías parece ser la más completa. A pesar de ser joven, buscó seguir lo que Dios le había ordenado, y lo hizo con entusiasmo, con lo que agradó y glorificó al Señor. Aunque estas reformas hicieron más lento el camino al exilio, no lo eliminaron por completo. La Biblia enseña que aquello que sembramos también cosecharemos. Dios todavía tenía que dar respuesta a los grandes pecados de la nación, y el pueblo continuó desviándose a los caminos descarriados del mundo pagano a su alrededor. El exilio para Judá vendría. La tierra prometida experimentaría un descanso sabático durante 70 años, mientras que la nación pecadora sufría en cautiverio.

Pero ¿qué teología nos revela Dios durante este período de la historia del Antiguo Testamento? Bueno, una vez más, Dios cumple Sus promesas, tanto las bendiciones como las maldiciones del pacto. Esta historia está arraigada en la revelación del Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia. Todo lo que Dios explicó en Deuteronomio 28 se materializó ante la incredulidad y desobediencia de Israel y Judá, y Dios no ha cambiado. En la apertura de Romanos 3, Pablo relata todos los privilegios de Israel bajo el Antiguo Testamento. Pero luego, el Nuevo Testamento nos enseña a aprender de la historia del Antiguo Testamento. 1^{ra} Corintios 10:11–12, por ejemplo, dice: “Y estas cosas les acontecieron”, a los santos del Antiguo Testamento, “como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”. Todo el libro de Hebreos, por ejemplo, en los capítulos 3 y 4, refuerza las advertencias sobre la incredulidad actual y los peligros de cosechar las terribles consecuencias, por lo que debemos prestar atención, para no endurecer nuestros corazones. Las lecciones de los profetas durante el período de exilio son lecciones que son tan relevantes hoy como lo han sido siempre.

También deberías notar el uso soberano de Dios de las naciones. Él usa incluso a los enemigos del pueblo de Dios para lograr Sus buenas intenciones para con Su pueblo. Cantamos en el Salmo 76:10: “Ciertamente la ira del hombre te alabará; Tú reprimirás el resto de las iras”. Dios usó a Asiria para castigar a Israel, pero Asiria todavía

era culpable por sus malas acciones. Entonces, Dios levantó Babilonia para destruir a Asiria por sus acciones, mientras que también empleó a Babilonia para castigar a Judá. Más tarde, Dios usaría a los medos y los persas para destruir Babilonia desde su altura elevada como un castigo por lo que le hicieron a Judá.

Podríamos seguir y seguir, pero la soberanía de Dios se muestra en todos los detalles del mundo. Piensa en cómo lo que acabo de decir se une en la cruz en el Nuevo Testamento. Los enemigos de Cristo son culpables por sus malas acciones al crucificar al irreprochable Hijo de Dios. Pero, el Señor ordenó estos eventos para la salvación de su pueblo, su bien. Pedro dice a los judíos en Jerusalén en Hechos 2 en el día de Pentecostés (versículo 23): “A este”, que es Cristo, “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios”, allí está la soberanía de Dios, “prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole”. Bueno, ahí está la culpabilidad de los judíos. Ves lo mismo en Hechos 4:27-28, que dice: “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera”. ¿Fueron estos individuos malvados responsables de la culpabilidad de sus actos malvados? Sí, absolutamente. ¿Pero Dios había ordenado soberanamente todo para lograr Sus propósitos? Sí, efectivamente lo había hecho. Dios tiene una disposición soberana de todas las naciones.

Pero, las profecías durante el período de exilio también incluyen las intenciones de Dios en el futuro. Y, muchas cosas podrían ilustrar esto, pero, por ejemplo, en Daniel capítulo 2 y nuevamente en el capítulo 7, Dios revela en un sueño una gran imagen de Nabucodonosor que muestra las naciones extranjeras que surgirían. Y representaba a Babilonia, a los medos, a los persas, a los griegos y, por último, los pies, que eran el imperio romano. Y, él predice en Daniel 2:44, que, en los días del último reino durante el Imperio Romano, “el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre”. Esto predijo el establecimiento del reino invencible de Cristo en el período del Nuevo Testamento cuando el Imperio Romano estaba en el poder.

Más tarde, en Daniel, aprendemos más acerca de la venida del Señor Jesucristo. Pero durante este período de exilio, tenemos muchos ejemplos como el que he dado de la revelación profética que predice cosas que se desarrollarían en el futuro con respecto a la iglesia y más allá. Es importante que recuerdes todo lo que cubrimos sobre la tierra en la lección que se tituló “El Reino”. ¿Recuerdas esos puntos de la teología sobre el significado de la tierra de Canaán, la tierra de la promesa? Bueno, esos puntos de la teología hablan directamente de la importancia de los eventos en desarrollo del exilio. La tierra significaba la presencia de Dios, como recordarás, Dios habita entre Su pueblo. Bueno, su extensa incredulidad y apostasía resultaron en su expulsión de la presencia favorable de Dios. Eso es lo que está ocurriendo durante el exilio: su expulsión de la tierra y la destrucción de Jerusalén. Israel fue expulsado de la tierra prometida, separada del Señor. El paralelo del Nuevo Testamento se puede ver en las realidades espirituales que se encuentran en la ordenanza de la disciplina de la iglesia, por ejemplo, la excomunión donde los impenitentes y rebeldes son removidos de la iglesia visible, el lugar donde vive Dios, y pierden el lugar de esos privilegios. Bueno, eso nos lleva a las conexiones entre el período profético del exilio y el Nuevo Testamento.

Primero que todo, las reformas del Antiguo Testamento bajo Ezequías y Josías proveen patrones duraderos para la iglesia en todas las edades. Cuando la iglesia comienza a adoptar los caminos del mundo incrédulo y a corromper la adoración designada por Dios, deben retroceder sobre estos mismos pasos para regresar al Señor. Si estudias la historia de la iglesia, notarás, por ejemplo, los estrechos paralelos entre los patrones de estos relatos del Antiguo Testamento y la gran obra de Dios en el período de la Reforma Protestante del siglo XVI y la Segunda Reforma del siglo XVII. Cada vez que los hombres abandonan a Dios, y lo abandonan como tal, poniéndose en Su lugar y caminando en pos de sus propios medios en la imaginación de sus corazones malvados, pasan a seguir los caminos malvados de los pecados que los hombres cometen unos contra otros. En otras palabras, las violaciones de la primera tabla de la ley, los primeros cuatro de los Diez Mandamientos, conducen a transgresiones de la segunda tabla de la ley, los mandamientos del 5 al 10.

Esto se explica en el Nuevo Testamento en lugares como Romanos 1: la conexión causal, de abandonar la primera tabla, que conduce a esta terrible inmoralidad de los pecados que se describen en la segunda tabla. Y, mientras más se desvían los hombres, se vuelven cada vez más y más perversos, como vimos en los días de los jueces, resultando en formas impensables de perversión sexual y asesinato, etc., como Sodoma y Gomorra. Pero,

el camino de regreso siempre comienza con el restablecimiento de Dios como Dios. Recuerda las palabras de arrepentimiento de David en el Salmo 51: “Contra ti, contra ti solo he pecado”. Dios era preeminente. Entonces, cuando veamos a Dios como Dios, nos someteremos al gobierno de Dios y a Su santa adoración, lo que nos lleva a prácticas santas en nuestras relaciones con otras personas. Vemos que la reforma debe comenzar con el regreso a la Palabra de Dios. Una característica prominente de Josías fue la recuperación de la ley de Dios. Se leyó al rey y luego se leyó ante todo el pueblo. Dios estaba hablando de nuevo a su pueblo, y ellos estaban escuchando.

Esta revelación produjo una aguda contrición por el pecado, la humillación y los frutos del arrepentimiento. Confesaron sus pecados y huyeron de las influencias del mundo y de la idolatría. Hicieron su máxima prioridad la eliminación de toda esta idolatría y la restauración de las ordenanzas de adoración que eran mandato de Dios. Lo mismo sucedió en la Reforma Protestante: la recuperación de la Palabra de Dios, colocándola de regreso en el centro de la iglesia, el reconocimiento de Dios como Dios y la primera prioridad, por lo tanto, dando lugar a la Reforma de la adoración de Dios. Juan Calvino escribió estas palabras: “Si se hiciera la pregunta de por cuáles cosas principalmente es que la religión cristiana tiene una existencia permanente entre nosotros y mantiene su verdad, se encontrará que los dos siguientes no solo ocupan el lugar principal, sino que debajo de estas están comprendidas las todas las otras partes, y en consecuencia toda la sustancia del cristianismo: esto es un conocimiento, en primer lugar, del modo en el que Dios es debidamente adorado, y en segundo lugar, la fuente de la cual debe obtenerse la salvación”. Estas reformas del Antiguo Testamento implicaron un retorno a la ley bíblica de adoración de Dios, que, en consecuencia, resultó en un retorno a una vida piadosa en general. Cuando se le da a Dios Su lugar, y nuestra lealtad a Él es nuestra primera prioridad, se producirá el fruto de una vida piadosa en otras áreas de la vida.

En segundo lugar, no debemos abandonar nuestras misericordias. Cuando el pueblo de Dios peca contra el Señor, el castigo de Dios sirve para entrenarlos en Sus caminos y para hacerlos volver a Sí mismo. Entonces, la disciplina es una misericordia y una marca del amor de Dios. Hebreos 12:5–11 refuerza este punto. Parte del mismo dice lo siguiente: “Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” Continúa un poco más adelante: “Es verdad que ninguna disciplina al [tiempo] presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”. La Palabra de Dios, reconoce esto como señales del amor del Señor. Dios disciplina a Su pueblo en la providencia, a través de las reprensiones de Su Palabra y en las ordenanzas de Su iglesia. El Señor no dejará que a aquellos a quienes ama se desvíen de Él en sus pecados. Si bien esta corrección viene con un doloroso aguijón, Dios diseñó este castigo para producir hermosos frutos espirituales.

Otra conexión que debemos establecer es esta: algunos de los piadosos, es decir, los judíos temerosos de Dios, durante este período sufrieron con el resto de la nación, y ellos mismos fueron exiliados de la misma manera. Daniel y sus tres amigos son un ejemplo, pero permanecieron tenazmente leales a Jehová. Mantuvieron Su ley y buscaron Su gloria en medio de las devastadoras circunstancias del exilio. Para el cristiano del Nuevo Testamento, nuestro hogar principal se centra en la Jerusalén de arriba, en las palabras de Gálatas 4. El Nuevo Testamento describe a los cristianos como lo equivalente a los exiliados. Utiliza lenguaje como *extranjeros*, *forasteros*, *peregrinos*, *moradores*. Esta es una descripción de los cristianos en este mundo, separados y en camino a su morada celestial.

Pedro abre su primera epístola a los creyentes dispersos con estas palabras: “A los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas”. Continúa en el capítulo 2:11–12 exhortando al pueblo de Dios en todas las edades: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación”. Vivimos como exiliados en lealtad a Cristo y en oposición a los caminos pecaminosos del mundo que nos rodea. Estamos llamados a no ceder a sus influencias, sino a mantener la consagración al Señor Jesucristo, y debemos tener nuestro corazón y nuestra mente concentrados en buscar el bien de la causa de Dios, el reino de Dios, por encima de todo.

El Salmo 137 es una canción que fue escrita durante el exilio babilónico, y es una canción que sigue siendo el clamor del corazón del cristiano. En el Salmo 137:5–6 cantamos: “Si me olvidare de ti, oh Jerusalén”, piensa el cristiano del Nuevo Testamento sobre la iglesia, “pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría”. Al considerar la experiencia de los piadosos que sufrieron durante este período de exilio, el cristiano contemporáneo tiene mucho que aprender. ¿Cómo vivimos como aquellos que, por equivalencia, también están exiliados en un mundo hostil con influencias paganas que nos rodean? Vivimos como aquellos que tienen su devoción y lealtad fijadas en Cristo mismo, andando en Sus caminos, manteniendo Su Palabra, buscando Su gloria. Tenemos en el centro de nuestro corazón una preocupación por Su causa, Su reino, Sion, la Iglesia del Señor Jesucristo, en este mundo. Reconocemos que toda la fanfarria que se transmite en los medios de comunicación públicos sobre las naciones y sobre todos sus logros es realmente la historia paralela y que la historia principal sigue siendo la obra de redención de Dios realizada a través de Su Iglesia. Y, vemos nuestro tiempo presente y nuestra historia reciente a la luz de esas verdades teológicas bíblicas.

Bueno, para concluir, después de todo el trauma de la destrucción de Jerusalén y el exilio de los judíos en una tierra pagana, ¿queda alguna esperanza para aquellos que están en cautiverio? Esa es una pregunta urgente. En la próxima lección, consideraremos su liberación y su retorno bajo lo que podría llamarse el segundo gran Éxodo.

Lección 21

LA RESTAURACIÓN

Tema de la Lectura:

Las promesas de liberación de Dios perduran hasta el final y entrenan a Su pueblo del Antiguo Testamento para que aún tengan esperanza en que las promesas aun mayores se cumplirán en la venida del Mesías prometido.

Texto:

“Después de esto volveré Y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos” (Hechos 15:16–18).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 21

Pocas cosas se comparan con la experiencia de volver a casa, especialmente después de haber estado fuera por un largo tiempo. Las vistas, los sonidos y los olores familiares te saludan en tu llegada. Encontramos consuelo en lo que nos es familiar, y nada es más familiar que el mismo hogar. Incluso seguir la ruta que te lleva a casa transmite una sensación de alegría. Reconoces viejos puntos de referencia y escenas familiares. Vas a volver a donde perteneces. Muchos de los judíos exiliados murieron en Babilonia. Algunos de ellos decidieron quedarse, habiéndose acostumbrado a su entorno pagano. Algunos nacieron en Babilonia y fueron a ver a Jerusalén por primera vez, eso sí, no en su gloria, sino en sus ruinas desplomadas. Pero, aun así, algunos de los judíos más viejos volverían a lo que dejaron. Les habría traído alegría, pero una alegría mezclada con dolor porque no era lo que una vez conocieron. Pero ciertamente la alegría era dominante. Puedes leer el Salmo 126 e imaginarlos cantándolos en su viaje y llegando a casa. El Salmo 126:1–2 dice: “Cuando Jehová hiciere volver la cautividad de Sion, seremos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se llenará de risa, y nuestra lengua de alabanza; entonces dirán entre las naciones: grandes cosas ha hecho Jehová con éstos”.

¿Cómo se relaciona el momento del regreso del exilio a la palabra de la profecía de Dios? ¿Quiénes fueron los principales líderes en este regreso y qué profetas continuaron llevando la Palabra de Dios a Su pueblo? ¿Qué pecados en curso persistieron después del regreso? ¿Qué verdades teológicas extraemos del llamado de Nehemías a la reforma bíblica? ¿Qué función tiene el sábado al final del Antiguo Testamento y qué nos enseña eso acerca de su relevancia permanente? ¿Qué aprendemos acerca del nuevo pacto en las profecías del Antiguo Testamento? Al concluir nuestro estudio de este período del Antiguo Testamento, ¿qué hemos aprendido sobre los puntos de continuidad y discontinuidad entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento? En esta lección, habremos completado 21 lecciones sobre el Antiguo Testamento. Comenzamos con el relato de Edén antes de la caída, y

la historia del Antiguo Testamento termina con lo que podríamos llamar el segundo éxodo, la liberación de los judíos y el regreso del exilio en Babilonia. Esta historia se registra en lugares como el final de 2^{da} Crónicas y Ester y especialmente Esdras y Nehemías. La palabra profética de Dios durante este tiempo se puede encontrar en libros como Hageo, Zacarías y Malaquías.

En primer lugar, consideremos lo que aprendimos sobre la historia de este período. Dios había predicho a través de la profecía de Jeremías que los judíos pasarían 70 largos años en el cautiverio babilónico. Aquellos que prestaban mucha atención a la Palabra de Dios lo sabían, y Daniel era uno de esos hombres. Leemos en Daniel 9:2: “En el año primero de su reinado, yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años”. Bueno, cuando Daniel vio el final del tiempo en Babilonia llegando a una conclusión, se sintió motivado a orar para que Dios hiciera lo que prometió. ¿Recuerdas la oración de dedicación de Salomón en el templo de regreso? Oró en 1^{ra} Reyes 8:33–34: “Si tu pueblo Israel fuere derrotado delante de sus enemigos por haber pecado contra ti, y se volvieren a ti y confesaren tu nombre, y oraren y te rogaran y suplicaren en esta casa, tú oirás en los cielos, y perdonarás el pecado de tu pueblo Israel, y los volverás a la tierra que diste a sus padres”. La oración de Daniel se basa en todo esto, y realmente la oración de Daniel 9 es una de las oraciones modelo de la Biblia. Se llena principalmente con la confesión del pecado, siendo el pecado la causa detrás de su exilio de la tierra prometida. Daniel no parece haber vivido para experimentar el retorno por sí mismo, pero la promesa de Dios se cumplió.

Los judíos, que son el reino del sur, regresaron del cautiverio en tres olas sucesivas. En primer lugar, el primer grupo regresó bajo el liderazgo de Zorobabel. Esto comienza donde terminan 2^{da} Reyes y 2^{da} Crónicas. El segundo grupo regresó bajo Esdras, un escriba y un sacerdote. El libro de Ester probablemente describe una situación justo antes de este segundo retorno, el regreso de este segundo grupo. La Biblia describe la buena mano de Dios sobre ellos y la validez duradera y el cumplimiento de las promesas de Dios. Este tiempo de renovación también trajo nuevas demandas de humildad y de regreso a la ley de Dios, como se ve en Esdras. Los profetas Hageo y Zacarías le dan la Palabra de Dios a Su pueblo durante este período. La tercera ola de retorno tuvo lugar bajo Nehemías con Malaquías profetizando alrededor de este tiempo. Bajo el liderazgo de Nehemías, Dios produjo la última reforma del Antiguo Testamento, proporcionando otro patrón de restauración y renovación.

Considerando todo el flujo de la historia redentora, ¿cuál fue uno de los propósitos primarios de Dios para hacer volver a Su pueblo de la cautividad a la tierra? La respuesta es, que el Señor sacó a los judíos del exilio y preservó el reino para que el camino hacia el Mesías venidero permaneciera abierto. El gran rey surgiría de Judá tal como lo prometió siglos antes. Dios estaba cumpliendo Sus promesas.

En segundo lugar, debemos considerar la teología de este período, algunos puntos de la teología. Dios en su providencia está dirigiendo todo el curso de la historia para cumplir Su propósito principal con Su pueblo y el desarrollo de su redención, como vimos en la última lección. Entonces, el Señor levantó a Ciro, rey de la superpotencia mundial, para emitir un decreto que permitiera a los judíos regresar a Judea. Dios se refiere a Ciro como Su siervo y como el designado para cumplir Sus propósitos. Lo mismo podría decirse de Artajerjes en los días de Nehemías. En realidad, prestaron su apoyo político para promover el bien de Sion. Mientras eran gobernantes paganos, lo que hicieron sirvió a la voluntad de Dios. El oficio de reyes, como hemos aprendido anteriormente, existe para servir al Señor ante todo y para defender la ley de Dios bajo la autoridad de Dios. Aprendemos en Proverbios 21:1: “Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina”.

En segundo lugar, Dios había juzgado a Su pueblo y había destruido a Jerusalén y había sacado a Su pueblo de la tierra prometida, posterior a Su rebelión contra Dios, al desafiar Su ley y romper su pacto; pero descubrimos a su regreso que esos mismos pecados persistieron en los corazones y en las vidas de Su pueblo. Ellos volvieron a sus viejos patrones. Observa que ahora, al final del Antiguo Testamento, vemos muchos de los mismos pecados que descubrimos al comienzo del Antiguo Testamento. Por ejemplo, un espacio significativo en Esdras, está dedicado al trato de Dios del pecado de Su pueblo de casarse con los paganos, aquellos que están fuera del pacto de Dios. Vimos esto por primera vez en Génesis 6. Hemos visto advertencias sobre esto varias veces desde entonces. También se nos dice que regresaron a la adoración corrupta y profanaron el sábado de Dios.

Todo esto provino de un corazón desobediente de incredulidad acompañado por todo tipo de pecados que vinieron como resultado. Malaquías revela que su forma externa de religión estaba torcida, pervertida y

sin el temor del Señor, y fue evidenciada por hechiceros, adúlteros, falsos juradores y opresores de extranjeros, huérfanos y viudas. Vemos eso en Malaquías 3. Recuerda, antes del exilio, Jeremías proporcionó otra lista clara de este tipo de pecados de la segunda tabla en el capítulo 7:8–9, y esa lista viene inmediatamente después de un pasaje que describe gráficamente el adulterio espiritual del pueblo. Bajo Nehemías, vemos la última reforma del Antiguo Testamento. No repetiré lo que aprendimos en la última lección, pero puedes seguir el mismo patrón exacto aquí. Comenzó con la lectura de la ley, dio como resultado la convicción de pecado, el arrepentimiento, la separación del mundo y la recuperación de la adoración pura de Dios. Nehemías los llama al pacto de Dios, a la adoración pura de Dios y a la obediencia a la ley de Dios, pero quiero enfocar nuestra atención en el papel del sábado como un ejemplo dentro de este contexto.

Leemos sobre esto en Nehemías y especialmente en el capítulo 13 versículos 15 y los que siguen. Leemos acerca de los judíos que compran y venden alimentos, transacciones comerciales, el sábado y que permiten que personas extranjeras, no israelitas, que hagan lo mismo. Nehemías se enfrentó a los líderes, a los nobles, e impuso el cumplimiento estricto como un magistrado de la observancia del sábado en todo Jerusalén. ¿Por qué era tan vehemente acerca el sábado? Bueno, leemos en Nehemías 13:18 esto: ¿No hicieron así vuestros padres, y trajo nuestro Dios todo este mal sobre nosotros y sobre esta ciudad? ¿Y vosotros añadís ira sobre Israel profanando el día de reposo?” La profanación del sábado fue una causa de su juicio anterior en el exilio. Esto es importante para entender la teología de la Biblia porque conecta el principio y el final del Antiguo Testamento y establece el precedente para la continuidad en el Nuevo Testamento.

Como recordarás, el Sábado se estableció como una ordenanza de la creación en Génesis 2:2–3. Esto precedió a la caída y tuvo relevancia aparte del pecado y la redención. El Sábado pertenece a la misma categoría que el matrimonio, el trabajo, y la procreación, y no puede abrogarse como tampoco aquellos. El Sábado está construido en la estructura misma del universo. Tenemos relatos de que Dios estipula la importancia del Sábado antes de la entrega del pacto mosaico en Sinaí. Un ejemplo es Éxodo 16:22–30. No hubo interrupción en el flujo de la observancia del Sábado desde la época de Adán hasta la ratificación de la observancia del Sábado en los Diez Mandamientos. El Sábado, por supuesto, estaba incrustado en los Diez Mandamientos. Es el cuarto mandamiento como se ve en Éxodo 20 y en Deuteronomio 5. Estos mandatos son de naturaleza moral y son un estándar continuo para todos los tiempos como un reflejo del carácter de Dios. Jesús afirmó esto en Mateo 5:17–19. Esta norma regula la conducta de todas las naciones y todos los pueblos y de todos los tiempos.

No apartar un día de los siete es tan pecaminoso como robar, cometer, adulterar o violar cualquiera de los otros mandamientos de Dios. Recordarás que, en el Antiguo Testamento, la pena por profanar el Sábado bajo la teocracia de Israel era la pena capital. Lo vemos en Éxodo 35 y Números 15. Esto estableció de manera irrefutable la importancia de guardar el Sábado para Jehová. ¿Puedes pensar en algo que mereciera la pena capital en el Antiguo Testamento que no se considere pecado en el Nuevo Testamento? Debería estar impreso en nuestras mentes que el Señor no toma a la ligera las violaciones de su ley moral.

Los profetas levantaron la misma preocupación. Leemos en Isaías 58:13–14: “Si retrajerés del día de reposo a tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado”. Dios requiere que el pueblo cese de su trabajo y recreación ordinarios con el fin de que dediquen todo el día a la adoración pública y privada, el ejercicio del alma en comunión con Dios. Esto es acompañado por obras de necesidad y misericordia como Cristo enseñó. Mientras Jesús enfrenta las perversiones de la distorsión de los fariseos del Sábado, Él mantiene su norma original. Esa norma continúa hasta nuestros días. Cuando leemos a Nehemías, se nos recuerda que la declinación espiritual se encontrará dondequiera que el Sábado sea profanado, y la reforma bíblica siempre incluirá su recuperación. He resaltado un elemento en particular para demostrar la relevancia de las verdades teológicas recopiladas en este período de la historia.

En tercer lugar, debemos seguir adelante para ver cómo esta etapa final, este último período de la historia del Antiguo Testamento, nos señala el camino porque el segmento final de la historia redentora del Antiguo Testamento promueve en nosotros un sentido de expectativa. Las insuficiencias del segundo éxodo, el regreso del exilio, demuestran que se necesita algo más. La última palabra de Dios a Israel en el Antiguo Testamento, por supuesto, se encuentra en Malaquías. Leemos al final de ese libro en el capítulo 4 versículo 2: “Mas a vosotros los

que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada”. Aquí podemos ver la expectativa. Entonces, Dios dice: “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible” (versículo 5). A medida que pasas la página al Nuevo Testamento, ves que esto se cumple casi 400 años después en el ministerio de Juan el Bautista como el precursor que prepara el camino para Cristo. También debemos decir algo sobre las referencias al nuevo pacto en el Antiguo Testamento. Al concluir nuestros estudios sobre el Antiguo Testamento y al prepararnos para dirigir nuestra atención al Nuevo Testamento, debemos considerar lo que es la era de los profetas, en su conjunto, estos contribuyeron a la revelación de Dios sobre el nuevo pacto venidero, que se conoce como el pacto eterno. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y algunos de los profetas menores proporcionan varios textos clave sobre el nuevo pacto. La diferencia entre el antiguo pacto del Antiguo Testamento y el nuevo pacto no es de fondo sino de administración.

Bueno, solo podemos considerar algunos temas, pero un texto importante es Jeremías 31:31-34. En parte, es importante porque se cita en el Nuevo Testamento en el capítulo 8 de Hebreos. Cuando leas ese texto, notarás en primer lugar la continuidad entre lo que se describe como el nuevo pacto con los pactos anteriores. Por lo tanto, habla del mismo pueblo, Israel y Judá, usa ese lenguaje, habla de la misma ley, una ley que ahora se pone en corazón de estos, y la misma promesa que aprendimos hace mucho tiempo en nuestros estudios, el núcleo mismo del pacto, “Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”, y así, inmediatamente, ves la continuidad y las conexiones; solo que, este traerá nuevas bendiciones que Dios inicia una vez más. Aplicará Su ley internamente en sus corazones. Proporcionará un mayor conocimiento de Sí mismo. Otorgará el perdón definitivo y completo de los pecados, ya no en los símbolos del Antiguo Testamento.

En 2^{da} Corintios 3, Pablo muestra que la gloria comparativamente mayor del nuevo pacto superará la gloria del antiguo. Hebreos, capítulos del 8 al 10, que habla mucho sobre el nuevo pacto, fundamenta esto en la superioridad del ministerio de Cristo como mediador. Cristo, por supuesto, ratifica el nuevo pacto en sangre para la remisión de los pecados. Vemos esto en las descripciones de los cuatro Evangelios de Cristo que establecen la Cena del Señor. Vemos el mismo lenguaje en 1^a Corintios 11. Del mismo modo, Ezequiel 36:25-27 promete limpiar, rociar a Su pueblo con agua limpia, y promete un nuevo corazón y el Espíritu de Dios que se pondría dentro de su pueblo, permitiéndoles caminar en Sus estatutos. Discutiremos el papel del Espíritu Santo en el nuevo pacto cuando asistamos a la lección de Pentecostés. Pero por ahora, reconocemos que es importante para nosotros comenzar con lo que el Antiguo Testamento predice sobre el nuevo pacto venidero. Lo veremos aún más completo y claramente cuando pasemos al Nuevo Testamento.

Finalmente, mientras nos preparamos para considerar del Nuevo Testamento, puede ser útil hacer una pausa y resumir algunos de los puntos que hemos aprendido sobre la continuidad y la discontinuidad entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento en su conjunto porque estas dos cosas deben mantenerse juntas. Como hemos visto a lo largo de estas lecciones. No puedes entender correctamente el Nuevo Testamento sin un conocimiento profundo del Antiguo Testamento, sobre el cual se construye el Nuevo Testamento. Asimismo, debes interpretar el Antiguo Testamento a la luz de su cumplimiento en el Nuevo Testamento.

En primer lugar, consideraremos puntos de continuidad, igualdad y conexión. Como hemos visto a lo largo de este curso, la Biblia enfatiza principalmente la continuidad del Antiguo y del Nuevo Testamento. Hemos visto esto en el único pacto de gracia que se extiende desde Génesis 3:15 y se desarrolla gradualmente y se expande a través del pacto con Noé, Abraham, Moisés, David y ahora en el nuevo pacto. En todo momento, Dios proclama la misma promesa básica: “Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo”. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento revelan al mismo Dios: un Dios que no cambia.

Dibujar un contraste entre el Dios del Antiguo Testamento y el Dios del Nuevo Testamento sería un error destructivo que los herejes del pasado han enseñado una y otra vez. No, Él es el mismo Dios inmutable tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento también revelaron al mismo Salvador. El Antiguo Testamento apunta a Cristo a través de símiles, sombras y ceremonias. El Nuevo Testamento revela Su persona y obra en toda la gloria de Su venida. El Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento también establecen el mismo evangelio de la gracia. Los creyentes gentiles contemporáneos son salvos por la fe en Cristo tal como Abraham fue redimido. Dios no tiene múltiples planes de salvación a lo largo de la historia bíblica. Despliega un gran plan único para redimir a Su pueblo después de la caída. El Antiguo Testamento está lleno de contenido del evangelio.

El Antiguo y el Nuevo Testamento también representan a un pueblo de Dios, una iglesia, bajo dos administraciones diferentes. En el Nuevo Testamento, la iglesia, por supuesto, se expande en gran medida a través de la afluencia de creyentes gentiles, como se había prometido en todo el Antiguo Testamento. La ley moral de Dios, los Diez Mandamientos, también sigue siendo la misma para todas las personas y todas las edades como la revelación del carácter de Dios y de su voluntad divina y el estándar de lo correcto y lo incorrecto. Todos estos puntos de continuidad refuerzan el hecho de que toda la Biblia son las Escrituras cristianas, y debemos estudiar y comprender toda esta revelación bíblica de Dios y Su redención.

Bueno, en segundo lugar, la discontinuidad. También hemos observado varios puntos de discontinuidad en nuestro estudio del Antiguo Testamento. Hay varias diferencias entre los dos testamentos y entre la administración del pacto, el Pacto de la Gracia, en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Esto no debería sorprendernos. El Antiguo Testamento predice, y el Nuevo Testamento cumple. Los puntos de discontinuidad incluirían, en primer lugar, la eliminación de las leyes, instituciones y reglamentos ceremoniales del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento deja de lado el culto ceremonial del sacrificio, los altares, los sacerdotes, etc., junto con los rituales de purificación y las ceremonias de prohibiciones limpias e inmundas. La importancia de la tierra prometida también se reemplaza con las realidades que esta simboliza. Como dice Pablo, no debemos volver a las sombras cuando estamos en presencia de la persona que estas representan. Hacer eso sería una afrenta a Cristo y socavaría Su obra terminada.

Otra diferencia incluye el importante lugar de expansión del reino, que mencioné brevemente. El Antiguo Testamento no excluía a los gentiles por completo, y pensaba en personas como Rahab, Rut, Urías y varios otros; pero proporcionalmente menos gentiles fueron involucrados en el pacto y en la iglesia del Antiguo Testamento. Y he aquí el por qué: el Antiguo Testamento fue principalmente un modelo de “ven y ve”, por así decirlo. Dios puso a Canaán, en general, y a Jerusalén, en particular, como una luz para las naciones. Algunos extraños se sentirían atraídos a venir y aprender acerca de Jehová y recibir Su salvación. Entonces, el Antiguo Testamento fue principalmente un modelo de “ven y ve”, pero el Nuevo Testamento emite una comisión para “ir y contar” (Mateo 28:19). ¿Ves la diferencia? El evangelio ahora es llevado a las naciones que comienzan en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta a las partes más remotas de la tierra.

La misión se enfoca en expandir el reino de Cristo universalmente, no localmente en Israel. Los destinatarios de estas promesas del pacto incluirán personas de todas las tribus y lenguas de todo el mundo. Las naciones gentiles deben ser discipuladas e incluidas a la herencia de Cristo. Ahora, nos percatamos de esta misión al mundo gentil a través de nuestros estudios del Antiguo Testamento, por supuesto, esta se predijo en todo el Antiguo Testamento desde los primeros capítulos del Génesis en adelante, pero llega a buen término bajo el Nuevo Testamento. Como veremos en futuras lecciones.

Una última categoría de discontinuidad se relaciona con los grados superiores de bendición en el Nuevo Testamento, derivados de la obra terminada de Cristo. Una gran medida de la plenitud del Espíritu es otorgada en Pentecostés. Tenemos más comunión directa e inmediata con Dios sin la ayuda de sacerdotes terrenales. Tenemos una mayor seguridad y mayor poder en la santificación, y podríamos enumerar muchos otros ejemplos en la misma categoría. Así, mientras que principalmente hay una continuidad dominante que mantiene al Antiguo y al Nuevo Testamento juntos como una Biblia, también tenemos que ser muy conscientes y cuidadosos con estos puntos de discontinuidad, las diferencias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, que hemos aprendido en nuestros estudios.

En conclusión, hemos completado nuestra última lección sobre la historia y la teología del Antiguo Testamento. Este último período del Antiguo Testamento nos deja, por así decirlo, esforzándonos por ver al Cristo prometido venir en el horizonte. En la próxima lección, dirigiremos nuestra atención al Nuevo Testamento y comenzaremos a considerar algunos de los temas teológicos que Dios revela en la culminación de la historia de redención de la Biblia.

Lección 22

LA ENCARNACIÓN

Tema de la Lectura:

Dios muestra la revelación final y completa de su gloria al enviar a Su Hijo al mundo.

Texto:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Hechos 15:16–18).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 22

Cuando tienes programado ver a un ser querido, tus expectativas se intensifican a medida que se acerca el día y la hora señalados. Si te envían notas que describen todo lo que planean hacer cuando te vean, eso fortalecerá tu anhelo en la alegre expectativa de finalmente verlos. Así es como debemos sentirnos al leer el Antiguo Testamento. Dios ha estado enviando Su Palabra y revelación, proporcionando constantemente más y más detalles sobre la persona y la obra del Mesías. Todo lo que queda es que Él venga.

En esta lección, finalmente llega, para el gozo de los hombres y los ángeles. ¿Cómo conecta Cristo el Antiguo y el Nuevo Testamento? ¿Cuál es la relación entre la anticipación y la realización? ¿Qué significa la palabra encarnación? ¿Qué revelan los evangelios acerca de la gloria divina de Cristo? ¿Cómo revela Cristo la gloria de Dios? ¿Cuál fue el mensaje que Cristo proclamó en su ministerio terrenal? ¿Cómo se relaciona ese mensaje con el mensaje de la Iglesia en la actualidad? Al final de la última lección, resumimos los puntos de continuidad y discontinuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

En esta lección, pasamos de la predicción, que es el Antiguo Testamento, al cumplimiento, que es el Nuevo Testamento, o de la anticipación al logro. Todavía nos estamos enfocando en los actos de redención de Dios en la historia. Nuestro estudio del Nuevo Testamento comienza con nosotros en la cúspide de la venida de Cristo. La encarnación de Cristo marca una era completamente nueva en la historia de la redención. La historia de todo el mundo se centra en la persona del Señor Jesucristo. De hecho, la mayor parte del mundo identifica los tiempos por la venida de Cristo. Él es el eje, por así decirlo, sobre el cual gira el mundo, así que usamos la designación A.C., antes de Cristo, para marcar los años que son antes de la venida del Señor Jesucristo; y usamos a.D., que es una abreviatura de las palabras latinas Anno Domini, el año de nuestro Señor (a.D.), para especificar los años después de Cristo. Por lo tanto, toda la historia del mundo anterior a Cristo señaló y preparó este momento, y la historia del mundo desde entonces ha experimentado la influencia y las transformadoras implicaciones de Su venida.

En primer lugar, quiero retomar el tema de la feliz anticipación y realización. Hemos visto que el conocimiento del Antiguo Testamento es indispensable para entender el Nuevo Testamento. Ambos, por supuesto, se centran

en Cristo. Escucha la descripción de Jesús de las Escrituras del Antiguo Testamento. Él dice: “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:27 y versículo 44).

Cuando nos dirigimos a los escritos del Nuevo Testamento, descubrimos que Dios traza muchos paralelos entre Cristo y varias figuras del Antiguo Testamento, como Adán, Noé, Abraham, Moisés y Aarón, Josué, David, Salomón, etc. El Nuevo Testamento también establece conexiones entre Cristo y muchos eventos, ordenanzas y otros símiles del Antiguo Testamento. Como en Juan 12, donde puedes pensar la referencia a la serpiente de bronce que fue levantada en el desierto como una imagen de Cristo.

Con la extensa revelación de Cristo en el Antiguo Testamento, no es sorprendente encontrar creyentes piadosos que conocían su Antiguo Testamento anticipando la venida de Cristo. Por ejemplo, leemos de Simeón en Lucas 2:25–26: “Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor”. Del mismo modo, tenemos el ejemplo de Ana en el mismo capítulo, Lucas 2:37–38: “Y era viuda hacía ochenta y cuatro años”, leemos, “y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones, esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño”, es decir, de Cristo, “a todos los que esperaban la redención en Jerusalén”. Este punto sobre la acumulación de la expectativa y su feliz cumplimiento destaca prominentemente en el comienzo del Nuevo Testamento, por lo que es importante que lo consideremos más detalladamente al demostrar cómo la venida de Cristo conecta esta anticipación y el cumplimiento.

La nota predominante en todo esto es el gozo, por lo tanto, consideremos, en primer lugar, que la venida de Cristo fue anunciada por los ángeles del cielo. En Lucas 2:10, el ángel proclama: “He aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo”. Después de todo, los ángeles tienen un gran interés en todas estas cosas. Recuerda 1^{ra} Pedro 1:12: “A éstos se les reveló que no para sí mismos”, hablando del Antiguo Testamento, “sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”. Entonces, los ángeles aprenden acerca de la gloria de Dios a través de la encarnación de Cristo a través de Su persona y obra. Nuevamente, en Lucas 2:13–14: “Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas!”.

En segundo lugar, por razones de brevedad, concentrémonos en otro evento en el ministerio de Cristo que resalte especialmente este punto sobre la anticipación y el feliz cumplimiento en la encarnación. Es decir, consideremos la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, donde el Rey viene a redimir y a reclamar a Su Novia. Esto ocurre hacia el final de los evangelios. Entonces, si pasas al Salmo 118, este tiene un papel muy importante que desempeñar en nuestra comprensión del Nuevo Testamento. Y, si miras los versículos 25 y 26, te das cuenta de que el Salmo 118 proporciona la anticipación. Dice: Oh Jehová, sálvanos ahora, te ruego; Te ruego, oh Jehová, que nos hagas prosperar ahora. Bendito el que viene en el nombre de Jehová; Desde la casa de Jehová os bendecimos”. Ahora, ten esas palabras en mente y fíjate en que vemos esto cumplido en los cuatro evangelios; y también debes tener en cuenta que la palabra *Hosanna* aquí es un grito de alabanza que significa “Sálvanos, te rogamos”, las palabras del Salmo 118.

Entonces, leemos en Mateo 21:9, por ejemplo, sobre la gente que dice: “Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”. Compara esto con lo que ves en los pasajes paralelos en Marcos 11, Lucas 19 y Juan 12. Además, en Zacarías 9:9, leemos: “Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna”. Del mismo modo, en Isaías 62:11–12: “He aquí que Jehová hizo oír hasta lo último de la tierra: Decid a la hija de Sion: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él su obra”. Y ahora, pasamos nuevamente al Nuevo Testamento, y en Mateo 21:4 leemos: “Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el profeta”. Y luego, el pasaje continúa citando lo que acabamos de leer del Antiguo Testamento. Entonces, en estos ejemplos, estás viendo esta acumulación de anticipación en el Antiguo Testamento, que luego se cumple con alegría por todo lo que se ha logrado en la venida de Cristo.

Notarás un lenguaje similar tejido a lo largo de otros pasajes del Antiguo Testamento. El Salmo 45 habla de regocijo de las hijas del rey. El Salmo 24 habla de “alza, oh puertas, vuestras cabezas”, y dice que “entrará el Rey de gloria”. En Cantar de los Cantares, el capítulo 3 es una referencia a las hijas de Sion que contemplan al rey. Podemos citar muchos, muchos más: Sofonías 3, Salmo 96, Salmo 98, etc.

Pero luego te diriges al Nuevo Testamento, y en Juan 12:15, ves el lenguaje “No temas, hija de Sion; he aquí tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna”, en el nombre del Señor. Todo esto está mostrando la conexión entre la anticipación y el cumplimiento gozoso. Fíjate también la conexión entre Isaías 40, donde el gran tema es: “He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará, ... su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro” (versículo 10), e Isaías 62:11–12: “Decid a la hija de Sion: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él”. Luego, regresas al Nuevo Testamento, y en este caso, por ejemplo, puedes llegar hasta el final, al último capítulo de Apocalipsis 22:12, para ver el cumplimiento. Y entonces leemos las palabras: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”.

¿Que está pasando aquí? ¿Por qué simplemente estoy suministrando muestras tan breves de pasajes como ejemplos, suficientes como para transmitir el profundo sentido de la anticipación del Antiguo Testamento y el gozo abrumador del cumplimiento de la venida de Cristo, en la encarnación de Cristo? Necesitarás indagar más sobre esto en tus estudios, pero el llamado repetido a “he aquí, contempla” en el Antiguo Testamento dio paso a ver realmente al Cristo prometido y a escuchar el sonido de Su voz. No es sorprendente que la revelación de Dios en la encarnación de Cristo haya traído tanto gozo, tanto a los ángeles como a los hombres. Deberíamos compartir esa alegría nosotros mismos. Este es un evento estupendo, la encarnación, es de hecho, un evento estupendo.

En segundo lugar, entonces, pongamos nuestra atención en la persona del Señor Jesucristo, Su persona. La palabra *encarnación* significa literalmente “en carne”, por lo que se refiere a la humillación y condescendencia del eterno Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, al venir a tomar para Sí una naturaleza humana y continuar como verdadero Dios y verdadero hombre. En dos naturalezas distintas y una persona para siempre. La pregunta 22 del Catecismo menor lo resume de esta manera: “Cristo el Hijo de Dios, se hizo hombre, tomándose un cuerpo verdadero y un alma racional; siendo concebido por obra del Espíritu Santo en el vientre de la Virgen María, de la cual nació, mas sin pecado”. En tus estudios de teología sistemática, explorarás los detalles de todo lo que implica esta doctrina. Pero para nuestros propósitos en este curso, nos enfocaremos en la revelación de Cristo de Sí mismo y Su revelación de la gloria de Dios. Esto es muy importante para la encarnación.

Así que, fíjate en lo que ocurre en este segundo punto. En primer lugar, Jesús es el verdadero Dios. A lo largo de su ministerio terrenal, Cristo continúa revelando Su propia gloria divina. Por motivos de brevedad, considera algunos de los puntos destacados del evangelio de Juan. El libro comienza con una clara declaración de la gloria divina de Cristo en Juan 1:1–3: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. Entonces, ves a Jesús identificado como Dios y, al mismo tiempo, distinguido de Dios. Entonces, Él es la segunda persona de la Trinidad, y Él es el verdadero Dios junto con el Padre y el Espíritu.

A medida que avanzas a través de Juan, este tema recurrente continúa desarrollándose, y solo destacaré un par de puntos en esta sección. En Juan 8:58: “Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy”, capítulo 10:30–33: “Yo y el Padre uno somos. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios”. Recuerdas que Dios se reveló a sí mismo como el gran YO SOY a Moisés. Ese es el nombre Jehová: Éxodo 3:14: “Y dijo Dios a Moisés: YO SOY lo que YO SOY; y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros”. Bien, en el evangelio de Juan, Jesús usa ese nombre repetidamente en referencia a Sí mismo. Entonces, si estudias a Juan, recordarás lo que a veces llamamos los siete dichos de *Yo soy* de nuestro Señor. Jesús dice: “Yo soy el pan de vida” (Juan 6:35), “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12), “Yo soy la puerta”, o Yo soy la entrada, por así decirlo, “de las ovejas” (Juan 10:7 y 9). Él dice que “Yo soy el buen pastor” (Juan 10:11–14), “Yo soy la resurrección y la vida” (Juan 11:25), y “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). Por último, “Yo soy la vid verdadera” (Juan 15:1 y los que siguen).

Tienes todo eso, y luego, cuando arrestan a Cristo en el jardín, leemos en Juan 18:5–6: “Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy”. Literalmente, en el griego, el pronombre él no está allí, así que literalmente

dice: “Jesús les dijo: Yo soy... Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra”. Ves esta asombrosa proclamación de Cristo. También descubrirás muchos pasajes del Antiguo Testamento que se refieren a la mención de Jehová en el Nuevo Testamento como referencias a Cristo. Considero, que enumerarlos sería para ti un estudio edificante. Pero lo que sucede es que, al hacerlo, el Nuevo Testamento está demostrando que Jesús es Jehová. Un ejemplo de Juan 12:41 cita la visión con la que muchos están familiarizados en Isaías 6, la visión que Isaías tiene de Jehová, y luego, Juan dice que Isaías vio a Cristo. Hay muchos ejemplos como este donde las referencias del Antiguo Testamento a Jehová se aplican en el Nuevo Testamento al Señor Jesucristo.

Vemos el mismo punto en muchos de los títulos que tiene Cristo. Así que aquí hay dos ejemplos. Él es llamado el Hijo de Dios; Él recibe la adoración. Entonces, en Juan 9:35, 30–38, Jesús pregunta: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” El hombre responde y dice: “¿Quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró”. De manera similar, tenemos el título de Hijo del Hombre. Jesús usa este título en referencia a Él mismo, probablemente más que ningún otro, 81 veces en los cuatro Evangelios.

Ahora, puedes recordar de tus estudios del Antiguo Testamento que el uso del título en el Antiguo Testamento del Hijo del Hombre es una referencia a la deidad, a la gloria divina. Sí, a veces la gente podría pensar: “Bueno, el Hijo de Dios se refiere a Su deidad; El Hijo del Hombre se refiere a Su humanidad”. El hecho es que incluso el título Hijo del Hombre se refiere a Su gloria divina, así que recuerda la descripción dada en Daniel 7 donde ves al Hijo del Hombre que venía al anciano de días, y hay muchos lugares donde los atributos divinos se dan a este título el Hijo del Hombre. Cuando llegas a la culminación al final del evangelio de Juan, Tomás, uno de los discípulos, mira a Cristo resucitado y declara abiertamente Su gloria divina. En el capítulo 20:28: “Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!” Todo el Nuevo Testamento expone esta doctrina: Jesús es el verdadero Dios.

En segundo lugar, Jesús es la revelación de Dios, y esto está conectado a lo que acabamos de ver. En la encarnación, Dios se propuso revelar Su gloria divina en la persona y obra del Señor Jesucristo. Entonces, leemos en Juan 1:14 y luego una vez más, en el versículo 18: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. El versículo 18 dice: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer”. Verás que en la encarnación tenemos una revelación de la gloria de Dios. Del mismo modo, leemos en Juan 14:9, Jesús dice: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. Insisto, todo el Nuevo Testamento expone este tema: Cristo es la revelación completa y final de Dios.

La Biblia describe a Cristo como aquel que “es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15), y en otras partes: “El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3). Entonces, nuestro conocimiento de Dios está ligado a Su revelación de Sí mismo en la persona y obra de Cristo. Estar centrado en Dios es también estar centrado en Cristo. En cada evento significativo en la vida y el ministerio de Cristo, vemos la revelación de las obras de toda la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo ves en Su nacimiento, en Su bautismo, a través de Su enseñanza, en Su muerte, resurrección, ascensión y en el día de Pentecostés, por ejemplo. También vemos una confirmación de todo lo que aprendimos acerca de los tres oficios de Cristo en el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento presenta a Cristo como el Ungido de Dios, el Mesías de Dios, el Cristo de Dios y el Profeta final de Dios. Recuerda lo que vimos en Hebreos 1:1 en adelante. Él lo presenta como nuestro único Sumo Sacerdote, considera, por ejemplo, el capítulo 7 al 10 de Hebreos, y lo presenta como el Rey de todos los reyes. Esto se ve en varios lugares, Apocalipsis 1, por ejemplo. Y así, al considerar la persona de Cristo, vemos que Él es el verdadero Dios, y vemos que Él es una revelación de Dios.

Nuestro tercer punto principal se refiere al mensaje de Cristo, el mensaje que pronunció en su ministerio encarnado. Y, el primer tema que aparece en la apertura de los evangelios se refiere al reino, Su mensaje acerca del reino. Cristo comenzó Su ministerio proclamando el reino. Por eso, Mateo 4:17: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. De igual manera, en Marcos 1:14–15: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”. La idea del reino, como sabes, tiene sus raíces en el Antiguo Testamento, pero alcanza su realización en el Nuevo Testamento.

En primer lugar, lo vemos en el jardín del Edén donde Adán vivió obedientemente bajo el gobierno de Dios; pero ese arreglo fue destruido por la caída, y el resto de la Biblia despliega el plan de Dios de restaurar a Su

pueblo para que sirva voluntariamente como súbditos bajo el reinado de Dios. Vimos el desarrollo de Abraham en Sinaí, donde levantó un reino, bajo la monarquía de David y Salomón, y mediante la promesa proclamada por los profetas. El reino de Dios es el despliegue de la gloria divina a través del reinado salvador de Dios y el mantenimiento de los derechos de Dios por parte de personas que voluntariamente sirven como Sus súbditos. Se refiere al dominio salvífico de Dios establecido a través de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo y se ve en todos Sus enemigos al estrado de Sus pies. Fue proclamado en la predicación de Cristo en parábolas, y se consumará completamente en la segunda venida y el regreso de Cristo.

Entonces, en el futuro, la segunda venida de Cristo, el Día del Juicio y el Reino de Dios serán vistos en su máxima expresión. Pero en la actualidad, también lo vemos a través de la predicación mesiánica de Cristo, no menos que a través de los milagros de Cristo. Como en el Antiguo Testamento, esta predicación proclamó el reclamo de Dios, Su promesa y Sus demandas. Cristo describe el reino en varias parábolas. Si observas Mateo 13, verás una colección de ellos. Describe el reino bajo la parábola del sembrador, luego la parábola de la cizaña, luego la de la semilla de mostaza, la parábola de la levadura, el tesoro escondido en el campo, la parábola de la perla de gran valor, la red, y así sucesivamente. Estos hablan del valor incalculable del reino y de su crecimiento y expansión gradual a lo largo de la historia. Comienza el reino como una semilla de mostaza y crece hasta convertirse en un árbol completo. Es como levadura cosida en un bulto; llena todo el bulto. Es una imagen de la expansión del reino de Dios en la historia. Está relacionado con la iglesia.

El capítulo 25 de la Confesión de Westminster, párrafo 2, dice: “La iglesia visible, que también es católica o universal bajo el evangelio, no está limitada a una nación como anteriormente en el tiempo de la ley, se compone de todos aquellos que en todo el mundo profesan la religión verdadera, juntamente con sus hijos, y es el reino del Señor Jesucristo, la casa y familia de Dios, fuera de la cual no hay posibilidad ordinaria”. Notarás en el pasaje que cité anteriormente que la predicación del reino, ese mensaje, está conectado al arrepentimiento. Entonces, el mensaje del reino incluía las exigencias del arrepentimiento. El arrepentimiento es volverse del pecado a Dios por misericordia. Volviendo con todo nuestro ser a Él para recibir misericordia. Es pasar del reino y dominio del pecado, el reino de Satanás, al reino de Dios en el reino del Señor Jesucristo. Es volverse para seguir a Cristo, tomar Su yugo, negarse a sí mismo e ir tras Él. Cristo llama a los hombres y dice: “Venid a mí”, el Mesías y el Salvador prometidos. Él dice: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).

No podemos explorar esto completamente aquí, pero Cristo vino predicando el reino y llamando a los hombres a arrepentirse. También trae la confirmación del pacto. Jesús se refirió a los aspectos del pacto a lo largo de Su ministerio, pero esto aparece bellamente, por ejemplo, en la institución de Cristo de la Cena del Señor, donde emplea el lenguaje del Antiguo Testamento de la sangre del pacto, al presentar este Nuevo Testamento, nuevo pacto, la ordenanza de renovación del pacto, la Cena del Señor. En el corazón se encuentra el mensaje de Su muerte sacrificial en Su cuerpo quebrantado y sangre derramada por Su pueblo, pero notarás que los temas del reino, el Mediador y el pacto del Antiguo Testamento terminan en la persona de Cristo.

Todo esto tiene relevancia para la predicación del Nuevo Testamento, la predicación de los apóstoles y la predicación de la iglesia hoy en día. Pablo escribe en Romanos 16:25–27: “Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que, por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén”. La iglesia está llamada a predicar a Cristo, Su persona y Su obra. Verás todo esto a través de las Escrituras del Nuevo Testamento. 1^{ra} Corintios 1:23: “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura”.

Al estudiar el libro de Hechos, capítulo tras capítulo tras capítulo se registra la historia de la predicación apostólica. Hechos 5:42: “Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo”. La encarnación de Cristo proporciona la exhibición de la gloria divina. La revelación de Dios a través de Cristo y el mensaje que Cristo proclamó están todos unidos. Esto configura el contenido y el enfoque de la predicación de la iglesia actual. Cristo debe tener la preeminencia. Él debe ser alto y elevado, atrayendo a los hombres a Sí mismo. Para predicar bíblicamente, debemos predicar a toda la persona y toda la obra de Cristo a través de todas las Escrituras. Como Pablo resume en 1^{ra} Timoteo 3:16: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la

piEDAD: Dios fue manifestado en carne”, aquí está la encarnación, “justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria”.

Bueno, en esta lección, hemos visto que Dios muestra la revelación más completa y final de Su gloria al enviar a Su Hijo al mundo. En la próxima lección, consideraremos cómo Dios expande más esta revelación a través de la obra de la expiación de Cristo.

Lección 23

LA EXPIACIÓN

Tema de la Lectura:

Dios accede a revelar Su gloria a través de la obra de la expiación terminada por Cristo.

Texto:

“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado”
(1^{ra} Co. 2:2).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 23

El mundo no puede ver las realidades espirituales. Están ciegos, andan a tientas en la oscuridad de la incredulidad. Pablo dice que miran la cruz y la consideran una insensatez. ¿Qué podría ser más tonto que la aparente debilidad de un líder, un rey, un salvador, que sufre la derrota definitiva de una ejecución espantosa? Esto no muestra el tipo de poder que el mundo estima. Frente a estas críticas desdeñosas, Dios nos revela la verdad, la verdad que expone la ignorancia del mundo. La cruz manifiesta la sabiduría y el poder de Dios, al defender la justicia divina, al tiempo que concede la misericordia para asegurar la salvación de Su pueblo. La crucifixión de Cristo apareció ante el ojo humano como una derrota colosal, pero, de hecho, en ese preciso momento Dios mostró Su mayor triunfo. Cristo ganó la victoria sobre el pecado, Satanás, la muerte y el infierno, y no lo hizo a pesar de la cruz sino a través de la cruz. Entonces, podemos decir con Pablo en 1^{ra} Corintios 1:18: “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”.

¿Cómo el impulso creciente de lo que aprendimos en el Antiguo Testamento culmina en la obra expiatoria de Cristo? ¿Cómo se expresan plenamente esos temas teológicos del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento? ¿Por qué es la cruz central para el Nuevo Testamento y la Biblia en su conjunto? ¿Cuáles son los diversos componentes de la expiación y qué nos enseñan sobre el contenido del Evangelio? ¿Qué aseguró exactamente la cruz en términos de salvación, y por quién murió Cristo? En esta lección, dirigimos nuestra atención a uno de los eventos más grandes en la historia de la redención de Dios. Pero primero, debemos distinguir entre el objeto del logro de la salvación y la aplicación subjetiva de la redención. Entonces, el primero habla de la obra de Cristo por nosotros, mientras que el segundo se refiere a la obra de Cristo en nosotros. En estas primeras cuatro lecciones sobre el Nuevo Testamento, nos centramos principalmente en el objetivo del logro de la salvación; Esa es la obra de Cristo por nosotros. Y, algunas de las últimas lecciones se concentrarán en la aplicación de la salvación al creyente, es decir, la obra de Cristo en nosotros. Pero, siempre deben mantenerse juntas en el equilibrio bíblico. Enfocarse en una, excluyendo a la otra, distorsionaría el mensaje del evangelio de la Biblia. Por lo tanto, vamos a centrar nuestra atención en este tema de la expiación.

En primer lugar, observaremos el desarrollo histórico de este tema de la expiación. La revelación del plan de redención de Dios comenzó, como recordarás, en Génesis 3:15: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre

tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. El aplastamiento de la cabeza de la serpiente por parte de Cristo llega a su plena realización en su obra encarnada, pero en el proceso, el talón de Cristo es herido, una referencia a su obra en la cruz. Leemos en 1^{ra} Juan 3:8: “El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”. Esto se confirma aún más, por ejemplo, en Colosenses 2:15: “Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”. Toda la historia del Antiguo Testamento predijo esta gran obra, y el Nuevo Testamento explica el cumplimiento en Cristo.

Entonces, con respecto al éxodo, leemos en 1^{ra} Corintios 5:7: “Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”. El Nuevo Testamento comienza con la declaración de Juan el Bautista: “He aquí, el Cordero de Dios”. Y el Nuevo Testamento termina con esa misma imagen. En Apocalipsis 5:12, hay una imagen de Cristo en el cielo después de Su ascensión, y leemos: “Que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”. Las referencias al Cordero se pueden encontrar hasta el final del libro en el capítulo 21:14.

Como exploraremos más adelante, Cristo cumple con los temas del Antiguo Testamento de fiador, sacrificio, sustituto, rescate, redención, etc. El punto que quiero establecer es que tu comprensión de estos conceptos del Nuevo Testamento será muy limitada sin una comprensión completa de la teología del Antiguo Testamento. Los cuatro Evangelios revelan la historia de la obra de Cristo en la tierra, cada uno de ellos aportando un énfasis diferente. Leemos de Su vida, muerte, resurrección y ascensión. Notarás que los cuatro Evangelios dedican una proporción significativa de espacio a todo lo que conduce a la crucifixión de Cristo y alrededor de ella. Por ejemplo, casi la mitad del libro de Juan está dedicado a la última semana de la vida de Cristo y los eventos de Su muerte. El resto del Nuevo Testamento está dedicado a exponer las implicaciones de la obra de Cristo, especialmente Su expiación. Es por esto que Pablo dice: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Corintios 2:2).

Entonces, en segundo lugar, en esta lección queremos enfocarnos especialmente en la teología de la cruz. De ese modo, en la teología de la cruz: debemos ver que Dios da una revelación acerca Sí mismo a través de la obra expiatoria de Cristo. Entonces, Dios nos está mostrando quién es Él a través de lo que hace. Dios no puede cambiar. Él es un Dios santo y justo, por lo que Su provisión de salvación debe corresponder con Su carácter. El verdadero evangelio es el único medio para lograr esto, por lo que cuando Pablo enseña el evangelio, dice en Romanos 3:26: “Con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”. ¿Cómo puede Dios seguir siendo justo y aún ser el justificador de aquellos que obviamente son impíos? El evangelio proporciona la única respuesta. Así que, por ejemplo, Su justicia se sostiene en el castigo total del pecado y la satisfacción de Su ira al colocarla sobre Cristo como el Sustituto que está en lugar de Su pueblo. Él manifiesta Su magnífico amor por Su pueblo, reuniendo en la cruz tanto Su justicia como Su amor.

En este punto, exploraremos el lenguaje y la teología que se encuentran en el Nuevo Testamento. Permíteme destacar especialmente cuatro ejemplos principales con respecto a la teología de la cruz. El primero es el sacrificio, el tema del sacrificio. Este es un tema dominante en todas las Escrituras y una parte importante del papel del Mediador al ofrecerse a Sí mismo como un sacrificio. Entonces, Efesios 5:2 dice: “Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. Como sabes, toda la economía del Antiguo Testamento con Su sistema de sacrificios apuntaba hacia adelante, al sacrificio de Cristo. La idea central en esta doctrina es la de la sustitución. Esto es lo que se entiende por una expiación vicaria sacrificial. *Vicario* se refiere al sustituto, Cristo, es nuestro sustituto penal. Él está puesto en lugar de Su pueblo y expía su pecado.

Como aprendimos en una lección anterior, este sacrificio expiatorio incluía tanto la expiación como la propiciación. Estas son dos grandes palabras teológicas, pero tienen un significado simple e importante. La *expiación* se refiere a borrar y eliminar el pecado, más específicamente, quitar la culpa del pecado. Apocalipsis 1:5 dice: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”. Pero también hay la *propiciación*, y esto se refiere a satisfacer la justicia divina y apaciguar la ira de Dios. Leemos en Romanos 5:8–9: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira”. Aunque algunos objetan este aspecto de la expiación, es una parte indispensable del evangelio. Dios, por Su naturaleza como un Dios justo y justo, debe reflejar ira hacia

todo el pecado. Entonces, esa ira debe ser eliminada a través de la muerte de Cristo, Su muerte, para satisfacer la justicia divina, 1^{ra} Juan 4:10: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”.

Un segundo tema bajo la teología de la cruz es la reconciliación. Entonces, leemos uno de los muchos ejemplos en Romanos 5:10–11: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”. La reconciliación es una parte importante de este tema de la expiación y de la teología de la cruz. La reconciliación se refiere a la eliminación de nuestra enemistad con Dios; así, la expiación de Cristo elimina nuestro alejamiento de Dios, y más bien, restaura la amistad y la comunión con Dios. Esta es una buena noticia, un mensaje que debe ser proclamado en el evangelio; Y es una parte importante de la predicación. Escucha la descripción de Pablo en 2 Corintios 5:18–20: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”.

Así que, el primer tema es el sacrificio. El segundo es la reconciliación. Un tercer tema es la redención. Efesios 1:7: “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. La redención se refiere a nuestra liberación y el pago de un precio para recomprarnos a Sí mismo, la idea del rescate. Este concepto obviamente era prominente en el Antiguo Testamento; Todo el evento del éxodo de Egipto fue sobre la redención. Tienes el mismo tema en la santificación del primogénito y en el concepto del rescatador del pariente, que aparece no solo en la ley, sino que se ejemplifica en el libro de Rut y así sucesivamente. Todo esto es muy claro en el Nuevo Testamento. Esto incluye la idea de Cristo como nuestro Fiador. Como Fiador, asumió la responsabilidad de pagar la deuda por los pecados de Su pueblo. El Nuevo Testamento también deja claro que Cristo fue el rescate. El precio pagado por nuestra redención fue el derramamiento de sangre de nuestro Salvador. Cristo se refiere a Sí mismo en Marcos 10:45 cuando dice: “Para dar su vida en rescate por muchos”.

Más específicamente, el pueblo de Dios está redimido de la esclavitud espiritual, y esto se puede ver bajo cuatro puntos. El pueblo de Dios es redimido de la esclavitud espiritual. Primero que nada, son redimidos de la esclavitud del pecado, su culpa, su impureza, su poder, etc. Entonces, leemos en Tito 2:14 de Cristo “Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, ...celoso de buenas obras”. En segundo lugar, el pueblo de Dios es redimido de la maldición de la ley. Gálatas 3:13 dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero”. En tercer lugar, el pueblo de Dios es redimido de las obras del diablo. Ves esto en 1 Juan 3:8, por ejemplo. En cuarto lugar, el pueblo del Señor es redimido del poder de la muerte. Hebreos 2:14 dice: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”. Esto también se menciona maravillosamente al final de 1^{ra} Corintios 15. Entonces, la redención es otro componente importante de la teología de la cruz y de nuestra comprensión de la expiación.

Un cuarto tema es el de la obediencia, y esto lo explicamos a menudo tanto en la obediencia activa como en la obediencia pasiva de Cristo. Entonces, la salvación requiere obediencia a Dios. Eso está claro, pero los teólogos distinguen entre dos aspectos. Estos son aspectos: la obediencia activa y la obediencia pasiva de Cristo. Ambas describen la totalidad de la obra de Cristo. Recuerda el final de 2^a Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Déjame explicarte esto brevemente. La obediencia activa de Cristo se refiere al cumplimiento de lo que exige la ley. Entonces, Dios requiere obediencia perfecta a Su ley para poder ser aceptable ante Sus ojos. En Su vida, Cristo obedeció en nombre de Su pueblo los preceptos de la ley, todos los requisitos de la ley, obteniendo así un registro de justicia perfecta, el cumplimiento perfecto de la ley. Y, la justicia perfecta de Cristo es imputada o acreditada a Su pueblo y recibida por ellos por la fe. Ahí está Su acto de obediencia.

En segundo lugar está Su obediencia pasiva. Esto se refiere a Cristo sufriendo la pena requerida por la ley. Entonces, la ley de Dios también exige un castigo justo por el pecado. Cristo paga el castigo de la ley y soporta su maldición en lugar de Su pueblo: Filipenses 2:8: “Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo,

haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. Por lo tanto, este tema de la obediencia en relación con la expiación y la teología de la cruz se puede seguir también a través del Nuevo Testamento. En resumen, en el segundo punto, observa cómo la expiación de Cristo corresponde a todas nuestras necesidades.

Miramos cuatro cosas diferentes. En primer lugar, el sacrificio corresponde a nuestro problema de culpa e ira. La reconciliación corresponde a nuestro problema alienación de Dios y nuestra enemistad con Él. La redención corresponde al problema de la esclavitud, y la obediencia corresponde al problema de las exigencias de la ley de Dios. En otras palabras, la teología de la cruz se adapta perfectamente a las necesidades del pueblo de Dios y les brinda salvación plena. La cruz era necesaria. Dios no podría haber redimido a Su pueblo de otra manera. Por ejemplo, Él no podría haberlos redimido simplemente declarando el perdón de sus pecados. Esto es, porque la justicia de Dios tenía que mantenerse. La obra de Cristo en la cruz proporciona un contenido esencial al mensaje del verdadero evangelio. Dios revela lo que ha logrado para la salvación de Su pueblo, y la cruz es una exhibición tanto de la justicia de Dios como de Su amor. Vemos en la cruz lo que cantamos en el Salmo 85:10: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”.

En tercer lugar, en esta lección, debemos considerar el alcance de la expiación. Entonces, por último, debemos abordar la pregunta: “¿Quiénes son los destinatarios de las bendiciones de la expiación?”. Otra forma de hacer la pregunta es esta: ¿por quién murió Cristo? Esta es una doctrina que a menudo se malinterpreta. Hay un sistema de teología llamado Arminianismo que enseña que Cristo murió por todos los hombres, expiado por los pecados de todos los hombres, pero contrariamente a esta enseñanza incorrecta, la Biblia enseña que Cristo murió por Su propio pueblo escogido. Esto es importante, y es importante porque afecta nuestra comprensión de la naturaleza misma de la expiación en sí misma como verás. Esta doctrina encaja dentro del contexto más amplio de lo que la Biblia enseña acerca de la depravación total y la incapacidad espiritual del hombre y la elección de Dios, Su elección soberana de Su pueblo. Entonces, al hacer la pregunta, ¿por quién murió Cristo? Pensemos por un segundo sobre el alcance de esa pregunta. Y puede ayudar, en primer lugar, establecer lo que no se está cuestionando. El evangelio debe ser proclamado a cada persona en el mundo. La salvación se predica indiscriminadamente a todos los que escuchan el evangelio, y la suficiencia de la obra de Cristo no está siendo cuestionada.

Por otro lado, lo que se está diciendo es esto: el alcance de la expiación: ¿quiénes son los destinatarios de sus bendiciones? Está arraigado en la naturaleza de la expiación misma. Eso es lo que se destaca aquí. Cristo no creó simplemente el potencial hipotético para que algunos sean salvos. Él realmente aseguró y logró la salvación certera y definitivamente, para Su pueblo escogido y elegido. Dado que todos los cristianos creen que no todos van al cielo, la pregunta es: “¿Quién limita la expiación? ¿Dios o el hombre? La respuesta es: Dios establece los parámetros para la expiación. También debemos reconocer una comprensión de lo que se dice. Necesitamos reconocer que el pecado de la incredulidad y, en consecuencia, el don de la fe, están asegurados en la expiación misma. Cuando Cristo murió, murió por el pecado de la incredulidad, y murió para asegurar el don de la fe.

También reconocemos que el amor de Cristo por Su novia es diferente a Su disposición hacia el resto del mundo, y debemos tener en cuenta que no puede haber un doble pago. ¿Qué significa eso? Significa que no puede darse el caso de que Cristo pague por los pecados de todos los hombres, y luego algunos incrédulos deben pagar por ese mismo pecado nuevamente en el infierno. Eso no tiene sentido. La Biblia entera enseña este particularismo: Dios provee expiación para Su pueblo elegido. Lo vemos en el Antiguo Testamento. Dios, a partir del consejo de Su propia voluntad, eligió a un pueblo en particular para Sí mismo, Israel, como distinguido del resto del mundo, y Él les proporcionó la salvación. Así, por ejemplo, en Deuteronomio 7:6–8 leemos: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto”.

Todo el sistema de sacrificios en el Antiguo Testamento enseñaba la misma verdad. Los sacrificios, que significaban expiación, se aplicaban a un pueblo en particular, no al mundo entero. Podríamos considerar una gran cantidad de textos. Piensa, por ejemplo, en los pronombres utilizados al final de Isaías 52 que comienzan en el versículo 13 y que van hasta Isaías 53. Vemos lo mismo en el Nuevo Testamento en la página de inicio. En Mateo 1:21 leemos: “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a Su pueblo de sus pecados”.

Jesús enseña lo mismo en Juan 10:14–15: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas”. A lo largo de toda la oración sacerdotal de Cristo en Juan 17, hace repetidas referencias a aquellos a quienes el Padre le había dado, y dice: en el versículo 9: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son”. Pablo acusa a los ancianos de Éfeso en Hechos 20:28: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”. Podríamos proporcionar más textos, pero esto debería ser suficiente.

Ahora, permíteme tejer estos hilos al exponer el argumento bíblico en su conjunto, y nos dirigiremos a John Owen, un puritano inglés del siglo XVII, quien lo explica muy claramente. Escucha con atención e intenta entender lo que dice. El argumento bíblico sobre el hecho de que Cristo murió por Su pueblo electo es así:

“El Padre impuso su ira y el Hijo fue castigado por: 1) todos los pecados de todos los hombres, 2) todos los pecados de algunos hombres, o 3) algunos de los pecados de todos los hombres. En cuyo caso se puede decir”, primero que todo, “si lo último es cierto”, que Cristo fue castigado por algunos de los pecados de todos los hombres, entonces “todos los hombres tienen pecados por los que responder, y por lo tanto, ninguno es salvo”. Podemos quitar eso de la lista. En segundo lugar, “si el segundo es verdadero”, que Cristo murió por todos los pecados de algunos hombres, “entonces Cristo, tomando su lugar, sufrió por todos los pecados de todos los elegidos en todo el mundo, y esta es la posición que es verdadera”, Pero, en tercer lugar, y esto se dirige a los arminianos, “si el primero es el caso”, que Cristo murió por todos los pecados de todos los hombres, “¿por qué no todos los hombres están libres del castigo que merecen sus pecados? Respondes, por la incredulidad”. Owen dice: “Entonces pregunto, ¿es esta incredulidad un pecado, o no lo es? Si la respuesta es sí, entonces es un pecado y Cristo sufrió el castigo debido, o no lo hizo. Si lo hizo, ¿por qué debería estorbarles más que sus otros pecados por los cuales murió? Pero si Él no murió por ese pecado, entonces no murió por todos sus pecados.

Aquí puedes ver la fuerza del argumento bíblico, muy bien resumida por John Owen. La respuesta a la pregunta con respecto a la extensión de la expiación, ¿por quién murió Cristo? La respuesta que da la Biblia es que Cristo murió por Su pueblo elegido. Permíteme ilustrar las implicaciones de esta doctrina en cuanto a la experiencia cristiana. ¿Qué pensarías tú de un esposo que le dijo a su esposa que la amaba pero que también ama a todas las demás mujeres del mundo igual que a ella? Bueno, estarías terriblemente ofendido, y con razón. Cuando el cristiano mira la cruz, ve el amor particular de Cristo por su novia, no el amor genérico de una masa nebulosa e indefinida de humanidad. Cristo llevó a Su pueblo específico en Su corazón y en Su mente cuando se ofreció a Sí mismo como un sacrificio por sus pecados. Esto constituye una gran ayuda para la seguridad del amor de Dios. El cristiano puede decir: “Cristo estaba asegurando la expiación de mis pecados en particular y asegurándolos por amor a mí”.

Bueno, para concluir, en esta lección hemos concentrado nuestro enfoque en la obra sacrificial de Cristo, Su obra de expiación. Vemos que Dios accede a revelar Su gloria a través de la obra de la expiación terminada por Cristo. El evangelio es el centro de la Biblia, y la expiación de Cristo es el centro del evangelio. En la próxima lección, exploraremos el próximo gran evento en la historia de la redención de Dios. Después de Su muerte viene la resurrección del Señor Jesucristo. Consideraremos juntos este evento de la resurrección.

Lección 24

LA RESURRECCIÓN

Tema de la Lectura:

Dios revela Su gloria a los hombres y ángeles a través de la resurrección triunfante de Cristo, mediante la cual asegura la redención prometida de Su pueblo.

Texto:

“Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (1^{ra} Co. 15:17–18).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 24

La Biblia está llena de lo que podríamos llamar grandes reveses. Una y otra vez a lo largo de la historia redentora, el pueblo de Dios parece estar al borde del desastre cuando de repente e inesperadamente el Señor da la vuelta a todo y trae una gran victoria. Piensa en Israel de espaldas al Mar Rojo y al ejército más feroz del mundo, Egipto, presionándolos. Todo se ve perdido. Entonces, el Señor separa el mar Rojo, lleva a su pueblo a través de tierra seca y ahoga a los ejércitos de Faraón en el mar. ¡Qué liberación y qué inesperada! O, piensa en el relato de Ester hacia el final de la era del Antiguo Testamento. Te encuentras sentado en el borde de tu asiento mientras Hamán planea la destrucción de los judíos, y una vez más, aparentemente en una fracción de segundo, Dios da la vuelta a todo y salva a Su pueblo. El Antiguo Testamento está lleno de este tipo de ejemplos. Entonces, estamos acostumbrados al patrón de Dios.

Ahora, imagina a los discípulos de Cristo. Deben haber sentido una derrota abrumadora en la cruz. Su mundo entero se vino abajo al morir su Señor, pero como veremos en esta lección, la cruz no fue el final de la historia. Cristo triunfó sobre la muerte en Su resurrección y aseguró la victoria más magnífica de la historia. ¿Fue anticipada la resurrección de Cristo en el Antiguo Testamento? ¿Fue la naturaleza del cuerpo de Cristo después de la resurrección la misma que antes? ¿Seguía siendo un verdadero cuerpo? ¿Cómo sirvió la resurrección de Cristo como una vindicación pública de sí mismo? ¿Cuál es la relación entre la resurrección de Cristo y la salvación de las almas del pueblo de Dios? ¿Cómo se relaciona con la futura resurrección de los cuerpos de los creyentes? En esta lección, consideraremos el próximo gran evento en la historia bíblica: la resurrección de Cristo. Exploraremos el lugar de Su resurrección dentro del plan de redención de Dios y las implicaciones para la salvación del pueblo de Dios.

Entonces, en primer lugar, concentrémonos en la propia resurrección de Cristo. El Antiguo Testamento proporciona varias referencias a la resurrección de Cristo. Por ejemplo, cantamos al respecto en el Salmo 16:10: “Porque no dejarás mi alma en el Seol”, o, la tumba, “ni permitirás que tu santo vea corrupción”. En Hechos 2:27–31, Pedro cita este texto del Salmo 16 en un sermón, diciendo que hablaba de la resurrección de Cristo,

prediciendo que Dios levantaría a Cristo para sentarse en el trono de David. Pablo se refiere al mismo pasaje, junto con Isaías 55:3 y el Salmo 2:7, en un sermón en Antioquía. Puedes leer eso en Hechos 13:30–37, pero hay otros. Piensa en Jesús mismo, quien cita la experiencia de Jonás como un tipo de resurrección de Cristo en el Antiguo Testamento.

En Mateo 12:38–40 leemos: “Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal. El respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”. Después de la muerte y sepultura de Cristo, se levantó de la tumba al tercer día. El cuerpo de resurrección de Jesús era un verdadero cuerpo físico, no solo la apariencia fantasmal de un cuerpo. Comió con sus discípulos, les mostró Sus manos perforadas por los clavos e invitó a Tomás a tocar y palpar Su cuerpo. Era Su verdadero cuerpo, el que tenía antes de Su muerte, aunque ahora había sido renovado; y sería glorificado aún más en Su ascensión al cielo.

La resurrección de Cristo fue el mayor milagro de todos, y la declaración definitiva y pública de Su vindicación. Déjame dar algunos ejemplos de lo que la resurrección demostró. En primer lugar, demostró que Cristo es el Mesías de Dios. En Hechos 2:36 leemos: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”. También demuestra que Él es el Hijo de Dios tal como lo había proclamado. En Romanos 1:4, Pablo dice: “Que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”. En tercer lugar, demostró que Su sacrificio fue aceptado por Dios para la redención de Su pueblo. En Romanos 4:25, dice: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Finalmente, aprendemos que el Señor Jesucristo reina como Soberano sobre todos. En Apocalipsis 1:18, tenemos esta visión del Señor Jesucristo para el apóstol Juan, y Jesús dice: “Y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades”.

A pesar de los frecuentes ataques de los incrédulos contra la resurrección de Cristo, la verdad de Su resurrección es muy clara. Fíjate en solo un puñado de cosas. En primer lugar, tenemos la tumba vacía. La tumba vacía fue descubierta por múltiples fuentes independientes. Los primeros testigos fueron mujeres, y luego sus discípulos. Notarás que, en el primer siglo, y especialmente entre los judíos, las mujeres tenían un estatus social bajo, de hecho, un estatus que les prohibía actuar como testigos legales en los tribunales. Es el caso, obviamente, de que los discípulos no habrían inventado una historia que tuviera a mujeres como primeros testigos si no fuera verdad. Entonces, los testigos incluyen a mujeres, a Sus seguidores y a Sus discípulos, pero también incluyeron a los enemigos judíos de Jesús. Se nos dice que sobornaron a los soldados para que mintieran y dijeran que Sus discípulos habían robado el cuerpo de Cristo. Leemos sobre eso en Mateo 28:11–15.

En segundo lugar, hubo muchos testigos presenciales del cuerpo físico resucitado de Cristo. Entonces, en 1^{ra} Corintios 15:6, Pablo nos habla de más de 500 personas que vieron a Cristo después de la resurrección y que aún vivían, la mayoría de ellas, en el momento en que Pablo lo estaba escribiendo, y que, por lo tanto, podían ser entrevistadas y cuyo testimonio colectivo no se podía discutir. Otro testigo presencial fue el mismo Pablo, un archienemigo de la iglesia, que se convirtió a través de su experiencia de ver a Cristo resucitado y ascendido en el camino hacia Damasco.

En tercer lugar, los discípulos, como judíos, creían en la futura resurrección del cuerpo al final de los tiempos, pero no habrían tenido el concepto de un Mesías derrotado, y mucho menos una resurrección antes del día final. Desde luego, esto es así a pesar de la enseñanza de Jesús. Él los había instruido en estas verdades, aunque tardaron en verlo y creerlo hasta después de que sucediera. Pero, su experiencia de la resurrección de Cristo se convirtió en la fuerza dominante del ministerio y la predicación de la iglesia. Como se ve en el sermón de Pedro en Hechos 2 y en todo el resto del Nuevo Testamento, la resurrección de Cristo fue fundamental para el evangelio y la ortodoxia bíblica. De hecho, la doctrina de la resurrección es tan indispensable para la salvación que nadie puede ser un verdadero cristiano o ir al cielo a menos que afirme esta verdad. Leemos en Romanos 10:9: “Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Y así, la influencia de la resurrección del Señor Jesucristo sobre los discípulos los transformó. Salieron con gran audacia proclamando a la persona y la obra de Jesucristo, y se fortalecieron, y fueron impulsados y motivados por su experiencia de verlo después de la resurrección.

A lo largo de este primer punto, hemos estado considerando el acto de Dios de resucitar a Cristo de entre los muertos. Este fue un verdadero evento histórico en la historia de la redención que estamos estudiando en este curso. Pablo dice: “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (1^{ra} Corintios 15:17–18). Para entender la teología de la resurrección, debemos considerar las implicaciones que tiene en cuanto a la salvación del pueblo de Dios. ¿Cómo se relaciona la resurrección de Cristo con el plan de Dios para salvar a Su pueblo? Consideraremos eso bajo dos puntos. Entonces, en primer lugar, estábamos viendo la resurrección de Cristo. En segundo lugar, la resurrección pasada de los creyentes, o la resurrección espiritual pasada de los creyentes. El Nuevo Testamento habla de que el creyente ya fue resucitado con Cristo en un sentido y todavía no lo ha hecho con Cristo en otro sentido. En primer lugar, consideraremos cómo el cristiano ya ha sido resucitado con Cristo, su pasada resurrección espiritual. Los cristianos experimentan el poder de la resurrección de Cristo y la salvación de sus almas.

Ahora, para entender esto, primero debemos reconocer que el Nuevo Testamento enseña una conexión entre la resurrección de Cristo y la resurrección de los creyentes. Esa conexión es a través de la unión de los creyentes con Cristo. Veremos con mayor detalle la unión con Cristo en la lección 27. Debido a que el creyente está unido a Cristo, todo lo que Cristo ha logrado, lo ha logrado para ellos y se convierte en algo que les pertenece, en Él. El poder de Su resurrección está obrando en su salvación. Ahora, ¿por qué sería esto necesario? La respuesta es porque los hombres por naturaleza están espiritualmente muertos. En una lección anterior aprendimos sobre la depravación total, la incapacidad del hombre. Es a través del poder de la resurrección de Cristo que los creyentes son llevados a novedad de la vida. Entonces, leemos en Efesios 2:5–6: “Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”.

Vemos esto reforzado nuevamente en Colosenses 2:12–13: “Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida”, o los ha hecho vivir, “juntamente con él, perdonándoos todos los pecados”. Entonces, ves que el poder de la resurrección de Cristo se ejerce en el alma y la salvación del creyente. La resurrección de Cristo también aseguró nuestra justificación como vimos anteriormente en Romanos 4:25: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Además, la guerra en curso de los creyentes contra el pecado en la vida cristiana depende del obrar del poder de la resurrección de Cristo al permitirles mortificar el pecado. El creyente puede, con razón, considerarse muerto al pecado y fuera del dominio del pecado y, por lo tanto, no está obligado a servir al pecado. Si lees Romanos 6:4–10, verás esto explicado.

Por lo tanto, toda la orientación de la mente y los afectos del cristiano debe centrarse en Cristo en el cielo. Perseguimos Su interés en la gloria como aquellos que son resucitados con Él. Pablo dice en Colosenses 3:1: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”. Y así, debido a la unión del creyente con el Señor Jesucristo, la resurrección de Cristo incluye al creyente. Ellos son resucitados con Él, y ese poder de la resurrección se ejerce para salvarlos y santificarlos. Por lo tanto, esto se refiere a la resurrección espiritual pasada del creyente, el pecador tomado de la muerte en pecado y traído a la vida, resucitado, por así decirlo, a la novedad de la vida en el Señor Jesucristo.

En tercer lugar, tenemos la futura resurrección corporal de los creyentes, la resurrección del cuerpo en el día final revivió la gloria. Leemos en 2^{da} Corintios 4:14: “Sabido que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros”. El evangelio imparte la esperanza de la resurrección futura del cuerpo del creyente, por lo que, si vas a 1^{ra} Corintios 15, ese es el capítulo más completo o de mayor longitud en el Nuevo Testamento dedicado a esta doctrina; allí encontrarás mucha ayuda. Pero, incluso a principios del periodo del Antiguo Testamento, encontramos referencias a la resurrección. De esta manera, por ejemplo, vemos a Job declarando su confianza en la resurrección de su cuerpo. Qué hermoso pasaje al final de Job 19:25–27, donde Job, en medio de todos sus sufrimientos, habla de cómo estará sobre la tierra en el día final y con sus propios ojos verá su Redentor y así sucesivamente.

Esta futura resurrección corporal del creyente también está vinculada a nuestra unión con Cristo. Vemos esto tanto en el concepto de Cristo como la primicia, y como el primogénito de entre los muertos. Pablo dice que Cristo se ha adelantado a Su pueblo, asegurando su resurrección a través de los suyos. Así como Él fue resucitado,

también aquellos que se unieron a Él por fe también serán resucitados y sentados con Él en los lugares celestiales: 1^{ra} Corintios 15:20–23: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”. Entonces, las primicias son como un pago inicial. Garantizan que todo lo demás seguirá.

Debido a que el Señor Jesús ha sido resucitado, así también, Su pueblo en unión con Él tendrán sus cuerpos resucitados. Él es la primicia. Del mismo modo, Pablo dice en Colosenses 1:18: “Y él”, que es Cristo, “es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia”. Cristo es la cabeza. La iglesia es el cuerpo. Donde está la cabeza, el cuerpo también debe estar. Y así, si la cabeza ha sido resucitada y sentada en el cielo, donde el cuerpo debe seguir. Él es el primogénito de todos aquellos que experimentarán esta resurrección con él. Y así, la unión con Cristo también resulta en la resurrección corporal del cristiano en la segunda venida de Cristo en el último día.

Todos los hombres serán resucitados de entre los muertos. Los creyentes serán resucitados para gloria, y los cuerpos de los incrédulos también serán resucitados, pero para condenación. Aquí vemos cómo la pregunta 38 del Catecismo Menor de Westminster describe lo que le espera a la experiencia de los creyentes. Dice: “Los creyentes, levantándose en gloria en la resurrección, serán públicamente reconocidos y absueltos en el día del juicio, y entrarán en una perfecta bienaventuranza en el pleno goce de Dios por toda la eternidad”. Cuando Cristo vino a salvar a su pueblo, vino para salvar a cada uno de ellos: a toda su persona, tanto sus almas, como sus cuerpos. Si no hubiera una resurrección corporal, entonces la salvación estaría incompleta. Estos mismos cuerpos, estas manos y ojos, los cuerpos que Dios nos ha dado, que ahora presentamos como sacrificios vivos a Cristo, como vemos en Romanos 12:1, y los miembros, las partes de nuestro cuerpo que ahora empleamos como miembros de justicia, como vemos en Romanos 6:13, en el día final serán resucitados y glorificados para servir y adorar al Señor por toda la eternidad.

Esta esperanza segura marca toda la diferencia en nuestra vida en este mundo. Transforma nuestra perspectiva sobre el riesgo y el sacrificio que supone el servicio de Cristo. Recuerda a Jesús diciendo: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. El cristiano reconoce que lo peor que le pueden hacer es destruir su cuerpo. ¿Y qué es eso, si el cristiano confía en que ese mismo cuerpo que está en la tumba, quizás incluso desmembrado o torturado de alguna manera, será resucitado del polvo y de las cenizas y glorificado ante el Señor? Esto afecta incluso a los que son llamados al sacrificio final del martirio. Hebreos 11:35 habla de aquellos que “fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección”. Los mártires pudieron ver la amenaza de condena y muerte con confianza y esperanza, sabiendo que los cuerpos que sacrificaron por el testimonio de Cristo no se irían para siempre, sino que serían resucitados por Él. Pero, también alimenta nuestra devoción diaria y servicio a Cristo.

Pablo termina el capítulo más largo sobre la resurrección con las palabras en el último versículo, versículo 58, que dicen: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1^{ra} Corintios 15). Observa ese lenguaje, “firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre”, no a veces sino siempre, El creyente está llamado a gastar y a desgastarse, a dar todo lo que tiene, toda la fuerza y la energía, su tiempo, sus recursos, sus dones, sus favores, etc., y usarlos, emplearlos, en el servicio del Señor Jesucristo, mirando hacia la meta. Nuestra visión del futuro afecta nuestra visión del presente. En efecto, la transforma. Nuestra confiada esperanza en la resurrección lo cambia todo con respecto a la vida cristiana. La resurrección de Cristo fue un evento que transformó la historia y transformó el mundo. Su importancia se ve en el cambio que hizo Dios del Sábado del último día de la semana al primer día de la semana, el día en que Cristo resucitó de entre los muertos. Recordamos y celebramos la resurrección de Cristo cada semana en el sábado cristiano. El sábado sirve como un memorial semanal de este estupendo evento de la resurrección de Cristo.

Bueno, para concluir, hemos explorado el lugar central de la resurrección en la redención y en la historia del plan de Dios para salvar a Su pueblo. Cristo ha resucitado de entre los muertos, pero en la secuencia de nuestros estudios, aún no ha ascendido al cielo para ser glorificado. En este punto, todavía no hemos considerado su ascensión. En la próxima lección, consideraremos uno de los grandes resultados de que Cristo haya no solo resucitado sino también ascendido a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, a saber, el don del derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés.

Lección 25

EL PENTECOSTES

Tema de la Lectura:

El Cristo ascendido derrama Su Espíritu sobre Su pueblo, y el Espíritu glorifica al Hijo, tomando las cosas de Cristo para mostrárselas a Su pueblo.

Texto:

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn. 16:13–15).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 25

Si un ser querido cercano, una persona de la cual dependes enormemente, te dijera que se van y que no volverás a verlos, es probable que quedes devastado. Sentirías un profundo sentimiento de pérdida y podrías preguntarte cómo continuarías en su ausencia. Así es precisamente como se sintieron los discípulos cuando Jesús predijo Su partida en los capítulos 14 a 16 de Juan, pero les aseguró que Su partida no les causaría ninguna pérdida. Más bien, resultaría en una ganancia tremenda para ellos. ¿Cómo es eso posible? La respuesta es: porque Él prometió que les enviaría Su Espíritu, que no solo habitaría con ellos sino también en ellos. ¿Por qué es el Pentecostés un evento significativo en el plan de redención de Dios? ¿Cuál es la conexión entre la partida de Cristo y la venida del Espíritu? ¿Por qué la relación del Espíritu Santo con Cristo en su ministerio terrenal es esencial para nuestra comprensión del derramamiento del Espíritu? ¿Cuál es la relevancia de la ascensión de Cristo para el Pentecostés? ¿Cuál es el papel del Espíritu en la salvación y la vida de cada creyente? En esta lección, consideraremos el cumplimiento de la promesa de Cristo de enviar el Espíritu Santo. El derramamiento del Espíritu lo cambiaría todo, tanto para la salvación del pueblo de Dios como para la misión de Su iglesia. El pentecostés fue un evento único en la historia de la redención de Dios que tendría ramificaciones continuas por el tiempo restante.

En primer lugar, en esta lección señalaremos la promesa de Cristo del Espíritu. Y de esta manera, comenzamos con la promesa de Cristo del Espíritu. Cuando Jesús se acercó al momento de Su muerte sacrificial en la cruz, entregó a Sus discípulos lo que se conoce como Su discurso de despedida, registrado en Juan 14, 15 y 16. Les contó de Su eminente partida y de un lugar que prepararía para que ellos estén con Él donde Él está. Esto fue obviamente desconcertante para los discípulos. Lo vemos en Juan 16:6, pero Él les aseguró, como vemos en el capítulo 14:18: “No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros”. ¿Cómo podía ir y venir? Bueno, la respuesta es que Él vendría a ellos a través de Su Espíritu. Al igual que Él había sido un Consolador para ellos, Cristo había sido un Consolador para ellos, el Padre les enviaría otro Consolador, Juan 14:16: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro

Consolador, para que esté con vosotros para siempre”. Se ve lo mismo en el capítulo 14:26. Es por esta razón que Cristo insiste en que es a su favor que Él se vaya. En Juan 16:7, Jesús dice: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”. El Espíritu Santo tomaría el lugar de Cristo como su representante en la tierra. El Espíritu es el único verdadero Vicario de Cristo, no el Papa de Roma, que es un usurpador y enemigo del Señor Jesucristo.

Dos cosas coincidirían a la vez: la partida de Cristo y la venida del Espíritu, tanto la Ascensión de Cristo como el descenso del Espíritu. Toda esta instrucción fue una preparación para el derramamiento del Espíritu sobre el pueblo de Dios, pero antes de que podamos considerar la relación entre el Espíritu Santo y el cristiano, primero debemos comenzar por explorar la relación del Espíritu Santo con Cristo. Esto es indispensable para entender la teología del Nuevo Testamento. Entonces, eso nos lleva, en segundo lugar, a Cristo y al Espíritu. Leemos en el Salmo 45:7: “Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”. Este texto se cumple en Cristo, como vemos en Hebreos 1:9. A Cristo le fue dado el Espíritu sin medida. El Espíritu vino sobre Cristo antes de que Cristo le diera el Espíritu a Su pueblo. De hecho, Cristo recibió al Espíritu con el propósito de que Su pueblo pudiera recibir al Espíritu.

Entonces, debemos comenzar considerando la relación del Espíritu Santo con Cristo a través de Su ministerio. El puritano John Owen, realmente más que cualquier otro que yo haya descubierto, ha desarrollado este maravilloso tema. Quiero resaltar un puñado de puntos que, a mi parecer, son importantes al respecto. Primero que todo, el Espíritu Santo estuvo presente desde el comienzo de la encarnación de Cristo. Jesús fue concebido milagrosamente por el Espíritu Santo en el vientre de la Virgen María. Al igual que el Espíritu se cernía sobre las aguas en la creación en Génesis 1, así también leemos en Lucas 1:35: “Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”.

En segundo lugar, el Espíritu Santo estuvo activo durante todo el ministerio de Cristo. Entonces, leemos en Isaías 11:2 de la profecía de Cristo, que dice: “Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová”. Esto se refiere a Cristo. El Hijo de Dios en Su humanidad creció en sabiduría por medio del Espíritu Santo, no pasó de la locura pecaminosa a la sabiduría, sino un grado sabiduría santa y sin pecado a otro grado, un grado cada vez mayor, de sabiduría. En Su bautismo, el Espíritu Santo descendió sobre Él como una paloma. Cristo entró en la plenitud del Espíritu en la inauguración de Su ministerio público, y luego fue guiado por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado por el diablo, como vemos en Mateo 4:1, y salió predicando y logrando señales por el Espíritu. En todo momento, el Espíritu está sobre Cristo obrando en Él, por medio de Él y con Él en su ministerio terrenal.

En tercer lugar, vemos el ministerio del Espíritu en la cruz. Entonces, en Hebreos 9:14 leemos: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”. El Espíritu sostuvo a Cristo en Su muerte sacrificial en la cruz, y tal como fue concebido por el Espíritu Santo, así el Espíritu preservó Su cuerpo de la corrupción en la sepultura, en la tumba.

En cuarto lugar, las tres personas de la Trinidad estaban trabajando en la resurrección de Cristo, incluido el Espíritu. Romanos 8:11 dice: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”. El Espíritu tiene un papel en la resurrección de Cristo, y notarás aquí nuevamente la conexión de la unión con Cristo. Ese mismo Espíritu, ese Espíritu que estaba en Cristo, Quien resucitó a Cristo, es el Espíritu que también aviva, da vida, a los cuerpos mortales del pueblo de Dios. Consideraremos el papel del Espíritu Santo en la ascensión de Cristo en el siguiente punto.

Por último, el ministerio continuo del Espíritu Santo es un ministerio centrado en Cristo después de la ascensión de Cristo. En Juan 15:26 leemos: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí”. El ministerio del Espíritu es testificar de Cristo. El enfoque del Espíritu está en Cristo, glorificar a Cristo y mostrar Cristo a Su pueblo. En Juan 16:13–15 dice: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará”, es decir, a Cristo, “porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por

eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber”. Verás, el ministerio en curso del Espíritu Santo es testificar de Cristo, glorificar a Cristo, tomar las cosas de Cristo y mostrarlas a Su pueblo. Bajo este segundo punto, vemos algo muy importante: la relación entre Cristo y el Espíritu.

En tercer lugar, Cristo dando el Espíritu. La ascensión de Cristo marca otro acontecimiento notable en la historia de redención de Dios. Cristo es llevado sobre la altura de los cielos para ser entronizado y para reinar como el Rey de reyes y para servir a Su pueblo como Su Mediador exaltado. Cantamos este maravilloso evento en varios Salmos: Salmos 2, 24, 68, 110 y otros. En esta lección, sin embargo, nos estamos enfocando en una consecuencia principal de la ascensión y el júbilo de Cristo, a saber, el derramamiento del Espíritu sobre Su pueblo. Tal como lo prometió, este gran evento en la historia de la redención tuvo lugar el día de Pentecostés, como se registra en Hechos 2. Leemos a Pedro que dice en Hechos 2:33: “Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”. Todo lo que hemos visto en el punto anterior significa que el Espíritu Santo no puede ser conocido ni disfrutado correctamente separados de Cristo. Es por esto que Él es llamado el Espíritu de Cristo en varios lugares a lo largo del Nuevo Testamento.

Todas las bendiciones de Dios compradas por Cristo se hacen nuestras por medio del Espíritu. Nuestra comunión con el Espíritu está formada por la comunión del Espíritu Santo con Cristo. Ahora entiendes que solo hay un Espíritu Santo, el mismo Espíritu que moró en Cristo es el mismo Espíritu que mora en Su pueblo. No es como si hubiera varios; sólo hay uno. El mismo Espíritu que mora en Cristo, mora en los corazones de todo Su pueblo. Cristo da el mismo Espíritu a todos los que están unidos a Él por la fe. Esto se encuentra en el corazón del nuevo pacto, el Pacto de Gracia, como se profetiza en Ezequiel 36:27: “Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”. Esto no significa que el creyente del Antiguo Testamento no tuviera el Espíritu Santo, lo cual obviamente era necesario para su salvación, por lo cual David puede orar en el Salmo 51:11: “Y no quites de mí tu santo Espíritu”, pero sí quiere decir que en Pentecostés, todos los frutos de la obra completada de Cristo y llena del Espíritu, resultara en una entrega de una medida mucho mayor del Espíritu Santo a Su pueblo.

Como en todas las acciones de Dios, este fue un ministerio de toda la Trinidad. Por ejemplo, el Espíritu Santo fue enviado por el Padre, como lo vemos en Juan 14:16, y el Espíritu Santo fue enviado por el Hijo como lo vemos en Juan 15:26. Específicamente, el Espíritu Santo es enviado a vivir en el pueblo de Dios, a morar en ellos. Entonces, contrario a la enseñanza de algunos, cada cristiano tiene el Espíritu Santo. Hay algunos que enseñan erróneamente que hay cristianos que todavía necesitan recibir el Espíritu Santo, que aún no han recibido el Espíritu Santo. Eso no es lo que enseña la Biblia, como leemos en Romanos 8:9: “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. Entonces, todo cristiano está habitado por el Espíritu.

El Espíritu Santo sirve como un compromiso, una promesa o un pago inicial de la redención total y completada en la resurrección final. El Espíritu Santo es el sello de todo lo que Cristo hizo por Su pueblo. Él es el don del Cristo ascendido. ¿Entonces, qué vemos? Vemos a Cristo enviando un Espíritu. Cristo asciende al cielo. Se le da la plenitud del Espíritu, que luego derrama en el día de Pentecostés sobre Su pueblo y ese Espíritu viene a vivir en el pueblo del Señor, tomando todo lo que pertenece a Cristo y llevándolo a sus almas.

Entonces, eso nos lleva en cuarto lugar al Espíritu y el cristiano. La Biblia enseña que el cristiano nace del Espíritu. Un ejemplo es Juan 3:6: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, a espíritu es”. El Espíritu Santo regenera al creyente y mora en él, llevándolo de la muerte a la vida. Él toma todo lo que Cristo es y todo lo que Cristo ha logrado en la salvación de Su pueblo, y aplica la obra de Cristo a las almas de Sus elegidos. De esta manera, sin el ministerio del Espíritu Santo, no habría nadie que reciba todas las provisiones y todos los logros del Señor Jesucristo.

El Espíritu es el que aplica estas cosas. Él también convence al pueblo de pecado. Él viene a convencer al mundo de pecado, de justicia y del juicio venidero. El Espíritu Santo ilumina al cristiano, consuela al creyente, apoya, santifica y da poder al pueblo del Señor. El lugar del Espíritu en la vida del cristiano es indispensable. Necesitamos reconocer que el ministerio del Espíritu nunca puede separarse de las Escrituras.

Entonces, la Palabra y el Espíritu siempre deben estar unidos. De lo contrario, terminas en problemas. Si tienes la Palabra sin el Espíritu, terminas en el racionalismo. Si tienes el Espíritu sin la Palabra, terminas en el misticismo. Han de mantenerse juntos. El Espíritu que inspiró las Escrituras, como vemos en 2^{da} Timoteo 3:16,

es también el mismo Espíritu que ilumina la mente del creyente, abriendo sus ojos, permitiéndoles entender la Biblia. El Espíritu no le da una nueva revelación al cristiano contemporáneo. Él acompaña la revelación de la Escritura con poder, haciendo que su influencia sea poderosa en el alma.

Entonces, ser guiado por el Espíritu es creer y obedecer lo que la Biblia enseña. Caminar en el Espíritu es caminar en la Palabra según la Palabra de Dios. El canto de los Salmos es un ejemplo que vimos en una lección anterior. En Efesios 5:18–19, Pablo dice: “Sed llenos del Espíritu”, cantando las canciones del Espíritu. En el pasaje paralelo de Colosenses 3:16, dice: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros”, y continúa hablando sobre el canto de la Palabra de Cristo en los Salmos. El Espíritu Santo santifica al creyente a través de la Palabra mientras meditamos en ella al leer, bajo la predicación y al cantar y aplicar la Biblia a nuestras vidas. Y así, para entender correctamente el ministerio del Espíritu, necesitamos entender el lugar de las Escrituras en la vida del creyente.

Por el contrario, no debemos resistir la Palabra de Dios como lo hicieron los judíos en el Antiguo Testamento y en el ministerio de Esteban. Vemos referencias a esto en Hechos 6:10 y en el capítulo 7:51. Estaban resistiendo la Palabra de Dios. Tampoco debemos contristar el ministerio del Espíritu, Efesios 4:30, perdiendo así el poder y el placer de nuestra obediencia. También se nos advierte de no apagar el Espíritu enfriando Su ministerio a través de un estilo de vida pecaminoso, en lugar de arder con amor por Su santidad. Después de todo, Él se llama Espíritu Santo.

El movimiento carismático moderno ha puesto gran énfasis en los dones particulares del Espíritu, como distintos milagros, señales y maravillas extraordinarias. Este es un gran error. Estos dones únicos del Espíritu se dieron como señales y confirmaciones de una nueva revelación en el Nuevo Testamento. Marcos 16:20 dice: “Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén”. Asimismo, Hechos 2:22: “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis”. Los milagros eran signos temporales asociados a la era apostólica, no rasgos permanentes para La iglesia en la historia. Además, los carismáticos han confundido los dones y las gracias del Espíritu Santo al pensar que caminar en el Espíritu significa ejercer poderes sobrenaturales. No podemos separar los dones del Espíritu de la persona del Espíritu Santo, ni los dones del Espíritu del conocimiento de Cristo.

Como vimos anteriormente en esta lección, la principal obra del Espíritu Santo es magnificar al Hijo y tomar las cosas de Cristo y mostrárnoslas a nosotros. Cuando el Espíritu hace esto, resulta en conformidad con Cristo. Leemos en 2 Corintios 3:18: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo”, que se refiere a la Biblia, “la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. El ministerio del Espíritu está en acción. Contemplamos la gloria de Cristo en las Escrituras, la cual el Espíritu nos permite ver. Él nos muestra las cosas de Cristo, y somos transformados a la semejanza de Cristo. La verdad es que en donde el Nuevo Testamento pone su mayor énfasis es en el fruto del ministerio del Espíritu que produce santidad de la semejanza con Cristo en la vida del creyente. Conocerás la famosa lista del fruto del Espíritu que se nos da en el capítulo 5 de Gálatas. En todo esto, puedes ver cómo se unen las piezas de la relación de Cristo con el Espíritu, el derramamiento del Espíritu sobre Su pueblo y el ministerio del Espíritu Santo en el corazón y en la vida del creyente. Afecta, ¿no es así? La manera en que predicamos la Palabra de Dios. Predicamos a Cristo. ¿Por qué predicamos a Cristo? Debido a que la promesa es que el Espíritu magnificará al Hijo, que tomará las cosas de Cristo y nos las mostrará. Y así, cuando estamos predicando a Cristo a lo largo de toda la Biblia, lo hacemos con la seguridad de que esta es precisamente la manera en la que obra el Espíritu Santo.

¿De qué manera los dones de los oficiales de la iglesia son regalos de Cristo por medio del Espíritu a la iglesia? Bueno, los versículos que siguen en Efesios 4 explican que el propósito de estos dones es edificar y construir el cuerpo de Cristo y fortalecer la madurez del pueblo de Dios en la sana doctrina. Consiguientemente, Pablo puede escribir a los corintios y decir en 1^{ra} Corintios 3:21–22: “Porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro”. El papel del Espíritu es indispensable en la vida del cristiano y en la iglesia corporativa del Señor Jesucristo. Cristo es la cabeza de Su cuerpo, la iglesia, y la iglesia está habitada por el Espíritu de Cristo, Quien lleva adelante la obra de redención de Dios, que magnifica al Hijo.

Bueno, para concluir, en esta lección hemos aprendido que el Cristo ascendido derrama Su Espíritu sobre Su pueblo, y que el Espíritu glorifica al Hijo; tomando las cosas de Cristo para mostrarlas a Su pueblo. Puedes ver cómo esto encaja dentro del tema general de este curso, de cómo Dios a lo largo del desarrollo de la historia de la redención va develando la revelación de Sí mismo en Cristo. El ministerio del Espíritu encaja perfectamente dentro de ese marco: la forma en la que Dios revela Su gloria y a Sí mismo a Su pueblo. En la próxima lección, dirigiremos nuestra atención a los destinatarios de esta bendición. Consideraremos lo que el Nuevo Testamento nos enseña acerca de la iglesia del Señor Jesucristo.

Lección 26

LA IGLESIA

Tema de la Lectura:

La Iglesia está construida sobre Jesucristo, la piedra angular principal, como una habitación de Dios a través de la cual magnifica Su gloria a todo el mundo.

Texto:

“Entonces le respondió Jesús... edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:17–18).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 26

A lo largo de la historia, grandes instituciones van y vienen. Leemos sobre el ascenso y la caída de una nación tras otra. Cuando se elevan a su altura de poder, parecen invencibles e incluso como si fueran a permanecer para siempre; pero pueden caer y desaparecer de la tierra, solo para leer al respecto en los libros de historia. Podríamos decir lo mismo de empresas y compañías tremendamente exitosas, así como de las familias poderosas e influyentes con influencia y conexiones internacionales. Todos siguen el mismo curso. Solo hay un reino que permanece verdaderamente indestructible. Solo hay una institución que perdura a través de todas las edades, mientras que todo lo demás se marchita a su alrededor; y esa es la iglesia del Señor Jesucristo. Jesús mismo lo dijo en Mateo 16:18: “Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. La iglesia perdura a través del tiempo y de toda la eternidad. Dios revela que la iglesia es la institución central en el mundo, en la historia y, por lo tanto, en nuestro propio entendimiento.

Entonces, ¿cuál es la naturaleza de la iglesia? ¿Quiénes son los miembros y por qué es eso tan importante? ¿Por qué son tan importantes las marcas que distinguen a la verdadera iglesia de las falsas? ¿Cómo estructuró Cristo el gobierno y la supervisión de la iglesia? ¿Cuáles son los propósitos de la ordenanza de la disciplina en la iglesia? ¿Qué beneficios tienen los miembros de la iglesia? En esta lección, consideraremos el desarrollo de la iglesia después de la muerte, resurrección, ascensión y el don del Espíritu de Cristo. A lo largo de este curso, hemos visto que el plan de redención de Dios en la historia revela Su intención de salvar a un pueblo para Sí mismo como un medio para mostrar Su propia gloria. Él ha levantado un reino en el mundo que sirve como habitación de Dios, por lo que es esencial que entendamos algunas de las características sobresalientes de cómo diseñó Dios la iglesia del Señor Jesucristo. El libro de Hechos nos proporciona el registro inspirado por Dios de la historia prematura de la iglesia. Y, las epístolas del Nuevo Testamento proporcionan detalles de las instrucciones de Dios acerca de la vida y la función de la iglesia bajo el Nuevo Testamento.

Entonces, en primer lugar, consideraremos la naturaleza de la iglesia, y esto subraya la importancia de la iglesia en el mundo. Hemos notado varias veces en lecciones anteriores la continuidad entre el Antiguo Testamento

y el Nuevo Testamento. Hay un pueblo de Dios a lo largo de la historia que existe bajo dos administraciones distintas. Esteban se refiere al Israel del Antiguo Testamento como la iglesia en Hechos 7:38: “Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos”. Del mismo modo, Pablo se refiere a la iglesia del Nuevo Testamento como el Israel de Dios y como Jerusalén y el Monte Sion. Parte de la gloria del Nuevo Testamento incluye la expansión de la iglesia para incluir a una gran proporción de creyentes gentiles, tal como vimos que fue prometido en los primeros capítulos de Génesis y en todo el Antiguo Testamento.

Los propósitos de Dios en la historia se centran en la redención de un pueblo para Sí mismo. Él está levantando un reino en este mundo para Su propio nombre y gloria. Muchos de los temas del Antiguo Testamento que hemos considerado anteriormente encuentran su culminación en la doctrina de la iglesia del Nuevo Testamento. Dios proveyó a Su Hijo como el fundamento sobre el cual la iglesia está construida para que pueda servir como la habitación de Dios. Cantamos sobre esto en el Salmo 118:22–23: “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos”. Leemos sobre el cumplimiento de esto en Efesios 2:20–22. Habla de la iglesia como edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”.

Dios mora en Su iglesia y manifiesta Su presencia allí. En 1^{ra} Corintios 14:24–25, vemos la experiencia de un visitante incrédulo en el culto público de la iglesia. Dice: “Y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros”.

No solo es Cristo el fundamento, sino que también es la única cabeza y Rey de Su iglesia, como veremos en un momento. La iglesia existe para la exhibición de la gloria de Cristo. Colosenses 1:18 dice: “Y él es la cabeza del cuerpo, la iglesia: quién es el principio, el primogénito de entre los muertos; para que en todas las cosas pueda tener la preeminencia”. Entonces, a medida que exploramos la teología de la iglesia en el Nuevo Testamento, reconocemos que todo está relacionado con la historia de redención de Dios y la expansión de su gloria. No podemos abandonar la doctrina bíblica de la iglesia sin impugnar el honor de Cristo. La iglesia no es una convención humana práctica. Es la institución divina establecida por Dios para el avance de Su causa y la exhibición de Su gloria en el mundo. Y, Él la ha bendecido; en Hechos 2:47, la historia prematura de la iglesia, dice: “Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”. En consecuencia, la Biblia no permite que los creyentes se deshagan o se desconecten de Su Iglesia visible y divinamente designada.

El artículo 27 de la Confesión Belga dice esto: “Creemos, toda vez que esta santa congregación es una reunión de los que son salvos, y que fuera de ella no hay salvación, que nadie, de cualquier condición o cualidad que sea, debe permanecer aislado para valerse por su propia persona; sino que todos están obligados a ella y reunirse con ella; manteniendo la unidad de la Iglesia, sometiénose a su enseñanza y disciplina, inclinándose bajo el yugo de Jesucristo, y sirviendo a la edificación de los hermanos, según los dones que Dios les ha otorgado, como miembros entre sí de un mismo cuerpo”. Es una cita larga, pero es un buen resumen de una de las confesiones históricas reformadas sobre la importancia de la iglesia del Señor Jesús.

Ahora, la palabra *iglesia* en la Biblia se usa de varias maneras, especialmente en el Nuevo Testamento. Algunas veces se usa en referencia a la iglesia invisible, otras veces a la iglesia visible. Algunas veces se refiere a una congregación local, otras veces a la iglesia regional. Y, también se refiere a los ancianos que tienen una capacidad judicial para la disciplina de la iglesia. Necesitamos definir algunos de estos puntos importantes de la terminología teológica comenzando con la distinción entre la iglesia invisible y la visible.

No estamos hablando de dos iglesias diferentes. Hay una sola iglesia. Más bien, estamos mirando a la única iglesia desde dos ángulos diferentes. La iglesia invisible se refiere a todos los escogidos a través de todas las edades. Eso, por supuesto, es invisible; no lo podemos ver. La iglesia visible se refiere a todos los creyentes profesantes y sus hijos, a quienes se les da el ministerio y los oráculos y ordenanzas de Dios. Mientras que todos dentro de la iglesia visible disfrutan de privilegios preciosos, no todos necesariamente nacen de nuevo. Para nada. Vemos esta distinción tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, en Romanos 2:28–29: “Porque él no es un judío, que es uno exteriormente; tampoco es esa circuncisión, que es exterior en la carne: sino que él es un

judío, que es uno interiormente; y la circuncisión es la del corazón, en el espíritu, y no en la letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios”.

Otra frase es *la iglesia católica*, la palabra *católica* significa *universal*, por lo que no estamos hablando en absoluto sobre la Iglesia Católica Romana, que enseña una doctrina falsa. La iglesia universal se refiere a la verdadera iglesia en todo el mundo. A lo largo de nuestro estudio, hemos visto que la preeminencia de Jesucristo en el centro de la naturaleza de la iglesia es la doctrina del Nuevo Testamento concerniente al liderazgo de Cristo. Muchos pasajes se refieren a esto. El jefe de la iglesia no es, por ejemplo, el Papa de Roma, que es el usurpador, un enemigo de Cristo. Cristo es el único Rey y Jefe de la iglesia y toda autoridad, por todo lo que debemos creer con respecto a la doctrina, la adoración, el gobierno de la iglesia y la vida cristiana debe derivarse de Su autoridad que se nos comunica en Su Palabra.

La Biblia nos da muchas imágenes de la iglesia, así que he recopilado una lista de ellas para que las lea, pero tendrás que investigarlas más a fondo. Escucha algunas de las descripciones que Dios da de la iglesia en el Nuevo Testamento. La describe como una casa y como un cuerpo. La describe como nuestra madre en Gálatas 4:26, nuestra madre, que es Jerusalén, que está arriba. Describe a la iglesia como el pueblo de Dios, como un edificio, como un reino, como el Israel de Dios, como Jerusalén, como el monte de Sion, como el templo de Dios. D a la iglesia como un campo, la habitación de Dios, la ciudad de Dios, un rebaño, la novia del Señor Jesucristo, los pámpanos de la vid y una comunidad. Eso te da algunas de las imágenes que Dios nos ha dado en Su Palabra con respecto a la iglesia.

Permíteme mencionar brevemente las marcas de la verdadera iglesia, sobre las cuales aprenderás más en tus estudios de teología sistemática. Las marcas de la verdadera iglesia incluyen tres cosas: la administración fiel de la Palabra; En segundo lugar, la administración fiel de los sacramentos. Y, en tercer lugar, la administración fiel de la disciplina eclesiástica. Estas son nuestras marcas que distinguen a la verdadera iglesia de las falsas, pero debes reconocer que fidelidad no quiere decir perfección. La Confesión de Westminster, capítulo 25, párrafos 4 y 5 hablan de esto. Puede ser más o menos visible en la historia. Siempre se mezcla con pureza y error. Incluso las mejores iglesias tienen esa mezcla. Algunas iglesias pueden degenerarse de tal manera, que dejan de ser la iglesia de Cristo por completo y se convierten en sinagoga de Satanás.

En segundo lugar, hablaremos acerca de la membresía en la iglesia. La necesidad de ser miembro de la iglesia se deriva de lo que hemos visto acerca de la naturaleza de la iglesia. Algunos han insistido en que la membresía de la iglesia no es más que una convención bíblica adicional sin ninguna garantía en la Palabra de Dios, o que, al menos, el uso de un rollo de comunión o membresía es una concesión pragmática que puede ser ignorada. Pero, como veremos, ser cristiano en las Escrituras incluye la admisión en un cuerpo visible con el ministerio, la doctrina, las ordenanzas, la disciplina, la organización y la autoridad que Dios le ha confiado. Considere la garantía bíblica que encontramos en Hechos y las epístolas.

En primer lugar, los miembros de la iglesia se bautizaron y agregaron, según se dice, a una iglesia local y visible y se les exigió que se comprometieran con ella. Lo vemos en una amplia gama de textos a lo largo de Hechos y en I Timoteo. También leemos sobre otros que se negaron a unirse a la iglesia, como Hechos 5:13, y por supuesto, la profesión pública de fe era obligatoria. Incluso Jesús subrayó esto en Mateo 10:32–33. En segundo lugar, los miembros de la iglesia podían ser numerados o contados y, por lo tanto, eran visibles y distintos; ya sea que se cuenta en papel o en los dedos no importa.

En tercer lugar, hubo una distinción repetida en el Nuevo Testamento entre los que estaban fuera, y los que estaban dentro. Ese lenguaje viene de Escrituras como Colosenses 4:5. La mera asistencia a la asamblea pública no calificaba porque los apóstoles incluso hicieron la distinción en esas reuniones. Lo vimos anteriormente en la cita de 1^{ra} Corintios 14:23. La familia de la fe se distingue del mundo, y la pertenencia a una familia es básica para todo el concepto.

En cuarto lugar, había una distinción entre aquellos que estaban bajo la norma y la supervisión de los ancianos, quienes eran responsables de conocerlos y cuidarlos. Los ancianos no tienen autoridad sobre ninguna persona. De hecho, notarás la forma de hablar, por ejemplo, en 1^{ra} Pedro 5:3, que literalmente quiere decir que las personas son asignadas por sorteo, o piensa en Hechos 20:28–29, donde se les dice a los ancianos que “presten atención al rebaño”. Eso quiere decir, saber si se está siendo atacado por lobos o no. Hebreos 13:17 muestra que los ancianos son responsables por santos específicos confiados a su supervisión.

En quinto lugar, la disciplina de la iglesia incluía el ser quitado de en medio de ustedes, para usar el lenguaje de 1^{ra} Corintios 5:2 y Mateo 18. Bueno, esto sería imposible si no hubiera una membresía distinta y, por supuesto, aquellos que se arrepintieran también podían ser reincorporados. En sexto lugar, a los miembros que viajaban a áreas donde no se les conocía se les entregaron cartas de referencia y recomendación. Esto lo vemos todo a lo largo del Nuevo Testamento. En séptimo lugar, los títulos bíblicos de la iglesia no tendrían sentido sin ser miembros de la iglesia visible de Cristo. Piensa en algunas de las cosas que mencionó anteriormente, como que, la iglesia es una casa, un cuerpo, un edificio, una familia, un reino, la ciudad, un rebaño, etc. En octavo lugar, la iglesia tiene la responsabilidad de verificar o falsificar la credibilidad de las afirmaciones de alguien que dice ser cristiano. El hombre en 1^{ra} Corintios 5 pensó que era cristiano y no lo era. 1^{ra} Juan también hace referencia a este principio.

Por último, bajo este punto, dijimos al comienzo de esta lección que la iglesia consiste en profesar a los cristianos y sus hijos. Esto se deriva del principio del hogar que hemos observado a lo largo del Antiguo Testamento y al Nuevo Testamento. Notarás la referencia a los bautismos en el hogar en el Nuevo Testamento en paralelo con el patrón de circuncisión en el Antiguo Testamento. Tanto el bautismo como la circuncisión quieren decir lo mismo y comparten el mismo significado que incluye, entre otras cosas, la incorporación al pueblo visible de Dios. Ambos son una señal y un sello del Pacto de Gracia, que acompañan la promesa a los creyentes y sus hijos. Así como la Cena del Señor reemplaza la Pascua, así también el bautismo reemplaza la circuncisión. Ni la circuncisión ni el bautismo suponen que el niño, por ejemplo, se regenera, pero sí sella la promesa y refleja los privilegios sustanciales de la membresía en la iglesia visible. Una exposición completa de la doctrina bíblica del bautismo de infantes está realmente más allá del alcance y el tiempo que tenemos en esta lección.

En tercer lugar, el gobierno de la iglesia. Dios ha designado diferentes estructuras de autoridad en el mundo, cada una con su propio símbolo de autoridad. El estado se me viene a la mente. La Biblia dice que la espada se da al estado, pero a la iglesia se dan las llaves, y a la familia se da la vara. En esta lección nos interesa la iglesia en vista del desarrollo de la historia de la redención. La realeza de Cristo se muestra en este gobierno de Su iglesia. Al igual que con las ordenanzas de adoración, la estructura y/u organización de la iglesia no se deja abierta a la innovación y creatividad humana. Cristo, como Jefe de la iglesia, ha designado un gobierno eclesiástico específico, y no somos libres de apartarnos de Su nombramiento. Toda la autoridad está con Cristo, el Rey. Esto se puede ver al considerar lo que dice la Biblia acerca de la autoridad del poder de la iglesia misma.

¿Qué autoridad tiene la iglesia? Bueno, en primer lugar, reconocemos que la fuente de autoridad se encuentra solo en Cristo como cabeza de la iglesia, y que el estándar de autoridad es solo las Escrituras, no la iglesia o sus tradiciones. Pero, piensa sobre la naturaleza de este poder de la iglesia. Es declarativo, no legislativo, por lo que la iglesia debe defender la Palabra de Dios, declarando esa Palabra y no fabricando nuevas ordenanzas, doctrinas o reglas.

En segundo lugar, es ministerial, no magisterial. Se da para servir al rebaño, no para amontonarlo. También es espiritual, no físico. A la iglesia se le dan las llaves, no la espada. Entonces, el poder de la iglesia no es discrecional. La iglesia debe consultar las Escrituras, y no se deja a la libertad de elección o juicio en asuntos de fe y doctrina. Dentro de estos parámetros, el ejercicio de la autoridad de la iglesia bajo Cristo refleja un poder real. Es el poder de Cristo mediado a través de los representantes que Cristo ordenó para servirle. Sin embargo, es un poder derivado de Cristo, no un poder inherente que reside en la iglesia misma o sus oficiales.

Todo esto nos lleva a preguntarnos qué designó y sancionó Cristo, la Cabeza, para el gobierno de la iglesia. Él ha ordenado un gobierno específico de la iglesia para Su pueblo a través del cual se ejerce Su autoridad. Estamos obligados a someternos y seguir el patrón que Él ha instituido en las Escrituras. Entonces, piensa, por ejemplo, en los oficiales que ha nombrado en el gobierno de la iglesia. Se dieron los requisitos para el oficio de la iglesia para que, como dicen las Escrituras: “sepas cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios vivo, la columna y el fundamento de la verdad”. Ese es 1^{ra} Timoteo 3:15. Después de la expiración de los oficios de los apóstoles y profetas, el Señor designó tres oficios primarios para continuar hasta el final de la era.

En primer lugar, ministros o pastores. Cristo llama a los ministros a la responsabilidad principal de predicar, enseñar y administrar los sacramentos del bautismo y la Cena del Señor. Su oficio incluye la de un anciano predicador que comparte con los ancianos gobernantes la responsabilidad del gobierno, el pastoreo y la supervisión del rebaño. Pero, el ministro tiene un llamamiento distinto, una ordenación distinta y dones distintos conectados al ministerio de la Palabra.

En segundo lugar, tenemos ancianos. Cristo llama a los ancianos gobernantes a servir como supervisores y pastorear el rebaño de Dios. Los términos *obispo* o *supervisor* y *anciano* no se refieren a dos oficios separados, sino que son sinónimos del mismo oficio. De hecho, se usan indistintamente en el Nuevo Testamento. Puedes consultar Tito 1:5-7 y Filipenses 1:1 y cualquier otro lugar. La Biblia es específica en una pluralidad de ancianos en cada congregación, y tanto los ministros como los ancianos sirven con total igualdad en los asuntos relacionados con supervisar, reinar y gobernar sobre el rebaño. También tienen autoridad para ejercer la disciplina de la iglesia y resolver conflictos con la autoridad de Cristo. Hebreos 13:17 dice: “Obedezcan a los que tienen dominio sobre ustedes, y sométanse, porque vigilan sus almas, como los que deben rendir cuentas, para que puedan hacerlo con alegría, y no con tristeza, porque eso es no rentable para ti”.

El tercer oficio es el de los diáconos. Los diáconos fueron designados con el propósito de atender los trabajos prácticos de misericordia y compasión. Esto incluiría el material físico y la atención financiera de viudas y huérfanos y otras personas necesitadas dentro de la iglesia. Al atender estas necesidades prácticas, liberan a los ancianos para que centren su atención en los asuntos espirituales.

En los tres oficios, al igual que en todos los cargos de autoridad, se otorgan por el bien y el beneficio de quienes están comprometidos con su cuidado y no para su propia gratificación. Esto pone el énfasis apropiado en ser servidores de la gente. Consiguientemente, tenemos estos tres oficios de ministro, anciano y diácono. Y, la Biblia especifica las calificaciones para estos cargos en lugares como I Timoteo 3 y Tito 1 y en otros lugares. Además, existe el privilegio de apelar a las asambleas de ancianos de mayor edad y el derecho de gobierno por parte de ellos. Ves esto expresado en Hechos 15.

Entonces, a nivel local, quizá tenga un ministro y un grupo de ancianos gobernantes, y ellos forman lo que llamamos una *sesión* o *consistorio*, ancianos de la congregación local. Pero luego, tendrá varias congregaciones locales que se reúnen bajo un cuerpo de supervisión, donde los ministros y los ancianos de esas iglesias locales se unen y forman lo que llamamos un *Presbiterio* o *Classis*. Y luego, más allá de eso, existe lo que se llama Sínodo o Asamblea General, el nivel más alto, y esto incluye a todos los ancianos y ministros de todos los presbiterios en una denominación en particular. Consiguientemente, existen estas estructuras que Dios ha dado; y todas las estructuras se dan para el beneficio del pueblo del Señor.

En cuarto lugar, y, por último, debemos hablar acerca de la ordenanza divina de la disciplina de la iglesia, que es una función del gobierno de la iglesia y, como hemos señalado anteriormente, una de las marcas de la verdadera iglesia. La disciplina generalmente muestra el amor de Dios hacia Su pueblo dentro de la vida cristiana. Lo que llamamos disciplina de la iglesia, o censura, es solo un ejemplo bíblico de ese concepto más amplio de disciplina. La disciplina de la iglesia es el ejercicio de la autoridad que Cristo encomendó a Su iglesia visible para la preservación de su pureza, paz y buen orden. La palabra *disciplina* viene de la misma raíz que *discípulo*. Es un medio para entrenar al pueblo del Señor. Las censuras de la iglesia se aplican a todos los miembros de la iglesia visible, y se refieren a cualquier ofensa grave o escandalosa en la doctrina y práctica de un miembro que sea contraria a la Palabra de Dios. La disciplina de iglesia fiel y amorosa es indispensable para una iglesia saludable, como lo es para una familia saludable. El amor es la motivación detrás de la disciplina de la iglesia piadosa.

Hablamos anteriormente sobre las llaves del reino. En el ejercicio fiel de estas llaves, todo lo que está atado o desatado en la tierra es ratificado en el cielo por Dios mismo. Es la autoridad de Cristo investida en la iglesia, y por lo tanto, se hace en el nombre de Cristo y con el poder de Cristo como vemos en 1^{ra} Corintios 5:4-5. La presencia especial de Cristo está con su iglesia cuando actúan como iglesia con el propósito de la disciplina. A los ancianos se les impone este deber ante Cristo y sus ángeles elegidos, como vemos en 1^{ra} Timoteo 5. Pero, Dios mismo es el que ejerce la disciplina a través de estas censuras establecidas.

¿Cuál es el propósito de la disciplina de la iglesia? Déjame darte un resumen rápido con algunos pasajes. Gálatas 6: 1 nos dice que un propósito es la restauración o recuperación de un hermano errado. En segundo lugar, 1^{ra} Timoteo 5:20 nos dice que la disciplina también tiene el propósito de disuadir a otros del pecado. 1^{ra} Timoteo 1:20 nos dice que es un medio para corregir al delincuente. 1^{ra} Corintios 5:7 nos dice que hay un propósito en purgar la levadura del bulto. En ese mismo capítulo, versículos 9-13, aprendemos que es con el propósito de reivindicar el honor de Cristo y la profesión del evangelio. Y, como vemos en 1^{ra} Corintios 11 y en otros lugares, tiene el propósito de prevenir la ira de Dios sobre la iglesia. Por lo tanto, la ordenanza de la disciplina de la iglesia también es una función importante dentro de la legislación del Nuevo Testamento que Dios nos ha dado.

Bueno, en resumen, incluso de los puntos breves que hemos considerado juntos, los beneficios sustanciales de la iglesia deberían ser obvios. Permítanme resumir algunos de ellos. La iglesia recibe los medios públicos de gracia, aquellos medios designados que Dios ha dado para transmitir su gracia. Entonces, eso incluye la Palabra leída, cantada o predicada. Incluye los sacramentos del bautismo y la Cena del Señor, y la oración. Otro de los beneficios es la asamblea pública corporativa del pueblo de Dios para la adoración. De hecho, esta es la pieza central. El culto público a Dios es la fuerza fundamental para enmarcar la piedad del pueblo de Dios. La prioridad número uno en nuestra vida debe ser la asamblea pública del pueblo de Dios para la adoración. Otro beneficio es el pastoreo que se lleva a cabo, la supervisión, el cuidado, la responsabilidad y el cuidado que reciben el rebaño y las ovejas de Dios. También tenemos exhortación mutua. Consiguientemente, piensa todos esos pasajes “los unos a los otros” a través del Nuevo Testamento, pasajes que usan el lenguaje “los unos a los otros” de la manera en la que el cuerpo debe operar en conjunto. Piensa en la diversidad de dones dentro de la iglesia entre el pueblo del Señor, la contribución de cada miembro en la edificación de todo el cuerpo. Y, por supuesto, la participación en llevar el evangelio al mundo.

En conclusión, hemos visto que la iglesia está construida sobre Jesucristo, la piedra angular principal, como la habitación de Dios a través de la cual Él extiende su gloria a todo el mundo. En la próxima lección, consideraremos el lugar de la unión con Cristo dentro de la teología del Nuevo Testamento.

Lección 27

LA UNION

Tema de la Lectura:

Dios magnifica al Salvador al revelar que todos los beneficios de la salvación vienen a través de la unión del creyente con Cristo.

Texto:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 27

Imagínate a un pobre mendigo sentado a un lado de la carretera suplicándole algo de dinero a un hombre rico que camina por la calle. Ahora imagínate a una viuda indigente atrapada bajo una montaña de deudas que termina casándose con un príncipe rico. Puedes apreciar el marcado contraste entre esos dos escenarios, y la diferencia ilustra una importante verdad bíblica. El verdadero creyente no es como el mendigo que se encuentra separado de Cristo y que clama a la distancia para obtener algún beneficio. No, es como una viuda desesperada que se ha casado con un príncipe con recursos ilimitados. Al estar unidos a Cristo, todo lo que le pertenece a Cristo viene a ser del cristiano. Nuestras deudas son canceladas, y Cristo proporciona todos los beneficios y bendiciones que alguna vez necesitaremos. El punto crucial es la unión con Cristo. Consideraremos ese tema teológico en esta lección.

¿Cuál es la conexión entre el logro de la redención en la historia y la aplicación de la redención al alma individual? ¿Cómo definimos la unión con Cristo y cómo entendemos su significado? ¿Qué tan dominante es esta doctrina en el Nuevo Testamento? ¿Qué representaciones bíblicas nos proporciona Dios para entenderla? ¿Cuáles son las implicaciones de estar unidos a Cristo? ¿Podemos separar a Cristo de Sus beneficios? En esta lección, consideraremos esta doctrina de unión con Cristo. No se puede entender el desarrollo de la historia de redención de Dios sin comprender este componente significativo en la teología del Nuevo Testamento. La unión con Cristo conecta todo lo que hemos aprendido sobre la obra de Cristo en Su ministerio encarnado con los beneficios recibidos por los creyentes. Comprender esto es necesario para lo que sigue en la próxima lección sobre la aplicación de la redención al creyente.

En primer lugar, consideraremos la importancia de la unión con Cristo. La unión con Cristo se encuentra en el corazón del evangelio como algo básico y primordial para toda la salvación. Describe cómo los creyentes se convierten en receptores de todo lo que Cristo ha hecho y logrado en la redención. Ellos son hechos uno con Él. Una vez que observes la doctrina de la unión con Cristo, descubrirás que está generalizada en todo el Nuevo Testamento, literalmente, con cientos de referencias a esta doctrina. Todo lo que Cristo realizó en Su

vida y ministerio lo hizo como representante de Su pueblo. El creyente disfruta de los beneficios a través de la unión con Él.

El Nuevo Testamento emplea dos frases para describir esta unión que proviene de dos direcciones distintas. Primero que nada, dice que el creyente está en Cristo. Así que, el creyente está en Cristo, y hay muchos pasajes de las Escrituras que hacen esta referencia. Y, en segundo lugar, la Biblia describe a Cristo en el creyente. Nuevamente, hay muchas referencias a esto también, y en algunos lugares encontramos ambas expresiones juntas, como en Juan 6:56 y Juan 15:4, o, por ejemplo, 1^{ra} Juan 4:13 dice: “En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu”. Vemos a ambos reunidos allí.

Cristo no es solo para nosotros, en medio nuestro y delante de nosotros, sino que se lo describe como en nosotros, y el cristiano se encuentra en Cristo. Las Escrituras a menudo usan las proposiciones *en* y *con* para describir esta realidad espiritual: la unión con Cristo. Considera Efesios 1:3–14. Pablo comienza este impresionante pasaje declarando en el versículo 3: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Ahora escucha: “que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”. Todos los beneficios se encuentran en Cristo. Luego, continúa exponiendo las implicaciones, señalando que todo, desde la elección del creyente hasta la redención por la sangre de Cristo, el don del Espíritu y la herencia celestial, se encuentra en Cristo. La unión con Cristo se extiende desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura. La Biblia dice que Cristo está formado en los creyentes, habita en nuestros corazones. Describe el hecho de que los creyentes se visiten del Señor Jesucristo, que la iglesia es el cuerpo de Cristo, que la iglesia es una sola carne con Cristo, y que los creyentes ganan a Cristo y se encuentran en Él.

Juan Calvino habló de la unión con Cristo que tiene el mayor grado de importancia. Él dice: “porque este es el diseño del evangelio, que Cristo pueda ser nuestro y que podamos ser injertados en Su cuerpo”. Escribió en otra parte: “Porque esperamos de Él la salvación, no porque Él nos parezca un lugar lejano, sino debido a que Él nos hace injertos en Su cuerpo, somos partícipes no solo de todos Sus beneficios, sino también de Él mismo”.

En primer lugar, hemos considerado la importancia de la unión con Cristo. Ahora, en segundo lugar, el significado de la unión con Cristo. Debemos entender la naturaleza de esta unión tan real, que es tanto representativa o federal, como personal o mística. La Biblia nos proporciona una serie de imágenes para ilustrar esta verdad. En primer lugar, Cristo está unido a la iglesia como la Cabeza del cuerpo; así que los creyentes son miembros del cuerpo del cual Cristo es la Cabeza. Esa es una ilustración de nuestra unión con Cristo.

En segundo lugar, aprendemos que Cristo está casado con Su pueblo, en ese sentido Efesios 5:30–32 dice, en parte: “porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”, yendo al versículo 32: “Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”. Y así, leemos en Cantares: “Yo soy de mi amado, y mi amado es mío” (Cantares 6:3). Entonces, la segunda ilustración de la unión con Cristo es esta: Cristo casado con Su novia.

En tercer lugar, los creyentes son descritos como piedras vivas y se unen a Cristo y son edificados sobre Él como el fundamento, y así la iglesia se convierte en la habitación de Dios. Pedro habla de esto; Pablo habla de esto, y así sucesivamente.

En cuarto lugar, los creyentes son descritos como pámpanos injertadas en Cristo como la vid, Juan 15:4: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”.

Una quinta ilustración es esta: Cristo usa la ilustración la comida que consume el comensal. Entonces, por fe estamos unidos a Cristo y nos alimentamos de Él. En Juan 6:56 dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”. Esta es una ilustración de la unión con el Señor Jesucristo. La Biblia también describe esta unión en una variedad de otras formas. Nos enseña que la unión con Cristo es espiritual, no física. También nos enseña que es una unión misteriosa y gloriosa que va más allá de nuestra capacidad de comprensión. Esto se ve en una variedad de lugares. Por ejemplo, Colosenses 1:27 dice: “A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. También se describe como una unión íntima: Cristo en nosotros, nosotros en Él. Es una unión indisoluble. Una vez que un creyente está en Cristo, el creyente está siempre unido a Él. Entonces, estamos describiendo parte del lenguaje que usa la Biblia para transmitir esta doctrina, tanto en términos de imágenes o ilustraciones como de descripciones, pero debemos conectar esto con el ministerio de Cristo.

La Biblia enseña que toda la obra de Cristo fue en favor del creyente. Están unidos a Él en todos los puntos de su actividad. Observa cómo las Escrituras establecen estas conexiones en nuestra unión con Cristo. En Su crucifixión, somos crucificados con Él (Gálatas 2:20). En Su muerte, somos bautizados en Su muerte (Romanos 6:3). En su sepultura, somos sepultados con Él (Colosenses 2:12). En Su resurrección, somos resucitados con Cristo (Romanos 6:5). En Su ascensión, hemos ascendido con Él (Colosenses 3:1) y seguimos. En Su reino celestial, estamos sentados con Él en los lugares celestiales para que nuestra vida esté escondida en Cristo y Dios (Efesios 2). En su prometido regreso, ¿qué leemos?, cuando Cristo, que es nuestra vida, aparezca, también apareceremos con Él en gloria. Verás eso en una variedad de lugares: en Romanos 6, Colosenses 2, y así sucesivamente. Bueno, esto es solo una lista parcial, y podríamos continuar, pero se aprecia la importancia de esto.

Todo lo que Cristo estaba logrando en Su ministerio terrenal lo hizo en representación de Su pueblo, y compartimos, en nuestra unión con Cristo, el significado de todas Sus actividades. Pero, la pregunta permanece, y tal vez ahora te estés haciendo preguntas en tu mente: ¿Cómo se unen los creyentes a Cristo? ¿Cuál es el vínculo que los une? Entonces, ¿cómo es que estamos unidos a Él? La unión física viene a través del contacto, pero Cristo está en el cielo y nosotros estamos en la tierra, entonces, ¿cómo puede tener lugar esta unión? Bueno, la respuesta es doble. Como dijo el puritano John Flavel: “El Espíritu por parte de Cristo y la fe, Su obra, por nuestra parte, son los dos ligamentos mediante los cuales estamos unidos a Cristo”. Y Flavel tenía razón, eso es lo que enseña la Biblia. Entonces, el primer y principal vínculo de unión con Cristo viene a través del Espíritu Santo. Entonces, por el lado de Cristo, la unión se produce a través del Espíritu Santo. Cristo lleva al pecador a la unión consigo mismo a través de la acción del Espíritu, mediante el cual se une al alma. El mismo Espíritu infinito que mora con Cristo mora en Su pueblo. Puedes conectar todo esto con lo que aprendimos en nuestra lección titulada Pentecostés.

Pero, en segundo lugar, del lado del hombre, estamos unidos a Cristo por la fe, que es, por supuesto, un don de Dios otorgado por el Espíritu, Efesios 3:17: “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”. Por lo tanto, es por fe que el creyente recibe a Cristo. El creyente se une a Cristo en el tiempo a través de la fe. Nos apropiamos y continuamos viviendo de esta unión a través de la fe en el Hijo de Dios. Entonces, el creyente está unido a Cristo por medio del Espíritu Santo y por la fe en Cristo. Estas son las dos partes, por así decirlo, del vínculo que se produce de la unión con Cristo.

En tercer lugar, las implicaciones de la unión con Cristo. Al responder a la pregunta “¿Cómo se aplica la redención al pecador?” La primera respuesta debe ser uniendo al pecador a Cristo. Podemos ofrecer mucho de las escrituras para demostrar esto. Efesios 1:7 dice: “En quién”, al hablar de Cristo, en Cristo, “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. El resto, que estaremos aprendiendo en la próxima lección, parte desde este punto.

El Catecismo Mayor de Westminster dice en su repuesta a la pregunta 69: “La comunión en gracia que los miembros de la iglesia invisible tienen con Cristo, es la participación de la virtud de su mediación en la justificación, adopción, santificación y cualquier otra cosa que en esta vida manifieste esta unión”. El creyente participa de los beneficios de Cristo a través de la unión con Él. El creyente, por supuesto, es escogido y elegido en Cristo, Efesios 1:4: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”. Pero, además, la Biblia especifica una conexión entre la unión con Cristo y los diversos aspectos de la aplicación de la redención; y te daré algunos ejemplos.

Somos llamados en Cristo (Efesios 1:9). Somos vivificados y regenerados en Cristo; vemos esto en Efesios 2. En Cristo somos justificados (Romanos 8:1 y alrededor de media docena de otros pasajes). Nuestra adopción viene a través de la unión con Cristo. También somos santificados en Cristo. Una vez más, existe una larga lista de pasajes que podrían citarse aquí. Somos creados nuevamente en Cristo (2^{da} Corintios 5:17). El creyente persevera en la vida de fe en unión con Cristo. Incluso en la muerte, los cuerpos de los creyentes permanecen en unión con Cristo. En 1^{ra} Tesalonicenses 4:14, se habla de estar dormido en Jesús, y por supuesto, seremos resucitados con Cristo en el día final y seremos glorificados eternamente con y en el Señor Jesucristo. Si tomas cualquiera de estos pasajes y comienzas a reunir todos los pasajes que los respaldan, obtendrás una lista muy larga que te demuestra cuán importante y cuán central es esta doctrina. Simplemente buscando esas dos palabras *en Cristo* o *en Él*, comenzarás a ver como aparecen en todas partes a lo largo del Nuevo Testamento, y podrás hacer las conexiones con estos diversos aspectos de la redención que Cristo le proporciona a Su pueblo.

Es importante tener en cuenta que no podemos separar a Cristo de sus beneficios. Nadie puede tener perdón, nadie puede tener el cielo sin tener a todo Cristo. Juan Calvino habla de la venida de Cristo al creyente vestido en sus beneficios. Del mismo modo, no podemos dividir a Cristo, por ejemplo, recibirlo como Salvador sin tenerlo como Señor. O tenemos a Cristo completo o ninguno de él, por lo que es importante ver que no podemos separar a Cristo de sus beneficios. Tanto la justificación como la santificación vienen como beneficios de la unión con Cristo. No puedes tener uno sin el otro, por lo que el verdadero creyente que es justificado por la fe en Cristo también crecerá en santidad como resultado de la actividad de Dios asegurada en la historia de la redención.

En Romanos 8:29, leemos: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”. Todos los que son elegidos en Cristo, todos los que son vivificados en Cristo, todos los que son justificados en el Señor Jesucristo, serán santificados en el Señor Jesucristo también. Entonces, esta noción con la que a veces te encontrarás, donde una persona dirá: “Bueno, confío en que Jesús me salve y me libere del infierno”, pero no hay pruebas en su vida de que ninguna transformación que haya tenido lugar y de ningún fruto de la piedad y la santidad, debes encender la alarma en su mente, así como en la mente de los demás. No puedes decir: “Voy a tener a Cristo para poder vestirme con sus vestiduras justas y ser aceptable ante la presencia de Dios” y continuar viviendo como has vivido antes. Uno de los beneficios incluye la santificación y todo lo que Cristo ha asegurado para hacer a las personas santas para Sí mismo, una novia que se presentará sin mancha y sin culpa. La iglesia es el cuerpo y la novia de Cristo.

La unión con Cristo proporciona la base para la comunión con Cristo. La última, que es la comunión, sale de la primera, de la unión con el Señor Jesús. En 1^{ra} Juan 3:24, dice: “Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado”. Y así, la unión con Cristo resulta en una comunión continua y sostenida entre el creyente y el Señor Jesús. Los dos sacramentos retratan la realidad de esta bendita unión y comunión. Fíjate en 1^{ra} Corintios 12:13: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. De modo que, allí se está conectando la unión con Cristo con ambos sacramentos: el bautismo y la Cena del Señor.

El bautismo significa unión con Cristo. Jesús dijo en Mateo 28:19: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Pablo desarrolla la conexión del bautismo en unión con Cristo en Romanos 6 con una cierta extensión. Representa la inserción del creyente en Cristo, la incorporación a la muerte, la sepultura y la resurrección del Cristo viviente.

Del mismo modo, la Cena del Señor significa la comunión entre Cristo y los creyentes. Eso se deriva del privilegio de la unión con él. La cena se trata principalmente de alimento espiritual, de alimentarse de Cristo por la fe. 1^{ra} Corintios 10:16 dice: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?”. Cristo se entrega a nosotros mismos para sostenernos a través de este banquete. Los que están en unión con Cristo continúan recibiendo a Cristo a través de Su presencia espiritual en este medio de gracia ordenado. Así que incluso, el bautismo y la Cena del Señor están muy conectados con la unión con Cristo y la consiguiente comunión que surge de ellos.

En resumen, esta doctrina coloca a Cristo en el centro de la historia y la salvación. Todo lo imaginable, todo lo necesario se encuentra solo en Él. Todos los beneficios y todas las bendiciones del plan de redención de Dios están envueltas en Cristo y se reciben a través de la unión con Él. Bueno, para concluir, hemos visto en esta lección que Dios magnifica al Salvador al revelar que todos los beneficios de la salvación vienen a través de la unión del creyente con Cristo. En la próxima lección, exploraremos estos beneficios particulares de la aplicación de la redención con mayor detalle.

Lección 28

LA SOLICITUD

Tema de la Lectura:

Dios aplica la obra completada de la redención de Cristo en la historia a cada creyente individual a través del tiempo.

Texto:

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 1:3).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 28

Imagina a un científico que ha dedicado toda su vida, todo su tiempo, energía y recursos preparando una cura para una enfermedad mortal que mata a miles de personas cada año. ¿Estaría satisfecho con el mero hecho de haber desarrollado tal cura si todo lo que logra permanece en su laboratorio? Por supuesto que no. El propósito de su trabajo es proveer para personas reales en situaciones desesperadas. El cumplimiento de su trabajo viene en su aplicación a quienes lo necesitan. Así es con Cristo. ¿Cuál es el propósito de la muerte, el entierro, la resurrección y la ascensión de Cristo, y el reinado que continua? La respuesta final es, mostrar la gloria de Dios, pero la próxima respuesta o la más inmediata es, la salvación de Su pueblo a través de lo cual magnifica Su gloria.

La obra de Cristo en la historia encuentra su cumplimiento en cada uno de los suyos que son llevados a la salvación. ¿Dónde encontramos la continuidad de la obra de Cristo después de Su ascensión? ¿Cuál es el papel del Espíritu Santo en relación con esta obra? ¿Cómo se relaciona la realización de la redención con la aplicación de la redención? ¿Qué se incluye en esta aplicación? ¿Qué son el llamamiento eficaz, la regeneración, la justificación, la adopción y la santificación? ¿Y cómo se relacionan con revelar la gloria de Dios en el mundo? La última vez exploramos el lugar de la unión con Cristo en la teología del Nuevo Testamento. Notamos que todos los beneficios de la redención se derivan de esta unión. En esta lección, consideraremos algunos de estos beneficios en la aplicación de la obra de Cristo de redención a Su pueblo. Esto marca la transición de la obra de Cristo para nosotros a la obra de Cristo en nosotros. La historia bíblica de la redención de Cristo no se repite, pero se aplica en la historia de la vida de los creyentes individuales una y otra vez a lo largo del tiempo. Esto constituye parte de su obra en curso.

Entonces, en primer lugar, consideremos el ministerio del Espíritu. Vimos en una lección anterior que, en la ascensión de Cristo, Él derramó Su Espíritu Santo en el día de Pentecostés. La obra en curso de Cristo sería mediada a través de Su Espíritu, quien magnificaría al Hijo, tomaría las cosas de Cristo y las mostraría a Su pueblo. El

Espíritu Santo es el que aplica los frutos y la obra de la persona de Cristo a Su pueblo individual. Leemos en Juan 16:8: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”. El Espíritu Santo es la gran promesa de Cristo como se ve en Ezequiel 36:27: “Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”. El Espíritu da un nuevo corazón, fe para recibir a Cristo, y continúa la obra de santificación en el alma. 2^{da} Corintios 3:18 dice: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. Además, aprendimos que el Espíritu Santo hace todo esto trayendo al creyente a la unión con Cristo, que es la fuente de todos los beneficios recibidos en Cristo.

Ahora debemos considerar estos beneficios y la obra del Espíritu de Cristo en la aplicación de la redención. La aplicación de la redención comienza con el llamamiento y la regeneración. Consideraremos, en primer lugar, el llamamiento eficaz. Los términos *llamado* y *llamamiento* se usan de dos maneras diferentes. Esto se ha distinguido frecuentemente por el término *llamamiento externo* y *llamamiento interno*. El llamamiento externo es la simple presentación del evangelio. Incluye establecer la promesa del evangelio como la garantía para la fe salvadora y el arrepentimiento. Está dirigida universalmente a todos aquellos que escuchan el evangelio. Por lo tanto, es obviamente más amplia que la elección. Jesús dice en Mateo 22:14: “Porque muchos son llamados, y pocos escogidos”.

El llamamiento interno o eficaz es la obra de Dios aplicando eficaz y salvíficamente el evangelio al alma de un individuo. La tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, es el proveedor efectivo del llamamiento eficaz. Juan 6:63 dice: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha”. ¿Qué implica esto? Aprendimos que el Espíritu convence del pecado y la miseria, que el Espíritu ilumina la mente para poder entender la verdad y renueva la voluntad, y los elegidos son persuadidos y capacitados para abrazar a Cristo libremente ofrecido en el evangelio. En algún punto en el tiempo, el llamamiento externo e interno tienen lugar simultáneamente en la elección, mientras que otros permanecen bajo el llamamiento externo sin cambio alguno. Solo se hace efectivo por medio del Espíritu Santo en el corazón de Su pueblo.

La gran mayoría de las veces, la palabra *llamamiento* en las Escrituras se refiere al llamamiento interno o eficaz; y piensa en algunas de las características del llamamiento eficaz. Es el llamado divino lo que realmente une al creyente con Cristo. Se basa en el soberano decreto de Dios, y es a través del poder irresistible y persuasivo del Espíritu. El llamamiento eficaz está estrechamente relacionado con la regeneración.

El Nuevo Testamento usa algunas palabras para referirse a la regeneración. Habla del renacimiento y la regeneración, y de uno que es nuevamente engendrado. Se refiere a nacer de lo alto. La regeneración se refiere a menudo al nuevo nacimiento o a nacer de nuevo. Es ese acto de Dios mediante el cual el principio de una nueva vida en gracia se implanta en el hombre. Dios quita el corazón de piedra y da un nuevo corazón de carne, trasladando al alma de la muerte espiritual a la vida. El Espíritu Santo viene a vivir en el creyente, y la disposición predominante del alma se hace santa. Jesús describe todo esto a Nicodemo en Juan 3.

Contrariamente al arminianismo, la regeneración precede a la fe y al arrepentimiento. La regeneración es el comienzo de toda gracia salvadora en nosotros. El llamado de Dios requiere, por supuesto, una respuesta de fe, pero dada la condición depravada del hombre, ¿cómo es posible que responda? ¿Cómo es posible que estos sean reunidos? Es la gracia de Dios y el poder en la regeneración lo que resuelve esta tensión. Él despierta a los muertos a través del nuevo nacimiento. La conversión, o fe y arrepentimiento, significa el primer ejercicio de la disposición de la gracia implantada en la regeneración.

El nacer de Dios produce estos frutos de fe y arrepentimiento, y puedes ver, por lo tanto, la gloria de la regeneración de Dios. Dios el Espíritu Santo es el agente que aplica la obra de redención, incluida la regeneración, a los escogidos. Si bien, el Espíritu es el iniciador y re-Creador divino, por así decirlo, el modo de regeneración es bastante misterioso, como lo dice Jesús en Juan 3:8. Es el Espíritu el que hace que aquellos que están espiritualmente ciegos vean, y los que están espiritualmente muertos se levanten, y que los espiritualmente ignorantes, comprendan. La gloria de Dios se muestra a través de esta gracia, misericordia y amor. Leemos en Tito 3:5: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”.

En cuanto a la historia de la redención, el tema de nuestro curso, piensa conmigo. Adán escuchó el llamado del mal en el jardín, y la humanidad fue sumida en el pecado por la caída. Esto dio como resultado la muerte

espiritual y eterna. La redención de Cristo hace que el creyente sea llamado irresistiblemente por Dios, vivificado y resucitado por el Espíritu Santo. A continuación, debemos considerar la justificación y la adopción. Martín Lutero describió la justificación como la doctrina por la cual la iglesia permanece o cae. La justificación responde a la pregunta: ¿cómo puede una persona ser justificada para con Dios y ser aceptable a Él? La pregunta 33 del Catecismo menor dice: “La justificación es un acto de la libre gracia de Dios, por el cual él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de él: más esto solamente en virtud de la justicia de Cristo, la cual nos es imputada, y que recibimos por la fe únicamente”. Esto es explicado en pasajes como Romanos 3, 4 y 5.

Aprendimos en una lección anterior sobre la doctrina de la imputación. En la justificación, Dios imputa la justicia de Cristo al creyente. Esta es una transacción legal en la que Dios acredita a un pecador, lo declara o lo cuenta como justo ante Sus ojos, solo a través de la acreditación de la justicia de Cristo a su cuenta delante de Dios. Es un acto legal de ocasión única, por lo que no es un proceso que se lleva a cabo a lo largo del tiempo, y es solo por gracia y recibido solo a través de la fe. Observa esas últimas palabras. Estas marcan una distinción muy importante. La base, el fundamento de la justificación es la justicia de Cristo que está fuera de nosotros. En otras palabras, no es la justicia que generamos nosotros o que producimos nosotros, ni es nuestra fe personal en Cristo. Es la justicia de Cristo la que proporciona el terreno para la aceptación ante un Dios santo y justo.

El instrumento de la justificación, por otro lado, es la fe. Entonces, la fe es el vehículo, por así decirlo, o la forma de apropiarse de la bendición de la justificación. Entonces, la fe no es la base. De lo contrario, sería la única buena obra con la contribuiríamos a nuestra justificación, lo que contradice la enseñanza bíblica de que es por gracia gratuita. No deberíamos pensar en la fe como algo que sirve de base. ¿Por qué eres aceptable ante Dios? Bueno, porque hice lo correcto y creí, y mi fe lo merece. No. La fe no trae, ni aporta nada. Es meramente recibir lo que Cristo es y ha hecho y lo que Cristo nos ofrece. Es creer, confiar, descansar en lo que solo Cristo ha hecho.

Entonces, si piensas en la relación que tiene la justificación con las buenas obras, las cosas deberían comenzar a aclararse. La justificación no es la fe más las obras que equivalen a la salvación, como si creyéramos y luego hiciéramos muchas buenas acciones que se añaden a nuestra fe y eso resulta en la salvación. Más bien, si estás pensando en términos de una fórmula matemática, no es fe más obras igual salvación, sino fe es igual a salvación más obras. En otras palabras, el fruto de la santificación surge por una necesidad que nace de la justificación. Podemos distinguir entre el aspecto demostrativo y el aspecto declarativo de la justificación. ¿Qué quiere decir todo eso? Especialmente en los escritos de Pablo, él enfatiza el aspecto declarativo. Él está enfatizando que Dios declara justo a Su pueblo en el Señor Jesucristo, donde la obra de Cristo es la base. Pero, por ejemplo, en Santiago 2:21, enfatiza el aspecto demostrativo, el hecho de que aquellos que son justificados solo por la fe demostrarán el fruto de esa fe viva y salvadora. Consiguientemente, dice que la fe sin obras es muerta; debe ir acompañada de este fruto. El reformado teólogo holandés Benavincck dijo: “Pablo lucha contra las obras muertas y Santiago contra la fe muerta”.

Entonces, si juntas estas cosas, tenemos lo que podríamos llamar el gran intercambio. Por un lado, está el pecador y por el otro el Señor Jesucristo. Si tomas algunas de las piezas que hemos aprendido con anterioridad y las juntas, ¿qué encontramos? El pecado del pueblo del Señor es imputado a Cristo. Por lo tanto, está legalmente acreditado a la cuenta de Cristo. Él no se vuelve pecaminoso, pero lleva los pecados de Su pueblo. Asume, por así decirlo, la responsabilidad, el lugar del pecador. Y así es como eso nos ayuda a entender la cruz; y Cristo está muriendo como un sustituto en lugar de Su pueblo. Se le ha acreditado los pecados de Su pueblo, y paga el castigo total y la pena por los pecados. Él lleva la justa ira y la justa indignación de Dios por ellos y, por lo tanto, satisface las exigencias de la ley, y apacigua y pacífica a un Dios justo. Esa es la mitad del intercambio.

Por otro lado, tenemos a Cristo. Y, ¿qué vemos? En Su ministerio y en Su vida, lo encontramos obedeciendo plena y completamente todas las exigencias de la ley de Dios. En Cristo hay un registro libre de pecado de justificación perfecta. Y así, la segunda mitad del intercambio es que, en la justificación, también vemos la justicia de Cristo acreditada al pueblo del Señor, reconocida legalmente, para que cuando Dios vea a Su pueblo, los vea vestidos con las vestiduras justas del Señor Jesucristo. Y, por lo tanto, por los méritos de Cristo, son aceptables ante Él y recibidos por Él. Y así, este es el gran intercambio: los pecados del pueblo de Dios puestos en Cristo y la justicia de Cristo acreditada a Su pueblo para Su salvación. En relación con esto, también podemos pensar acerca de la adopción. Esta es una hermosa parte de la aplicación de la redención. El puritano John Owen escribió: “Si el amor

de un padre no hará que un niño se deleite en Él, ¿qué lo hará?” La adopción, como justificación, es un acto legal de un solo momento.

La justificación se refiere a que seamos aceptados justos en la presencia de Dios. La adopción se refiere nuestra aceptación como hijos e hijas, viniendo a ser parte de Su familia. Piensa en Romanos 8:14–17, Gálatas 4:4–7 e 1^{ra} Juan 3:1–2. Tanto la justificación como la adopción se refieren a nuestro estatus ante Dios, y esta adopción trae consigo toda clase de privilegios. El nombre de Dios está puesto en nosotros. Tenemos acceso a Su trono con confianza. Hebreos 4:16 dice: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. Otro privilegio es que se nos capacita para que clamemos: “Abba, Padre” Como vemos en Gálatas 4. Estamos compadecidos, protegidos y provistos por Él, Salmos 103:13–14: “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo”.

Otro privilegio es que somos disciplinados por Él. Hay un pasaje maravilloso en Hebreos 12 que comienza en el versículo 5 en adelante, donde el Señor dice que la reprensión del Señor es en realidad una prueba o evidencia de que Él es el Padre. No castigamos a los niños que viven en la calle, que no son parte de nuestro hogar. El Señor muestra Su amor y entrenamiento, y produce el fruto apacible de justicia en la vida de los Suyos y en nuestra herencia. Tenemos una herencia como hijos, y eso incluye las promesas y todo lo relacionado con la salvación eterna, el cielo y la gloria. El Señor también nos da el espíritu de adopción como vemos en Romanos 8 y Gálatas 4. Y esto va más allá de simplemente otorgar promesas objetivas al testimonio del Espíritu de estos hechos.

Esto incluye la creación de la confianza y el afecto filial dentro del pueblo de Dios. También incluye, sin embargo, el testimonio conjunto de nuestros espíritus con el Espíritu de Dios de que somos Sus hijos. Dios agita gentilmente nuestros corazones para que nos acerquemos a Él y confirmemos que Él es nuestro Padre. Nuevamente, en lo que respecta a la historia de la redención, piensa conmigo, Dios expulsó a Adán del jardín en la caída, dejándolo alienado y aislado. Esto también resultó en la imputación del pecado de Adán a toda su posteridad. En la obra de redención de Cristo, Jesús consiguió un registro de justicia perfecta para imputarlo a Su pueblo. Abrió un camino para la aceptación ante Dios y para la recepción en Su familia como hijos del Dios vivo.

Otro beneficio de la unión con Cristo incluye lo que llamamos *santificación*. Una vez más, el Catecismo menor tiene una definición útil en la pregunta 35. Dice: “La santificación es aquella obra de la libre gracia de Dios por la cual somos completamente restablecidos a la imagen de Dios, y puestos en capacidad de morir más y más al pecado y de vivir píamente”. A diferencia de la justificación y la adopción, que son un acto único y definitivo de Dios, la santificación es una obra continua. Es un proceso, una obra continua del Espíritu. Es el proceso por el cual el creyente muere al pecado y se renueva en santidad según la semejanza de Cristo y se conforma a Su imagen. Esto es parte importante de la redención. Recuerda Romanos 8:29: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”. Debemos ser santos como Él es santo. Esto está conectado a una visión adecuada, una visión bíblica de las buenas obras. Juan 15:1–8 deja claro que la fructificación de las buenas obras se deriva de nuestra unión con Cristo, la rama injertada en la vid. Entonces, si no hay fruto, no hay buenas obras, por lo tanto, no hay raíz, ni conversión, ni fe salvadora. La santificación es evidenciada por el fruto del evangelio.

Volviendo a Santiago 2, puedes ver esto en los versículos 14–26, que dice que la fe sin la demostración de obras no es una verdadera fe salvadora. Y hay muchos otros pasajes, por ejemplo, 1^{ra} Pedro 2:12, que enseñan que nuestro fin último es glorificar a Dios, y que Dios es glorificado a través de las buenas obras de los creyentes. Bien, ¿qué significa eso? ¿Cuáles son estas buenas obras? ¿Cuál es su naturaleza? Bueno, la capacidad de hacer buenas obras proviene directamente de la obra y la influencia constante del Espíritu Santo, que requiere que los creyentes, de manera dependiente, se apoyen en Él para recibir gracia y energía para hacer lo que la Palabra requiere. Estas buenas obras deben ser en obediencia a los mandatos dados por Dios en Su Palabra. Por lo tanto, no pueden ser actos derivados de adiciones a las Escrituras y basadas únicamente en la autoridad humana.

Los creyentes deben ser diligentes en el cumplimiento de los deberes prescritos por Dios y en alentar la gracia de Dios que está en ellos, pero las obras de los creyentes no son meritorias. No ganan algo. No estamos pagando por la supervivencia. No pueden reforzar, por así decirlo, nuestra posición o aceptación con Dios, satisfacer la deuda de nuestros pecados, o ganar la vida eterna en referencia a la justificación. Pero, los creyentes y sus buenas obras son aceptadas en Cristo estando cubiertas por Sus méritos, dando así la gloria a Dios. Él premia las buenas

obras de los creyentes que viven con fe y amor genuinos, aunque estén cargados de imperfección. Las obras de los no regenerados no pueden agradar a Dios porque no provienen de un corazón purificado por la fe, no se realizan con amor y arrepentimiento delante de Dios, y no se hacen para la gloria de Dios. Piensa en algunos de los beneficios de las buenas obras en el creyente. Bueno, refuerzan la seguridad del creyente. Adornan la profesión del evangelio. Son un medio de expresar nuestro agradecimiento y amor a Dios. También edifican a los hermanos, mientras cierran la boca de los enemigos de Dios. Y, glorifican a nuestro Padre celestial. Y así, en todo esto, testifican de nuestro progreso en la santidad. Bueno, también podemos conectar esto con la gran historia de la historia de la redención.

En nuestra lección anterior sobre la creación, aprendiste que el hombre estaba hecho a imagen de Dios y que esto consistía en un aspecto amplio y un aspecto estrecho. Después de la caída, el hombre retuvo el aspecto amplio. Todavía es una criatura moral y racional, pero perdió ese aspecto más estrecho, el aspecto estrecho que consiste en el conocimiento espiritual, la rectitud y la santidad. Pero, en la salvación de Cristo, él se asegura la recuperación de esto. Aprendemos esto en lugares como Colosenses 3:10, Efesios 4:24 y Romanos 8:29. Aprendemos que el creyente se renueva a la semejanza de Cristo y el conocimiento, la justicia y la santidad.

La gloria de Dios se muestra en y a través de Su pueblo y del fruto de Su salvación, todo lo cual magnifica la gloria de Dios. Jesús dijo en Mateo 5:16: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Aprenderás mucho más sobre los asuntos que hemos cubierto aquí en tus futuros estudios de teología sistemática, pero nuestro estudio en esta lección no nos lleva al final de la aplicación de la redención. La consumación final de la salvación viene en la glorificación de los creyentes, pero lo consideraremos en nuestra última lección.

Lección 29

LA MISIÓN

Tema de la Lectura:

Dios llama a Su iglesia a proclamar Su evangelio a cada tribu, lengua y nación, mostrando así la gloria de Dios a través de la redención en Cristo y Su poder para llevar a muchos en todo el mundo a adorarlo.

Texto:

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén” (Mt. 28:18–20).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 29

La búsqueda de cualquier proyecto requiere instrucciones claras. Debes conocer tanto el objetivo o el fin, como el plan y los pasos para llegar allí. Necesitas respuestas a ambas preguntas: ¿Cuál es el objetivo y cuál es la estrategia? Esto se aplica a todo, desde construir una casa, participar en un ejercicio militar, hasta completar un proyecto en el trabajo. Jesús no ascendió al cielo sin proporcionar instrucciones claras a Su pueblo. Al levantar Su reino, proporcionó una visión clara de Sus intenciones finales, así como las instrucciones específicas que Su iglesia debe llevar a cabo para cumplirlas. El dejó preceptos respaldados por promesas.

¿Qué misión dio Cristo a Su iglesia? ¿Qué predijo el Antiguo Testamento de esta importante obra? ¿En qué se diferencia el Nuevo Testamento del Antiguo Testamento en el enfoque que Dios dio para proclamar el evangelio? ¿Cómo está conectada la gloria de Cristo a la evangelización de las naciones? ¿Qué debemos esperar como resultado? ¿Qué nivel de prioridad coloca Dios en la misión de la iglesia en el Nuevo Testamento? ¿Cómo se relaciona la adoración con el evangelismo? ¿Cuál es el fin último de llevar el evangelio a tierras lejanas? La última vez, vimos que Dios aplica la obra completa de Cristo de redención en la historia a cada creyente individual a lo largo del tiempo. Para que eso ocurra, debemos proclamarles las buenas nuevas en Cristo.

En esta lección, consideraremos la misión que Cristo le dio a Su iglesia para exponer Su gloria a todas las criaturas en todo el mundo, pero comencemos, en primer lugar, considerando lo que el Antiguo Testamento expresaba al respecto y cómo prometía todas estas cosas. Hemos visto en los primeros capítulos de Génesis que el plan de redención de Dios estaba dirigido a personas de todo el mundo. Esto está unido a la obra redentora de Cristo en la historia. Leemos, por ejemplo, de la promesa del Padre al Hijo en el Salmo 2:7–8: “Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra”. Leemos en Génesis 9:24 que Dios usaría a los judíos, la simiente

de Sem, para establecer Su pacto e iglesia, y los gentiles entrarían en él y lo ampliarían grandemente en el futuro. Dios también le dijo a Abram en Génesis 12:3: “Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. Cuando la ley fue dada bajo Moisés, leemos en Deuteronomio 4:6–8, que sería una luz para Todas las naciones circundantes, mostrando la sabiduría de Dios. Los Salmos están llenos de referencias del evangelio que van dirigidas a las naciones del mundo. Por ejemplo, el Salmo 67:2–4 dice: “Para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación. Te alaben los pueblos, oh Dios; todos los pueblos te alaben. Alégrese y gócese las naciones, porque juzgarás los pueblos con equidad, y pastorearás las naciones en la tierra”.

Hay referencias innumerables en los profetas del Antiguo Testamento sobre la misma cosa. Por ejemplo, Isaías 60:3 dice: “Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento”. En Daniel 7:14, se predice el reinado mundial de Cristo en Su ascensión. Dice: “Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. Hemos visto a lo largo de este curso muchos otros ejemplos de la construcción del impulso dentro del Antiguo Testamento que apunta hacia el hecho de que los gentiles serían envueltos en el plan de redención de Dios. Las primeras etapas comenzaron con la simiente escogida de Abraham, pero debía ser llevada a las naciones gentiles. Más tarde, Pablo le puede decir a los romanos en Romanos 1:16: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego”.

Cuando nos dirigimos al Nuevo Testamento, vemos el cumplimiento de todo esto. También vemos una transición importante dentro del plan de desarrollo de Dios. Mientras que el Antiguo Testamento empleó un énfasis en “ven y ve”, el Nuevo Testamento emite el mandato de “ve y cuéntalo”. Entonces, bajo el Antiguo Testamento, la gente podría venir a Jerusalén, venir y ver, a aprender de Jehová y de Su salvación. Vimos esto con la Reina de Saba, por ejemplo, que escuchó de la sabiduría de Dios desde una tierra lejana y vino a verla por sí misma. Y, algunos gentiles también fueron traídos al pacto de esta manera. Recuerda a Rahab, que era una de las cananeas en aquel lugar que llegó a convertirse en Jerusalén, o piensa en Rut que era una moabita, o Urías que era hitita, y muchos otros. Fueron introducidos en el pacto a través de su conocimiento del evangelio, pero fue, por así decirlo, un énfasis de “ven y ve”.

Pero, antes de la ascensión de Cristo, dio a Su iglesia la gran comisión, que dice, Mateo 28:19: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”. Es un mandato de “ve y dilo”. La presencia de Dios ya no se limitaría a la ubicación geográfica de Israel. En cambio, Cristo dice en Hechos 1:8 justo antes de su ascensión: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”. Esta es una imagen de expansión que llenaría toda la tierra.

Considera Mateo 13, donde Jesús cuenta una serie de parábolas sobre el reino de los cielos que enseñan este punto sobre la expansión. En ese sentido, Él hablaría de la semilla de mostaza, que es la más pequeña de todas las semillas, y de cómo crece hasta convertirse en un enorme árbol llenando la tierra. Él dice que esta es una imagen del reino. O, Él usa la parábola de la levadura, levadura que se siembra, por así decirlo, en el bulto y luego llena todo el bulto, o trozo de pan; El reino comienza pequeño, y luego llena toda la tierra. Cada caso se trata de una ilustración. Como recordarás, Jesús tenía 12 discípulos y un puñado de otros seguidores, o antes de Pentecostés, donde 120 personas están reunidas en el aposento superior. Es un pequeño comienzo. Sin embargo, Jesús dice que el evangelio sería llevado a todas las criaturas.

Jesús ha vencido el pecado y la muerte, Satanás y el infierno, por lo que puede prometer a Su iglesia como lo hace en Mateo 16:18: “Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. El libro de Hechos describe el primer desarrollo histórico de todo esto. Pablo es exaltado como el apóstol a los gentiles, y muchos se unen a él en sus labores; pero dentro de la vida de los discípulos originales, el evangelio se extendió desde Jerusalén y Judea a través de Samaria hasta Asia y Europa. Pablo lleva el evangelio hasta Roma, pero tenía sus miras puestas más allá, en España, aunque aparentemente murió antes de alcanzarlo. Pero, él escribe en Romanos 15:24: “Cuando vaya a España, iré a vosotros; porque espero veros al pasar, y ser encaminado allá por vosotros, una vez que haya gozado con vosotros”. El éxito de esta misión evangélica está asegurado por Cristo mismo a través de Su reinado omnipotente.

Presta atención a las palabras que preceden a la gran comisión. Así que, si regresas a Mateo 28, observa cómo comienza versículo 18, que dice: “Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”. ¿Ves la conexión? La ascensión de Cristo y el hecho de que Cristo tenga todo el poder y la autoridad es la base para que Él les diga: “id, y haced discípulos a todas las naciones”. La difusión y el triunfo del evangelio en todo el mundo están garantizados porque están vinculados a la gloria de Cristo, por eso lee en Apocalipsis 11:15: “Y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos”.

Bueno, la descripción del cielo en sí ejemplifica este fruto del evangelio, de que es llevado a las naciones. En Apocalipsis 21:24, casi al final de la Biblia, dice: “Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella”. Pero, Cristo no solo proporcionó preceptos para que Su iglesia los siguiera, sino que también dio una promesa preciosa: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días”. Tenemos la promesa de Su presencia en todo el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento y ahora hasta el final de los tiempos, y es Su presencia la que marca la diferencia. La comisión del evangelio de Cristo de discipular a las naciones está en el centro de la verdadera iglesia. Esta nunca puede ser indiferente a la difusión del evangelio a través de la obra de misiones extranjeras. El mandato de Cristo establece una prioridad divina en esta búsqueda gloriosa. La misión de la iglesia es alegrar a las naciones a través de la propagación de la gloria de Cristo, pero la pregunta sigue siendo: ¿con qué fin? ¿Para qué sirve todo esto? Y, eso nos lleva, en tercer lugar, a la adoración de Dios.

Llevar el mensaje del evangelio a los confines de la tierra resulta en que los creyentes sean llevados a adorar al Dios vivo y verdadero. Leemos en Apocalipsis 7:9-10: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Aquí se ve la gloria de Cristo en plena exhibición y de aquellas naciones que han sido discipuladas adorando a la diestra de Sus pies. El evangelismo es el medio, pero la adoración es el fin. En el cielo, el evangelismo cesa, pero la adoración continúa por toda la eternidad.

La historia de la redención consiste en mostrar la gloria de Dios y llevar a las personas a través de la redención de Cristo a adorar al Dios de gloria. Este objetivo cumple el propósito original para la creación de la humanidad. Como vemos en Apocalipsis 4:11: “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”. En Juan 4:23-24. Jesús dijo: “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”.

La adoración bíblica es central en todo en el cristianismo bíblico. El reformador protestante Juan Calvino dijo: “Si se preguntara para qué la religión cristiana tiene una existencia permanente entre nosotros y para qué mantiene su verdad, se encontrará que, los dos siguientes puntos no solo ocupan el lugar principal, sino que también contienen todas las otras partes, y en consecuencia, toda la sustancia del cristianismo. Esto es, primero, un conocimiento del modo en que Dios es debidamente adorado; y, en segundo lugar, la fuente de donde ha de obtenerse la salvación”.

La adoración corporativa pública de Dios se encuentra separada del resto de la vida, al igual que el sábado está separado del resto de los días de la semana y al igual que la Cena del Señor está separada del resto de las comidas. Cada vez que el pueblo de Dios se ha reunido para la adoración, siempre ha sido un microcosmos del cielo. Esto se ilustra en el tabernáculo y en el templo, así como en las asambleas del Nuevo Testamento, como vemos en Hebreos 12:22-29. Si el objetivo de nuestra misión es llevar a los hombres a adorar a Dios, entonces debemos ser claros en lo que implica esta adoración. Cuando Cristo dijo en la gran comisión: “Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”, eso incluía la importancia de la adoración. Nuevamente, Juan Calvino comentó: “Él envía a Sus apóstoles con esta condición, de que no presentarían sus propias invenciones, sino de que entregarían pura y fielmente de mano a mano (como decimos) lo que Él les encomendó”. La Biblia pone un énfasis abrumador en cómo nos acercamos a Dios en la adoración.

Aprendimos en lecciones anteriores que la ley bíblica de adoración nos enseña que solo debemos adorar a Dios como Él lo ha designado. Cualquier innovación humana creada por la imaginación vana de la mente caída de los hombres, no ordenada por Dios, que se introduce en la adoración de Dios es idolatría. Lo que él ha prescrito positivamente está permitido, y lo que no ha instituido está prohibido, Deuteronomio 12:32: “Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás”. La Confesión de Fe de Westminster en El capítulo 21, párrafo 1, resume esto cuando dice: “Pero el modo aceptable de adorar al verdadero Dios es instituido por EL mismo, y está tan limitado por su propia voluntad revelada, que no se debe adorar a Dios conforme a las imaginaciones e invenciones de los hombres o a las sugerencias de Satanás, bajo ninguna representación visible o en ningún otro modo no prescrito en las Santas Escrituras”. Así, por ejemplo, en el Nuevo Testamento, los actos de adoración que Dios ha aprobado incluyen la lectura de las Escrituras, la predicación de La Palabra de Dios, el canto de los Salmos, la oración, la administración de los sacramentos del bautismo y la Cena del Señor como acciones ordinarias de adoración. Todas las hebras reunidas a lo largo de las Escrituras se entrelazan para enfatizar la prioridad de la adoración pura.

El objetivo es llevar a las personas de todo el mundo a adorar a Dios de la manera que Él lo ha designado en Su Palabra. Los hombres no regenerados siempre tienen una tendencia natural hacia la idolatría y la adoración falsa. Los paganos adoran lo que les place y como les place. Pablo reprendió a los atenienses en Hechos 17:29, diciendo: “Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres”. Vemos lo mismo subrayado en Romanos 1:21–25.

Necesitamos las Escrituras, que son suficientes para instruirnos sobre la mejor manera de adorar a Dios. Nos enseñan que solo Cristo, como Cabeza de Su iglesia, tiene la autoridad para designar ordenanzas de adoración. La Confesión de Westminster, capítulo 20, párrafo 2, declara: “Solo Dios es el Señor de la conciencia, y la ha dejado libre de los mandamientos y doctrinas de los hombres, las cuales son en alguna manera contrarias a su Palabra, o está al lado de ella en asuntos de fe o de adoración”. La iglesia no puede inventar nuevos actos de adoración como un cuerpo independiente, autónomo y soberano. Debemos someternos a lo que Cristo ha mandado. El segundo mandamiento establece este principio, como recordará, y el temor de Dios nos lleva a un cuidado meticuloso al ordenar nuestra adoración de acuerdo con Su Palabra.

Vemos esto demostrado tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. La primera instancia se encuentra, por supuesto, en el relato de Caín y Abel, que consideramos anteriormente en este curso. En Levítico 10:1–3, Nadab y Abiú fueron asesinados por adorar de una manera que Dios no les había ordenado. Incluso los reyes fueron castigados por esto; piensa en Uzías y Jeroboam. Y, los magistrados piadosos sostuvieron este principio, por ejemplo, Ezequías, Josías y Nehemías. En Mateo 5:17–19, Jesús insiste en el mantenimiento de los 10 mandamientos. Él reprende a los fariseos por mantener sus tradiciones de adoración hechas por el hombre y rechazar los mandamientos de Dios. Cuando Él limpia el templo, Él demuestra Sus santos celos por la santidad de la casa de Dios. El resto del Nuevo Testamento enseña lo mismo. Hebreos 12:28–29 dice: “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor”. Y podríamos continuar.

El evangelio libera a los hombres de su idolatría natural y los lleva a adorar a Dios en espíritu y en verdad, por lo que debemos ser claros acerca de la pureza de la adoración que Dios especifica en la Biblia, antes que llevar a los hombres de una forma de idolatría a otra. El culto de Dios está unido a Su gloria. Dios le dio a Su iglesia la misión de llevar el evangelio a las naciones para proclamar las buenas nuevas de redención que se encuentran en la persona y obra del Señor Jesucristo para que aquellos que son salvos puedan regocijarse ante los ojos de Su gracia y gloria y disfrutar el placer de atribuirle a Él toda la alabanza. Entonces, puedes reconocer cómo esta misión de llevar el evangelio a las naciones es un medio para el fin de traer a hombres y mujeres, niños y niñas de todas las naciones, tribus y lenguas a adorar al Dios vivo y verdadero según lo establece en Su Palabra. Esto es muy importante para la iglesia.

Entonces, para concluir, hemos visto que Dios llama a Su iglesia a proclamar el evangelio a cada tribu, lengua y nación, mostrando así la gloria de Dios a través de la redención en Cristo y Su poder para llevar a todos aquellos de todo el mundo a adóralo. ¿Cuál será el resultado final de todo esto? En nuestra lección final, exploraremos lo que Dios revela acerca de la culminación de la historia en el día final y más allá.

Lección 30

LA GLORIA

Tema de la Lectura:

La culminación de la historia, al igual que su inicio, establece la gloria de Dios en Cristo, que se magnifica a través de la consumación del día final.

Texto:

“Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Ap. 21:22–23).

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 30

Tal vez hayas visto fotos del planeta tierra tomadas desde un satélite. De un vistazo, puedes observar el panorama general de los continentes, países y océanos. Bueno, a lo largo de este curso, hemos examinado la teología de la Biblia en su conjunto y hemos estudiado los contornos del paisaje de la historia de la redención. Al hacerlo, hemos tratado de conectar algunas de las piezas principales de la historia general de Dios. Hemos visto que necesitamos toda la Biblia porque esta, de principio a fin, revela el conocimiento de Dios en Cristo y despliega el maravilloso plan de redención a lo largo de la historia bíblica. Cristo no está confinado al Nuevo Testamento. Más allá de eso, Su gloria se muestra a lo largo de las Escrituras, y Él ha provisto un camino de salvación a través de un Pacto de Gracia para el único pueblo de Dios a través del tiempo.

Hay una continuidad dominante que conecta todas las partes de toda la Biblia. ¿Qué sucede en el día final? ¿Cuál es la naturaleza de la segunda venida de Cristo? ¿Por qué es esencial la resurrección del cuerpo para la salvación del pueblo de Dios y la condenación de los incrédulos? ¿Qué implica el juicio final y cuáles son las consecuencias? ¿Cómo se relaciona todo esto con la revelación de la gloria de Cristo? ¿Cuál es la culminación de la redención de los creyentes? ¿Qué en particular hace que el cielo sea tan glorioso? En esta lección final, consideraremos la culminación de toda la historia. Esto significa que estamos mirando hacia el futuro, en lugar de retroceder hacia el pasado, como lo hemos hecho durante la mayor parte de este curso.

Consideraremos los últimos grandes eventos de la historia redentora, pero no podemos considerar el libro de Apocalipsis en particular. Debes tener en cuenta que es un libro importante para comprender la teología de la Biblia. Reúne conexiones esenciales entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y proporciona verdades significativas para comprender el carácter y la gloria de Dios. También retoma la historia donde el libro de Daniel la deja y conecta la historia desde el período del apóstol Juan hasta el día final.

Notaremos algunas cosas. En primer lugar, el día final. El hombre natural no puede ver el futuro, a pesar de todos sus instrumentos científicos y destreza intelectual. Pero, el creyente puede ver lo que de otra manera sería

imposible a través de la revelación que Dios ha dado del futuro en la Biblia. Solo Dios ha pre ordenado el futuro. Solo Él lo conoce. En 1^{ra} Corintios 2:9–10, leemos: “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu”. Por lo tanto, debemos avanzar hacia el fin de los tiempos, la conclusión de esta era. En este mundo, vivimos un día tras otro, tras otro día, pero la Biblia enseña que hay un día final a partir del cual no habrá más días en el mundo como lo conocemos.

Destacaremos algunos de los eventos que aguardan al fin de los tiempos. En primer lugar, la segunda venida de Cristo. El Nuevo Testamento enseña que después de la primera venida de Cristo tendrá lugar una segunda venida final. Jesús predijo esto en varios lugares, por ejemplo, Juan 14:3: “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. En su ascensión, los ángeles también aseguraron a sus discípulos esta realidad, Hechos 1:11: “Los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”. Bueno, existen numerosas referencias a esto en todas las epístolas, pero esto solo tendrá lugar después de que el evangelio haya sido predicado a todas las naciones. Y, todo lo que dice el Nuevo Testamento con relación a eso debe cumplirse primero. Sin embargo, no tomaremos tiempo para cubrir eso aquí.

Pero con respecto a la segunda venida de Cristo, aprendemos un puñado de cosas a modo de resumen. Aprendemos que Él regresará personalmente, como vimos hace un momento en Hechos 1:11. También vemos que Él regresará físicamente: Apocalipsis 22:20: “El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús”. Vemos que Él regresará visiblemente. Vemos esto en muchos pasajes, pero en Apocalipsis 1:7 dice: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén”. Será una venida gloriosa y triunfante: 1^{ra} Tesalonicenses 4:16: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero”. Pero, también será una venida final. Cuando Cristo regrese, será en el fin del mundo. No viene por tercera vez con otros eventos tomando lugar en el período intermediario, al contrario de lo que enseñan los premilenialistas. No, leemos en la Biblia, por ejemplo, 1^{ra} Corintios 15:22–24: “Porque, así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre”. Cristo traerá consigo dos grandes eventos que coincidirán con Su segunda venida: la resurrección de los muertos y el juicio final.

Así que a continuación, consideramos la resurrección. El Antiguo Testamento enseña la futura resurrección corporal, y Cristo la defiende contra los errores de los saduceos. Del mismo modo, las epístolas del Nuevo Testamento están llenas de referencias, sobre todo, 1^{ra} Corintios 15. Aprendemos que será una resurrección del cuerpo físico. Romanos 8:11 dice: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”. Esto implicará tanto la resurrección de los justos como los injustos, como leemos en Hechos 24:15: “Y tengamos esperanza para con Dios, lo que ellos mismos también permiten, que habrá una resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos”. El incrédulo será resucitado para condenación y el creyente para gloria.

La resurrección del cuerpo es una parte necesaria de la salvación del cristiano. Cristo vino a redimir a toda la persona, así que, sin la resurrección del cuerpo, Su salvación estaría incompleta. La pregunta 38 del Catecismo Menor dice: “Los creyentes, levantándose en gloria en la resurrección, serán públicamente reconocidos y absueltos en el día del juicio, y entrarán en una perfecta bienaventuranza en el pleno goce de Dios por toda la eternidad”. Así como Jesucristo resucitó como la primicia, para que aquellos en unión con Cristo también sean resucitados a la gloria.

Pero, en relación con esto, el día final también será el día del juicio. El regreso de Cristo y la resurrección conducirán inmediatamente al juicio final de todos los hombres. Esto pertenece a parte de la exaltación y gloria de Cristo. Pablo dice en Filipenses 2:9–11: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Tanto el Antiguo Testamento como numerosos pasajes a lo largo del Nuevo Testamento predicen semejante evento. Aprendemos que Cristo, como mediador, será el juez y reunirá a todos los hombres ante Su tribunal.

Pablo escribe en 2^{da} Timoteo 4:1: “Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino”. Aprendemos que toda la humanidad se presentará ante Su tribunal: 2^{da} Corintios 5:10: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”. Las consecuencias de este juicio son igualmente claras en las Escrituras. El juicio resultará en la gran división, la división entre el cielo y el infierno. Los incrédulos serán arrojados al lago de fuego, privados de todo consuelo y sufrirán los dolores del cuerpo y del alma bajo la ira justa de Dios por toda la eternidad, sin fin.

El estado final de los creyentes se encontrará en la presencia de Dios en los nuevos cielos y la nueva tierra disfrutando de la vida eterna. Para el creyente, el Sábado semanal en este mundo será completado con un Sábado eterno en el cielo. Leemos esto en Hebreos 4:9, donde dice: “Por tanto, queda un reposo”. Esa palabra de *reposo* en griego es diferente a las otras palabras para *reposo* de los versículos circundantes. Literalmente significa *guardar el Sábado*. “Por tanto, queda un reposo”, o la observancia del sábado, “para el pueblo de Dios”. Esto provocará la culminación del Pacto de la Gracia.

Observa la promesa del pacto de la que hemos escuchado tanto a lo largo de la Biblia en Apocalipsis 21:2-3: “Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres”. Escucha, “y él morará con ellos; y ellos serán Su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”. Eso nos lleva, a continuación, a la consideración de la gloria eterna que le pertenece al creyente, y vamos a pasar más tiempo en este punto en particular.

Dirigiremos nuestra atención a la gloria eterna que espera al creyente en la eternidad. ¿Qué podría ser eso? Para muchos en nuestra generación, ellos conciben el cielo como un patio celestial donde disfrutaban de todos los placeres de este mundo al máximo, pero eso sería demasiado insignificante. Cristo no murió para llevar a Su pueblo al cielo para que solo se aferren a las cosas de este mundo. La salvación de los hombres se centra en Dios y Su gloria. La destrucción final de los enemigos de Cristo y el recibimiento de Su novia redimida es la recompensa y el deleite eterno de Cristo, de los cuales, Su novia es un participante humilde, Su novia es la iglesia.

La gloria del cielo es la visión de Dios, lo que los teólogos llaman la visión beatífica, o la visión bendita o feliz de Dios. Cantamos esto en el Salmo 17:15: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza”. En la caída, el hombre fue expulsado del jardín, separado, alienado y cortado de la presencia de Dios, pero a través de Cristo, que es la Puerta, los creyentes reciben la entrada a la gloria. La oración de Cristo en Juan 17:24 se cumplirá. Jesús oró: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado”. En este mundo, el cristiano contempla la gloria de Dios indirectamente a través de un espejo. Contemplan la gloria de Dios por fe, pero en el cielo lo verán directamente, cara a cara, ya no por fe sino por vista.

El teólogo británico del siglo XVII, Thomas Manton, dijo: “Vamos al cielo a estudiar divinidad” o teología “en el rostro del Cordero”. Incluso Job, en el Antiguo Testamento, habló de contemplar a Cristo, Job 19:25-27: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí”. Es la gloria de Dios la que llenará la expansión y la atmósfera del cielo. Apocalipsis 21:22-23 dice: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”. Esto dará como resultado el placer puro y la máxima satisfacción de la adoración a Dios mismo. Eso quiere decir, tanto en la destrucción de sus enemigos, como en la liberación de Su pueblo. Leemos en Apocalipsis 19 acerca de esto en los versículos 1 al 7, y citaré algunos de esos versículos.

Dice: “Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera”. Continúa un poco más adelante: “Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes. Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria”. El hecho es que nada de lo que se ha creado puede producir la máxima satisfacción o verdaderamente llenar el alma, y los niños ven esto. Esperan con

entusiasmo la posibilidad de recibir un juguete, hablan de él y sueñan con él. El día llega; finalmente reciben el juguete, y todos están emocionados. Y el primer día, es muy divertido. Al día siguiente la diversión continua, tal vez. Y luego, mientras los días siguen y siguen, el placer disminuye un poco; hasta que unas semanas más tarde, el juguete se encuentra junto con el resto de los demás, y no proporciona más placer que los demás. Lo que es verdad para los niños también es verdad para todos los adultos.

Vemos que no hay nada creado que pueda brindar una satisfacción máxima si eso es, en última instancia, lo que anhelamos. Pero, podemos cantar en el Salmo 16:11: “Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre”. Esto llevó a Jonathan Edwards, teólogo americano, a concluir: “La visión beatífica de Dios, esa es la cima de la felicidad”. Si un vistazo de Dios por la fe es tan grande, entonces ¿qué será verlo? ¿Cómo será verlo a Él? Piensa conmigo. Dios es infinito, pero los hombres son finitos. Somos muy limitados. Eso significa que el creyente nunca puede agotar lo que hay que ver y conocer sobre de Dios. Lo finito no puede contener lo que es infinito. Eso significa que cada nueva visión será nueva y verdaderamente nueva. No es como si estuvieran simplemente ensayando cosas que ya hemos visto, oído y conocido, sino que, más bien, habrá una revelación gradual de la gloria de Dios. Y, las habilidades del creyente se expandirán con la revelación cada vez mayor de Dios a lo largo de la eternidad, y esto seguirá y seguirá. Entonces, Pablo les dice a los filipenses que partir y estar con Cristo es mucho mejor. Bueno, ¿no es de extrañar!

En esta vida, el gozo entra en el cristiano, por lo cual el cristiano tiene gozo. Pero en el cielo, entrarán en la alegría. Contrasta la diferencia entre tomar un vaso de agua, verter agua en tu boca, el agua entra en tu boca; ahora, contrasta eso con ir al océano y clavarse en el océano. Ahora, tú estás en el agua. Así es como el Señor lo describe. Él dice en el último día que dirá a Su pueblo: “Entra en el gozo de tu Señor”. La verdadera felicidad es el disfrute de Dios mismo. Todo esto se revela al creyente ahora, antes de tiempo. Cuando te embarcas en un viaje, tu destino determinará qué camino tomaras cuando salgas de tu hogar, yendo a la derecha o a la izquierda; y determinará qué camino tomarás en cada intersección a la que llegues por el camino. ¿Sigo derecho? ¿Voy bien? ¿Giro a la izquierda? Saber el final del viaje afecta nuestras acciones presentes.

Esto es verdad en el presente plan de redención de Dios. Leemos en 1^{ra} Juan 3:2-3: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”. El destino de los creyentes define sus decisiones diarias. Moisés vio esto. En Hebreos 11:24-26 leemos: “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado”,—¿Por qué?—“teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón”. La peregrinación actual de los creyentes se centra en esto: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2).

Pablo dice en Colosenses 3:2: “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. Como el rostro de Moisés que brillaba cuando salió del tabernáculo, y de igual forma cuando Esteban vio al Cristo ascendido en Hechos 7, los espectadores dijeron que su rostro era como el de un ángel. Dios, por supuesto, es la belleza. No es solo que Él posee belleza. Él es la definición y la fuente de la belleza. Y, el creyente se transforma, se embellece, por así decirlo, mirándolo. Esto lo vimos anteriormente en 2^{da} Corintios 3:18. Lo contemplamos a través de la revelación que Él provee en las Escrituras.

Este conocimiento del cielo también transforma la perspectiva del creyente sobre el sufrimiento. Romanos 8:18 dice: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”. En otras palabras, la gloria venidera es tan desproporcionada que los sufrimientos en este mundo se desvanecerán en la insignificancia. Todas las aflicciones de los creyentes tienen una fecha de vencimiento. No son permanentes. Un puritano dijo: “Al que cabalga para ser coronado no le molestará un día lluvioso”. Piensa en las palabras de Pablo en 2^{da} Corintios 4:17-18: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”. La vida cristiana es un viaje hacia ver con claridad. Comienza con la fe y termina con la vista, pero ambos ponen ante el cristiano la visión de Dios. El creyente ha sido predestinado para esta gloria. Hemos visto que toda

la historia bíblica desde el Génesis hasta el Apocalipsis sirve para revelarnos la gloria de Dios en Cristo a través de Su plan global de redimir a Su pueblo.

En nuestra primera lección introductoria, consideramos la entrevista entre el rey Salomón y la reina de Saba en 1^{ra} Reyes 10. Vimos cómo las Escrituras conectan a Salomón y su reino con Cristo y Su reino. Ahora puedes ver, en esta última lección, un poco más de la importancia de ese intercambio. Recordarás que cuando ella tomó todo lo que vio de Salomón, de su gloria, su reino, sus siervos, su riqueza y la casa del Señor, la Biblia dice que esto le quitó el aliento. Y ella dijo: “Verdad es lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría; pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad”. Esto es cierto para el creyente. Cuando él o ella llega a la gloria para contemplar la gloria del Hijo de Dios, el que más grande que Salomón, la Biblia nos obliga a decir que “te quitará el aliento”. Y, aunque has leído con diligencia tu Biblia y has escuchado innumerables sermones y estudiado profundamente estos asuntos, te verás obligado a concluir que “no me fue contada ni la mitad”. Superará nuestras expectativas y satisfará plenamente todos nuestros anhelos.

En conclusión, hemos llegado al final de nuestro curso de lecciones sobre teología bíblica, pero esto es solo el comienzo de tu viaje. Hemos explorado la historia de la redención y hemos resaltado solo una pequeña selección de los temas dominantes. Como se indicó al comienzo de este curso, el objetivo era proporcionarte los elementos básicos para el estudio personal y en profundidad. Estas lecciones son una puerta, no el destino. Debes tomar estas herramientas para continuar tu estudio de la Palabra de Dios. Hay mucho más que ver y aprender, y las perspectivas son estimulantes. Que el Señor bendiga abundantemente el tiempo y la energía que dedicas a tus estudios continuos de las Escrituras. Puedes contar con mis oraciones continuas para aquellos que escuchan estas lecciones. Si bien no tendré el privilegio de conocer a la mayoría de ustedes en este mundo, mi oración es que nos reunamos bajo el trono para disfrutar de la gloria de la revelación completa de Dios, ya no por la fe, sino por la vista. Como has escuchado en esta lección, lo mejor está por venir.